

La
Casualidad de
Coincidir
Parte 1



María Buga

D.J.57

La Casualidad de Coincidir

María Buga

La Casualidad de Coincidir

Parte I

Título: *La casualidad de coincidir. Parte I.*

© 2019, María Buga

De la edición y maquetación: 2019, María Buga /RM Madera

Del diseño de la cubierta: 2019, León Delgado y Roberto Martínez.

Corrección: 2019, RM Madera

Primera edición: Julio, 2019

Número de registro: 03-2019-060609423700-01

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Índice

Capítulo 1

Los accidentes no existen

Haz el bien sin mirar a quien

Das la mano y te agarran del pie

¿Quién sufre más? ¿El que se va o el que se queda?

Capítulo 2

Al toro, por los cuernos

Las cosas tienden a ir de mal en peor. Ley de Murphy.

La vida es mejor cantando

Ojos que no ven, oídos que escuchan

El que espera, desespera

En la guerra y en el amor todo se vale

En el dar y en el tomar siempre hay algo que engañar

Capítulo 3

Dar para recibir, no es dar, es pedir

Hay de contratos a contratos...

No puedes esconder el humo si encendiste fuego

La verdad como el aceite, queda encima siempre

Capítulo 4

Al amor mal correspondido, ausencia y olvido

Agradecimientos

Sobre la autora

Otras obras

*A mi esposo y mis niños por aguantar mi pasión fuera de ellos.
A mi mamita por cada llamada diaria y a mi papito porque sé que está
ahí.*

*A mis hermanas, Karla y Daniela, las amo.
Y a mis Tetes, ¿sí saben?: son ¡los mejores!*

**Patricio
&
Davina**

Capítulo 1

Patricio

Los accidentes no existen

—Genial. Lo que me faltaba.

—¿Hablas español? ¡Carajo! ¿Cómo pudo suceder? ¿Te encuentras bien?

—Más genial aún: con pocas dotes neurolingüísticas... ¡Mierdaaaa! No me muevas idiota.

Intentaba levantarla de entre los vidrios mientras el caos se despertaba. La dependienta corría como loca con el teléfono entre la oreja y el hombro mientras luchaba con el extintor para apagar el «pequeño» incendio que se había causado.

—¿También te lesionaste la lengua?

—Cállate, tarado. ¡NO ME MUUUEEEVAS!

—Pero qué boquita la tuya.

—*¡Ambulance, s'il vous plaît. Ambulance... vous plaît!* ^[1]—repetía sin parar la señorita que atendía el local.

—Corazón, orgullo, dignidad, brazo... todo roto. Qué maravilla de viaje, ¡de puta madre!

—Me preocupa más tu frente: está abierta. Creo que si te hubieras quebrado el brazo, estarías pegando de gritos.

—¿Qué te parece que hago? ¿Eres imbécil?

—Me refiero a que en ese caso estarías llorando o no sé, algo más que blasfemar como albañil.

—Mira, listo. Si quieres servir de algo, detén al pendejo^[2] que me ha hecho esto y consigue que los servicios de emergencia lleguen cuanto antes. ¡No soporto el dolor!

Dos problemas: uno, el pendejo del que hablaba era yo y dos, apenas mastico bien el español, o sea, mi propio idioma. La policía me interrogó, entendí la mitad y ellos a mí, ni eso. Resultó muy complicado explicar que un camión de pan impactó con la llanta trasera de mi motocicleta y, con el impulso, me trepé en la banqueta yendo a dar contra el cuerpo de aquella

princesa con boca de carretonero^[3], quien, a su vez, se estampó en el escaparate de la tienda de regalos y recuerdos, mandando vidrios y velas encendidas a volar. Un desastre. Afortunadamente, tanto la empleada como otros transeúntes habían visto desarrollarse el incidente con lujo de detalle, lo que me sirvió de apoyo para desenredar el asunto y evitar que me llevaran en calidad de detenido. Es que no te esperas que en los países del primer mundo se den a la fuga, ¿verdad? Sépanlo, lo hacen.

Con todo el alboroto, perdí el momento en que se la llevaron en la ambulancia. Llené formatos, esperé al personal del seguro, con el que también tuve que pelearme por la diferencia de idioma y, ahí estaba, preguntándome de nuevo el motivo por el cual no escogí un país de habla hispana para esconderme. El traductor de Google no resulta práctico cuando requieres sostener una conversación fluida y menos si esa conversación se requiere para evitar ir a la cárcel por un percance de tránsito que tú no ocasionaste y donde, además, hubo una grosera lesionada.

Me vi en la necesidad de emplear prácticamente todo el día en resolver el tema. Gris no pudo ayudarme más allá de darme un poco de asistencia telefónica: tenía varios cadáveres esperándola.

El hospital fue otro drama: necesitaba informes de ella. Quería saber cómo se encontraba la criatura boca suelta y si podía ayudarla en algo. No fue hasta al final de la tarde, en la comisaría o como se llame, que me dejaron libre y que pude enterarme que la habían trasladado a un pequeño sanatorio muy cerca del lugar del percance, de modo que me dirigí al lugar para verla, no sin antes detenerme en un lugar a comprar algo de comida: el estómago no paraba de rugirme.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunté apenas abrió los ojos, esos que me miraron fulminantes.

—¿No tienes una pista? —gruñó.

—Oye, solo intento ayudar.

—Bueno, pues ya has hecho bastante. Atropellarme para luego no tener el valor de decírmelo a la cara me resulta suficiente.

—Lo habría hecho si hubieras dejado de vociferar. Luego, tuve que ocuparme de resolver el tema.

—Espero que no te haya causado demasiado perjuicio que yo, casualmente, estuviera parada en la banqueta que ¡irrupiste a toda velocidad! —me dijo con un toque tan sardónico que comenzó a molestarme.

¡Vale! Entendía su frustración y enojo hasta cierto punto, pero que le bajara dos rayitas, ¿no? Daba igual, había otra cosa que me intrigaba...

—Me comentaron las enfermeras que nadie ha venido a verte. ¿Diste aviso a alguien de lo sucedido?

—No.

—Te darán de alta mañana, yo creo que deberías...

—Debería estar tomando un avión y, sin embargo, mírame.

—Estaríamos mejor si te calmaras un poco.

—Si no te parece mi estado de ánimo, ya puedes largarte.

En ese instante, una lágrima solitaria rodó, dándole vuelta a su pequeña nariz. Con su mano libre la limpió y giró la cabeza para dejar de mirarme.

—No fue mi culpa. —Me puse de pie para irme. Había permanecido sentado en una dura e incómoda silla observándola dormir, para luego tener que escucharla tirarme la caballería encima. Era evidente que no pintaba nada allí, el seguro de percances viales ya se estaba haciendo cargo—. Te pido perdón por lo sucedido, fue un accidente e insisto: no ocasionado por mí...

Inspiró profundamente para luego no dejarme concluir la frase:

—Los accidentes no existen.

—Entonces ve y reclama al negligente del camión que me impulsó hasta la baqueta. Me informaron que personal del seguro y otros agentes estuvieron aquí hace unas horas y te explicaron cómo sucedió. No deberías estar tan molesta conmigo, yo también soy víctima de todo esto.

—Si no tienes responsabilidad alguna entonces, ¿qué demonios haces aquí importunándome?

—¡Vale! —Levanté las manos en señal de rendición—. Espero sanes pronto.

Juro que intenté ser amable y buen paisano, pero con las brujas bien hechas no se puede. Por muy divinas que estén, así, con cortadas por todos lados.



—Joven...

Me detuve en seco y, con el ceño fruncido, barrí de arriba abajo a la enfermera que me llamaba. Me cargaba un enfado monumental que apenas podía contener y todo por la horrible antipatía de la mujer atropellada.

—La señorita que acaba de visitar...

Uniforme ceñidito al cuerpo, alta, casi de mi estatura. ¡Ufff!

—Soy Patricio. El infame que la lanzó contra el cristal.

—El informe indica que fue otro vehículo el que lo ocasionó.

—Vaya y dígame, si es tan amable. —Devolví la sonrisa a la señorita de los lentes graciosos. La verdad es que las francesas están para comérselas.

—La cuestión es que la paciente afirma que perdió el bolso en el accidente y que le preocupan sus documentos.

—Yo me encargo. Gracias por avisarme.

Por extraño que parezca mi moto no sufrió daño alguno ni tampoco me la retuvieron en la comandancia, así que conduje con más precaución de la acostumbrada hasta el lugar de los hechos, básicamente, por evitar rebotar por las banquetas y echarme a otra cristiana con malas pulgas. La bolsa estaba a salvaguarda de la chica de la tienda de regalos, y eso de a «salvaguarda» es un decir. Miren ustedes la casualidad: el aparador estaba repleto de velas encendidas, Davina con su complexión menuda voló por los aires, atravesó el cristal y fue a dar contra la mesa de las velas; a ella le pasó lo que ya saben y su mochila, ¡pues se quemó! ¿Quieren saber cómo reaccionó? Ahora se los explico: toda clase de improperios salieron de su

boca a borbotones; cada uno más intenso que el anterior, y me pidió, mejor dicho, me exigió, que no volviera a poner «mi puta cara» frente a ella. En el pedir está el dar. Saqué mi «puta cara» del hospital de nuevo y regresé a mi apartamento después de un día de lo más nefasto. Con decirles que no lograba recordar a dónde me dirigía ese día tan temprano ni por qué. Solía salir a pasear ya de tarde cuando no había tanto turista y el sol se había ocultado.

—Bueno Patricio, no puedes negar que la anécdota resulta de lo más interesante.

—¿A qué sí? Por cierto, este queso me gusta más y ojalá consigas un pan menos duro.

—Es el mejor. Que estés acostumbrado al migajón en exceso es otra cosa.

—Gris defendía al pan francés a capa y espada.

Hay apodos y diminutivos mejores, pero a ella le gusta que le digan Gris, así, como el color. Es rara entre las raras, trabaja en una funeraria embelleciendo a la clientela. ¿Necesitan saber más? Les cuento: Graciela es mi tía, la única y menor hermana de mi fallecida madre, hija de un segundo matrimonio de mi también fallecida abuela. Una tía que apenas me lleva diez años y que luce tan joven que bien podría ser mi hermana. Aunque no, nos parecemos en nada y cuando digo «nada» es nada.

Alocada tanatopraxista que vive en el departamento frente al que, en ese entonces, me tenía prestado.

—Me intriga un poco —continuó diciendo mientras yo colocaba un platón humeante frente a su nariz, ese que olisqueaba sin reparos y haciendo tantas ruidosas inspiraciones que los hilos de pasta bien pudieron elevarse con dirección al par de hoyitos—, por lo que cuentas, tardaste horas en llegar a verla. ¡Ay, Patito, esto huele delicioso! Y dices que no se había comunicado con nadie para comunicar donde se encontraba. ¿Revisaste su mochila?

—¿Por quién me tomas? ¡Claro que no!

Gris dio un bocado y entre suspiros me dijo:

—¿Quién dices que te enseñó a cocinar?

—Una tía, hermana de mi papá... ¿Crees que debí hacerlo?

—¿Qué?

—Revisar su mochila.

—¿Qué tal si ahí metido llevaba su teléfono celular? Igual quedó chamuscado. Lo que deviene en que quedó incomunicada. ¡Los hombres no piensan!

—Podría vivir en la ciudad como yo. O viajar sin compañía. Muchas personas lo hacen.

—En cualquier caso, me parece que ya hiciste lo que debías: fuiste a pedir disculpas aun sin tener que hacerlo y le ofreciste tu ayuda. Si no quiso aceptarla, sus razones tendrá.

Pasé dando vueltas en la cama intentando convencerme de ello. En mi cabeza, se repetía la escena a cámara lenta, era cerrar los ojos y volver a sentir el impacto del camión, el modo en que perdí el control de la motocicleta hasta dar contra su frágil cuerpo de espaldas. No vi su cara hasta que me acerqué y fijé mi vista en su frente sangrando, en sus ojos asustados, luego, en su boca majadera. Me imaginaba a unas amigas preocupadas buscándola, llamando a su teléfono celular o, quizá, a un novio o esposo... algún familiar. También la imaginé sola en un país que no era el suyo con la clavícula rota y la frente cosida. No lograba pegar ojo. Por primera vez, mis pensamientos nocturnos no giraron alrededor de lo que venían haciéndolo en semanas, de pronto, una preocupación sustituía a otra: Davina.

Haz el bien sin mirar a quien

—Mi pasaporte quedó mutilado.

Sí. Mi puta cara y yo ahí de nuevo.

Davina emitió un bufido y se llevó la mano buena a la cara para cubrirse los ojos. Me daba la impresión de estar frente a una niña pequeña e indefensa. Recordé a mi prima el día que se quebró una pierna por brincar del techo de su casa de muñecas, esa dentro de la que solíamos jugar todas las tardes mientras afuera llovía.

—En realidad, ni siquiera sé por qué te lo hago saber. —Sentada a la orilla de la cama luchaba con la bata que resbalaba por su hombro sano. Su cabello estaba mojado y sus piernas colgaban sin poder tocar el suelo—. Tampoco te incumbe, pero me han dado el alta y siguiendo con el mismo hilo: necesito una blusa.

Su recibimiento había sido mucho menos hostil que el día anterior. Ya saben, así, como el de un nuevo amanecer que te otorga otra perspectiva.

—¿Una blusa?

—O algo con que taparme para no tener que salir de aquí muy al estilo momia. Rompieron la mía al llegar.

—Con mucho gusto, pero, oye, ¿no hay nadie que pueda venir a buscarte?

Negó con la cabeza y suspiró apretando los ojos. Un gesto que comenzaba a reconocerle.

—Dame unos minutos, ¿vale?

Regresé a los pocos minutos con una camiseta de esas que compran los turistas con grabado de la Torre Eiffel. En cuanto la vio, volvió a bufar. Su carácter era tan variante que me era imposible anticiparme a nada y la verdad es que me daba igual. Unas palabras de mi tía Rita se repetían en mi mente cada vez que una mujer se me ponía difícil. Solía decirme ante los cambios de humor de mi prima Pamela —la misma de la casa de las muñecas— que las féminas son así y solo porque sí. «Si te importa, trátala con cariño. Si no, ignórala con respeto». Un sencillo enunciado que la mayoría de las veces me

funcionaba.

Me dio las gracias de cualquier modo, y me coloqué detrás de la cortina para darle privacidad.

—¿Serías tan amable de ayudarme o pedirle a una enfermera que venga a hacerlo? —me preguntó en muy mal tono, luego de un par de minutos en los que la escuché resoplar.

Verán cómo fui yo a aplicar aquella frase. No era que me importara. Ajá. Tampoco que pudiera ignorarla. ¡Es que estaba hecha un asco! Ojerosa, la frente con varios puntos de hilo quirúrgico y un sinfín de cortaditas por sus pronunciados pómulos, en la barbilla... su boca carnosa, seca. Desvié mis ojos de esa zona que casi me imantaba y, sin poder evitar que mi rebelde mirada viajara, localicé los inminentes moretones que se dejaban ver en varias partes de todo su cuerpo. Me acerqué lentamente y sin pensar. Debí llamar a una enfermera, lo sé, pero es que a ella parecía darle lo mismo, así que con sumo cuidado deslicé la camiseta por su cabeza, no quería lastimar más su frente, ni sus labios... quiero decir, la cortada de junto. Carraspeé un poco para llevarme algo de incomodidad, continué metiendo el brazo bueno y dejé colgando la otra manga. El brazo lastimado lo tenía perfectamente sujeto y atado con unas enormes vendas cubriéndole todo el torso.

—Dentro de aquella bolsa está el resto de mi ropa.

Supliqué en silencio y mis súplicas fueron escuchadas. Esas que rogaban porque llevara la ropa interior colocada en su debido sitio. ¿De cuándo acá soy tan buen samaritano? Ya está, la atropellé. Pero ni iba a exceso de velocidad ni nada. Y esa maldita costumbre de las viejas de usar *jeans* a modo de malla, muy elásticos y lo que quieran, son un reverendo incordio. Yo suelo quitarlos, ¡no ponerlos! Mi dedo pulgar le rozó el costado de la nalga. ¿Había otro modo de subírselo hasta la cadera? ¡Sepan que no!

Sepan también que los leves ruiditos de su risa eran maravillosos. Ponerle los calcetines y los *converse* representó una odisea.

Me dio las gracias de nuevo con una leve sonrisa, que desapareció como por arte de magia cuando con mano temblorosa rebuscó dentro del bolso tipo mochila —o lo que quedaba de ella— su teléfono celular. La pantalla estaba estrellada. Resulta inútil que les diga que no encendió. Con más furia, si cabe,

lo arrojó dentro y se encaminó por el pasillo, y yo, imitándola. En ese momento, no entendía por qué aún no estaba listo para despedirme. El día anterior había resuelto cerrar capítulo y centrarme en mis propios rollos, pero después de pasar una noche de perros y correr por el parque menos de lo habitual esa mañana, volví sobre mis pasos andados. Luego de darme un baño rápido y sin meditarlo ni un poquito, estaba de vuelta en el hospital ayudando a vestirse a una completa y bipolar desconocida.

—Lo siento, es que me sentiré más tranquilo cuando te deje a cargo de alguien de tu confianza.

—Tendrías que acompañarme hasta México —me dijo, después de indicarle al chofer del taxi nuestro destino.

Pues sí, nuestro destino. Subí al taxi bajo su mirada de asombro, dejando en el aparcamiento mi vehículo a dos ruedas. El caso es que luego de una trayectoria relativamente corta y en absoluto silencio pagué por el servicio y le ayudé a descender del coche.

Por cierto, no les he hablado mucho de mí, pero han de saber que soy un hombre bastante bien plantado, que no suele tomar decisiones a la ligera...

—Ya puedes irte. Gracias de nuevo por la blusa. Me parece que he sido un tanto burda contigo.

—¿Por qué nadie te ha buscado en el hospital? ¿Viajas sola? —Ignoré su comentario.

«¿Burda? Sí, Davina, mucho».

—Preguntas demasiado.

—Me da la impresión de que así es. —Esperé una señal que me indicara que no me encontraba en un error y por su manera de fijar la vista en otro punto muy lejos de ahí, lo entendí—. Estoy instalado en un departamento y puedo auxiliarte en todo hasta que puedas tramitar la reposición de tu pasaporte y estés en condiciones de volver a casa.

¿De verdad había dicho eso?

Hablando de decisiones a la ligera...

Tan pronto lo dije, a la par supe que mi inquietud por ella crecía a la velocidad de la espuma. Pero, a ver, ni se confundan. La razón era de lo más facilita: Davina estaba en París, todo indicaba que de visita, completamente

sola, y no era capaz ni de vestirse sin ayuda y ya está.

—No te conozco. ¿Qué te hace pensar que voy a confiar en ti?

—Me parece que no tienes más remedio.

—*Ooookey*, me estás asustando.

Me sostuvo la mirada un poco. Luego, elevó la cabeza hacia las nubes aborregadas y entrecerró sus soñadores ojos. Volvió a mirarme. Los minutos transcurrían mientras nos pasábamos revista uno al otro en medio de un calor abominable e insoportable. Ya saben, escapé a una ciudad europea durante el cuarto verano más caluroso en los últimos cincuenta años por todo el continente, o algo así. Otros segundos después, se adentró por unas puertas giratorias y, sin la menor seguridad de lo que hacía, la seguí.

Verán: la atropellé. ¿Ya se los había dicho? Oh ¡qué sí! Sea por una terrible casualidad o no. ¿En serio creen que la abandonaría a su suerte?

Se detuvo en la recepción y solicitó una llave. El hotel en el que se alojaba era de esos caros y de prestigio, lo cual no cuadraba con su pinta que, sin emitir juicios, se le veía de buena educación pese a su léxico tan florido, pero nada estirada o de la alta sociedad como la gente que se hospeda en lugares de este tipo.

Una vez frente a la puerta de su habitación, dejó caer aquella mochila que debió arrojar en el primer contenedor de basura y, con su mano libre, luchó con el cierre atorado. Acucillado frente a ella la abrí con facilidad y volvió a mirarme. Me había ignorado por todo el *lobby* y dentro del elevador. Negaba con la cabeza casi frenética, extendiendo hacia mí pedazos de lo que fuera una cartera.

—Todas mis identificaciones, tarjetas de crédito y dinero quedaron echas mierda, ¿entiendes? De ahí que de momento no pueda pagarte ni la blusa. Informaré a mi familia de mi situación, pero creo que tanto mi recuperación como mi regreso a casa se prolongarán en el tiempo. ¿Estás seguro de que quieres lidiar con todo esto? —Recorrió su cuerpo con su mano libre en un ademán un tanto despectivo hacia ella misma para luego sonreír con ironía.

—Si te soy sincero, no.

—Eso creía.

Deduje que intentaba desanimarme y tal vez debí hacerlo. Yo no me

encontraba en la mejor etapa de mi vida, dependía también de dos o tres personas para sobrellevarla. Dio exactamente lo mismo, cuando Davina insertó la llave en la ranura me apuré para empujar la pesada puerta y darle paso. Antes de que se cerrara de nuevo, entré tras ella. Tuve que meter un pie de modo muy brusco para evitarlo, pues la había soltado apenas ella terminó de entrar. Mi cabeza daba mil vueltas, sopesaba ideas en segundos: era técnicamente inevitable, cuanto más indefensa la veía más incrementaba mi necesidad de protegerla. Al cruzar la habitación, se dirigió hacia el escritorio y, haciendo todas las muecas de dolor posibles, se sentó en la silla giratoria. Sin importarle mi presencia, cogió el teléfono y luego de proporcionar unos números a la operadora, esta le enlazó una llamada que no hizo otra cosa que intrigarme más. Lo cual ya dejaba de extrañarme: todo en ella resultaba incongruente. Sostuvo una conversación confusa; lógico, yo solo escuchaba una de las partes, aunque pude dilucidar que al otro lado de la línea se encontraba su papá con el que habló de la embajada, del envío de unos *e-mails* y sobre encontrar opciones para depositarle algo de dinero.

—No quiero ni saber de él, lo siento, pero te pido que te mantengas al margen... No tengo idea dónde se encuentra ni me importa... Que sí, papá, lo resolveré. Espera a que vuelva a llamarte, ¿de acuerdo?... No es mi intención permanecer en el mismo sitio en el que me ha dejado...

Yo, si fuera su padre, no me hubiera tragado ni media mentira del cómo supuestamente la mochila prendió fuego además de molestarme bastante por no mencionar el brazo roto. En tanto, simulaba darle privacidad cuando en realidad aguzaba el oído. Cualquier detalle me serviría, así que permanecí quieto a la mitad de la enorme y ostentosa *suite* fingiendo admirar el Arco del Triunfo a través del ventanal. Y lo de quieto es un decir, removía mis botas en esa alfombra tan esponjosa, que casi me daba pena de pisarla. Luego de cinco minutos, muchas pausas y gestos desaprobatorios acompañados de *desaire* en su voz —al menos no era el único a quien dirigía un trato del tipo— concluyó la llamada con un «te quiero» y se puso de pie para dirigirse a uno de los sofás en un intento por recostarse. No lo consiguió, el dolor la hizo incorporarse como un resorte, emitiendo un agudo grito que me desagarró. Me consta lo que provocan los huesos rotos.

Estaba consciente de que debía dejar de mirarla, que mis simulaciones no estaban funcionando, pues, de cuando en cuando, Davina me veía de reojo, así que abrí el *folder* que hasta ese momento me percaté que sostenía con una mano. Me lo habían entregado en la estación de enfermería justo antes de salir del hospital. Intenté descifrar las prescripciones. Fue inútil. Entendí dos palabras de cada siete.

—¿Cómo te llamas?

—Patricio.

—¿De dónde eres?

—De México, como tú. Pero vivo aquí, temporalmente —mascullé, aparentando estar muy concentrado en mi lectura.

—Creo que necesito algo más para determinar la viabilidad de aceptar tu ofrecimiento. Claro, una vez que te decidas. Tenerte como mero espectador, la verdad, no encuadra en mis necesidades ahora mismo.

¿Qué decirle para convencerla si ni yo lo estaba? ¿De verdad quería llevarla conmigo? ¿Exponerla?

—Tengo treinta y dos años. Estoy aquí en una especie de vacaciones largas. Mi casa y toda mi vida la tengo en la Ciudad de México. Sin antecedentes penales ni vicios ni mañas raras. ¿Te sirve?

¿A ustedes les serviría?

—La verdad, no mucho.

Me lo imaginé.

Otra vez esa mirada inquisitiva por largo rato, al grado de acabar con la poca tranquilidad de mis reservas. Pensé en telepatía y ósmosis; me concentré en repetir mentalmente que yo era una buena persona.

«Soy buena persona, intento ayudarte, no te haré daño».

—¿Sabes? Pienso que soy de esas personas con presentimientos. Desde que planearon este viaje por mí advertí que no podía ser todo miel sobre hojuelas, llevo menos de una semana más jodida que en toda mi vida. Pura porquería.

—Y eso quiere decir, ¿qué...?

—Sopesando mis opciones... No, espera, no tengo otra.

—¿Algún buen augurio?

—No soy adivina, simplemente, no sospecho nada malo en lo que a ti se refiere, eso es todo. Omitiendo el detalle de que también, de no ser por ti, hoy por la noche tal vez mi padre acudiría por mí al aeropuerto. Y, siéndote muy honesta, me urge más dejar este puto hotel de lo que me urge volver a mi país.

Puse los ojos en blanco. ¿Qué opinan? ¿Debí aclararle otra vez lo relativo a mi inocencia? Por otra parte, una no menos importante: alguien la había dejado. ¿Quién? ¿Por qué? Esa mujer era todo un enigma, esperaba no equivocarme con ese extraño impulso por ayudarla, por encargarme de ella.

—En ese caso, vamos a dejar algunas cositas muy claras: una, ambos necesitamos que te recuperes lo antes posible, ¿no es cierto? Dos: te estarás quieta para que eso suceda. Deja que me encargue de todo. Y tres, por enésima vez, yo no tuve la culpa.

¡Sabía sonreír! Y no le hice cosquillas. Toda una revelación. ¿Vieron cómo se le achinaban los ojos?

La llevé con cuidado hasta la cama, colocando varias almohadas en las que pudiera recargarse.

—Ignoro tu urgencia, pero te sacaré de aquí. Ya me explicarás.

—Primero tú, dime: ¿a qué te dedicas? Digo, cuando no estás en París de vacaciones largas.

—Soy inversionista.

—¿En qué rama?

—Mira quién pregunta demasiado ahora. Creo que para estar en igualdad de circunstancias, que ya llevaré a vivir conmigo a una desconocida, valdría la pena recabar algunos datos yo también.

Me encaminé hacia el amplio vestidor donde había una maleta enorme, ¿cómo no?, así viajan las María Félix; varias prendas mal colgadas y otras aventadas en las repisas. Una María Félix^[4] muy desordenada vale anunciar. Llevé en varias vueltas toda su ropa y sobre la cama comencé a doblarlas con cuidado para luego guardarlas en la maleta y dejarla en condiciones.

—¿Todo esto es tuyo?

—Se suponía que mi viaje era de tres semanas... como sea, mi nombre ya lo conoces y supongo que mi edad también, por si se te escapó, en unas

semanas cumplo veintiocho. Tengo un vicio: fumo como si tuviera un hijo en coma y de mañas raras ni hablemos. Todos las tenemos, por lo que puedo te asegurar que o mientes o nadie se ha sincerado contigo nunca. Antecedentes penales: no. Mis vacaciones terminaron a los dos días de llegar y aquí me tienes, echa un trapo y sin más compañía que un sujeto al cual no conozco manipulando mis calzones.

—Permíteme decirte que tienes muy buen gusto.

Volvió a sonreír. Sus bellos ojos casi se cerraban cada vez que lo hacía. La miré fijamente: era muy bonita, aun así, con la cara maltratada y los labios partidos. Sacudí la cabeza y solté una carcajada, aprovechando el comentario de los calzones, aunque para ser sincero me reía más bien de la situación. Tan surrealista. Este tipo de conversaciones se suelen tener en un bar o tomando un café, no mientras ordenas su maleta y metes su desodorante y su rastrillo en un neceser.

—Yo, por ejemplo, no puedo dormir con calcetines por mucho frío que haga —dijo muy seria, como si se tratara de un misterio.

—¿Qué de raro tiene eso? Cada quien, sus preferencias.

—Cierto. Igual soy muy friolenta, lo que resulta contradictorio. Es ahí donde está la extrañeza.

—Decir que no tenía mañas raras me refería a unas que asusten o de esas que la gente oculta, precisamente, por salirse de contexto. —Sacudí la cabeza sin lograr zafarme de su mirada fisgona. Casi hablaba con los ojos. Esa manera suya de entrecerrarlos, tan soñadores cuando reía y tan investigadores cuando no, me ponía los pelos de punta—. Soy un tipo de lo más normal —aseveré, cerrando el tema. Tampoco se trataba de sacar todos mis trapos sucios a la primera. Ni a la segunda. Intimar con Davina no entraba en mis planes.

—¿En qué inviertes? —cuestionó, quitada de la pena luego de unos minutos de silencio en los que aproveché para empacar varios pares de zapatos en la maleta que me indicó, y que traía para ese único propósito.

—Principalmente, en bares y restaurantes.

Le contesté secamente y, para no seguir la conversación por ahí, la encaminé hacia otros temas más triviales, ya saben, como el estado civil y la

existencia de hijos. Sí, fui yo quien lo sacó a relucir. ¿Quieren saber? Ambos solteros y sin descendencia.

Minutos más tarde, abandonamos el hotel, no sin antes sostener una pequeña trifulca por su obcecada decisión de vaciar el *frigobar*. Ella ganó. No hizo *check out* y me preocupé un poco por su modo tan insólito de comportarse, y no hablo únicamente de botellitas de licor, sino de que me obligó a sacar de la habitación todo aquello que puedes llevarte por un coste extra: dulces, chocolates, batas de baño, pantuflas... evidente era su propósito el causar un perjuicio, de menos monetario, a la persona bajo la cual estaba la reserva. Finalmente y con el equipaje a reventar, solicitamos un taxi. En realidad, lo pidió ella y con un fluido francés.

¿Se fijaron que de su boca sonaba más sexi que de una francesa oriunda? Ufff, yo sí.

—Mencióname uno.

Siguió cuestionándome en relación a mis ocupaciones luego de que me sacó mi dirección en México, con entre calles y todo. Hice lo mismo para disimular. No le confesaría que sin entender el idioma, tendría que ser tonto para no entender sus datos personales vaciados en el informe del incidente de tránsito. Igual le di poca más de información mía. Cuanto más rápido ahogara sus dudas, menos tendría que hacerme del delito.

—Caza R.

—¡Sí, he ido! Se come delicioso. ¿Es tuyo?

—No. Invierto en un proyecto que me late, que le veo futuro. Aporto capital, me involucro en su creación y despegue. Cuando se coloca y recupero lo invertido, cobró la comisión pactada y me retiro.

—¿Qué pasa si quiebra antes de que eso suceda?

—Todo queda debidamente estipulado por contrato, en ese caso, me cobro con los activos... Cuidado con el escalón —le advertí al llegar a la privada de los departamentos de Gris—. El día que llegué aquí casi me fui de boca.

Se trataba de tres departamentos en una zona muy turística de la ciudad, situados en un pequeño callejoncito cerca de la Catedral de Notre Dame. En uno vive Gris y el otro lo alquila. En ese tiempo, lo ocupaba una pareja muy

dispareja de la cual ni vale la pena hablar, solo para que se den una idea: él, un veinteañero con perforaciones y tatuajes por todos los lados visibles, extremadamente alto y muy delgado, y ella, una pequeña bolita de ojos azules que lucía mucho mayor que él y que a diario salía, apenas amanecía, arriba de unos tacones verdaderamente altos. Supongo que intentaba ganar unos centímetros. En fin, por el uniforme, imagino que trabajaba en un banco.

Y el tercero, el más pequeño, era el departamento que me tenía prestado mí. Técnicamente, podríamos decir que era del mismo tamaño que la *suite* saqueada. Metros más, metros menos. Desde la entrada podías ver la cocina del lado derecho y la sala de estar al izquierdo. Al fondo, dos puertas que te llevaban una al baño y otra a la recámara principal, y ya está.

Una vez dentro, le ayudé a colocarse en el sillón reclinable junto al sofá, le dejé los controles de la televisión en la mano movable y un vaso con agua fresca en la mesilla de junto. Debía surtir la receta, recoger mi moto y avisar a Gris. Sobre todo, eso.

Si en algún momento pensé que mi estrafalaria tía me echaría un cable, estaba en lo cierto. Lo habría hecho, de no ocurrírsele tomar sus días libres en los mismos días en los que yo decidí complicármelos. ¿Más? Es que siempre se puede más, sobre todo, en la enfatización de lo negativo. Bien lo dijo Murphy.

La mañana siguiente Gris partió a España a visitar a un par de madrileños que había conocido tres meses atrás. Ni siquiera se dio el tiempo de conocer a Davina, pero bien que con toda la burla que pudo me recomendó que no la dejara mucho tiempo sola, que podría blanquear mis cajones como lo hizo en hotel.

Y, por supuesto, no dejaría de preguntarme a mí mismo qué habría hecho Davina si aquella mañana, en el hospital, mi puta cara no hubiera estado frente a la suya otra vez.

Das la mano y te agarran del pie

—Me hizo subir la Torre Eiffel a plenas doce del día, ¿puedes creerlo? ¡Con el calor que hace! —Davina colocó el dorso de la mano sobre su frente negando con la cabeza en un gesto de burla mezclado con pena ajena. Lo cual no comprendí, millones de turistas hacen eso—. Faltando poco para la cúspide, Santiago se adelantó a pasos acelerados y mira que no sé de dónde cogió fuerzas, porque todo lo que implique esfuerzo físico lo destierra en automático. Me molesté por dejarme atrás y, maldiciendo como es mi costumbre, le di alcance minutos más tarde. La última rayita de aire reservado en mis pulmones escapó en una larga espiración en el momento en que estuve de nuevo frente a él. Con una rodilla clavada en el suelo, sostenía un anillo con un par de dedos y en la otra mano, un pequeño letrero con la leyenda: «te quieres casar conmigo».

¡Vale! Eso sí que no me lo esperaba.

Se incorporó lentamente haciendo muecas de molestia, tomó un cigarro de la mesita y yo me apuré a encendérselo, esperando a que continuara con su relato. Daba caladas cortas, analizando todo mi rostro en sumo silencio. Yo le miraba la boca y, esa vez, sin hacer intentos por evitarlo. Sus gruesos labios apenas presionaban el filtro mientras succionaba y exhalaba lentamente. De verla, se antojaba... fumar. Comencé a desesperarme y nada: mutismo total. Tenía una cara muy bella, pero sus labios destacaban, me era muy difícil no mirárselos todo el tiempo. De pronto me sentí celoso de ese wey^[5]. No pude evitar que mi mente volara, imaginando lo fácil que sería pedirle matrimonio a una mujer como ella: guapísima, lista, relajada.

A los pocos días de su lesión, ya no la escuchaba despotricar sobre su situación, miraba el lado bueno en todo momento. Por fortuna para mí, siempre he odiado a la gente que se tira al piso. Además, Davina era muy divertida; debía serlo desde el primer minuto de conocerla, siempre y cuando no la hubieses atropellado antes, por supuesto, ahí sí que se ponía intensa, me

consta. Le encantaba conversar, y su manera de hacerlo era entretenida. Cosa buena, ya que llevábamos días encerrados. Hasta entonces, me había comentado sobre su trabajo como directora administrativa en una empresa textil y de su jefe mal encarado; ya me sabía su historia familiar, pues constantemente me hablaba de sus padres y de su hermana menor. Detalles de su acelerada vida, pero sin sobresaltos, hasta que puso un pie en tierras francesas con su novio, Santiago, con el que había tenido un problema. Lo que no imaginé fue que dicho problema tuviera que ver con una propuesta de matrimonio.

Me fui a la cocina a terminar de lavar los platos del desayuno, resignado a quedarme con la duda sobre si tenía alojada en mi casa temporal a una mujer comprometida. Rogaba porque no apareciera el susodicho de repente y me echara otro enemigo al lomo. Miren que yo no necesitaba más broncas con nadie. Me concentré en dejar la cocina pulcra y luego, reinando el silencio aún, en colocarle la compresa fría que tres veces al día tenía prescrita por el médico, ponerse sobre su brazo lesionado.

—Muerta de vergüenza y toda sudada delante de sabrá Dios cuántas personas le dije que sí—anunció, de repente, después de muchos minutos en los que estuvimos callados.

—Y puedo preguntar qué pasó después. —Intenté mostrarme indiferente, aunque a cada segundo me sentía más inquieto. Sobre todo, cuando me miraba de ese modo tan inquisidor.

Para distraer sus ojos de mí, decidí que ya era suficiente de la compresa y después de reacomodarle la camiseta en su lugar, fui a pararme a espaldas del sillón, buscando entretenerme cepillando con los dedos su cabello rebelde.

—Puedes. Igual no sé si te responde.

—No te hagas la tímida y dime de una vez que tu prometido anda por ahí desesperado buscándote por las calles de la ciudad del amor. —Siempre sirve recurrir a la broma. ¿Acaso me quedaba otra opción?

Ambos nos reímos medio desganados. Yo, porque... no sé por qué. Me sabía mal que su relación fuera así de seria, de formal. Ella, difícil saberlo, igual cobraba sentido aquello de que su corazón estaba roto.

—Estuvimos los siguientes dos días organizando «la boda de nuestros

sueños». —Hizo comillas con los dedos y, elevando la barbilla, giró los ojos hacia arriba tratando de verme—. Al tercero, tuve que enviar un mensaje a las nueve damas de honor para ponerlas al tanto de la cancelación. Por fortuna, a mis padres no les había dado las nuevas, así que tampoco tuve que informarles sobre eso. El anillo quedó bien sumergido en el fondo del río Sena.

—¿Y eso? —pregunté impresionado y, acto seguido, dejó caer la cabeza en el sillón, evitando que yo pudiera seguir con mis maniobras en sus pelos de loca. Con los ojos cerrados, agregó con tono cargado de ira—: Es un maldito hijo de... su madre. Quizá ni siquiera debí mencionarlo. Si no te importa, no me apetece seguir hablando del tema.

—Como quieras.

Me encaminé dispuesto a irme para tomar un poco de aire, dejarla un rato con sus pensamientos y, de paso, analizar por qué me sentía tan afectado con la reciente noticia. Para ese momento ya sabía que viajaba con su novio, con quien sus planes originales versaban en recorrer varias ciudades de Europa en tres semanas, pero que luego de un problema con él, se había quedado abandonada en la ciudad una noche antes del accidente donde resultara con la clavícula rota.

¿Acaso no quería casarse? Le había dado el sí, ¿qué no?... ¿Por qué justo esa aceptación me molestaba tanto?

—No te vayas. Me gusta platicar contigo, como que ya toca, ¿no? Yo mucho blablablá y tú cual tumba. Cuenta, ¿tienes pareja?

—Tenía —respondí seco, a medio camino entre la sala y la puerta de salida. Sorprendido ante el repentino cambio de tono en su voz y en sus ojos, de los que la angustia parecía haberse esfumado como por arte de magia. Lo dicho: chiflada bipolar—. Terminamos justo antes de venir acá.

—¿Por qué no vino contigo?

—Me vi obligado a emprender este viaje largo y sin compañía.

—¿Obligado? No me hago una idea de qué es lo que haces aquí solo y sin qué hacer aparte de lidiar conmigo, lo cual espero no estuviera dentro de tus propósitos.

Me miró dibujando esa sonrisa tan suya, la que me gustaba tanto. Me

gustaba porque sonreía con los labios y con los ojos al mismo tiempo. Cuando te sonreía así, tenías la certeza de su sinceridad.

—Es complicado. —Para que no resultara tan escueta la respuesta, mentí argumentando la pendejada^[6] de que necesitaba tomarme un tiempo, un respiro.

¿Cómo explicarle mi situación sin alarmarla? Imposible. Pronto dejaría de verla y, bueno, no es que me generara desconfianza, pero tampoco podía exponerla más y mucho menos a base de información. Lo que dicen: entre menos sabes, más vives.

—Tal vez fue precisamente lo que no le gustó.

—Lo dudo. Compartíamos departamento, el cual, además, es de mi propiedad. Me enteré que a los pocos días metió a un sujeto y todo indica que se ha instalado allí. Mi prima Pamela está en ello, instándolos a que empaquen sus porquerías y se larguen los dos de una vez.

—Creo que se sintió excluido.

—¿Quién?

—Pues tu pareja.

—No entiendo.

—Tu novio —me dijo muy segura de sí misma.

—La pareja de la que hablo se llama Mónica. MÓ-NI-CA.

—¡Ups! ¿No eres gay?

—¡NO!

¿Qué le pasa? ¿París me ha pintado un arcoíris en la frente?

—¿Ni tantito?

Y todavía lo volvió a preguntar. Con esa carita de inocente, analizándome con esos malditos ojos de alcancía.

—Pues no, Davina, no soy puto, ni tantito. Y ahí vengo, voy al baño a jalármela... lo que hago cada que te veo desnuda.

—¡¿Qué?! —me gritó de modo aparatoso, con la cara impregnada de vergüenza.

¡Trágate esa! La dejé con la palabra en la boca y di un portazo. ¿Gay? Entré al baño maldiciendo internamente, me han dicho de todo: maricón nunca. No tengo nada en contra de ellos, cada quien que haga con su culo lo

que le apetezca, pero ¡no lo soy!

Me miré en el espejo de piso a techo que había pegado detrás de la puerta y no me encontré nada. Jamás nadie me insinuó algo semejante y si alguien lo hubiera hecho, estoy seguro de que no me hubiera molestado tanto como que fuera ella quien lo pensara.

¿Quieren un informe detallado de lo que fueron para mí los primeros días con ella? ¿Concretamente la hora que me tomaba asearla, encremarla y vestirla? ¡Un verdadero, diario y perverso tormento! Sin contar el día que salió recién bañada del hospital y el día y medio siguiente, porque no fue sino hasta la tercera noche que, roja como un tomate, no le quedó más remedio que pedírmelo. No iba a ser yo quien lo sugiriera, de hecho, llegué a considerar que una semana en la mugre no la iba a matar. Si creen que mi culpa fue por no pensar en ello desde un principio, están equivocados. Lo hice. De hecho, para eso contaba con Gris; con lo que no contaba era con su desgraciado viaje, del cual seguía sin volver. Con el auxilio de mi querida tía, las labores a mi cargo se reducirían a trasladarla de la cama a la sala y de vuelta, cocinarle y hacerle compañía. Luego del reposo forzoso, llevarla a hacer los trámites de reposición de su pasaporte y, en otros días más, llevarla al aeropuerto. Un plan perfectamente trazado en los pocos segundos que tuve mi pie metido evitando que la puerta de su habitación de hotel se cerrara.

¿No es así la ayuda humanitaria?

Bien, pues ahí estuve aquella singular noche soltando la venda con la vista fija en la pared del fondo, reparando en una pintura que hasta ese día ni en cuenta: un paisaje alrededor de un lago con tres patos, sin nubes en el cielo, muchos árboles...

—Lamento importunarte tanto —me había dicho pesarosa.

—Sostén la bata y sostente el brazo, ¿de acuerdo? Prepararé la regadera.
—Traté por todos los medios de mostrar una tranquilidad que no sentía, sobre todo en mi parte media.

Una mujer con un cuerpo de infarto dentro de mi departamento. Vulnerable. Vestida con un diminuto calzón verde esmeralda y yo con semanas de sequía. ¿Necesito explicar más? Un espacio de verdad reducido; el baño era diminuto: regadera y tina a la vez, con una cortina casi

transparente separada del retrete por otra puerta muy angosta. Técnicamente cagabas acariciándola con la nariz (dato innecesario, pero que vale la pena compartir).

—¡Putra madre!

—¿Qué?

—Se me cayó el jabón. —Contuve la respiración. Había permanecido contando los azulejos del techo... ya se me olvidó cuántos eran. Su silueta se dibujaba casi a la perfección a través de la cortina—. Déjalo, ya me lavé lo importante. Es que tener el brazo sin sujeción, puta, puta, ¡puta madre!

Me había dado toda la prisa posible, más que por aliviarle el dolor, porque ¿cómo ajustas un vendaje sin mirar dónde lo pones? Donde no hay ni mucho ni poco, sino todo lo contrario y, claro, me pidió que le pusiera crema ¡en todo el cuerpo! Cabrona.

Un enfermero con todas sus letras. Digno de reconocimiento. Uno que, para qué mentir, disfrutaba de su paciente autoadjudicada la que, además, ofrecía excelentes vistas. Pero, a ver, los carnívoros no se conforman con cuidar para mantener a salvo un buen trozo de filete, ¿verdad? ¡Se lo quieren comer!



—La recuperación será más lenta si sigues poniéndote de pie sin necesidad.

—Oye, discúlpame.

Abrí la puertita donde guardaba su medicamento y puse la pastilla delante de ella junto con un vaso con agua.

—Vuelve a la cama.

—Patricio...

—Déjalo. No pasa nada y regresa a la cama.

—Patricio.

—Que venga a dudar de mi hombría una mujer que apenas conozco no me afecta. —Sin siquiera mirarla, di la vuelta al pollo y apagué la estufa. Los

brócolis ya también estaban en su punto.

—¡Vaya!

—Vaya, ¿qué?

—Eres un tanto homofóbico, ¿no es cierto?

—Y tú, una excelente para emitir juicios de opinión sobre de quien no tienes ni puta idea.

—¿Sabes soltar groserías? —Levantaba las dos cejas. Muy asombrada según ella.

—No te excedas, Davina —le advertí, poniendo las palmas sobre la mesa e inclinando ligeramente el torso hacia ella en un intento por intimidarla. Estaba sentada en uno de los bancos de la barra de la cocina esperando la cena, se había pasado el resto de la tarde encerrada en la habitación y sin comer.

En la escasa casi semana que llevaba conmigo, muy bien enterado estaba que no estaba cuidando a un manso corderito, tenía por lengua una daga de doble filo. Callada no se quedaría.

—Tengo un par de amigos gais que no son menos hombres que tú.

Y ahí estaba...

—¿Me parezco a ellos?

—Bueno, son muy limpios y cocinan delicioso.

—Supongo que es un cumplido.

Me sonrió fingiendo timidez y continuó, dirigiendo sus ojos a la estufa.

—Ahora mismo eso de los sartenes huele delicioso. —Sorbió ampliamente con la nariz, como suspirando, como solía hacerlo Gris. Puse un par de manteles y cubiertos. En un bol pequeño preparé rápidamente un aderezo a base de aceite de oliva, vinagre, mostaza, ajo, sal y pimienta. Dispuse de una fresca limonada para ella y destapé una cerveza para mí. Serví los platos, me di la vuelta para arrastrar uno de los bancos y poder comer frente a ella.

—Eres tan atento y tan servicial que...

—Cruzo límites en lo afeminado —completé su frase con muy mal genio. Ya me había molido con lo de gay, pues no dejaría de molestarla por ello. Que se sintiera más apenada. ¡A huevo!

—¡Olvídalo! —exclamó indignada.

—Olvídalo tú. Sé muy bien quién soy.

Terminamos de cenar en silencio. Tenía muy buen diente, así que, sin pedírmelo, le serví un poco de pudín que había preparado por la tarde mientras ella fingía dormir y yo fingía ignorarla. Después de semanas en soledad, esa última se llenaba de placenteras plásticas; me gustaba mucho su sentido del humor y hasta la entonación que le daba a todos los disparates con los que ensalzaba sus enunciados. Devorábamos películas y series para luego comentarlas... y bueno sí, también sé hacer postres. La culpable: Rita, la tía que hizo las veces de madre cuando la mía falleció tan solo siete meses después de que a mi padre lo mataran por resistirse a un asalto. Tenía dos años, así que no los recuerdo. Para mí, mi madre fue y seguirá siendo Rita, y ella, junto a la educación que me dio, era la responsable de que en París me consideraran puto en ambas acepciones de la palabra.

Un punto que ahora me pongo y les aclaro: la suma de la ecuación inquilina lisiada, cama matrimonial, hombre grande, inquieto y con necesidades, daban como resultado dormir en el sillón. Ante tal escenario, apenas amanecer salía a correr cerca de una hora para regresar cuando Davina despertara y juntos tomar café. La señora cubana que despachaba en la cafetería de la esquina lo preparaba delicioso, por eso iba cada mañana... hasta una última mañana. La razón, simple: días atrás me había contado de su sobrina y, justamente esa última mañana ahí se encontraba. ¿Qué la llevó a pensar que yo podría liarme con ese esperpento? Porque eso fue lo que me insinuó la otra vez. Literal, me dijo que podría salir con Jolie, que podría hacerla feliz con una sola vez que ella saliera por la puerta de mi departamento sonriendo de oreja a oreja. Pues no. Ni borracho y con la riata^[2] hinchada de tanto vendar y desvendar a mi inquilina lisiada.

De ahí que tendré que reclamarle a Rita por hacer de mí un hombre caballeroso y de buenos modales, tanto, que me tilden de puto. Puto capaz de enredarme con la que sea y puto de llave para puerta abatible o, lo que es lo mismo, de los que usan la salida como entrada.

Debía reconocerlo, me gustara o no, la vida me había puesto frente a Davina o, mejor dicho, había puesto al camión del pan para luego caerle

encima con la moto. Daba lo mismo, estaba conmigo, en mi casa, comiendo a mi lado. Sería poco tiempo y yo no lo iba a malgastar estando de malas o dejándome llevar por malos sabores en la boca infundados, tanto por lo de mi falsa putería como lo de su prometido o lo que fuera. Haría un intento porque las cosas siguieran por el camino trazado, ni más ni menos.

DeD

—¿Davina?

—Espero no lleves prisa, intentaré bañarme en la tina.

—Voy a entrar.

—¡Ni se te ocurra!

—No puedes hacerlo por tu cuenta, no todavía. Deja de comportarte como una niña, ¿quieres?

Luego de regresar de correr con los cafés en mano y de tener que rechazar a la tal Jolie, la encontré en el borde de la tina, sentada e intentando soltarse el vendaje. El agua caliente corría, dejándose sentir el denso vapor en el reducido espacio.

—No tengo ganas de servirte como material pornográfico.

Solté una carcajada muy estruendosa. Le dije aquello sólo por fastidiarla, aunque ganas no me habían faltado; igual no la saqué del error. Me recompuse y me acerqué a ella para desvendarla.

—Mantenlo pegado al cuerpo —le dije como todas las veces; también como todas las veces, miré de reojo sus preciosas tetas. Y *como todas las veces* le rogué a mi paquete que no se emocionara mucho.

Habíamos establecido una rutina: sentada en la cama le ayudaba a quitarse toda la ropa menos su prenda inferior, de la cual se desprendía ya dentro de la bañera. Le quitaba la venda y le colocaba una de las batas que sustrajo del hotel para luego caminar al baño. Cuando terminaba de asearse, ella cerraba las llaves y sin correr la cortina, le pasaba una toalla que medio enrollaba en su cuerpo. En un par de ocasiones, esa toalla traviesa se deslizó

al piso y, bueno, la vista es muy natural y curiosa, ¿o no? Y como no era capaz de secarse por sí sola, e inclinarse sin tener el brazo amarrado le sacaba gritos de dolor, tenía que hacerlo yo, así como ponerle la crema. Contando esa, eran seis. Seis malditas veces que había muerto y revivido vez por vez.

—¿Qué fue lo que te llevó a pensar que era gay?

—¿Seguimos con eso? Patricio, ya te pedí disculpas.

—Perdonada. Cuenta, qué más: soy limpio, te gusta mi comida, soy atento, servicial. ¿Qué más?

Y dicha rutina se fue por el caño. Aún arrodillado, luego de cerrarle al agua que llenaba la bañera, al girarme la vi: ¡Davina se había desnudado completamente! Un hilo de saliva me jugó una mala pasada desviándose por un costado de mi garganta, yo trataba de aclarármela con inútiles carraspeos.

—Ya qué más da. —Rápidamente, me puse de pie, la sostuve por el codo y la ayudé hasta quedar sentada en el fondo de la tina—. Mi cuerpo ha sido expuesto ante ti y necesito depilarme.

—¡¿Toda?!

—¿Perdón?

Otra vez... saliva necia...

—Quiero decir, ¿para qué quitártelo si no? —Señalé hacia donde debería llevar puesto el calzón blanco con corazoncitos rojos, ese que yo mismo le había ayudado a ponerse el día anterior.

—Tú, como si no me ves.

«Cínica».

—Hago como que no, Davina, pero te veo.

—Eso o que no soy tu tipo.

—Mi tipo o no, ante una mujer desnuda...

—No estás ayudando.

—Tú tampoco.

—Déjalo pasar, Patricio, y mejor respondo a tu pregunta. Eres muy delicado —fruncí las cejas ante el comentario—, delicado en tu modo de tratarme, quiero decir. Tan caballeroso que no me faltas al respeto ni con la mirada.

Eso está mejor.

—No estás aquí para que te seduzca.

Y para dejárselo claro, corrí la cortina para darle «privacidad». Sí, claro, como si la estuviera pidiendo. Descarada.

Adorablemente descarada.

—Y te lo agradezco infinitamente —adujo, bastantes minutos después, en tanto yo esperaba recargado en la puerta respondiendo unos mensajes en el celular.

—Pues yo no te agradezco que por no ser un cabrón en toda regla me colocarás una etiqueta.

—Culpa tuya y tu dominado arte de la simulación. Has hecho que me sienta cómoda.

—Lo que te hago creer —le dije apretando los dientes.

—Creo que ya no lo estoy tanto.

—Davina, yo tampoco. Eres una mujer hermosa.

Después de un largo rato, le ayudé a salir del agua para comenzar con mi drama personal de secarla, encremarla, vestirla... Mis manos ponían crema corporal en el brazo dañado; mis ojos, que segundos antes estuvieron pendientes de la evolución colorida de los moratones, desviaron su atención para anclarse en su pecho, para admirar sus pezones que de seis veces, por primera vez, se dejaban ver duros.

—Esa mirada fue la que esperé para azotarte una cachetada. —Apretaba los labios en una línea. Contenía la risa.

Me puse en modo serio a propósito. También me quería reír, me había descubierto, pero no le di gusto y mejor me lo di a mí, devoré con absoluta libertad sus antojables pechos. Con la vista. Lo que ella aceptó casi gustosa.

—Levanta el brazo —le ordené—. Me has abierto la puerta, Davina.

—¿Qué quieres decir?

—Para la próxima, al menos, intenta cubrirte un poco o atente a las consecuencias.

—¿Con qué esas tenemos? —Otra vez, esos achicados ojos acusatorios.

Davina enojada también era divertida, era cuando más majaderías soltaba. Me encaminé al armario y, sin saber muy bien por qué, escogí mi camiseta

favorita. Una con la que me gustaba dormir y que llevaba conmigo más de diez años.

—Lo que te hizo debió ser muy duro como para horas después de darle el sí vaciaras el *frigobar*.

—¿A qué viene eso? Como sea, Santiago puede costear eso y mucho más.

—Lo que se traduce en una venganza muy inmadura. Yo, en cambio, podría proponerte una más interesante...

Dije aquello justo en el momento que la recargaba en los almohadones y, para darle énfasis a mis palabras, me sujeté de la cabecera de la cama, acercándome a ella mucho más de la cuenta, recreando en mi mente mi lengua acariciando la cortada al costado de su labio.

—En vano. No se enteraría.

—Para satisfacción tuya.

Milímetros nos separaban. Podía sentir su aliento invitándome, antojándome más y más.

—No tienes ni puta idea de lo que pasó con él ni mucho menos de cómo soy yo.

—Tú tampoco me conoces, Davina, así que deja de provocarme.

Fue entonces cuando mi endeble camino trazado se fue en un vuelo directo y sin retorno.



—La viejita obstinada en que le rapara la cabeza a su esposo. Buena parte ya la tenía pelona de manera natural. Su ilógico argumento se basaba en que quería que luciera más joven. Como si se pudiera... ¡Hazme el favor! Se trataba de un señor de ochenta y un años. Finalmente, la convencí de que si en vida nunca optó por ese estilo, que lo dejara despedirse del mundo como solía llevar el cabello.

—Lo que has de ver.

—Ni te imaginas. Hace poco arreglé a una chica que murió una semana

antes de su boda, ya sabes, en el féretro con vestido de novia, tiara y demás.

—¡Qué trabajo tan horrible! —Davina se cubrió la boca de inmediato y luego remató formulando una pregunta retórica—: ¿Lo dije o lo pensé?

Gris emitió una carcajada ante la falsa expresión de vergüenza de Davina.

—Los hay peores —le aseguró.

Media tarde en el chisme y parecían amigas de toda la vida poniéndose al día. Y yo, un tanto fastidiado; vale, es que la lisiada no reparaba en mí mucho que digamos. Iba por etapas: primero, en el lugar del accidente me presentó su condición intensa y de bruja ofensiva; los días siguientes, una muy juguetona, conversadora, transparente y liviana, y de ahí, pasó a mostrarme su versión de bruja pasiva y pensativa por más de cuarenta y ocho agónicas horas. Concretamente, desde que le sugerí una venganza digna de llamarse como tal y que, ante su negativa luego de tentarme, me pusiera altanero sugiriéndole que se abstuviera de provocaciones.

Ya no hallaba como redimirme.

—Y no sabes lo bien que pagan por poner *chulos* a los muertitos.

—No podría ni por todo el oro del mundo. Aunque se podría decir que yo también trabajo para un muerto. Muerto de sentimientos, así es mi jefe. El dueño de la fábrica donde laboro es un maldito cabrón que no le interesa la vida de sus empleados más allá de las paredes de su empresa. No le importan ni los nombres, con eso te digo todo.

—Búscate otro.

—La verdad es que dicho ogro me dio la oportunidad recién egresada de la universidad, sin conocerme y, como es lógico, sin experiencia. En ese entonces no era tan amargado, y me enseñó a llevar de su mano y, a su gusto, su empresa. He ido ascendiendo con el paso de los años; ahora soy la segunda a bordo y, hasta cierto punto, nos hemos hecho amigos. Me encanta lo que hago y además gano buena lana; dejarlo por conducirse como si tuviera un palo metido en el culo, sería una estupidez. Hay cosas en las que no estoy de acuerdo, no lo niego, pero me las trago. Como hace poco que echó sin contemplaciones a una chica que se la partía por hacerse notar, todo porque su pequeñita enfermó y se vio obligada a faltar un par de días.

El horno emitió un pitido, indicándome que la cena estaba lista. Dispuse

de todo en la barra para cenar y las llamé a sentarse en los banquillos cuando terminaba de trocear el pan. El maldito y duro pan. Rallé queso parmesano y descorché una botella de vino tinto. Davina platicó un poco más de la pobre a la que su jefe despidió y Gris siguió con sus anécdotas cadavéricas.

—Bruja, termina ya con la lasaña que te tengo una sorpresa.

Ya les dije, tenía que redimirme.

Mi voz hizo acto de presencia de pronto, interrumpiendo su conversación. Por dos cosas: una, Gris, si la dejabas, podía hablar de sus difuntos clientes por una eternidad, los maquillajes, las técnicas y la madre. Y la segunda y más importante, que la bruja maniatada ya me mirara, ¿no? Pasiva y pensativa conmigo, solo conmigo. Me purgaba que desde que Gris apareciera esa tarde, mi inquilina había vuelto a ser la hablantina y dicharachera a la que yo ya me había acostumbrado y que tanto extrañaba.

—¿Me hablas a mí? —Davina echó un vistazo al plato de Gris. Tenía el mismo aspecto de uno jamás servido.

Lo que pasa es que mi poco refinada tía, ya en confianza, era capaz de lamerlos.

—¿A quién más si no?

«Sí, tú, bruja bien hecha».

—¿Bruja?

—El otro día me dijiste que cuando te enfermabas tu mamá te preparaba arroz con leche. Mira. —Coloqué frente a ella un pequeño recipiente a rebosar con dicho postre.

Me quedé con las ganas de deleitarme de lleno con la enorme sonrisa que desplegó, sin embargo, era mejor dar media vuelta y ver de reojo la entrada de la primera cucharada, simulando mi desorbitado interés tomándome más de la mitad de la cerveza de un solo golpe.

Que tampoco creyera que me traía babeando... porque me traía.

—Que mi adorada madre no sepa nunca que otro arroz con leche me ha conquistado.

Y por comentarios como ese, más que más.

—A ver, a ver. Tanto alboroto. Estoy que reviento, pero quiero probar.

Serví una porción para Gris y otra para mí.

La verdad es que me lucí. Me había quedado muy bueno.

—Mmmm, Patricio, está delicioso. Gracias.

Agradecí con un asentimiento de cabeza y le hice un guiño con el ojo. No supe bien si ella también lo sintió; para mí, el aire denso que nos envolvía por las últimas horas se esfumó. Sus ojos, acompañados por sus labios, volvieron a sonreírme del modo en que me arrancaba a pedazos porque lo hiciera de nuevo. Canté vitoria para mis adentros, pues día con día, mi atención no hacía otra cosa que volcarse en ella. Única y exclusivamente en ella. Descuidando, incluso, mis propios asuntos, los cuales debía resolver cuanto antes y de los que prácticamente no tenía noticias. Convertí en una obsesión el hacerme notar; la atendí desde el primer momento, pero desde que ella cambió su postura a pensativa y reservada, me dediqué a consentirla y mimarla en exceso. Quería que me mirara de modo distinto, incluso descarada, como el día que se desnudó de manera intencional y yo, de lo más pendejo, dejé pasar la oportunidad que casi rogaba porque se me volviera a presentar.

Vale. De poder elegir habría escogido un comportamiento más hostil de su parte por haberle ofrecido muy cerca de sus labios una revancha más atrayente. Porque yo sé actuar con mujeres así, con las que te presentan su cara ruin cuando, se pudiera decir, las ofendes o hieres sus particulares y, a veces, estúpidos escrúpulos, pero con una Davina nunca antes me topé. Tan especial. Tan única. Dejó de intimar conmigo en el plan que lo llevábamos muy de amigos que se echan la mano. Desconocer su desnudez hubiese sido lo mejor... o tal vez no, pero que ese desafío nos revelara a ambos no muy indiferentes hacia el otro, con lo contradictorio que resultara que, diplomáticamente, acatara mi solicitud de no volverlo hacer, me tenía despellejándome, desviándome de mi camino.

—*¡Riz au lait*^[8]!

—*Au mexicain*^[9], mmm... —Davina raspó con la cuchara el fondo del platito para no dejar ni un granito de arroz.

—Como sigan hablando francés no vuelvo a cocinarles —les advertí. No era la primera vez en el transcurso de la velada que salían con sus frasecitas

en ese idioma, a sabiendas que yo no entendía prácticamente nada y que Gris hablaba perfectamente el español aunque llevara viviendo en París desde muy niña.

Mi abuela había vuelto a casarse años después de que mi abuelo muriera, cuando mi madre era una adolescente. Poco antes de que mis papás se casaran, mi abuela y su marido decidieron trasladar su residencia a Francia, Gris cursaba en ese entonces la primaria. Dice Rita que mi abuela ya no volvió a ver con vida a mi madre, nunca se dijeron una a la otra que padecían el mismo tipo de cáncer. Sí, las dos.

—Mejor invítame otra copa, sobrinito consentido.

—Y el único que tienes.

Antes de servirle más tinto, llevé a mi bella paciente hasta el sillón reclinable donde solía echar humo, sobre todo, después de los sagrados alimentos. Estábamos tan coordinados que casi no hacía falta que me pidiera nada, esa química innata e inexplicable nos brotaba sin más.

—Al volver a la habitación comenzó a empacar sus cosas. El carísimo anillo y el anticipo que dejó en el museo donde se llevaría a cabo la recepción que, dicho entre paréntesis, ni siquiera me había consultado, le pesaban más que mi brutal decepción al encontrarlo con la cara de aquella parisina entre sus piernas.

—¿¿Cómo?! —pregunté estupefacto. Me encontraba con las manos metidas en el horno, limpiándolo y tan sumergido en mis cavilaciones que no me di cuenta en qué momento abordaron el tema del que fuera su prometido.

—La cocina no va a escapar si no la aseas por un día, Patito. —Gris dio un sorbo a su copa y me ordenó que me sentara a su lado dando palmaditas en el sofá—. Ven y escucha. ¡No sabes el novelón!

—En su discurso de presentación me dijo que no tenía mañas raras y vaya que ser amante de un trapito es lo de menos. ¿Has visto cómo todo lo ordena por tamaños?

—¿En serio?

—¡Que es tu sobrino y lo debes conocer más que yo!

—Dejen de hablar de mí como si no estuviera presente.

—Hacía treinta años que no lo veía, así que, prácticamente, lo conozco pocas semanas más que tú.

—La muy desconsiderada no me buscó nunca.

—Tú tampoco hasta ahora, y mira como yo no te juzgo... ¡Oigan! Tenía escasos doce años cuando mi hermana murió. Mi papá, que no es el abuelo de Pato, no sé si te ha contado... —Davina asintió con la cabeza, entonces Gris continuó explicándose —: Se vio buena onda y me llevó a su funeral. Mi mamá y abuela de aquí mis ojos, en ese entonces, estaba en etapa terminal, falleció de leucemia pocas semanas después.

—También ya lo sabía. Lo siento mucho —se lamentó Davina.

—Sí. Muy triste, qué se le va hacer. En fin. En esa corta estancia en México, conocí a Patricio, pero al poco tiempo le perdí la pista; su tía Rita se mudó de casa y no volví a saber de él hasta que me localizó por Facebook. —Gris emitió un largo suspiro y, alargando su mano para tomar la mía, agregó —: No sabes el gusto que me ha dado tenerte cerca después de tanto tiempo. Conocerte de verdad. Redes sociales que de menos sirven para algo bueno. —Me hizo un cariño en la mejilla y le sonreí.

Le estaba realmente agradecido. En la llamada telefónica, luego de ponerme en contacto con ella, le pedí que me diera asilo y sin preguntarme absolutamente nada, accedió.

Yo necesitaba salir del país lo antes posible y de manera casi milagrosa pensé en esa tía de la que alguna vez me platicó Rita, la única familiar viva que me quedaba de mi madre. Rita, siendo la única hermana de mi padre, se hizo cargo de mí junto a su hija de la misma edad que yo, convirtiéndose en madre soltera de dos cuando mis padres fallecieron. Ellas, hasta que no di con Gris, eran mi única familia cercana. Bueno, en realidad tengo más tíos y primos y hasta abuela paterna, pero con ninguno podía contar realmente. No para el lío en el que estaba metido. Arriesgar a nadie nunca estuvo dentro de mis planes. Ni a Gris, pero a ella, viviendo tan lejos y teniendo, además, un apellido distinto al mío, mis enemigos no la tenían en radar.

Reencontrarme con esa tía, finalmente, fue algo que agradecerle a las no gratas circunstancias de mi vida.

—Pues tu sobrino es un maniático, date cuenta, te invito a que abras la alacena. —Davina volvía al tema con su frescura habitual. Tenía una especie de don para hacer que todo fuera más liviano.

—Será menos —le refuté—. ¿Qué me dices de tu manía de quitarle la etiqueta a los encendedores o a cualquier envase? O comerte las galletas haciendo formas, ruñéndolas cual conejo.

—El encierro sí que les ha resultado beneficioso —intervino Gris, pero ninguno de los dos reparó en ella. Nos miraba divertida, pero más lo estábamos Davina y yo con ese juego de palabras de los que tanto disfrutábamos.

—La diferencia radica en que yo sí te dije que tenía mis mañas y que lo tuyo, querido mío, es TOC^[10].

—Si lo analizamos bien, lo tuyo también.

Los dos soltamos la carcajada. Lo que Gris no sabía era lo mucho que nos encantaba molernos el uno al otro con nuestras obsesiones. Y que dicho sea de paso, nada grave siquiera, lo mío era cosa de limpieza y orden, otra culpa que hincarle a Rita. Y que Davina, más que obsesa, era una ideática empedernida.

—Muchos desvíos en la trama, Davina —reclamó mi tía—, sigue contando del hombre del año, anda.

Mi divina brujita me pidió que le reclinara el sillón para poder tener las piernas en alto; una vez reacomodada y agarrando aire como si fuera soplar velas, se explayó:

—Estaba cansada por chutarme todas y cada una de las obras del Louvre. Bueno, casi, así que decidí no acompañarlo a beber esa noche. Pasadas las doce, después de cargar pilas, bajé a buscarlo al bar y, para mi sorpresa, lo encontré en pleno faje con una de las meseras.

—¡¿Ahí?! —exclamó Gris. Y vaya que no era de las que se impresionaba con facilidad.

Le quité el cigarro de entre los dedos, di dos caladas y se lo devolví. Lo duro que debió ser aquello, el engaño ames como si no, siempre jode.

—En el baño de mujeres. —Davina, en aparente calma, nos ponía al tanto del motivo por el cual su compromiso no prosiguió, con ligereza o con falsa

ligereza. A saber—. Reconocí uno de los pares de zapatos que se asomaban y, para más inri, sus gemidos: «Ah, ah, aaaahhh, sigue, nena, sigue. Ah, ah, aaahhh, más, nena, más».

Con los ojos cerrados imitaba la voz del tal Santiago.

Surrealista.

Gris soltó una risotada escandalosa y exclamó con voz alzada:

—¡Ups! Lo siento. No quería burlarme, pero es que lo cuentas de tal modo que...

—No, y espérate, viene lo mejor: entré al sanitario contigo y parada en el retrete, desde las alturas, aplaudí cuando lo hizo eyacular.

—¡Nooo!

—Sí, Gris. Yo con el corazón en la boca mientras la rubia estrambótica con el miembro de mi prometido hasta la garganta.

—No puedo ni creer que lo cuentes así, tan quitada de la pena.

Ni yo. Pero no dije nada.

—¿Qué se supone que haga? ¿Qué siga lamentándome? —Davina achicó sus ojos hasta casi cerrarlos. Analizando nuestras reacciones—. Lloré esa noche y mucho, después de que se largara echando chispas cuando le dije que no quería volver a verlo en mi renga vida, y de que me tildara de incomprensiva. Lloré por mí, Santiago no se merecía mis lágrimas ni por los tres años juntos, porque por nada y me casaba con una persona que tan no me aceptaba como soy, que en pleno viaje de compromiso me traicionó de la manera más vil.

—Y ¿cómo eres, Davina? —inquirí sin mucha duda.

En los escasos días de compartir con ella la conocía mucho más de lo que ella se imaginaba. Se trataba de un ser transparente, de una exquisita mujer merecedora de todo lo mejor.

—Muy estrecha, si tomamos en cuenta que él la tiene muy grande.

El trago de cerveza se me regresó por la nariz; escupí y, luego, un ataque de tos que me costó controlar. ¡Loca deslenguada!

—No fue eso lo que te pregunté —espeté contrariado, limpiándome la boca con el dorso de la mano. Gris me golpeaba la espalda entre risa y risa mientras Davina se carcajeaba sosteniéndose el brazo malo.

¿Pueden imaginarla? Riendo como chango con ataques, desparramada en un *reposit* que le quedaba tan grande como mi camiseta de los Santos de Nueva Orleans que llevaba puesta; el diminuto *short* ni siquiera se le veía, lo que se traduce en que sus torneadas piernas se dejaban ver casi completitas. Sus largos cabellos sin peinar los llevaba de cualquier modo, esos del color del caramelo, igual que sus ojos; ni chino ni lacio, abundante, pesado. Una cara de niña soñadora que ya no quiero ni contar. Era tan hermosa. Y su lengua, una daga filosa sin filtros ni retenes que me tomaba desprevenido casi todo el tiempo y no me malentiendan, no soy escamado, se trataba en todo caso de su mordacidad. Y de que, para qué negarlo, su inmensa seguridad me apabullaba.

—Vaya chica divertida y simpática con la que has venido a chocar.

—¿Le recrea mi desgracia? Tu tía es mala. —Davina puso su cara de niña buena y sufrida, esa que solía ponerme y con la que yo caía rendido a sus pies.

«¡Bruja!», quise gritarle, pero la tos no me dejaba.

—Lo que digo es que fui a perder el tiempo a Madrid con Lola y Germán. Que haciendo una pausa en el fascinante cuento, dejen que les confiese que no me lo ligué, cuando lo conocí no me di cuenta como se le juntaba la saliva en la comisura de los labios.

—*Wiiuuu* —soltó Davina y ambas se estremecieron.

Una vez que me recuperé, fui a la cocina por un trapo con que limpiar el piso, dándoles al par de viejas el tiempo necesario para que dejaran de reír.

—Así que muy cerrada...

—Fue su argumento —le contestó la otra como si nada, encogiendo el hombro sano y torciendo la boca de modo muy gracioso—. Me reveló que no lo satisfacía totalmente... y ya en análisis, llegué a la conclusión de que ni en el ámbito sexual ni en ningún otro. De entrada, siempre se avergonzó de mi disparatado modo de hablar, para colmo, constantemente me pedía que me tiñera el cabello de rubio y hasta ¡llegó a sugerirme la keratina brasileña!^[11]

—Cretino —bufó mi tía indignada—. Tu cabellera es perfecta.

—Tampoco mientas por convivir, sé que mi pelo es un desastre cuando

no lo arreglo.

—Yo que tengo tres pelos y de baba envidio a las que pueden darse el lujo de moldearlo de mil maneras, como debe ser el tuyo.

—Como sea, güera^[12] no soy; también odiaba que usara zapatos de tacón alto, se acomplejaba de su estatura el muy pendejo... y así, la lista es larga. El punto es que se suponía que yo debía comprender que por mi estrecha cavidad en ocasiones buscara a otras para desfogarse; quienes estuvieran dispuestas a que las partiera en dos, debo suponer. —Empecé a preguntarme seriamente qué tan grande la podría tener, pero, sobre todo, por qué Davina hablaba con tanta naturalidad de un tema que debería ser privado e, incluso, incomodo compartirlo—. Que de ese modo podíamos estar en armonía. Por supuesto que lo mandé directito a la chingada^[13] y sin escalas, haciéndome una idea de con cuántas mujeres pudo engañarme. ¡Y ni siquiera se disculpó! Qué decir de reconocer su error, pues a su muy asquerosa manera de verlo, era algo que yo perfectamente podía soslayar, tomando en cuenta que lo hacía por amor a mí. ¡Háganme el puto favor!

—Aclárame algo, ¿en qué momento terminó el anillo en el río?

En lo que piensan las mujeres, no se les escapa ni una.

—Eso fue muy cómico. —Tomó aire, un cigarro de la mesita y con serio dramatismo, explicó—: Al término de los aplausos, di tiempo de que la mesera se pusiera de pie y que el muy puto ese se metiera su graaaaande miembro dentro de los pantalones; salí corriendo con dirección al río. De menos, no me quedé con las ganas de hacer una escenita digna de comedia barata, pues han de saber que me persiguió por varias cuadras. No pude ver su cara de lamento en ese instante, pero bien claritos me quedaron los miles de pesos que le costó cuando hacía maletas, cuando así, como cerecita del pastel, me amenazara con cobrármelo de una u otra manera.

La sangre me hervía, la historia en mi cabeza era otra, no sé exactamente cuál, pero otra. No podía concebir que un tipejo así hubiera tenido oportunidad con mi Davina por años y que no la aprovechara. Encima humillarla y abandonarla fuera de su país, pretendiendo culparla de su propia incapacidad para hacerla feliz.

—¿Tiene manera de hacerte daño? —pregunté con evidente tono de preocupación en mi voz y no sé por qué, pero me incliné hacia ella, le puse mi mano entera a medio muslo y le acaricié la pierna con extrema confianza.

—El daño que podía hacerme ya me lo hizo. Te lo aseguro.

Y otra vez esa hermosa y sincera sonrisa que me fascinaba sin rastro de que mi caricia le incomodara. Fui yo quien recapacité. Retiré la mano poniendo fin al íntimo contacto.



Debí mantenerme a raya. Debí evitar a toda costa que mi lado imbécil aflorara de modo esférico. Debí usar a mi favor la distancia que me había marcado y, ¿qué hice? Mucho más allá de lo que no debí.

Al día siguiente, cuando regresé de correr, me quité la camiseta apenas atravesar la puerta. Digamos que no conforme con mi desbordada atención y detalles hacia ella, la prudencia y saber estar los mandé de paseo. Preparé yo mismo el café y entré en la habitación con el torso desnudo y brillante de sudor. No me voy a ufanar de nada, pero que sepan: estoy bien mamado^[14]. ¿Tampoco les he hablado de mi estatura? Bueno, pues mido un metro noventa... El caso es que se quedó mirándome con mi iPad suspendida en la mano—. Excelente —le dije a ese lado mío muy imbécil.

Me repasó de arriba abajo, deteniendo sus bellos ojos en el elástico de mi bóxer que se asomaba por arriba del *pants*. Y ya, como por no dejar, puse con detenimiento la taza de café en el buró para que pudiera tocarme con sus pupilas mi bien proporcionado bíceps.

—Voy a darme un baño, luego sigues tú. Hoy es tu cita médica, brujita — le dije en tono más que cariñoso después de darle los buenos días con un beso en la punta de la nariz; galanteando con ella, para ser exactos.

—¿Qué te ha dado por llamarme así? Como sea, mi padre va a depositar un dinero a primera hora de México —dijo, aclarándose la garganta un tanto perturbada. Le sonreí todo lo vanidoso que pude, colocando las manos en las

caderas—. ¿Podrías pedirle el favor a Gris? Me da pena molestarla con eso, pero como tú, por inverosímil que me parezca, no cuentas con tarjetas bancarias.

Abordar ese tema había sido complicado, y no es que no tuviera tarjetas, es que por el momento no podía usarlas.

Comencé a desnudarme una vez crucé por la puerta del baño con la suerte de mi lado, mi teléfono celular sonaba y vestido única y exclusivamente con ese bóxer del elástico devorado, regresé a la habitación para poder atenderlo. Lo había dejado en una especie de ropero instalado frente a la cama y, dándole la espalda, respondí la llamada, recargando los antebrazos en la parte de arriba para darle el privilegio de mirar mis nalgas sin interrupciones.

No me tomen por presuntuoso, en realidad le estaba devolviendo el favor.

—¿Has podido averiguar algo? —le pregunté a Luis sin mucho preámbulo apenas descolgar.

—Lo estamos buscando hasta por debajo de las piedras, créeme, pero al muy cabrón parece que se lo ha tragado la tierra... Dime, ¿cómo estás?

—Eso, o que por primera vez en su vida está utilizando la enorme cabeza que tiene con algo de inteligencia, tratando de no llamar la atención. Y por mí no te preocupes, estoy bien.

—La solución está en que pagues, Pato. Puedo apoyarte con la suma que sea, lo sabes de sobra —insistió Luis, mi mejor amigo. Como desde que le contara del problema en el que me había metido Federico, mi socio.

—Primero agotaré todas mis instancias. —Me giré y noté que Davina me estaba mirando y, por ende, escuchando, por lo que guardé silencio y hasta no llegar de nuevo al baño, continúe diciendo—: No voy a dejar que me llegue el agua al cuello, te lo aseguro. Por favor, mantenme al tanto de cualquier noticia que tengas.



—Adiós, vendas. Hola, cabestrillo.

Estuve cerca de media hora sentado en la sala de espera del ortopedista. Me hubiera gustado estar presente en la consulta, pues ya me daba cuenta de que Davina tendía a minimizar las situaciones, pero ella no me lo pidió y yo tampoco se lo sugerí.

—Esas son buenas noticias —dije entusiasmado. Se le veía muy contenta de que la fractura fuera por buen camino.

—Habrá que adquirir uno y una pomada que dice el doctor que es maravillosa, ya sabes, para no quedar con *look* de Frankenstein.

Me puse rápidamente de pie y acorté la distancia para después sujetarla por la cintura con ambas manos. Mis dedos cosquilleaban por tocarla mientras que a ella parecía darle lo mismo mi contacto, ese que cada vez era más frecuente y sin encontrar, muchas de las veces, justificación.

—Una monstruito muy encantadora. —Removí su cabello para dejar a la vista su frente ya sin puntos y, sin darme mucha cuenta de lo íntimo que de por sí resultaba esa cercanía, pasé uno de mis dedos sobre la fina línea que se dejaba ver en un costado y en diagonal, justo antes del nacimiento del cabello.

La pequeña bruja que me llegaba por debajo el hombro, dio un paso atrás dejando un espacio más prudente entre los dos. La sensación de vacío al alejarse nuestros cuerpos pronto se evaporó al tomar mi mano y besarme delicadamente los dedos. Se trató de un gesto simple, pero cargado de sentimiento.

—No sé por qué no te lo había dicho antes, pero debes enterarte que no tenía ni idea de qué hacer aquel día en el hospital. —De pronto, su mirada se tornó nostálgica. Me acarició la mano que me había besado segundos antes y la colocó a la altura de su corazón. Latía acelerado, similar al mío. En realidad, creo que iban acompasados—. Cuando te pedí la blusa estaba desesperada, perdida. Gracias por volver. Gracias por seguirme hasta el hotel. Gracias por encargarte de mi equipaje y llevarme contigo.

—Era lo menos que podía hacer. Vamos, te invito a comer algo por ahí. —Trataba de quitar el hierro del asunto, hacer desaparecer la congoja que pretendía llegarle a sus bellos ojos. Davina no debía sufrir, por más que lo disimulara, la ruptura con su novio y, sobre todo, el modo, le rompía si no del

todo su corazón, sí su orgullo y su dignidad—. Luego vamos a comprar el cabestrillo y la pomada mágica, ¿te parece?

Quería que conmigo se sintiera a salvo, por lo que seguiría luchando hasta que llegara el momento de su partida. Entrelacé esa misma mano con la suya y caminamos hasta la esquina para tomar un taxi, pero ella prefirió seguir andando, añoraba un paseo después de tantos días de encierro.

—Hacer los trámites en la comandancia o lo que sea, y con el seguro, era lo que debías hacer. Tal vez informarte sobre el estado de salud de la tipa a la que arrollaste, hasta ahí. Preocuparte, ocuparte y seguir ocupándote, no.

—Me ocuparía de ti siempre, Davina.

La entonación que le di a ese enunciado debió decirle mucho. A mí me dijo mucho, me reveló cosas... Se me estaba botando el freno, ya casi no conseguía detenerme. Davina me despertaba una mezcla de sentimientos muy confusos y revueltos, y todos ellos muy apasionantes. Apreté mi mano y me sonrió de manera diferente. Su sonrisa, por lo general, era pícara, la de esa tarde, inundaron sus ojos de devoción hacia mí. Eso fue de lo que me convencí, de que nos unía algo más que inquietud y sentido de protección de mi parte y mero agradecimiento del suyo.

Al cabo de varias cuerdas, nos decidimos por entrar a un restaurante de esos con mesas sobre la banqueta y las sillas todas mirando al frente, ordenamos un par de hamburguesas y un par de botellas de té helado.

—También ya es tiempo de que comience a ver lo de la reposición de mi pasaporte —dijo, luego de un pequeño silencio—. Tengo que irme ya... has hecho demasiado.

—¿Te han dado de alta definitivamente?

—No, pero luego de una semana más podré comenzar a mover el brazo poco a poco, tomando como medida el dolor que me implique.

—Entonces en una semana más lo vemos —dije rotundamente. Molesto incluso.

Mi parte coherente me decía que entre más pronto se fuera de mi lado, mejor. En cambio, mi parte más irracional, o sea, la imbécil, quería abalanzarse, rodearla con los brazos y no dejarla ir nunca.

—Ya no necesito reposo absoluto, podemos ir a la embajada y...

—No.

—¡Oye! Dos fines de semana más y debo volver al trabajo.

—Veamos como evolucionas con el cabestrillo, y no se habló más. Soy tu enfermero particular y mi prescripción es que lo llevemos con calma.

Y la mejor parte de mí, la que se encargaba de sentir, de anhelar, de soñar, moría lentamente por un beso de sus labios.

Las sillas estaban tan pegadas que era cuestión de girar la cara para hacerlo.

La giré.

Me incliné.

Contuve la respiración.

Contuve mis ímpetus.

Estuve cerca, muy cerca.

¡Al carajo todo! Usaría el tiempo y su lesión a mi favor para hacerle saber todo lo asombrosa que era. Lo muy perfecta que era para mí. La retendría hasta el último minuto para venerarla y adorarla porque ninguno de los dos decidió tener la casualidad de coincidir.

¿Quién sufre más? ¿El que se queda o el que se va?

No llegué a sus labios pese a que ella también lo ansiaba, pese a que todas sus expresiones corporales lo pedían a gritos, a cambio, reímos cómplices; fue como una epifanía que anunciaba lo que más pronto que tarde acabaría por suceder: labios trabados y cuerpos acalorados. Ya no hacía falta nada, había química, de esa que aludes para justificarte cuando estás con esa persona en quien no dejas de pensar ni teniéndola al lado tuyo; de quién no puedes separarte y necesitas respirar su mismo aire. Química que, antes de Davina, catalogaba como invento de los débiles: «química pendeja», solía llamarla.

Aquella tarde, después de comer ricas hamburguesas, caminamos por toda la avenida de los Campos Elíseos. Davina bobeó en cada escaparate y compartimos un helado que le acercaba para que lo lamiera e, inmediatamente después, lo lamía yo, todo con tal de no soltar su mano. Es que no quería soltarla, aunque tuve que hacerlo para pagar en la farmacia y ayudarla a subir y bajar del taxi que nos llevó de vuelta al departamento donde, apenas llegar, tiramos las vendas a la basura y estrenó cabestrillo tan contenta como una niña con juguete nuevo. Luego estuvimos horas metidos en Netflix sin poner demasiada atención. Abrazados, nos contábamos anécdotas graciosas de la infancia. Tuve oportunidad de besarla veinte veces, pero me lo negué y se lo negué: estar con ella era algo a lo que le encontraría explicación días más tarde... pero así, sin tener mucho tiempo, quería tomármelo con calma, pues, no obstante haber resuelto dejarme llevar por dicha química, continué en contención hasta el siguiente amanecer cuando al salir del baño la deshice de la bata que se sostenía de sus hombros, dejándola paralizada a escaso metro de la cama, con gotas de agua escurriendo por su cuerpo, esas malditas que perseguían volverme loco, desde el cabello hasta perderse en alguna parte en la que podía matar si no era yo quien se perdiera,

y para ello solo hacía falta empezar. Nervioso, como si nunca hubiera estado con una mujer.

Es que Davina no era otra, era ella.

Sin volver a meditarlo —es que ya no tenía seso conservando cordura—, me coloqué muy cerca de su espalda. Quieta, sin girarse ni decir nada me dejó hacer, se dejó llevar por la misma expectación que jugaba su mejor carta a la par de mi nariz que la estremecía en su recorrido por la parte detrás de su oreja, de lado a lado de su nuca; su femenino aroma embriagándome y, a la vez, aguantando la respiración cuando la hice trastabillar hacia atrás, chocando su trasero desnudo debajo de mi entrepierna.

Alucinante.

Y mis manos en un subibaja acompasado entre la parte alta de sus muslos y alrededor de sus caderas.

Flotando de deseo, arrodillado ante el reloj en una súplica de tregua al segundero para gozarla con mayor intensidad.

—No estoy aquí para que me seduzcas —me dijo con voz sutil.

Besé todo su cuello; suavemente, acaricié su abdomen y la abracé con todo el cuidado para no llegar a lastimarla. Volví a su oreja y desde ahí me reí discretamente por cómo escupía mis propias palabras. Y porque tenía razón. Toda. Pero no podía parar. Ya no.

Y ella tampoco.

Reservas de autocontrol agotadas.

El imán y el metal.

La química con la física.

Las almas gemelas en las que nunca creí, pese a considerarme un enamorado de lo peor.

—Tú me has seducido, Davina, por ser tan hermosa y tan bruja.

Mis manos sentían como su piel se erizaba ante mi contacto, ante mi aliento por todo su cuello.

—La puerta no te la dejé abierta —expuso en un susurro y, echando la cabeza atrás, dejó que mis labios pasearan por su clavícula y hombro sano. Contradiendo sus propias palabras.

«Mentirosa».

En un camino de besos y caricias acorté los pasos hasta la cama y la recosté cuidando que su brazo enfermo quedara alineado a un costado de su cuerpo.

«Mi Davina divina».

Su cabello escurriendo, mojado la almohada.

—No imaginas las ganas que te tengo. —Ardía de deseo. Materializaba las fantasías que recreé desde el primer momento en que la vi desnuda.

Y ella no tenía menos ganas que yo. Toda su anatomía respondía a las caricias que le profesaba. Con el dedo índice repasé sus gruesos labios para luego bajar por su barbilla, haciendo una línea imaginaria desde su cuello hasta el centro de sus pechos; me detuve ahí, quise sentir los latidos de su corazón, ver su pecho inflarse y desinflarse. Fue todo un gozo llenarla de expectación hasta que mi dedo llegó a su ombligo, bien valía, ya habíamos pasado por mucho para llegar a ese momento.

Regresé a sus vértices y presioné uno. Llevaba días viéndolos duros, antojándome, pero guardé el capricho de mi boca cediéndoselo a mis manos, a mis dedos que se los pellizcaron, atrapándolos, jalándolos. Su boca entreabierta, respirando por ella; ambos jadeando lento y por lo bajo. La imagen de Davina en ese instante fue lo más sensual que he visto nunca: totalmente receptiva a mi tacto, atenta. Desnuda, mía. Quería memorizarla, immortalizar los espasmos producidos por mis manos en su cuerpo, las que impacientes abandonaban sus senos para bajar hasta su centro y sentir la humedad que de ahí emanaba. Con la mano derecha me sostuve de la cabecera para evitar caerme, las piernas me temblaban; mi miembro reñía dentro de mi ropa buscando una salida... y una entrada. Davina, ardiente y tan mojada —mi dedo índice lo percibió al irrumpir en toda su abertura—; arqueándose, cerró los ojos cuando lo introduje suavemente.

Su mano izquierda se deslizó por mi muslo y por en medio de mis piernas tentándome más; en tanto, permitía a mis dedos entrar y salir de ella, los dejaba jugar entre sus pliegues intentando no perder la concentración y soltar el cierre de mi pantalón. Sin esperar, su mano entró por la ranura del bóxer para tocarme la punta y recoger la gota de mi excitación para luego embarrarla por todo lo largo hasta la base, envolviéndola en un puño.

Delirante.

Su mano subía y bajaba; mis dedos entraban y salían de su cuerpo al ritmo que ella marcaba. Con el pulgar rozaba su hinchado botón de placer, me chupaba los labios excitado y ella hacía lo mismo, me imitaba. Me vi obligado a sostenerme con demasiada fuerza de la cabecera, quería explotar. No sé cómo conseguí llegar a su boca, lo obtuve sin dejar de tocarla, sin que ella dejara de hacerlo conmigo.

¡Una delicia!

Y más deliciosos sus labios, los que tanto añoré besar. Los mordisqueé un poco antes de introducir mi lengua y descubrir su saliva caliente, era adictiva.

Más presión entre nuestras piernas; más precisión, devorando ansiosos nuestras bocas; más movimientos acelerados segundos antes de contraerse alrededor de mis dedos, de tensar las piernas y aflojar los labios en un largo gemido sin escándalo: sexi, absolutamente sexi. Lo único que me faltaba para descargarme violentamente sobre su mano.

Así sucedió nuestro primer encuentro. Le di el primer beso en medio del primer orgasmo que le produjo y que me regaló: ella totalmente desnuda y yo totalmente vestido. Empapados de sudor, con la temperatura a mil. Sin tocarnos más.

Porque el deseo que mi bruja divina me provocaba era satisfecho con muy poco por su inmensidad, insaciable porque quería... y sigo queriendo más y más.

La abracé y me dediqué a besarla mucho, por todo el tiempo que ansié entrelazar sus inflados labios a los a los míos. Recostado a un lado de ella, jugando con su pelo, hasta que un quejido nos recordó a ambos que su brazo seguía sin sujeción.

—Debemos colocarte el cabestrillo.

Me puse de pie y la incorporé con suavidad. Había estado muda salvo por los gemidos y ronroneos que salían de su indecente boca de diosa.

—¿Podrías besarme un poco más? —suplicó casi tímida.

El dulce sonido de su voz me llegó hondo, muy profundo. Mi deseo por ella crecía al grado de asustarme porque sin poder advertirlo, en realidad, me mandaba lejos. Más lejos de lo que nunca fui. Hacia lo desconocido.

Tomé su cara con ambas manos y la besé, no poco sino muchos minutos más.



Es horrible pensar en pasado, hablar en pasado y, lo más feo, vivir en el pasado... tiempo en el que fuiste el ser más feliz del planeta. Lo que yo fui con Davina. Quien no fue mi conocida ni mi amiga, mi novia o mi amante: fue mi todo, todo eso junto y más. En escasas semanas construyó mi universo personal, ella al centro sin siquiera un título porque no existía y porque ¿acaso podía yo pedirle algo? Había llegado a mí por una cosa del destino; yo no tenía planeado estar en París, ni siquiera salir en moto aquella mañana. Al llevarla conmigo no fragüé meterla en mi cama con fines distintos a que sanara.

Podía gustarme y excitarme todo lo que quisiera. ¿Por qué no? Era una mujer muy bonita. Sentirme atraído por su cuerpo podría ser nato; adorarla por su particular forma de verme o sonreírme. Pero Davina conquistó mi alma con su alma y yo no tuve remedio.

Desde el mismo día que me atreví a tocarla, dormí con ella; esa noche y cada noche le hice el amor. Me entregué en cada beso, en cada caricia y lo mejor —o lo peor— de todo fue que me sentí correspondido. Ojalá hubiera sido una aventura, un rollo de verano. Ojalá ella me hubiera utilizado, que hubiera estado conmigo por despecho.

Pero un día todo se torció. Después de una tarde perfecta donde Davina había tomado la iniciativa. Casi nunca lo hacía, era un tanto tímida a la hora de intimar. Los motivos muy obvios: venía de una relación en la que le habían hecho creer que no satisfacía en esos terrenos. Mentira podrida. Esa tarde después de comer y después de fumar, se puso de pie y comenzó a desnudarse. No podía sola, no de la parte de arriba, y como ayudarle no me representaba inconveniente, lo hice, pero me tomé mi tiempo para admirarla, como hacía cada vez para grabar en mi mente sus porciones de piel, como

cada vez... Acomodé mi espalda en el respaldo del sillón luego de que me pidiera que así, desnuda, le colocara de nuevo el cabestrillo. Intenté incubar en mi cerebro ese gemido de placer al rozar sus pezones, los dos al mismo tiempo, con las palmas de mis manos sudorosas por los nervios como si no la hubiera tocado nunca. Sí, también, como cada vez. Porque cada vez fue mágica, me convertía en otro ser, uno más bobo pero más lleno. Ella se quedó quieta parada entre mis piernas, sonriéndome con los ojos y con labios como si adivinara las imágenes que en cámara rápida se desarrollaban en mi mente donde la tomaba como un animal, lo cual era imposible dado su brazo tullido. Pero eso no impidió que con mis dos manos la agarrara de sus caderas con firmeza y deslizara mi boca por en medio de sus piernas para comérmela desesperado, probándola con mi lengua por primera ocasión. Sus chillidos fueron más escandalosos, música para mis oídos convertida en una auténtica sinfonía orquestada por mi par de dedos que, al unísono de mis labios y mi lengua, jugueteaban en su interior, provocándole contracciones previas a la cúspide del orgasmo que reservaba justo para el momento en que la sentaba sobre mí. No tardó en cabalgarme. No tardó en arquearse y soltar un extenso soplo de delicia. No tardé en dejar escapar un resuello ahogado.

Me ponía tremendamente mal, para qué alego en mi favor.

La besé mucho, todo lo que pude, por todas partes. Duramos abrazados una eternidad.

Ese día era su cumpleaños y saldríamos a festejar. Consentirla fue mi máxima cada día, cada momento. Ella quería ir a Moulin Rouge y Gris se había encargado de la reserva.

Nos dimos una larga ducha y... comenzaron a llamar a la puerta con mucha insistencia.

—Invítame a pasar, no seas descortés.

—¿Qué haces aquí? —Le pregunté con todo el desprecio que pude, pero, sobre todo, muy sorprendido, en el más espantoso sentido de la palabra. La visita no pudo ser más inesperada, más inoportuna.

—Deja de hacerle al tonto. ¡Agarra tus cosas y vámonos!

¡¿Cómo carajos había dado conmigo?! Sólo tres personas pudieron decirle y las tres eran de mi entera confianza...

Tenía el cerebro embotado. Una divina brujilla se paseaba por él, preocupándome en parámetros desorbitados.

—Ya estoy lista.

Mi brujita salió de la habitación sin darse cuenta de nada, luciendo espectacular. No podré olvidarme de ella nunca, de su vestido entallado, de sus rojos zapatos de tacón...

—Y ¿tú eres...?

—Soy Da...

—No te importa —las interrumpí, antes de que Davina se pusiera en evidencia, pero dirigiendo la mirada a esa persona no grata a la que tomé por el codo para evitar que terminara de cruzar por la puerta—. Hablemos en otro lado, Mónica.

—En realidad, no tenemos mucho de qué hablar: he venido por ti. —Mi exnovia soltó mi agarre de forma muy brusca y fue a sentarse en un sillón muy a su estilo ufano, sin que se le moviera un pelo de su ondulada y perfecta cabellera—. Pato, no pierdes el tiempo, ¿eh?

Davina, desconcertada, se acariciaba el brazo por encima del cabestrillo. Nos miraba a uno y a la otra sin saber cómo comportarse. Creo que el solo nombre ya le había dicho bastante, aunque ese bastante no fuera nada asemejado a la realidad.

—Tenemos que irnos, *mi amor*, o prefieres que te delate con tú... lo que sea esta tipa para ti. Hay bastante gente buscándote y tú, tan campante. ¿Tú noviecita sabe que cometiste delitos fiscales y que por eso te escondes?

—Ella no es mi novia... No es nada mío en realidad y cállate, no sabes de lo que hablas —rugí. A cada segundo me encontraba más enfurecido.

Ya saben, formulándome la típica pregunta de: ¿por qué a mí? ¿Por qué ahora? No daba crédito. Ni Pamela ni mi tía Rita ni Luis pudieron traicionarme, ¿o sí? Y por otra parte, lo más importante en ese justo momento: hacerle creer a la arpía que tuve por pareja y viviendo bajo mi mismo techo por casi un año que nada me unía a Davina, aunque en ello se me fuera la vida. Lo dije en muy mal tono, despectivo, como si ella no

tuviera que ver con todos y los más puros de mis sentimientos. Lo peor es que lo hice a propósito y supe instantáneamente que con esa sencilla frase le causé daño: sus ojos me lo confirmaron. Efectivamente, Davina no era nada mío, pero no porque no quisiera: las razones iban mucho más allá de mi voluntad, y mi parte imbécil siempre supo que llevarlo lejos me haría lamentar poner el corazón en quien yo no merecía.

Mónica emitió una especie de risa sardónica mientras Davina y sus hermosos ojos asustados me partían en dos. Buscaba en mi rostro patidifuso una explicación que debí darle antes. Y lo que más me destrozó fue que no había acusación en ellos, que se achicaban cada vez que quería dilucidar; ni siquiera resentimiento, solo había una profunda angustia que ya no tendría oportunidad de borrar.

—Oye, lamento todo esto, en serio, pero ve con la vecina, ¿vale? —Me acerqué a pedirle con voz muy queda.

Sin tocarla, mirándola fijamente en un intento por pedirle perdón... Si ella resultaba perjudicada no me lo perdonaría jamás.

Asintió sin cuestionarme, tal y como lo esperé. En mis días con ella preguntó mucho, pero se conformó con poco y mis secas respuestas le bastaron siempre. Ella depositó toda su confianza y yo le pagué mal. Se despidió de Mónica con un asentimiento de cabeza y una sonrisa ladeada. Avergonzada me pareció. Eso me mortificó a grados abismales porque la que debía marcharse era Mónica, la que ya no estaba en mi vida. La que jamás debió reaparecer.

Salió por la puerta con la cabeza gacha, y un nudo en mi garganta ahogó mi voz para evitar detenerla.

—Ahora agarra tus mugres y vámonos.

—¡Contigo ni a la esquina! —grité ofuscado.

—Eres un maldito desconsiderado. No te importó dejarme a mi suerte.

—Te equivocas. Te dejé el suficiente dinero para que salieras de la ciudad apenas me marché, pero a ti te pareció mejor idea llevar a mi casa a uno de tus amigos.

—Necesitaba quien me cuidara. Despistar al enemigo.

—Mira, lista, te dije que te fueras. Solo tenías que instalarte en otra

ciudad unos meses en los que arreglaba el tema, comprar un teléfono para mantenernos en contacto y poder avisarte cuando pudiésemos volver. Te quise proteger, pero tú no quisiste.

—Debiste traerme contigo.

—Nuestra relación llevaba fría demasiado tiempo. ¿Qué caso tenía?

—Pues este, que no dieran contigo a través de mí.

—¿Qué hiciste, Mónica?!

—Salvar mi vida. Nada más. Afuera nos esperan dos matones de un tal Romero y no se irán de ahí sin ti.

El frío que recorrió mi espalda no impidió que tomara la decisión más correcta. Podía inmovilizar a Mónica y salir rechinando llanta en la moto hasta perderlos de vista, pero eso implicaba dejar a Gris y a Davina a la suerte de los enviados de Romero. No lo haría ni aunque mi muerte la tuviera jurada. Escapar los tres no había modo y, de haberlo, tampoco las arrastraría: ser egoísta no me llevaría a buen puerto.

Hice mi maleta en unos cuantos minutos, escribí una nota y salí.

En un vehículo negro, dos sujetos con cara de sicarios aguardaban. Ambos se encargaron de que viera sus armas y de ahí todo sucedió muy rápido. En nada, mi maleta estaba en la cajuela y Mónica al volante; uno de los hombres iba sentado tras ella y el otro haciéndome subir en el lugar del copiloto, sin palparme, sin llamar la atención.

En la pequeña callecita de los departamentos estaban Gris y Davina dando fe de mi partida. No vi el rostro de mi tía; me centré en el de la mujer de los tacones rojos, la que le diera vida a toda mi existencia.

No pude besar una vez más la deliciosa boca de quien amé sin derecho y sin razón.

No pude decirle adiós.

Gris, no estoy muy seguro de que nos volvamos a ver... Gracias otra vez. Gracias por darme techo y dejarme conocerte.

A ella, dile de mi parte que, por muy retorcido que

suene, si tuviera que volver a atropellarla, lo haría, que fue un gozo tener la casualidad de coincidir...

Pato.

Catalina
&
Emilio

Capítulo 2

Catalina

Al toro, por los cuernos

Hay quien nace con estrella... Yo tenía una linda y muy grandota que me acompañaba donde fuese. Se me extravió. Ahora vivo estrellada.



Comienzo a girar en mi propio eje cual bailarina lela, hasta que Santi, todo mareado, golpea mi cara con sus pequeñas manitas.

—Mi niño, lo siento. Es que no sé qué diantres hace aquí.

¡Y ya está tocando la puerta! ¿Desde cuándo tiene alas? Hace pocos segundos que apreté la chicharra para que se abriera el acceso de la calle.

—Tato, ¿olvidó las llaves *ota vezzzz*? ¡Assshhh!

Abro la puerta con Santi en brazos y Valeria enroscada a una de mis piernas. Lo primero que alcanzan mis ojos es su esculpido rostro. La chamaca del demonio le sonrío de inmediato, ¡coqueta sin remedio! Santi se entierra en mi cuello apenas verlo, no le gustan los desconocidos y, además, con lo perceptivo que es, seguro le ha notado su mezquindad. Si lo suelto ni se cae, me sujeta por el cuello con mucha fuerza para sus diez meses de edad.

—Señor...

—¿Puedo pasar? —me pregunta con esa voz grave que llevaba tiempo sin oír. Esa que llena una habitación haciendo retumbar las paredes.

—Por supuesto. Disculpe mi descortesía, no recibo muchas visitas. Adelante.

Me hago a un lado para que acceda y, una vez dentro, vuelvo a cerrar la puerta con el corazón bombardeando en mi pecho, con su estúpida voz haciéndome eco. La pequeña suelta mi pierna y, con un gesto de la mano, lo invito a sentarse en uno de los bancos alineados a la barra de la cocina y la rodeo para sentar a Santiago en su silla rosa para comer —es la misma que usó Valeria y ni modo— en tanto, busco entre mi mente qué decir; la pequeña coqueta me salva, comienza con un simpático interrogatorio.

—¿Quién *edes* tú?

—Me llamo Emilio.

—¿*Taes chiques*?

Valeria intenta subirse a otro de los bancos, pero no puede. Acaba de cumplir tres añitos y es muy bajita aún. Eso sí, habla como un perico. Me sorprende ver al señor ogro ayudándole con mucho tiento, como si pensara que fuera a quebrarse o como si le diera asco tocarla. Cualquiera de las dos. Con este tipo nunca se sabe.

—Aunque trajera, bribona, no tienes edad para chicles, ¡te los tragas! — Lo veo y me ve. Lo curioso no es eso, sino que compartimos una sonrisa, sin obviar el hecho de que se encuentra dentro de mi casa, sentado en mi cocina, analizando el entorno, a-na-li-zán-do-me a mí—. Espera, nena, ya te sirvo tu cena.

—Yo *cenade* un *sanish*, ¿*quiedes*, *Emilo*?

—No, pequeña, gracias. He venido a hablar con tu mami.

—¡Pues *Tati* hace los *mejodes sandishes* del *paneta*! —grita Valeria emocionada.

—Ya lo creo —le responde de inmediato, un tanto contagiado por el entusiasmo de la chiquilla. Le acaricia la mejilla y la pequeña coqueta hasta ojitos le hace.

Otra novedad es que a este sujeto nadie le ha informado de mi situación. Ambos se parecen tanto a mi hermana y, por ende, a mí, que el mundo podría asegurar que los parí.

Bueno, pues no lo saco del error.

—¿*Edes amibo* de *Tati*?

—La conozco, un poco...

—Deme un momento para que cenén y lo atiendo. —El señor Emilio asiente con la cabeza y otra sonrisa que me saca de mi centro. En los pocos meses que fui su empleada me crucé muy pocas veces con él, siempre me trató con desdén, así que nunca le vi sonreír ni una sola vez—. ¿Le ofrezco algo de beber?

—Agua, por favor.

Le sirvo su agua no sin antes meter en la boca de Santiago otra cucharada

de plátano.

La cena de los niños transcurre bajo la atenta mirada de la visita. Santi se relaja y juguetea con el par de tapaderas de plástico que le he dado para entretenerse y Valeria no vuelve a abrir la boca a menos que sea para dar bocados o sorber de manera muy ruidosa del popote^[15] de su leche con chocolate.

—¡Tato!

—¡Nena! —exclama Beto apenas cruzar la puerta al oír el saludo animoso de la niña. Saluda al extraño con un simple y educado buenas noches, y besa a la pequeña en la frente.

Dicho extraño se pone de pie, se dan la mano de manera cordial. Roberto rodea la barra para darme un beso en el mismo lugar a mí y yo lo miro con cara de «no preguntes nada». Mi jefe nos mira con desconcierto y yo río en mi mente. La película que se ha de recrear en su imaginación me divierte mucho porque nada es lo que parece. No en mi caso, al menos.

Beto se marcha a preparar el baño de los niños como todas las noches. Tenemos una rutina a la que nos hemos habituado para facilitarnos un poco las cosas. Entre los dos nos ocupamos de ellos, más ahora que, por el tamaño de Santi, Beto ha perdido el miedo de romperlo. La risa que mantenía en mi mente sale por mi boca en forma de rugido involuntario al recordar como Beto chillaba cada vez que le tocaba hacer algo nuevo, como el primer pañal con *popó* o aquella vez que le vomitó encima la papilla de zanahoria. Toso para desviar la atención que Emilio no deja de infringirme.

¡Ay, por Dios! Me siento tan expuesta.

—Vamos, pequeños apestosos, a la bañera.

Beto regresa a la cocina, ha cambiado sus *jeans* por un *short* deportivo y su camisa por una camiseta desgastada. Valeria se mete a la boca el último pedazo de sándwich, bajando de su asiento a toda prisa mientras yo saco a Santi de la silla para entregárselo a Beto. Los tres desaparecen cantando una canción sin sentido que Valeria y Beto han inventado. Vuelvo a sonreírle al señor sentado en el banco, pero esta vez no me la regresa. ¡Genial!, ya me siento más incómoda. Ojalá dejara de rascarse la barba como lo hace. De todas las personas de mi reducido mundo que esperé tocara el timbre de mi

departamento un martes por la noche, es él, Emilio Roel, el que fuera mi jefe y con quien no crucé más de breves enunciados, todos los cuales me dejaron siempre desazón.

—No quiero ser grosera, pero tengo unos cuantos minutos nada más. — Estoy a dos de perder la paciencia.

—Leí en su expediente que se tituló en la escuela de diseño con honores, lo que me llevó a preguntarme: ¿qué hacía usted trabajando de empacadora en mi empresa?

—Usted no quiso emplearme en mi ramo... A ver si me acuerdo de las palabras exactas. —Simulo recordar, presionando mi sien con el dedo índice —: «Debería diseñarse a usted misma antes de pretender formar parte de mi equipo. ¿Se ha visto usted en un espejo?».

La verdad es que esas palabras taladran mi cerebro día sí y día también.

El señor Roel se pone de pie de nuevo y reduce sus ojos.

—Y bueno —recargo los codos en la barra, según yo toda valerosa—, en recursos humanos me dijeron que los puestos para diseñadores estaban todos ocupados, que, en ese caso, el único modo de que me contrataran sería que usted mismo lo instruyera. Ya había dejado mi currículum minutos antes de mi efímero y revelador encuentro con usted en el estacionamiento de su fábrica. Un mes después, la gerente me llamó para decirme que había un puesto en el taller y lo acepté.

—¿Por qué? —Carraspea antes de preguntar. Se siente apenado y a mí me da mil gusto que se sienta así.

—La paga era buena, excelentes prestaciones... como puede ver, tengo una familia que mantener. —Extiendo mis brazos para señalar mi entorno. Siempre me ha gustado ser un poco dramática, de no haber estudiado diseño de modas, artes escénicas me habrían quedado como anillo al dedo—. En las empresas que sí me dan trabajo en mi ámbito, lo hacen en calidad de aprendiz por la mitad de sueldo, algo que, evidentemente, no puedo permitirme. —Se hace un raro silencio y continúo—: Ahora, si me permite, debo alistarme para salir a trabajar.

—¿A esta hora? —pregunta sorprendido.

—Es lo que hay.

Me giro para terminar de lavar los platos mientras él se queda clavándome los ojos en la espalda, juro que los siento enterrados en los omóplatos. Y vaya que sus ojos son grandes y redondos. Dulces y expresivos, como los del gatito de Shrek. Diseño mal escogido: no le van.

—¿Puedo llevarla?

Me encojo de hombros y le invito a que se siente de nuevo en el banco.

Esto se va a poner mejor...

—¿A qué hora vuelves? —Beto, con el ceño fruncido me observa. Cree que le oculto información respecto a mi jefe y su visita. No he sabido responderle nada. ¿Qué le aclaro? Ni yo sé qué demonios hace aquí.

Va y se recuesta en el sillón de la sala con Santi en brazos, no sin antes prepararle el biberón y encender la televisión.

—Me contrataron hasta las tres.

Voy a mi habitación, Vale se ha dormido en mi cama, al rato que vuelva la llevo a su camita, y mejor me apuro a estar lista si no quiero que Beto se lo coma a preguntas como Valeria. Par de preguntones. Me cambio las chanclas por unos zapatos más cómodos, cepillo mis dientes y mi cabello a toda prisa; guardo una sudadera en mi mochila y me encamino de nuevo a la *sala-estancia-cuartodetelevisión-cocina*, todo junto, es que el departamento es «algo» pequeño.

—Manda ubicación cuando llegues y mensaje cada media hora, por favor. No importa que me desveles, me quedo muy nervioso. Y pides Uber.

Asiento con la cabeza, tomo las llaves de la cómoda e invito al señor Emilio Roel a que nos retiremos.

¡Todo muy raro!

Me impone.

Me cohíbe.

Le doy la dirección de la casa a donde debe llevarme, sin decirle que desde que me corrió estoy de niñera por las noches y de sirvienta por las mañanas. Lo primero no me molesta, pero lo segundo sí; insisto: es lo que hay. El ogro no me cuestiona y en menos de veinte minutos bajo de su lujoso

vehículo, agradeciéndole por el aventón. No sé por qué acepté que me trajera, no supe qué quería con su extraña visita. Ninguno de los dos volvió abrir la boca.



—Emilio me ha sentado esta mañana en su oficina y me ha montado tremendo cuestionario sobre tu persona. Lo siento, amiguita, pero me temo que he abierto la boca un tanto de más.

—Me da lo mismo, no tengo nada que ocultar. ¿Te dijo que estuvo anoche en mi casa?

—¡¿De veras?!

—Y se fue sin que me enterara de su propósito.

—Con razón despotricó sobre tu corta edad y los niños, así comenzó la conversación.

Oigo la risa loca de mi amiga, la directora administrativa y gerente de la empresa en la cual ya no tengo la fortuna de laborar. Ella y yo hicimos buenas migas desde el primer día, desde entonces, pese a que casi no nos vemos, mantenemos nuestra amistad vía telefónica.

—«No entiendo cómo se ponen a tener hijos sin antes asentar su vida. Luego andan llorando por los rincones porque no tienen ni para darles de comer. De ese modo, a los que sí la planeamos nos hacen sentir culpables por no tenderles la mano de la forma que desean».

Me explica en un intento por imitar la gruesa voz del susodicho.

—Lo que piense ese señor me vale dos cacahuates.

Y a veces ni eso, pero igual la duda me carcome, así que le pregunto qué fue lo que le respondió.

—Nada. Lo afirmaba fúrico y yo, pues, dándole avión. El pedo^[16] fue cuando me preguntó dónde trabajabas ahora, le dije que lo ignoraba; también ignoro cómo pude sonar tan convincente, ya sabes lo mal que se me da mentir. No tener pelos en la lengua me genera problemas, me conoces.

Además, quiso saber a qué se dedica Roberto y pues ahí sí que dije la verdad: que estudia y tú lo mantienes. No sabes la indignación que eso le provocó.

—Por lo que entiendo cree que Valeria y Santi son mis hijos y Beto, cuando menos, mi pareja.

—A los niños, tu expediente los acredita como dependientes económicos y mira que lo tenía bien acomodadito en la esquina de su desmadre de escritorio. Y, por favor, deja lo que sea que estés haciendo, ¡me caga platicar con tanto ruido de fondo!

—Pues no me pagan por conversar, señorita. Así que aguantas la ruidosa lavadora de mi patrona. Mientras yo plancho, tú me explicas cómo se te fue la lengua.

—¡Ay, amiguita! Le dije que la tenías difícil. No me odies, pero, en serio, despotricaba y no dejaba de alegar que si no fueras madre no la pasarías tan mal. Le hablé algo sobre tu familia, concretamente, de la enfermedad de tu mamá. Básicamente que, a parte de tu boca, alimentas otras cuatro. Creo que lo dejé carcomiéndose por negarte la oportunidad de exponer tu situación. ¡Que se joda!

¡Que se joda! Como si eso me sirviera. Justo cuando creí que comenzaba a tener cierta estabilidad viene don Ogro y me amarilla el pan. Amo y señor de Uniformes Roel, lugar donde tuve la dicha de laborar cerca de medio año.

—En otros temas, este fin de semana pasaré de irme a mi casa a lamerme las heridas a pasarme a tu casa. No sabes, amiguita, estoy hecha caca.

—¿Te dignarás a contarme de tu viaje? Específicamente, de cierto trigueño alto y musculoso, del pedante infiel de tu ex ya me contaste suficiente.

—Pedante infiel pito largo, no lo olvides y, más que eso, voy a que me des una cátedra de cómo soltar agua por los ojos como si no hubiera un mañana.

—No te burles. Y no me digas que llorando no soluciono nada porque lo sé de sobra.

—Yo también lloriqueo a veces. Cierta trigueño alto y musculoso lo constató tanto el día que lo conocí como el día después. En fin. Llevaré una botella de tinto, algo para picar y tu sueldo. Harás de niñera conmigo. Dale la

noche libre a Beto.

—¿Algo más?

—Si. Te quiero, amiguita.



No se suponía que acabaría así, limpiando la casa de una estirada por las mañanas y cuidando niños dos que tres noches por semana... a menos que fueran mis sobrinos, y eso, de vez en cuando, ¿no? Es lo que hacen las tías. No se quedan a su absoluto cargo, criándolos ni tampoco solventan los gastos universitarios de su hermano menor, o sea, Beto; ni tienen que afrontar la repentina, costosa, triste y desgastante enfermedad de su madre. A mis veinticuatro años así acabé. De poder, me quedaría sentada esperando a que mi vida volviera a dar otro giro de ciento ochenta grados para componerse, mi hoy por hoy realmente apesta.

Llego más temprano que otros días a casa de la Licenciada Luna; entro muy despacio e intento no hacer ruido. Lidiar con Valeria en las mañanas es un predicamento, pero esta vez fue ella quien nos levantó, habrá un *show* de títeres en su kínder^[17], de ahí su urgencia por llegar. Me voy directa a la lavandería, dejo mi mochila encima del burro de planchar y me coloco la ridícula bata de chacha que me asignó la patrona. Ignoro esta manía de los ricos, yo crecí en una casa con personal de servicio y nunca se les pidió uniformarse. En fin, esta no es una casa de ricos, pero casi lo mismo: un *penthouse* de una tipa con evidente poder adquisitivo, elegante y de un gusto exquisito, la cual me exige en demasía. Dejo de renegar para mis adentros y me pongo a lavar a mano su lencería. Una vez que escucho ruidos en la habitación, voy a la sala con bandeja en mano para acarrear el par de copas a medio acabar, una charola con restos de queso y un paté que huele a rayos.

—Tanto ir y venir tuyo ya me está cansando, deberías dejarte de idioteces...

La voz de la patrona se escucha como un violín desafinado: chillona y

cantarina. ¡Qué feo acento el que se carga! Discute con alguien que mantiene su volumen de voz, si no en calma, sí por lo bajo.

Acomodo los cojines del sillón, decido pasar la aspiradora por el caro tapete una vez la patrona y compañía se retiren. Entro a la cocina para programar el lavavajillas y para mi sorpresa, mis ojos se detienen en el blanco abdomen tonificado y el camino de fino bello, indecisa en hacer que mi mirada ascienda o descienda.

—¿Qué hace usted aquí? —pregunta tan aturdido de verme como yo.

Finalmente mis ojos suben y bajan. Recorren el pantalón de pijama a rayas hasta encontrarse con unos pies descalzos. Su voz me descompone. Esa apretada mandíbula cuadrada cubierta de cerrada barba negra como sus redondos ojos de tierno gatito me alteran, me ponen cardiaca.

—Catalina, deberías hacer un esfuerzo por entender cómo me gustan las cosas. ¿Tengo que hacerte otra lista? Créeme no tengo tiempo para eso, ahora responde a la pregunta de mi esposo: ¿qué haces aquí? Tu entrada es a las nueve.

—Bueno, que me presente temprano al trabajo no debería inquietarle —digo, intentando separar mi vista del esposo de mi jefa, atragantándome, de ese mismo que fue mi jefe y que, para mi desgracia, es el esposo de mi nueva jefa.

Ok, ya, estoy divagando. ¿Que no estaba en proceso de divorcio? ¡¿Qué me importa?!

—¡Eres una igualada! —eleva la voz y repite—: Tu entrada es a las nueve, ni un minuto más ni un minuto menos. No imaginas lo desagradable que resulta toparse con el servicio de limpieza.

—Dalia, te estás pasando. —Emilio se rasca la barba con evidente signo de estar apretando los dientes. Juntando las cejas, gesto hosco que lo caracteriza, pero sin que en la voz haya rastro de desacuerdo por el modo de tratarme de su «esposa».

Dalia Luna pone los ojos en blanco y se pasa la mano por su tan restirada cola de caballo desde la frente, terminando en las puntas que enrosca en un dedo.

—Entre tus necesidades y la presencia de la gata se me ha quitado el ánimo

de desayunar en casa. —Tan grosera como altiva, y guapa a más no poder, gira en sus tacones y va hasta la puerta, no sin antes colgarse la bolsa de distinguida marca al hombro—. Nos vemos luego, *maridito* —dice la última palabra con cierto retintín—, ya ni ganas de compartir contigo el café.

Azota la puerta principal y yo pego un brinco a la mitad de la cocina. Sin darme cuenta, me fui replegando hasta colocarme entre la isleta donde está la estufa y el enorme refrigerador, retorciendo un trapo entre las manos. Emilio me observa detenidamente, recargado en el marco de la puerta, cruzando los brazos y un pie delante del otro. Sus no tan prominentes bíceps parecen aumentar tamaño al igual que sus ojos que justo como me miran, tan juzgadores, son como sí combinan con tan arrogante personalidad.

Digno esposo de Dalia Luna.

¡Dios mío! ¡Qué guapo es!

Contengo la respiración por segundos que me parecen eternos. Emilio emite un bufido y luego desaparece. Tres cuartos de hora más tarde oigo la puerta principal azotarse nuevamente.

Paso el resto de la mañana enhebrando ideas. Arreglo la cama, reacomodo objetos, sacudo muebles y, como quien no quiere la cosa, busco rastros masculinos, cosas de Roel, pues.



—De *gande quiedo sed* cantante, como la *hipotopama*.

—Hipopótama.

—Eso... y *vestime* con un vestido *dosa billoso* como el de Yoya.

—¿Quién es Yoya?

Valeria ha salido de la escuela más entusiasmada que cuando la dejé. Sujeto su manita muy fuerte y con la otra hago la parada al camión que nos lleva hasta la esquina de nuestro edificio. Santiago se ha quedado dormido colgando de la cangurera.

—La *hipotopama*.

—Hipopótama.

—Eso.

La ruta va a reventar así que nos toca ir de pie, son unas cuantas cuadras en las que Valeria no deja de contarme sobre los títeres del *show* y la hipopótama que tanto la ha fascinado. Resulta que una vez al mes en su colegio festejan a los niños que cumplieron años llevándoles pastel y algo de variedad. El pasado fue un payaso y las maestras quedaron servidas de llanto y caras asustadas para el resto de su vida educando chamacos. ¡Por favor! Hasta yo sé que los payasos asustan a siete de cada diez. A Valeria no, ese día no paró de reír contándome de las gracias de tal payaso. Es una niña muy valiente y ha de serlo, bastante ha tenido conmigo y Beto y nuestra poca pericia en el arte de ser papás. Estrenados en paternidad forzosa un mal día de golpe ¡y de dos!, sin agua va. De ahí, unos cuantos meses llenos de altibajos, más bajos que altos, y muchas lágrimas a escondidas. Meses cargados de frustración, de muchas preguntas sin una sola respuesta. De madurez a destiempo. De obligaciones asumidas más por inmenso amor que por mera gana o responsabilidad. Y es que hasta hace ocho, solo ocho meses vivía con mis padres y mi hermano en la casa fruto de los sueños y esfuerzos de ellos mismos; todo en calma, disfrutando de esa etapa de recién graduada de la universidad en la que no tenía necesidad apremiante de buscar trabajo a la de ya, se suponía que podía darme el lujo de valorar opciones. Eso decía mi padre y yo tan campante. También repetía una frase que, finalmente, se me quedó grabada como mal augurio: «Hay más tiempo que vida». Él era así, alivianado. Era ¿qué digo barco? ¡Un trasatlántico! Un padre de esos que si mi madre se descuidaba, me resolvía la tarea con tal de que yo «no perdiera vida malgastando tiempo» sentada haciendo los deberes escolares en lugar de jugar otro poco con mis muñecas. Que la vida era muy corta. Y vaya que lo es. De suerte que mis hermanos y yo tuvimos el balance de mamá que nos ajustaba las tuercas y, finalmente, crecimos siendo responsables. Sin embargo, como toda niña mimada me encontraba en receso. ¿Para qué darme prisa? Podía seguir estirando la mano y mi papá podía seguir depositando dinero en ella para yo disfrutar del tiempo que me daba la vida. Salir, viajar e ir de aquí para allá en mi Mini Cooper con mis amigos y tener novio, que no

me faltara novio nunca; lucir estupenda, aunque tuviera que visitar con regularidad la peluquería a darle brillo a mi cabello rubio cenizo. Siendo sincera, así, con mi vida sin mucho trasfondo y superficial, me gustaba. Era lindo ser aquella de hace ocho meses. ¡Ocho meses! Sobre todo si la comparo con la Caty de hoy, esa que baja del microbús en tenis, con el mismo pelo rubio pero más cenizo, atado a un chongo mal hecho; una mochila en la espalda, un hermoso bebé cachetón amarrado al pecho con un artefacto que, valga decir, es bastante útil, y una preciosa parlanchina cantando a todo pulmón la más bizarra de las versiones de «I will survive»^[18], imitando a Yoya, la *hipotopama*.

Ya no tengo a quien estirarle la mano. Ahora soy el pilar que sostiene sin siquiera saber cómo sostenerme yo. Bellezas de una vida de esas en las que sobra tiempo. ¡Ja!

Contengo las lágrimas que inundan mis ojos para que no corran, me tengo prohibido llorar frente a los niños. ¡Y me aborrezco cuando me pongo lastimosa! De que me pasa, me pasa, por lo menos una vez al día. Es una batalla constante que no dejo de librar en mi conciencia donde la Caty egoísta —esa que comienzo a odiar— no deja de reprocharme el no poder seguir con su vida de antes. Pero, por otro lado, estoy orgullosa de nunca dudar; en realidad, nunca dudamos ni Beto ni yo. Decidimos hacernos cargo de ellos con todo lo que conllevaba. Es que además de darnos a manos llenas y ser un alcahuete, papá también nos enseñó a amarnos y protegernos por encima de todo. No sé si lo estamos haciendo bien, incluso me pregunto si mi hermana y mi cuñado hubieran preferido que, de faltar como lo hacen, los padres de este se hicieran cargo de sus hijos... Jamás podré saberlo, ninguna vez lo comentaron. Es una de las tantas interrogantes que me formulo de manera mental e inútil: ¿los suegros lo propusieron? Pues no y, además, ¿habría sido yo capaz? No lo creo, sería tanto como sumarle a la pena de la pérdida, la pena de no verlos crecer. Sería como traicionar a papá y los valores que tanto se encargó de infundirnos.

Llego a nuestro reciente hogar sobre las tres de la tarde, tragando lágrimas. Apenas cruzar la entrada del edificio, Santi abre los ojos, comienza

a balbucear e intenta meterme un dedo en la boca. Lo muerdo sin fuerza, para que sienta mis dientes y se ataca de la risa, hermoso ruido, tranquilizador. El incipiente llanto se esfuma gracias al poder de los niños, y mis niños también tienen ese poder sobre mí.



—Ven acá, que te debo tu abrazo de cumpleaños.

Después de un largo día de viernes, mi amiga ha venido a visitarme como prometió. Entra a mi casa como un vendaval, cargando las bolsas llenas de compras con una sola mano.

—El peor de toda mi existencia.

—Será menos, deja para mí las fatalidades. —La libero del peso. De inmediato coloco en la cómoda los paquetes y nos fundimos en un cálido abrazo.

—¡Oye! A las humanas también nos pasan cosillas.

—¿Y yo qué soy? ¿Una alienígena? —le pregunto con falsa indignación.

Suelta su loca y típica carcajada, y luego agrega con seriedad:

—Pues como sigas mal pasándote, a zombi sí llegas. Tu vida pasó de la miel a la mierda, lo sé, pero presiento que será por muy poco tiempo. —Me toma la cara con su mano libre en un gesto cariñoso—. Hace falta que reencuentres el enfoque, ¿sabes? Las estrellas van arriba no en el suelo.

Le sonrío. No puede llevar más razón, las estrellas van arriba.

—Pues Beto se fue de juerga —suspiro y digo en un intento por cambiar el hilo de la conversación—, el pobre llevaba semanas sin salir.

—Y tú, ¿vendes piñas?^[19]

—La diferencia radica en que Beto sí tiene ganas —le contesto y, acto seguido, me doy cuenta de lo incorrecta de mi respuesta.

Se queda quieta, achicando los ojos... ahí viene...

—Las mismas que deberías tener tú también, ¡deja el luto de una puta vez! ¿Remediarás algo? —Mi chiflada excompañera de trabajo saca de uno

de los muebles un par de copas. No es la primera vez que viene a hacerme compañía, ya sabe dónde las guardo—. Deja que te diga que ese par de trabajos que has cogido están del nabo, ahí nada, nadita de estrellitas, ¿eh?

—Es que tengo que volver a explicarte...

—Ya sé, qué enfadada eres —me interrumpe, dejando a un lado el tonito de regaño—. En los trabajos de medio tiempo no te pagan ni para la guardería y en los de tiempo completo descuidas a los niños. Lo único que digo es que estás para más que andar de chacha, honorables alegría del hogar, no las desacredito, pero entiende, es-tás pa-ra más. ¡Te graduaste en una de las mejores universidades del país y, por favor, eres muy buena! Me consta.

—Será temporal. A Beto le falta este semestre y el que viene, y yo lo único que tengo que hacer, por lo pronto, es sacar el gasto básico para no restarle al guardadito. La enfermedad de mi mamá nos ha tumbado cientos de pesos.

«Y los que faltan», digo para mis adentros. ¿Acaso necesito darle más cuerda?

—¿Cómo está? Tanto me cuentas de ella que me gustaría conocerla. — Ahora me habla con ternura; ya no me asusto, ya la conozco, le falta nada para ser bipolar, va de un estado de ánimo a otro todo el tiempo.

—Espero que algún día. Sigue tan deprimida como el día uno, pero la quimioterapia muy bien, dentro de lo que cabe. Al menos, los doctores ya dan buenos pronósticos. —Destapo la charola con sushi que ha traído y, antes de ir a la cocina por un par de platos, voy a echarle un ojo a los niños. Los dos están entregados a los brazos de Morfeo.

Hoy estuvieron terribles formando un divino círculo vicioso: Valeria tenía más sed que yo en mis peores crudas^[20] y ¿por qué no?, cada que me pedía agua derramaba medio vaso, se ha obstinado en ser «grande», lo que al parecer consiste en beber de uno sin tapa resultando, además, obvia y recurrente su necesidad de ir al baño, baño que dejaba con la puerta abierta y Santi, el As del gateo, iba a meterse *ipso facto*. La primera vez, se lavó las manos en el retrete; la segunda, comió un poco de espuma de afeitar; ya para la tercera fue leve: se aplicó una gruesa mascarilla de crema para el cuerpo. Todo muy bonito.

—Lástima que no pude ver a los pequeños aún despiertos. —Se queja mientras se quita sus altísimos tacones y se acomoda sentada en posición de buda sobre el sofá.

Le sonrío y la imito.

—Ya, ya, demasiado sombrío preámbulo hablando de Caty. —Mojo un pedazo de sushi en salsa de soja y me lo meto a la boca—. Mejor cuenta: el trigueño alto y musculoso se llama... —En una de esas tengo suerte y nos vamos a contenidos menos estresantes.

Somos demasiado diferentes, creo que es justamente eso lo que nos ha hecho complementar. Ella suele verle el lado bueno a casi todo mientras que yo le quito la sonrisa al payaso.

—Me encuentro en el puto inferno —me dice e inhala—, mi cabeza exige olvidarlo, pero mi corazón se niega —exhala.

Devoro cuadrito a cuadrito el rollo de arroz con salmón mientras me cuenta la historia de amor y desamor más rápida de la historia, y eso no es lo redundante, lo que sí es dejar al primero porque le fue infiel y que el segundo la use para serlo.

Parece un trabalenguas.

—Pensé que tu mal de amores giraba en torno al tocayo de mi niño.

—¿No puedes cambiarle el nombre? —gesticula con un puchero, masticando desganada.

—A tu ex ya le asignaste otro: pedante infiel pito largo.

—Es correcto. Qué culpa tiene el pequeño Santi, y no, su engaño pataleó mi orgullo y le dio una cachetada a mi dignidad. No te voy a mentir: lloré como una Magdalena la noche que la parisina gozó con su pito largo. —Me tapo la boca ahogando la risa. La medida que gesticula con sus dedos índices es muy grotesca—. La mañana siguiente la dediqué a reflexionar sobre lo aliviada que me sentía, hasta hice un juramento: no volver a intentar controlar mi boca ni pensar en pintarme el cabello, no por darle gusto a un hombre. Sé perfecto cómo comportarme y ante quien, es cagante que te adviertan todo el tiempo. Luego, hubo un rato en el que me odié por haberle dado el sí, y volví a llorar. Pero, ¿qué se supone que debía contestar ante su propuesta? Era el siguiente paso, ¿no? De no cazarlo en la movida, ya estaría organizando una

boda con el hombre más equivocado. ¿Te imaginas?

—A muchas parejas les pasa que después de una larga relación sienten que la hora de matrimoniarse llegó. Y resulta que ya no hay amor.

—O que nunca lo hubo. La zona de confort es muy cabrona. —Se levanta y se encamina al balcón, la sigo y aceptó el cigarro que me ofrece. Fumo cuando bebo y bebo de vez en cuando, en cambio, ella es una auténtica chimenea y un verdadero barril sin fondo—. Todo aquello lo dejé atrás el día dos, para mí, París contó a partir de conocer al trigueño alto y musculoso del que me enamoré perdidamente.

—¿¿Tanto así?!

—Tanto y más. —Vuelve a inhalar, pero esta vez sus pequeños ojos se cristalizan—. No supe qué decirle a mi corazón por su partida, Caty, y sigo sin saberlo. Lo peor es, aunque pudiera buscarlo, no lo haría. Me hubiera gustado despedirme de él, eso es todo. Besarle una última vez... tocarlo. Sus cosas ya no estaban, las llaves de la moto sobre la barra de la cocina, aplastando una nota en la que se despedía de Gris. Solo de ella. Para mí no tuvo nada más que un recado, al parecer, volvería a atropellarme y gozar.

—Ay, Davina, tal vez fue una manera de decirte que tuvo el gusto de conocerte.

—Lo sé. Igual no me sirve.

—Échale ganas. Saca tu optimismo, anda.

—Tengo mis teorías, pero en ninguna encaja el hecho de que no se tomara un par de minutos para decirme adiós, como regalito de cumpleaños, ¡qué sé yo! Fueron semanas intensas, amiga. Si tan solo aprendiera a no dejarme ir como gorda en tobogán, a ser poquito contenida. Yo pensé que... olvídale no vale la pena.

—Dilo.

—¿Estuve a punto de renunciarle a Emilio por quedarme con él! ¿Sabes lo qué es eso? —Davina tira el cigarro en la maceta e, inmediatamente, prende otro. Luego, se empuja el contenido de la copa de un solo golpe—. Estuve ciega. No leí las señales ni entre líneas. Y mira que eran de esas fosforescentes. Tan misterioso, receloso de su presente como si tuviera la vida en pausa. No sé. Patricio fue un sueño real e ilusorio a partes iguales. No

supe ni su apellido, con eso te digo todo. No tengo una foto. Un mágico amor de ida sin vuelta.

»Guapo a rabiar. Guapísimo. Sus ojos apenas azules, casi cristalinos, me embrujaron. Y decía que la bruja era yo, ¡ajá! Prudente caballero a la antigua y fascinante sentido del humor. Galante y tierno, me cuidaba y consentía; dedicaba tiempo para ponerme crema en cada dedo, tomaba mi mano, besaba mi hombro. Cepillaba mi cabello. ¿Para qué tanto esmero? Nunca reparó en la peor versión de mí: la furiosa y acelerada; la despeinada sin labios pintados. Sin tacones. Sin lencería fina sugerente. Casi parecía presumirme cuando paseábamos por las calles disfrutando del mismo helado. Me veneró en cada beso y, más aún, con su forma de hacerme el amor. Antes de dormir me miraba detenidamente, me sonreía, besaba mi boca y me susurraba algo lindo al oído.

¡Ufff, qué intenso! Jamás la oí hablar con esa vehemencia de su novio con el que, incluso, estuvo comprometida, pocas horas, pero bien que había dado el sí. Y ¿qué decirle? ¿Cómo animarla? A mí, si de adolescente me rompieron el corazón ya ni me acuerdo y en la primera etapa de adultez, o sea, en la que me encuentro, el único novio que tuvo el atrevimiento de botarme fue también hace ocho meses, cuando le hice partícipe de Vale y Santi y, la verdad, es que aunque me lastimó, no tuve tiempo para detenerme a sufrir.

—Lo que me ofreció, lo cumplió. Cómo reprocharle, él tenía su vida y, simplemente, la continuó. Ojalá me hubiera prometido algo, lo que sea, para tener un pretexto para odiarlo. El castillo era mío... el rey no.

Davina lagrimea un poco y vuelvo a seguirla al interior del departamento. Nos quedamos calladas por varios minutos en los que relleno las copas con más vino; ella va a la cocina y empieza a buscar algo en los cajones. Me cuenta sobre la obsesión por el orden del trigüeño alto y musculoso diciéndome entre risa y risa que en mi casa se daría un buen festín. Tampoco es que sea yo una mugrienta, más bien normalita, las latas no tienen por qué mirar todas hacia un mismo lado ¿o sí? Encuentra un paquete de galletas y lo devoramos mientras, para romper el silencio, le cuento de mi encuentro de esta mañana con el ogro en el *penthouse* de mi patrona.

—¡Pero si su divorcio está en la puerta!

—Las parejas se reconcilian.

—Mmm, no.

—Qué vas a saber.

—Cuando comencé a trabajar con él ya estaban casados. Él era un poco malhumorado, pero en comparación a cómo es ahora, era un panecito. Ella, toda *cute*, ya sabes, una monada. Con el paso del tiempo, ambos han sufrido una metamorfosis bien cañona^[21]. Supe que a ella le dieron un alto puesto en no sé qué grupo financiero, comenzó a viajar mucho dejando que Emilio se fuera amargando lentamente hasta llegar al ogro que conoces. Las siguientes veces que Dalia hizo apariciones por la fábrica se dejó ver como la mamona^[22] y engreída que también ya conoces. Si que estuvieras de empleada doméstica ya me parecía mala idea...

—Respetando el horario, no me los vuelvo a topar. No sabes tú muy bien lo que pagan las divas porque les laven sus calzones.

—¡Qué asco!

—Uso guantes.

—Fumemos otra vez, necesito tranquilizarme. No puedo creer que siga cayendo en las garras de esa mujer tan despreciable. —El ligero viento golpea mi cara provocando giros dentro de mi cabeza. O dejo de tomar ya o mañana pagaré las consecuencias—. Yo me encargué de conseguir el departamento en el que vive Emilio desde que decidió separarse, antes de que tú llegaras a la empresa. Desde la mudanza su carácter se relajó, poquito, pero algo es algo, y si lo pienso, esta semana alguien, que te aseguro no es Dalia, se lo ha vuelto a agriar.

—¿Quién?

—Tú.

—¡¿Yooo?! —pregunto con tanta fuerza que el humo se me atora. Toso varias veces, la garganta me arde. Apago el cigarro y me despido de él hasta a ver cuándo.

—Sí, tú. Todo concuerda. Justo hoy llegó arrancándose las barbas.

—Pues su mujer lo dejó plantado, sin café y sin desayuno. Si se estaban

reconciliando...

—No, no, no, no, no —canturrea y mueve la cabeza frenéticamente—. Tres veces entré a su oficina por asuntos diversos. Las tres veces sostenía tu expediente en la mano y las tres veces formuló ciertas preguntitas lleno de más furia cada vez. De Dalia, ni las noticias.

Frunzo el ceño y carraspeo. ¡Cigarro de porquería!

—«¿Sabías que la señorita Catalina trabaja para Dalia?» —continúa en la ridícula imitación de su voz. La verdad es que no le sale—. Respondí que no. Esa fue fácil, no mentí: él me estaba dando las noticias. Las siguientes dos se trataron, una sobre tu apremiante necesidad económica como para andar *chacheando* y la otra sobre tu trabajo nocturno, del cual, mira, calladita me veo más bonita.

—Me da lo mismo, por mí puedes decirle lo que te venga en gana. Además, no es concluyente que yo sea la causa de su nuevo mal genio y, de serlo, pues para su joda.

—Aquí hay gato encerrado y te lo digo muy en serio, Caty. A Emilio jamás le ha interesado la vida de sus empleados, ni siquiera la mía y, ya sabes, soy su mano derecha desde hace varios años.

Una cuestión a la que me falta energía que dedicarle...

Davina se fue de mi casa pasada la media noche, no sin antes llorar otro poco por Patricio y pedirme que no lo volviéramos a mencionar. Le hacía mucho daño, sin embargo, materializarlo con alguien más le había funcionado porque ya no lo sentía tan irreal y, aunque estaba segura de que no lo volvería a ver nunca más, formaba parte de ella y no quería olvidarlo. La entendí perfecto. Hay personas que aun con el dolor que te causa recordarlas, quieres que vivan en ti.

La pérdida de Davina no tiene nada que ver con la mía. Pero el dolor que provoca no volver a tener cerca a alguien que adoras con el alma supongo que debe ser parecido.

En fin, me voy a dormir con el alma rota por mi única amiga y por mí.



—Eres la peor hermana del mundo. Primero, me incitas a que vaya por unos *drinks*; luego, me obligas a pararme temprano y, encima, sabías que la buenota de Davina te visitaría.

—Queríamos hablar a solas y, a ver, mocoso, jamás te va a pelar.

—¡Cinco años no son nada! Y yo estoy de muy buen ver.

La verdad es que sí. Mis amigas, esas que ya no tengo porque eran igual o más superficiales que yo, siempre le tiraban los perros; Beto, físicamente no aparenta la edad que tiene y si de madurez hablamos, creo que los dos nos hemos hecho años más viejos en estos meses. Es muy guapo y somos como la noche y el día: él, moreno como papá, y yo, rubia como mamá. Ambos altos, pocos centímetros él más que yo; mis ojos son azules mientras que los de él son café claro. En la infancia, Camila, nuestra hermana mayor y yo, nos divertíamos haciéndole creer que era adoptado.

—Báñate que apestas. Después de visitar a mamá, vamos por la compra de la semana. Y no es temprano, ¡ya son las diez!

Mi madre vive con mi madrina y su esposo al sur de la ciudad. Los motivos son varios y, finalmente, creo que las decisiones que hemos tomado han sido acertadas. Principalmente, porque si queremos salir adelante, yo me tengo que enfocar en los niños y en generar algo de dinero y Beto, a sus estudios. Mamá requiere de citas médicas y atención las veinticuatro horas del día, sobre todo, cuando le toca quimio o cuando la depresión le golpetea. Los sábados, la visitamos, aunque a veces prefiera mantener los ojos cerrados; sigue enojada por sacarla del que fuera su hogar por casi veinte años, pero, sobre todo, por no dejarla morir. Insiste en que ella debió ocupar el lugar mi hermana. Es realmente triste que también a ella la vida se le haya terminado. ¡Tiene otros dos hijos y un par de nietos! No quiero ser dura, pero que

tampoco nos lo ponga tan difícil. Ella ha sido el principal tema después de los funerales, rosarios y misas: ella y su enfermedad. Resulta que nadie estaba enterado, ni siquiera papá. De igual modo, por un tiempo no pude evitar el sentimiento de coraje también hacia él, pues jamás previó que pudiésemos necesitar algún día un seguro de gastos médicos. ¡Ya qué digo de un seguro de vida! No requerimos de muchos días para darnos cuenta de que mi padre, quien nos dio una excelente vida hasta con lujos, lo hizo sin ton ni son, gastando los pesos así como los recibía. Cero ahorros, inversiones, seguros... De ahí que de lo único que pudiéramos echar mano cuando él, Camila y Marco, su esposo, murieron, fue de su coche último modelo y de la casa familiar: una hermosa y espaciosa propiedad bien ubicada y bien preservada. La batalla no fue para venderla, sino hacer que mamá firmara. Urgía capitalizarnos. Por suerte, se encontraba a su nombre y no tuvimos que meternos en líos de testamentos. Al final de la reorganización de modos y soluciones, lo más complicado fue fragmentarnos más cuando resolvimos que ella fuera a vivir con mi madrina. Con parte del dinero compramos un departamento para Beto, los niños y yo, en la misma zona en la que crecimos, pero en la colonia de al lado, la de bajo perfil. Es increíble cómo cambian los precios de una calle a otra. Así es la Ciudad de México. Tanto el edificio como el departamento son pequeños pero bastante funcionales.

Visitamos a mamá como todos los sábados, y como todos y cada uno de ellos, regreso tragándome las lágrimas mientras Beto masajea mi cuello, pese a mis constantes órdenes de que sujete el volante con ambas manos. Bastante nerviosa quedo ya luego de visitarla como para que este inconsciente no conduzca de manera correcta. ¡Ok! Siendo justos, de chocar, sería por circular cual tortugas por el carril de baja velocidad.

Las cosas tienden a ir de mal en peor.

Ley de Murphy

—No me gusta cómo suena *señodita Tatalina*, me gusta más *Tati*.

—¿Sí? Bueno, nena, es que así me llamo.

—¿A ti te gusta? El *pimed* día de clases *peguntadon* a todos los niños cómo *quedíamos* que nos *llamadan*: yo dije *Valedia poque* solo ese nombre tengo.

—Ajá...

—¿No tienes *oto*?

Niego con la cabeza, sabiendo que me ve a través del espejo. Intento hacerle una trenza francesa, pero nada que me queda.

—Si mami me *hubieda ponido Valedia Dapunzel*...

—Puesto.

—Eso... escogía *Dapunzel*; Ana Sofía escogió Sofi.

—Si quieres, yo puedo llamarte Rapunzel. —Hago énfasis en la letra «R». Debo comenzar a corregirle eso también.

—Sííí. —Gira la cabeza gritando emocionada y los pocos cabellos que llevaba trenzados se me sueltan.

—El desayuno está servido, par de cotorras.

—Ya vamos. Los pelos necios de esta niña. Agggghh. ¡No puedo! Tendré que llevarte a que te lo corten otra vez, nena.

—Nooo. —Valeria lloriquea y hace puchero—. *Dapunzel* lleva el cabello *lago*.

—¿Lago? —pregunta confundido.

—¡Largo! Beto, ¿cuántas veces has visto Enredados?

—Ya, ya —se apura a decir, muerto de risa. Y es que si no hemos visto esa película doscientas veces, no la hemos visto ninguna. Valeria está más que obsesionada.

Cada mañana, yo alisto a Valeria y Beto a Santi. Como es más rápido

atender al bebé, también se encarga del desayuno, del *lunch* y la pañalera. Mientras ellos desayunan, yo adecento el departamento y termino de arreglarme. Dependiendo de sus clases, los lleva a la escuela y guardería o, como hoy, que me toca llevarlos a mí porque entra más temprano.

—Santiago necesita más ropa. Entre la que rompe, mancha o deja de quedarle...

—Lo sé. Anda ya, que luego vas como alma que lleva el diablo. Se te hace tarde.

Nos besa a todos en la frente y se va, dejándome con mis lamentos mentales: no solo es el pequeño quien necesita ropa, ya entra el otoño y Valeria tampoco tiene mucho que ponerse.

A las nueve y cinco de la mañana pongo la clave en la cerradura y me encuentro con el par de rostros perfectos aguardando por mí, bien sentaditos en las sillas del comedor y bebiendo en finas tazas de café. Y bien vestiditos también. Los dos. La última vez, al hombre le faltaban prendas y no es que me queje...

—Esta blusa es de un conocido diseñador. Su ropa es tan exclusiva que solo así, rota y de regalo por desecho, podrías usarla. —La prenda se estampa en mi cara y uno de los botones me entra al ojo.

«Buenos días tengan ustedes también». Digo para mis adentros, tallándome donde me ha lastimado.

—Dalia, despídela y ya está —interviene el dueño de los ojos espectaculares tan repletos de pestañas. Con su maldita mano rascando su maldita barba.

Ignoro la sugerencia ponzoñosa y extendiendo la blusa, parpadeando varias veces. Es de seda y sí, está rasgada de la parte de atrás. Ayer la lavé y la dejé secando sin un solo rasguño. ¡Lo juro!

—Licenciada Luna, yo no...

Doy un paso hacia adelante, casi suplicante en su dirección, ni siquiera se digna a devolverme la mirada.

—Catalina, retírese ya.

Roel se encamina a la puerta, la abre y la sostiene para que salga por ella. Su gruesa manera de hablarme hace que cada palabra me ofenda, y aún más esa acentuación que le pone a mi nombre; en serio que cualquiera diría que lo hace con el puro afán de encogerme, para echarme de nuevo sin dejar que me defienda. Por supuesto que me quedo sin el pago de una semana laborada. Ni finiquito ni que nada. Ya no es su casa, según Davina y según mi inspección diaria, lo que se traduce en que el daño no fue en su daño, igual me parece que es él quien me niega la oportunidad de explicarme. Lo siento tan personal... Davina sigue poniéndome al tanto de sus investigaciones. Le ha preguntado sobre los doctores que atienden a mi madre y de dónde salen los recursos para ello. Sumo todo y casi me espanto: su interés en mí es aberrante si tomamos en cuenta que no hace más que perjudicarme.

Me voy a casa caminando, pateando piedras y soltando lágrimas. Qué manera de chillar la mía. Un día, ¡uno por piedad! Me la vivo con los ojos rojos. Son muchas cuerdas, pero necesito aire y pensar.

«A ver, Catalinita, repite conmigo: no te estas muriendo de hambre y grábatelo cual mantra».

Queda bastante dinero en la cuenta por la venta de la casa y muchos de los muebles, pero me da miedo que luego falte: la universidad de Beto cuesta que es un encanto, pese a la beca que tiene, y la enfermedad de mi mamita es más cara todavía. ¿Y si requiere de otra cirugía? Sin contar los implantes, ni modo que la dejemos plana. Ya que he vuelto a quedarme sin chamba^[23], la única solución que se me ocurre es vender mi coche; total, desde el accidente, el pánico no me abandona ni por el fastidio de moverme en transporte público.

Giro la cabeza y me encuentro con su rabiosa mirada. Camino más a prisa, agarrándome de los tirantes de la mochila. Cruzo al otro lado de la calle, al sentido contrario, pero no consigo escapar. Da la vuelta a toda la glorieta y, en unos cuantos segundos, empareja su vehículo a mi andar.

—Vamos, suba.

Lo ignoro y sigo caminado cuesta arriba. Ya no quiero saber más de

Emilio Roel ni de Dalia Luna. ¿Que casi me da miedo? ¡Nooo! Lo que este sujeto y su brusca personalidad me provoca es irritación severa.

—Catalina, no vale la pena, de verdad se lo digo.

—Lo que no vale la pena son mis encuentros con usted —gruño y, de paso, lo maldigo por hacerme sentir pequeña. Eso de humillarme para luego caminar con su estúpido carro deportivo al lado mío y, ¡¿darme órdenes?!

¿Dónde están los taxis cuando se requieren?

—Esto es bastante ridículo. Suba y hablemos.

Se me devuelve de la lengua decirle que más ridículo es que siga indagando sobre mí, pero eso le acarrearía problemas a mi amiga, así que lo omito. No lo miro más; doy media vuelta y cruzo a la otra acera de nueva cuenta. Tendrá que seguir derecho y dar la vuelta en «u» más arriba, de querer continuar con la absurda persecución. Sigo caminando con el sol sobre mi cabeza. Un rechinar de llantas me avisa que por fin se ha ido. Varios minutos más tarde, casi al llegar a la avenida principal, lo encuentro estacionado afuera de una tienda de alimentos y bebidas, de reconocida cadena... tan radiante. Está recargado en un costado de su vehículo, bebiéndose una Coca-Cola.

¿Se puede ser más imbécil? Y ¿más apuesto? Bien podría contratarlo la refresquera invitando a toda fémina a beberlo... el refresco.

Paso frente a él, alentando el paso y mirando de reojo, implorando a la divinidad que la lata venga con cucaracha incluida para que se la trague. No. ¡Que se le atore en la garganta! *Ok*, tampoco, ni que lo odiara tanto.

Voy bufando y sudando como cerdo por culpa de la pendiente que, dicho sea de paso, me tiene con las piernas muy duritas: pocas semanas pero efectivas. Me hace sentir pequeña, ya lo dije y lo reconozco más de lo que quisiera; igual no me detengo, enderezo la espalda para que el pequeño y bien puesto busto con el que el Creador me dotó, se luzca por sí solo. Me deshice de la sudadera dos cuerdas atrás y viene a buen recaudo dentro de la mochila en mi espalda.

Es que lo de coqueta, Valeria no lo heredó de su madre.

Punto para mí. A través de mis lentes de sol veo como deja su bebida a medio camino. Suelto mi cabello y lo sacudo para luego peinarlo con los

dedos y volverlo a sujetar dejando unos cuantos cabellos sueltos. Sin dejar de caminar, me contoneo hasta que giro en la esquina y me pierdo de vista.



—Emilio quiere que agende una cita contigo. No soy su secretaria, pero al jefe lo que pida.

—Qué linda mi amiguita, ¿a dónde me vas a invitar a salir?

—No te hagas la tonta que no te queda. ¿Puedes mañana a las once?

—Uyyy, no. —Hago a un lado la computadora y me tiro en el colchón.

El anuncio de mi adorado Mini Cooper quedó listo. Veamos cómo reaccionan «mis amigos» en Facebook.

—¿Doce?

—Tampoco.

¿Valdrá la pena que lo promueva en páginas de ventas? La verdad, me da miedo, prefiero alguien conocido aunque pretenda pisotearme. Eso me pasa por vivir una vida llena de banalidades.

—No me hagas abrir la boca de más, Catalina. Pon el día y la hora.

—Está a un lado tuyo, ¿verdad? —No dejo que me conteste y agrego—: Dile a tu adorado jefecito que nos vemos a las veintisiete horas del décimo día de la semana.

La ordinaria verborrea de Davina brilla por su ausencia, a cambio, escucho como tapa la bocina del teléfono. Pongo el mío en altavoz y aprovecho para hacer unas cuantas abdominales. Es que hasta la membrecía del club deportivo tuvimos que vender.

—Ha creado un puesto para ti.

—Pues dile que... —mentalmente voy contando las abdominales. Ya van trece— se meta la creación —...catorce...— por donde le quepa —... quince...— y, que me deje en paz de una vez por todas.

«Dieciséis... diecisiete... dieci-o-oochooo... di-e-cinueve-e-e. Veinte. ¡Ya!».

Pfff, no aguanto nada.

¿Qué ha creado un puesto para mí? ¡Bah! Lo que pasa es que ese señor está acostumbrado a que le rindan pleitesía. No se lo digo a mi amiga, a cambio de eso, corto la llamada.

En otras circunstancias, bailarían del puro gusto: sería la gran oportunidad de ser productiva haciendo lo que se supone que sé hacer. Y ganando más que de empacadora, eso seguro. No es que fuera a lanzar una nueva marca con desfiles, pasarelas y blablablá. Uniformes Roel es otra cosa. Ahí, además de manufacturar en serie simples uniformes para escuelas, bancos o aerolíneas se diseña magia: vestuarios para obras de teatro, grupos musicales, espectáculos, películas... Pero es que poco en la vida ha logrado conseguir esa sensación de no pertenecerme. Y Emilio Roel no es nada poco.

Debería diseñarse a usted misma antes de pretender formar parte de mi equipo, ¿se ha visto usted en un espejo?

Me había costado levantar la cara. Sus palabras fueron el primer encontronazo con el mundo externo. ¡Qué fregadazo^[24]!

Meses atrás, luego de depositar las urnas en el templo rodeados de muchísima gente —no podían ser menos, se trataba de tres personas muy queridas—, lo primero que tuvimos que hacer fue hacer frente al tema familiar, empezando por desocupar la casa de renta en la que vivía Camila con su familia, lo que incluía llevar con nosotros a los niños. Al principio, Beto y yo supusimos que mi mamá se encargaría, eso hacen las mamás, las sanas, las que no se desquician ante una tragedia. Enseguida había que ver la cuestión económica que si bien no había deudas, tampoco mucho dinero en efectivo, así que tuvimos que comenzar a vender cosas, despedir al personal de servicio y, con mucho dolor, un bebé de apenas dos meses de edad que se despertaba cada tres horas y una niña que imploraba por sus padres. Beto y yo, muertos de miedo, nos encerramos en una burbuja que no tardó en reventarse para meternos en otra de terror: mamá requería ser intervenida quirúrgicamente y unos cuantos días después, otra cirugía más. No había más tiempo que vida. Muy pronto tuve que asimilar que tenía un par de hijos, un hermano y una madre por quienes luchar, fue como decidí hacer algo que nunca había hecho: trabajar.

Su compañía fue el primer sitio que visité. Davina me entrevistó sin cita y sin recomendación, y me contó, como si me conociera de toda la vida, que ella un buen día llegó a tocar la puerta y, sin más, Roel le dio la oportunidad; que de eso hacía unos años ya y el temperamento de su jefe era otro, así que, prácticamente, no había modo a menos que me las ingeniara. Nada perdía con intentarlo, así que lo esperé en la entrada al estacionamiento. Mi perfecto atuendo en tonos nude se vio perjudicado por un puberto tarado que, por qué no, se estampó conmigo manchando mi blusa de algo que sostenía en la mano: salsa de chile, de tomate, ¿qué voy a saber?, justo cuando Emilio Roel descendía de su vehículo. A toda prisa, abroché mi *blazer* y me planté frente a él.

Un «buenas tardes» sin respuesta, seguido de un «me encantaría laborar para usted». Luego, aquella frase excelsa cargada de humillación. Mis ojos siguieron el camino de los suyos: chispas color naranja rojizo en mi falda, en mis zapatos. Dio media vuelta y ni adiós.

Ante el suceso de las manchas, debí optar por volver al día siguiente. ¡Lo sé! Una soberana lástima que gobernaran mis impulsos y la creencia de tener oculta bajo el saco aquella suciedad. Y según yo, mucha gracia y buena estrella. Pfff.

Pasé semanas buscando donde los tres pesos que ofrecían no solucionaban mis problemas; un buen día, Davina se comunicó, haciéndome saber que había una vacante en el taller como empacadora, con sueldazo y horario superdecente. Ambas concluimos que ya dentro podría allanarme el camino y que, quizá, algún día podría enmendar el error de atreverme a solicitar trabajo a media calle y en esas fachas. En otra perspectiva, hasta gracioso era. Todos reiríamos.

Ja. Ja. Ja. Ni medio año y me despedió.

—¿Qué te pasa idiota, por qué me cuelgas?

—Como se nota que ya no tienes al jefecito frente a ti.

—Caty, Caty. Mandaste todo a la mierda. Entérate. Emilio está furioso.

Me encojo de hombros como si pudiera verme...

—Y ni encojas los hombros, bien que te importa.

«¡Bruja!».

—¿Qué? ¿Trabajar para un narcisista?

—No discutamos, ¿ok? Me contó sobre lo ocurrido en casa de Dalia y que intentó hablar contigo después. Deja el orgullito ese que te cargas para después.

—Dile que preocuparse por mí no le queda; para él, como que ni existo... Oye —suspendo el teléfono en el aire y miro de nueva cuenta en la pantalla el número del que una llamada intenta entrar: van tres veces, una tras de otra—, te dejo. Alguien me marca de manera insistente. Es un número desconocido, pero siento que será mejor que atienda.

El tipo al otro lado de la línea hiela mis venas, nubla mi cerebro y anula mis instintos; el vacío en mi pecho se rellena de angustia, una que transmito a mis pequeños sin quererlo.



—Déjese ayudar, Catalina —bufa cual león—. ¿Siempre es así?

—¡Fíjese que no! Ya me habría llevado el diablo si solo me topara con gente como usted.

—Necia.

—Mire quien lo dice.

—Me hace perder mi tiempo.

—Por su gusto. Por mí, lárguese.

—¡Súbase ya! ¿Es que no ve que los niños se están mojando?

¡En serio que me lo tengo que encontrar hasta en la sopa! Igual tiene razón, como siga rehusándome, los niños van a resfriarse y todo por mi tozudez, que no es otra cosa más que negación a este odioso sujeto.

Emilio desciende del vehículo, dándonos alcance en unas cuantas zancadas. Insiste con brusquedad y, al ver que no hago por cambiar de postura, toma en brazos a Valeria y a mí por el codo para arrastrarnos hasta su coche estacionado más de una cuadra atrás. El cielo no nos da tiempo de llegar y suelta su furia a base de lluvia y truenos que nos hacen correr con la

niña aferrada a su cuello y Santi llorando asustado.

—Ya ve lo que provoca.

Resguardados dentro del vehículo lo ignoro, aprovechando que tengo que colocarle el cinturón a la niña. Y lo sigo ignorando mientras me suelto la cangurera y me coloco igual el cinto, rodeando bien a Santi sentado en mis piernas.

—Dígame, ¿a dónde iba con este clima? Además de hacerse la digna es usted una inconsciente, mire que no va por la vida sola. ¡Carajo! La pequeña está temblando.

—Si tiembla es por sus gritos. Haga el favor de callarse de una vez.

De pronto, se aparta del camino, prende las luces intermitentes y desciende del carro. Saca algo de la cajuela y la azota. ¡Maldita maña!

—Tenga.

Es una sudadera que, de inmediato, comprendo es para arropar a Valeria. La niña le da las gracias tímidamente; luego de quitarle su ropita mojada y colocarle la prenda seca, la acurruco en mi costado.

El tránsito avanza lento en medio de la tormenta. A cada relámpago mi cuerpo se estremece, importunando a los niños que se han quedado dormidos.

—Llevo a Santi y vuelvo por...

—No sea tonta, yo puedo cargarla.

Quiero decirle que no me insulte, sin embargo, no tengo fuerza ni para refutarle. La tarde ha sido de perros, el encontrarme con él de nuevo no ayuda y si lo sumo a los cincuenta minutos de trayecto con el silencio aplastante... estoy agotada. Le indico donde acostar a Valeria y me dispongo a cambiar de ropa al bebé que, por supuesto, se despierta. Emilio nos observa detenidamente y cuando paso a su lado lentamente, entre su cuerpo y la puerta, la caricia que le hace en la regordeta y sonrosada mejilla casi siento que me la hace a mí. Debería irse, debería darle las gracias y encaminarlo a la salida. Lo que el señor Roel me provoca en estos momentos no es normal; otras veces apenas verlo siento necesidad de huir, hoy no. Hoy su presencia me reconforta y, por alguna razón que desconozco, él tampoco quiere irse.

Durante la cena, Santi es el único que habla o balbucea, mejor dicho, *ma ma ma* entre cada minicuatrito de manzana. Le sirvo una taza de té a Roel

sin preguntarle y le acerco un plato con galletas. Los dejo solos para cambiarme el suéter que traigo húmedo y al regresar, me encuentro con una escena muy extraña: Santi no ha llorado y dudo que le haya pedido que lo sacara de silla; Emilio lo carga haciéndole carantoñas. Hago como que eso no me ha impresionado ni nada, como si verlo sin su constante fruncimiento de cejas no fuera tan lo que es... luce bien como papá. Ya debería ser papá, eso hace que me planteé la primera interrogante: en tantos años de casados, ¿por qué no habrá tenido hijos?

Un Emilio perturbado busca qué hacer con el niño. ¡Ahora te lo quedas, guapo! Preparo el biberón muy calmadita, divertida incluso.

—Fui imprudente, sí. Inconsciente, créame que no. —Alguien tiene que hablar; no podemos seguir mirándonos en medio de la cocina, ¿cierto? Los niños duermen, el té lo hemos consumido sorbito a sorbito y, como quien no quiere la cosa, poco a poco se acerca a mí—. Tampoco es que a usted le guste que yo le explique nada, pero hoy se está portando «amable». —Hago comillas con los dedos y no puedo evitar girar los ojos del modo que a mi padre tanto le enfadaba. Solía llamarme «insolente»—. Mi hermano está internado. Tuvo un accidente y cuando me avisaron, perdí el control. Salí de aquí sin teléfono, sin cartera. Pensé en tomar un taxi de la calle...

—¿De la calle? Imprudente y más.

—No había taxis en el sitio y los niños famélicos. Llevábamos toda la tarde en el hospital. ¡No llevaba dinero! —grito como loca, limpiándome las lágrimas. ¡¿Cuándo empezaron a salir?!—. ¿Nunca escucha? ¡Claro que no! Recuerdo muy bien el día que me despidió: apenas dije cuatro palabras, tomó el teléfono y ordenó que prepararan mi finiquito. Igual que el día que su esposa...

—Ya no es mi esposa.

—¡Me importa un pimiento! Ella me acusó de romper la carííísima blusa y cuando traté de explicarme, usted...

—Era mejor que dejara de laborar para Dalia —dice tranquilamente, analizándome. ¿Qué digo analizándome? ¡Juzgándome! Aborrezco esa

manera en la que se para: piernas separadas, una mano doblada con los dedos tamboriteando el bíceps del brazo contrario y la otra rascando su barba. ¿Acaso tiene piojos?

—Usted qué sabe lo que es lo mejor para mí. Ocupo el dinero que gano día a día para comer, señor Roel, pa-ra co-mer.

—¿Y el papá de los niños?

—¡Está muerto!

—¡Encima se pone a mantener a otro hombre! Inaudito.

—El hombre del que habla es Roberto y es mi hermano. ¿Recuerda que me ha recogido afuera del hospital? Lo chocaron; está fuera de peligro, gracias por preguntar. Y para que sepa, la mamá de los niños también murió. Valeria y Santiago son nuestros sobrinos. Mi hermana, mi papá y mi cuñado fallecieron en un accidente, de ahí que esta tarde entrara en estado de *shock* al informarme de que Beto había resultado herido tras impactársele otro chavalito que se cruzaba el semáforo en rojo. ¿Sabe? No estoy lista para despedirme de otro miembro de mi familia. —Un sollozo acompañado de muchas más lágrimas inundan mi voz. La necesidad de justificarme impide que me quede callada—. Mi madre y los niños resultaron ilesos, pero ella está muy enferma, también podría morir... y Beto y yo los vimos volar por los aires... Si no me hubiera quitado, el tráiler nos habría embestido a nosotros; ellos seguirían vivos, los pequeños no serían huérfanos... y si Beto muriera...

De pronto Emilio anula la distancia que nos separa, detiene mis frases entrecortadas e incoherentes con sus brazos que me rodean. Me quedo inerte pocos momentos. Mi cuerpo se afloja, él me aprieta enérgico, me sostiene; sin pensar más, escondo la cara en su cuello y lloro. Lloro mucho, hasta hipar. Sus manos recorren mi espalda, sé que busca darme consuelo o pedirme disculpas por hacer conjeturas erróneas, por despedirme o por no evitar que volvieran despedirme. O porque no entendió ni medio enunciado de lo que acabo de decirle. ¿Quién lo sabe y a quién le importa? Estar pegada a él se siente muy bien.

Logro contenerme después de un rato e intento separarme. Me lo impide y agacho la cabeza inmersa en una potente vulnerabilidad que se incrementa cuando levanta mi barbilla con un dedo. Nuestras miradas se encuentran en la

profundidad y la confusión que fustiga su fuerte mano amoldada a mi nuca. Cierro los ojos al sentir su pulgar masajeando el lóbulo de mi oreja y, sin que lo espere, siento su boca llegar a la mía en un beso casto que su lengua pugna por que sea brevemente casto; chupa mis labios, los saborea. Un suspiro se me escapa y su lengua me invade. ¡La mejor invasión! No sé qué pasa ni por qué pasa. Emilio me besa con ardor. Yo le correspondo, acaricio su rasposa barba y al instante le pone fin.

—Lo siento, Catalina. Perdón, yo... —Talla su barba justo donde lo toqué. Lo hace lento, no rascándose como suele hacerlo y yo no sé cómo interpretarlo.

Así como tampoco por qué me ha besado y, menos, por qué ha dejado de hacerlo.

—Escuche la oferta que le tengo. Mañana, en mi oficina. —Observa unos instantes como mi cabeza se menea de un lado a otro, lentamente, diciendo «no»—. Catalina, por favor.



Por lo menos tendré que cambiarme cuatro veces antes de decidir que ponerme, así que me paro hora y media antes de lo acostumbrado. A quién engaño, ni dormir pude. También me veré obligada a maquillarme más de la cuenta si no quiero que las ojeras de mi pálida piel se noten a kilómetros. Por fin me decido por el vestido gris rata de tubo y hasta la rodilla, cuello en V y mangas tres cuartos; las zapatillas básicas negras, las menos altas que tengo, tacones con niños no empatan. Distinguida, sobria y otoñal, así me describo ante el espejo, Valeria me ha dicho que me veo *hemos*. ¿Qué más podría decirme? Es mi sobrinita cuervo. Dejo a los niños en sus escuelas y llamo a Beto de camino a Uniformes Roel, asegurándole que estaré por él; le darán de alta pasado el mediodía. Me desea suerte y yo se lo agradezco. Me hará falta, soy una sobria y otoñal gelatina de porquería que se ufana de distinguida camino a entrevistarse con el diablo besucón. Sobándome los labios,

recordando el endemoniado beso y rogando al Creador del universo no ir a meterme voluntariamente al pozo del infierno. Insisto, con ese señor nunca se sabe, como me trata con desaire, me acosa... o me besa.

Bajo del camioncito urbano en la esquina de una calle que forma una gran herradura: el enorme local está situado al fondo. Se trata de una construcción rectangular de dos pisos, cuadriculada por ventanas de espejo. Jalo aire apenas lo visualizo, tomándome un tiempo para exhalar lentamente. Jamás en mi vida sentí las entrañas retorciéndose como lo hacen ahora. Cruzo el estacionamiento con las rodillas temblando y voy directa a la entrada de visitantes; hay dos: esa y la de empleados, por la que salí llorando hace poco tiempo y por la que pensé no volvería a cruzar. Ya veremos. El registro en recepción resulta ágil y accedo directamente a la salita de espera donde no espero ni cinco minutos: Davina entra por mí haciendo olas con esa personalidad arrolladora que tiene, es un tanto más baja que yo pero con un encanto casi único.

—Vamos, que lo tienes impaciente. Si no me ha preguntado mil veces si ya llegaste, no lo ha hecho ni una. ¿Cómo está Beto?

Anoche, luego de que pude recobrar el sentido que perdiera gracias a los labios más toscos y deliciosos a partes iguales que me besaran nunca, le llamé. No le conté del beso ¡claro que no! Simplemente le hice saber que vendría a primera hora, ya que después de tanta insistencia quería escuchar la oferta de Roel.

—Bien, un par de costillas quebradas, nada más.

—Me alegra que no pasara a mayores. ¿Lista?

Me encojo de hombros y le sonrío; para alistarme se me acabó el tiempo. Pasando la salita de espera está una puerta que lleva a la sala de juntas y enseguida la oficina del jefe, sus paredes también son de espejo; nos puede ver, aunque nosotros a él no.

—Paty, ¿nos anuncias por favor? —pide Davina con amabilidad.

La puerta se abre antes de que Paty levante el intercomunicador. Ese es Emilio, el que controla hasta los accesos con un botón a distancia: amo y señor de Uniformes, Vestuarios y Diseños Exclusivos Roel.

Imponente, varonil; su camisa y pantalón de vestir impecables.

Derrochando divinidad y perfección, rodea el escritorio y nos invita con la mano a sentarnos alrededor de una mesa redonda junto a la ventana con vista a los talleres.

¿Ese hombre me besó? Debí soñar. Debo estar soñando aún. Ordeno a mis dedos no tocarse los labios por veinteava vez.

—... la cuestión es muy sencilla: usted necesita trabajo y yo una asistente personal que hable el mismo idioma.

¡Ay, no! Me perdí la introducción. ¿Dije «buenos días» siquiera?

Si lo tengo que asistir a besos, no me niego.

Davina me mete un puntapié por debajo de la mesa. Merecido me lo tengo.

«Concéntrate, Catalina, ¡por el amor de Dios!».

—P-pero, Paty...

—Paty es la secretaria, no me está entendiendo. Hay proyectos que el equipo de diseñadores tienen asignados de manera fija, otros que los someto a concurso donde el mejor lo desarrolla hasta su conclusión y unos más que trabajo personalmente, para esos últimos son para los que la requiero.

—Ya me despidió una vez. Mis circunstancias no han cambiado como tampoco los estatutos de esta compañía. Yo requiero de cierta flexibilidad.

—Explíquese.

Emilio apoya un codo sobre la mesa y comienza a cepillarse la barba que hoy, lleva al ras. Un pequeño mechón de su ondulado cabello se sale del perfecto peinado de lado y otra vez tengo que controlar a mis dedos para no acomodárselo.

—No tengo problema con cumplir con las horas, incluso puedo permanecer por más: la guardería de Santi cierra a las siete. Solo tendría que salir antes de la hora de comida que aquí estipulan para recoger a Valeria y llevarla igual, a la misma estancia infantil. Era lo que hacía cuando era empacadora. Y respecto a las faltas que pudiera requerir, no sé, tal vez que se me descuenten de las vacaciones. Quiero trabajar, poner todo mi empeño y disposición, pero requiero apoyo para no dejar de atender a mis hijos. —Me mira circunspecto. De pronto, me entran unas terribles ganas de convencerlo —. Yo sé que no le incumbe... —imploro para seguir argumentando a mi

favor, pero me interrumpe.

—Davina, debió informarme de las concesiones que le fueron otorgadas en el pasado. Se pudieron evitar malos entendidos. —Roel mira con reprobación a mi amiga y esta achica los ojos y sonrío pizpireta—. Si usted cumple con las expectativas, podré soslayar.

—Bien —respondo a secas, pero por dentro estoy que prendo fuegos artificiales de la emoción.

Espera unos minutos a que dé las gracias, supongo, pues que se quede sentadito espulgándose los pelos de la cara... ¿Por qué? Si él no ha pedido disculpas por echarme ¡dos veces!, yo tampoco he de agradecer. No en voz alta. No todavía. Además es él quien ha insistido en recontratarme.

—Encárgate del contrato. —Luego de la orden girada a Davina, posa sus ojos negros de nuevo en mí, sonriendo y frunciendo el cejo, resoplando—. ¿Cuándo puede empezar?



—Mañana mismo ajusto el tema en la guardería. Me parte el alma tener que dejarlos todo el día, pero con lo que voy a ganar estaremos cubiertos con todos los gastos regulares. Suerte que el colegio de Valeria cuenta con el bienaventurado seguro de orfandad. ¡No vayas a perder la beca, Beto! Así es menos lo que sacamos del ahorro y quedará bastante dinero libre para cualquier cosa con mamá o cualquier otro percance.

—Por fin un trabajo a tu altura, hermanita. Con lo bordada a mano que te sientes.

—Eso era antes, deja de burlarte. Deseo estar a la altura del trabajo. No me vaya a quedar grande. Emilio Roel quiere que hable su mismo idioma y ahí sí que me la está poniendo difícilita. Súmale que es un ogro del demonio al que no sé si voy a poder sobrellevar.

—Él es quien batallará contigo: cuando se te sube la vanidad no hay quien te gane.

Dejo pasar el comentario del tarado de mi hermano, mi mente está más ocupada en resolver el asunto que palpita en mis labios... Para poder con el empleo, necesito primero olvidar el beso como él ya debió hacerlo. Estuvo fuera de lugar, los dos lo sabemos, muy de sobra, sobre todo, si pensaba seguir en el afán de que regresara a su empresa. Un impulso. Raro e inapropiado impulso. Eso fue. Al archivo a la de ya.

¡El lunes empiezo!

Beto casi me mata por poner a la venta mi coche y hace que frente a él borre la publicación en redes sociales. El suyo saldrá del taller en unos días, así que usará el mío por lo pronto. Me ha amenazado con que tendré que volver a manejar sí o sí.

Ya veremos.

Reajustamos la rutina diaria parándonos una hora más temprano. Somos un equipo envidiable, la *neta*^[25]. Me felicito de manera mental por no deshacerme de mi guardarropa *fancy*. Quiero lucir espectacular todos los días. Para mi primer día, opto por un pantalón azul marino y una blusa beige con accesorios dorados a juego con mis tacones *animal print*, un suéter abierto y delgado café oscuro y una bolsa también café, de esas enormes para meter todo lo que necesito, incluido mi *lunch* y como buena godínez^[26], en una bolsa unos *flats* bien empaquetados. Adiós, mochila.

Al llegar me entero de que mi acceso no se será por la puerta de empleados, sino por la de visitas, por la que entra Emilio como dueño que es, y de empleados: Davina, Beny, Lucy y Tomás, únicamente, y ahora también yo. Y que tampoco voy a checar entradas y salidas. Como si lo necesitara, trabajaré codo a codo con el jefe, ni modo que me escape.

Paso los primeros días ordenando su desorden; su escritorio por fin ha quedado libre y el estante ordenado de la A a la Z, por nombre del cliente. No era lo que esperaba, pero como tampoco esperaba algo en particular, pues ni

me va ni me viene. Ser la asistente implica muchas cosas, ¿no? Pues le asisto poniéndole orden. De cuando en cuando, me llama a su mesa de dibujo y me pregunta mi opinión, ni qué decirle: sus diseños son increíbles. Igual no me corto, ayer me atreví a quitarle el estilógrafo que traía en la mano para resaltar los bordes de un esmoquin de fantasía. Sigo sin saber a qué se refería cuando dijo que necesitaba que hablara su mismo idioma —apenas me habla durante el día— a no ser lo referente a la música, se sienta a diseñar y la enciende. Escucha de todo un poco, aunque ya me voy haciendo una idea cuáles son sus favoritas, varias de ellas también son las mías. Musicalmente, sí que hablamos casi el mismo idioma.

Resulta fascinante verlo concentrado. Lo muy malo es que cada que me habla no puedo evitar que mis ojos se dirijan a su boca. Me dije, me digo y me seguiré diciendo que aquel beso no ocurrió, pero ¡carajo! me cuesta, los labios me siguen punzando. Me reprendo cada vez, resulta muy complicado, sobre todo, por su modo de mirarme; de entrada, cada mañana me da un repaso de campeonato —en eso él tampoco se corta— sin contar con el par de veces que lo he cachado con la vista anclada en mi trasero. ¿Debería ofenderme? Y luego, todo se va más al caño por su forma de tratarme, la cual no amaina ni poquito: solo a mí me habla de usted y eso que soy la de menor edad en todo el equipo, tanto del administrativo como del creativo. Con todos es un ogro exigente y mandón, pero conmigo es, además, parco. No me lanza un comentario amable ni en defensa propia; si me dirige una sonrisa, es leve y complementada con un meneo de cabeza y un suspiro similar al que se emite cuando se está cansado, reflejando más que empatía, soberbia burla.

—¿No piensa irse?

—Beto recogerá a los niños cada viernes, así que puedo relajarme y no salir corriendo.

—Qué oportuna —espeta con sarcasmo. Elevando la voz varias octavas para hacerse escuchar sobre la canción que está sonando, justo como tuve que hacerlo yo—. Los viernes prefiero retirarme temprano.

—En ese caso, a la hora que diga. —Miro el reloj del modo más fresco que me pega la gana con toda la intensidad de espolearlo.

Llevo toda la tarde haciéndole al tonto en mi computadora nueva y ya

cuando cree que es hora de que me vaya, viene a reparar en mí. Resulta que no tengo cubículo propio, ni en el pasillo. Literal, estoy metida en cuatro paredes casi más grandes que todo mi departamento, con este pedante sujeto, mañana y tarde. Mi lugar de trabajo es la mesa redonda junto a la ventana con las grandes vistas del taller.

—El lunes desayunaré con un cliente muy importante que nos remite otro no menos importante, con el cual ya hemos trabajado antes. Necesito que me acompañe, los diseños los haremos usted y yo.

Me quedo callada sin despegarle los ojos. ¿Está loco? He sido su asistente por cinco días y he hecho poco más que hojear portafolios mientras los organizo.

—Entre lo que he percibido en las llamadas telefónicas y lo que me han comentado de él, no le gustan las formalidades y tampoco quiere que le presentemos opciones —continúa diciendo, sin mirarme, aparentemente el control remoto requiere de mucha atención para bajar el volumen de la música—. Al parecer confía plenamente en quien nos recomendó, así que no podemos decepcionarlos. Deberá estar atenta a las especificaciones que nos platique porque, como le digo, las formalidades no le van y no habrá muchas juntas. —Me da la espalda y, adoptando esa postura que me choca, la de las piernas separadas y restriegues de barba, agrega—: Puede retirarse.

Cuelgo mi bolsa al hombro y, sin despedirme ni nada, salgo de la cárcel de espejos en dirección al despacho de Davina, con las rodillas temblándome igual que el primer día. Ya me rendí con mis «buenos días» y «buenas tardes»; ya los cambié por «hola» y «adiós» y nada, cada vez, lo único que hace es pegarme una repasada.

—Ahora, tú, qué, ¿llorando porque no tienes plan para viernes?

—Fuera bueno y fuera cierto. —Abre las palmas que cubren su rostro enrojecido.

—Perdón, no quería...

—Déjalo, es que a veces casi no puedo dejar de pensarlo.

—¿Trigueño, alto y musculoso?

—¡Ssshhh!

Espero unos momentos parada en la puerta. Tengo la lengua pegada al

paladar, nunca he sido buena consolando. Abatida, entierra de nuevo la cara entre sus manos.

—Vamos a mi departamento, atender niños cero atractivo, pero igual ya que los bañe y los duerma podemos salir a cenar algo por ahí. Beto podría atenderlos, pero la verdad es que sigue algo adolorido.

Se ríe y sorbe los mocos.

—No puedo creer que hayas dicho salir a cenar algo por ahí. ¿Hace cuánto que no lo haces? Desde que te conozco, no tienes planes de nada que no impliquen obligaciones o con Beto o con los niños.

—Bueno es que te veo tan mal que...

—En realidad conocí a un tipo bastante guapo en casa de una amiga el fin de semana pasado y hoy me ha invitado a tomarnos algo.

—Mejor plan que bañar niños, definitivo. —Me rio un poco de manera sincera.

—La cuestión es que no quiero.

—Deberías, al menos, intentarlo.

—Catty, lo traigo metido hasta el fondo. Diario sucede algo que me lo recuerda, pero hay días que ni siquiera necesito nada para que un extracto de la puta película se desarrolle y mientras nadie me oye, yo repito pequeños diálogos, me digo frases que él me decía.

—Salir con alguien más te ayudará, no porque un clavo saque a otro, sino porque...

—Tiene el cabello como él —me interrumpe—. Sin forma, un poco largo en la nuca. ¿Puedes creer que se me ocurrió peinarlo con los dedos? A Esteban, el primo de mi amiga que conocí. Debió recibir la señal equivocada, al final de la cena me pidió mi número y, bueno, ahora me pide que salgamos a beber. Ya te la sabes: yo y mis impulsos. ¡Me estoy volviendo loca!

—Loca ya estabas, ni culpes a Patricio.

—¡Ssshhh! —me manda callar, haciendo toda clase de aspavientos.

—¡Eres tú quien habla de él!

Cambio el peso de mi cuerpo de un pie a otro, Davina apaga su computadora, apila unos cuantos papeles y digita tres botones en su teléfono de escritorio.

—¿Se te ofrece algo más? Ya me retiro... sí, sí. Aquí te espero.

No tengo que ni que voltear, el que está de pie a un paso tras de mí es él. Lo huelo. Me repliego al marco de la puerta para darle acceso.

—¿Llegó lo que te pedí?

—Mauricio recibió una llamada del proveedor y dice que por cuestiones de tránsito ya no será posible para hoy. El lunes durante la mañana la tendrás sin falta. En cuanto al material, ya quedó.

Que tanto le cuesta, mira nada más que bello se ve parado así: piernas separadas, ajá, pero con las manos dentro de las bolsas del pantalón. ¡Qué vistas!

—Si no cumplen, cancelas y la compras en otro lado.

—Como el cangrejo por inflexible, Emilio, de veras contigo. Se trata de tu mesa de trabajo, Caty.

Ah sí, ya se me había olvidado que voy a empezar a diseñar. ¡Voy a empezar a diseñar! Mientras no haga mi batea de babas por el camino. Estoy segura de que algo va a salir mal. Lo sé.

—No me discutas. Sabes perfecto que no es la primera vez que quedan mal. Odio a ese proveedor, así que haz lo que te digo, ¿de acuerdo?

Davina bufa, se pone de pie y se inclina sobre el escritorio para despedirse del jefe con un beso en la mejilla. Porque también de todas las mujeres de la oficina se despide y las saluda de besito... yo carezco de esa fortuna.

—Sí, Emilio, sí.

Emilio se da la vuelta y yo, de inmediato, vuelco los ojos al techo. Me sonrío de medio lado y resopla. O, simplemente, sonrío al viento, viboreándome sin disimulo.

Arrogante descarado displicente.

Subimos al coche y antes de ponernos en marcha, Davina enciende un cigarro. Me quedo tentada a pedirle uno, tal vez más tarde. Al fin, no salimos a ningún lado, luego de interrogarme sobre mi primera semana laboral, terminamos echados en el sillón de mi sala viendo una de esas comedias

románticas que le gustan ante las miradas aburridas de Beto y mía. Nosotros somos más de ver acción y ciencia ficción. De vez en cuando, se limpia los ojos, pero no vuelve a mencionar a Patricio en el resto de la noche.

El fin de semana lo paso entre visitar a mamá, la compra, el parque con los niños y el final del domingo, lavando ropa y limpiando el departamento. Por la noche, recibo un mensaje de Roel indicándome el restaurante donde debo verlo a las nueve horas de la mañana siguiente.

Llego puntual y ya me esperan. El señor con el que nos entrevistamos ronda los cincuenta años, un tipo muy estafalario y de dicción acelerada, amable y por lo que se nota, con mucho dinero o con mucho farol. Ambos se pusieron de pie en cuanto me vieron, cortando la conversación en la que estaban y sin reanudarla, pues apenas echas las presentaciones en las que se limitó a decirle mi nombre y apellido pidieron los menús y desayunamos en medio de un diálogo bastante trivial. Una vez retirados los platos, entramos en materia. Enciendo la aplicación de notas de voz en mi iPhone y extraigo de mi bolsa de mano una libreta y un lápiz.

—Deja volar tu imaginación, pequeña, y sorpréndeme. —Así se despide Román, el estafalario, ya en el área de valet parking^[27].

—Muy bien, *pequeña*, vámonos —agrega Roel copiando burlonamente el diminutivo por el que me ha llamado el nuevo cliente—, tiene mucho por hacer.

Roel no es más que un farol más. De entrada, me saludó de beso —en realidad fue más un tallón de barba que otra cosa— y todo porque Román lo hizo al extenderme la mano y darme un leve jalón. Cuando eso sucedió, el hipócrita de mi jefe me cogió de la cintura para separarme del cliente. Me abrió la silla, me preguntó qué deseaba desayunar y se encargó de ordenárselo a la camarera. Y en este momento me está abriendo la puerta de su coche—. Suba, *pequeña*.

Pongo los ojos en blanco de modo insolente. Vaya manera de iniciar la segunda semana, no sabré a qué atenerme. La pasada, poco me faltó para mimetizarme con el mobiliario de su oficina, decir que pasaba de mí es

quedarme cortísima y, para ser muy sincera, dudo que tanta atención me venga mejor. Ahora resulta que le interesa saber cómo va Beto de sus costillas y si a los niños no les ha costado adaptarse a tantas horas en la guardería. Le contesto escuetamente, y que mi teléfono celular empiece a sonar me viene de perlas.

—¿Madrina?

—No, hija, soy yo.

—Mamita, no sabes el gusto que me da oírte.

—Tu madrina me ha hecho el favor de enlazarme la llamada. Me ha contado que tienes un trabajo nuevo como diseñadora.

—Sí, mamita. —Dirijo una mirada de soslayo al conductor; el ogro asiente con un ligero movimiento de cabeza dándome permiso de continuar con la llamada. ¡Ni que se lo estuviera pidiendo!—. Intenté contarte los últimos dos sábados, pero te negaste a abrir los ojos.

—Estoy cansada, hija.

—Lo sé. —Cambio el teléfono celular a la oreja derecha y recargo el codo en filo de la ventana—. Nos harías muy felices si, por lo menos, lo intentaras. Es el único día que podemos verte. Y te vemos, pero ¿no te gustaría vernos tú cada vez? ¿Hablar un poco?

—Eso hacemos justo ahora, deja de regañarme.

—Estoy trabajando, mami. Prométeme que el siguiente sábado harás un esfuerzo.

El ogro convertido en caballero andante por lo que va de la mañana me mira fijamente. El semáforo cambia a verde y el desesperado taxista que viene detrás toca el claxon como si en ello se le fuera la vida.

—Si tú prometes ponerme al tanto de todo.

Suspiro de alivio. Es una alegría enorme oír lo que oigo, es la conversación más larga y seguida que he tenido con mi madre desde aquel fatídico día. Termino la llamada con promesas de ida y vuelta, y enviándole besos y te quiero.



Cruzando la puerta de su oficina me encuentro con la nueva mesa de dibujo repleta de material: varios tipos, marcas y tamaños de estilógrafos, lápices de color, plumones, marcadores, papel, tintas... y una tableta digitalizadora junto a mi computadora. Todo aquello que sueña tener al alcance un diseñador. Me quedo pasmada.

—Si le falta algo, avíseme.

Estoy absorta en todo lo que veo. Repaso algunos con las yemas de los dedos y cojo varios, quitándoles la tapa para hacer rayones en una hoja en blanco. Estoy como niña en una dulcería. Tengo mi buena caja de material en casa, pero nada comparado con este arsenal.

—Pequeña, ¿piensa usted probarlos todos? Le va a tomar todo el día.

Como siga llamándome así, le clavo el de punta más afilada que encuentre.

—No tengo tiempo, Catalina. Debo avocarme a otros proyectos, así que acomode el trasero en la silla y póngase a trabajar, a menos que sea usted una diseñadora de modas de pacotilla.

—¿Cómo dijo?!

—Lo que oyó.

El muy cretino enciende la bocina en medio de una sonora carcajada; a todo volumen escoge «Kiss Me» de Magic, dejándome con la palabra en la boca. Aguardo unos minutos procesando. ¿Por dónde empiezo? Camino presurosa hasta el mueble a un lado de su escritorio donde tiene, aparte de su sofisticada cafetera, una bocina^[28] marca Bose de considerable tamaño, pauso la canción sin pensar. Por el modo en el que me mira, comienzo a creer que he cometido un grandísimo error.

Empiezo mal. Muy, muy mal.

—Traiga acá y que sea la última vez que toca ese control —me indica tan áspero como puede.

—Uno: le voy a pedir que mantenga los buenos modos conmigo. Y dos: ordene bien lo que quiere que haga antes de convertir su despacho en un canta-bar.

¡Ay, Dios! Se pone de pie muy lentamente y se acerca a mí... Aprieta mi mano que sostiene el mando a distancia de su dichoso altavoz, jalándome hacia su cuerpo, pues me niego a dárselo. Luchamos por el objeto como dos mocosos mientras con la otra mano, trato de empujarlo, estamos muy pegados... Noto su pectoral recargado en mi pecho y sus largos dedos presionándome la parte media de la espalda.

—¡Suéltelo! —El sonido gutural de su voz no es lo que me hace desistir, es el arrastre de palabras rozando mis labios con su boca.

Lo suelto y me separo sintiendo enrojecer. Carraspeo. Emilio enciende de nuevo la música justo en la frase que mi cerebro traduce rápidamente: «bésame, cielo, una vez más. Quiero sentirlo». Baja el volumen y la canción termina en medio de su escrutinio y mi respiración acelerada.

—Las reglas las pongo yo, ¿entendió? ¡Deje de enumerarme nada! —Su grito me estremece. No parece importarle pues agrega—: ¿Tiene dudas? Apúrese a decirlas.

Tardo en ordenar mis ideas varios segundos, hasta un minuto tal vez. Mi asquerosa voz se atasca en su odiosa sonrisa de medio lado. No sé cuántas veces tuvo que resoplar antes de que formulara mi primera y única pregunta.

Finalmente pasaría de empacadora despedida a asistente ordena folios y, de ahí, a diseñar todo el vestuario del nuevo proyecto del nuevo cliente recomendado y de alto renombre en el mundillo de las obras de teatro en el país.

La cuenta de Román es mía. Sí, y ¡toda completita!

La vida es mejor cantando

—Y bueno... decirte que estoy aterrada es poco.

La última y repetida frase de la canción retumba en mis oídos:

«Kiss me Darling, a-one more time. I want to feel it...»

Me encontraba casi incapacitada para darle el último reporte a mi amiga, sin mencionar que le omitía detalles, claro está.

«Bésame cielo una vez más...» Sí, yo también quiero sentirlo, que no le quepa duda.

—Debe tratarse de una broma de mal gusto: soy su bufón y yo ni me entero —continúo, quejándome porque ahora mismo es lo único que puedo hacer.

¿Por qué siento que me la estaba dedicando? Ya sé, ¡alucino! Pero es que me confunde...

—Te confieso que es la primera vez que sucede algo así —Davina interrumpe mis pensamientos y comienza con un interesante monólogo—, al menos que yo sepa, y así que digas tú cómo se me escapan cosas, pues no. Ignoro si quiere burlarse de ti, más le vale que no, pero si de algo puedes estar segura es de que con su *empresita* no juega.

Luego de la discusión en la que me monté con mi jefe por ni siquiera orientarme sobre el encargo de diseños tan importante de Román, salí disparada a recoger a Valeria de la escuela y llevarla a la guardería. No he comido nada; en mi estómago solo hay espacio para los nervios deshilachados que Davina no hace más que destrozar al contarme que Uniformes Roel se fundó un año antes de que ella se incorporara y lo hace aquí, en medio del sanitario de mujeres, en voz muy baja mientras cepilla su envidiable cabello, el cual autocalifica de desastroso. Cuando la contrataron en la administración eran tres los diseñadores, aparte de Roel, todos compañeros de la Universidad: Beny, Lucía y Tomás. Un tiempo después y

en vista de la creciente evolución de la compañía, contrataron a Joel, quien pese a ser un sobrino recomendado de un profesor de ellos en la escuela, lo asignaron bajo la sombra de Lucy por más de un año, pues era recién egresado. De Martha, la última adquisición antes de mí, me indica que obtuvo su contrato al renunciar de manera intempestiva un tal Francisco, uno que se unió después de Joel y muy bueno en su trabajo, hace hincapié. Según Davina, este decidido irse, al parecer, a tocar puertas a Estados Unidos. Y que, incluso, sostuvo una acalorada discusión con el jefe ogro porque ante la vacante se le había ocurrido proponerme a mí para ocuparla.

—De hecho, Martha sigue supervisada, sobre todo, por Tomás. Por si no sabes —agrega entrecerrando los ojos—, él es quien tiene el trabajo más sencillo, pero más abundante: los uniformes en serie. Y eso que ella cuenta ya con un currículum más o menos avanzado.

Con la boca llena de pasta de dientes, sigue con sus esclarecimientos, añadiendo que es la primera vez que sucede que el o la nueva obtiene un proyecto propio apenas llegar. Por eso le sorprende que, además, se trate de uno tan importante. ¡Estoy que me ataco! No puedo con mis incertidumbres. Veamos: si la vacante que ocupó Martha, Roel se había negado rotundamente a concedérmela, ¿para qué semanas después aparecerse en mi casa, comenzar a indagar sobre mi vida y milagros, y, finalmente, ofrecerme una oportunidad que, al mismo tiempo, consiste en un magno portafolio de un magno cliente? Todo eso sin detenerme en el beso que me dio en medio de la cocina y lo a nada que estuvo de volver a besarme esta mañana... ¡Para volverme loca!

Davina viaja de tema en tema, lleva otros minutos hablando sobre mi pésima suerte de que Roel bajara al taller los mismos dos días en los que yo me ausentara de mi puesto como empacadora. Por supuesto que alguna otra vez yo lo había visto deambular por ahí, pues es de todos conocido que no pierde detalle de nada que se refiera al perfecto funcionamiento de toda su compañía. Fue así como dio con los chequeos de mis entradas y salidas, y descubrió que no me había presentado en las últimas cuarenta y ocho horas. Aun y cuando Davina es la gerente administrativa y, por ende, encargada tanto de los recursos humanos como materiales y financieros, a primera hora del día que regresé, me citó en su despacho sin ningunas ganas de oír que

Valeria había cogido una infección estomacal que por poco y la manda al hospital debido a la deshidratación y que yo era consciente de que esos días me serían descontados del sueldo... Pero nada: agarró el teléfono e instruyó mi despido.

Yo era una simple empacadora. ¡Qué manera de ensañarse!

—No sabes, cuando volví de París estaba como un puto basilisco porque Francisco renunció en mi ausencia y, según él, no podía descompletar el equipo creativo. Te digo, intenté persuadirle, esperaba poder mencionar aquellos bocetos que trabajaste a escondidas, pero no me dejó decir ni mu.

—Ahora que lo dices: ¿tienes idea de dónde terminaron? Cuando ordené la oficina de tu adorado jefecito...

—También tuyo, ni te hagas —me interrumpe, pegándome con el codo. Las dos nos reímos un poco y seguimos retocando el maquillaje; en diez minutos concluye la hora de comida y debemos volver a nuestros lugares.

—Como sea, en su oficina no están.

—Lo ignoro. Y también ignoro sobre diseños, pero esos tuyos estaban fenomenales.

—Uy, sí, tanto que de seguro terminaron en la bote de la basura.

Se trataba de unos vestuarios para una puesta en escena medieval. A Davina se le había ocurrido que yo, sin pertenecer al equipo creativo, presentara un portafolio. Durante varias noches, y con el material que usaba en la escuela, lo desarrollé. Según ella, lo coló en la mesa de la sala de juntas el día que Emilio se reunió con el cliente para que eligiera. A saber dónde diablos fueron a parar.

—Mira, se traspapelarían en su desmadre. Lo que sí sé es que el concursillo interno no lo ganó nadie, al parecer ninguno estuvo a la altura del cliente, ese que recomendó a Román. Fue Emilio quien se encargó y lo sé porque cuando son proyectos del tipo, el diseñador que gana la cuenta se lleva un bono extra y es mi departamento el que se encarga de pagarlo.

—O el ganador fue ese tal Francisco.

—Puede ser. En ese caso, como no lo pudo concluir, se lo perdió; poco después, renunció.

Comienzo a dudar en serio sobre mi presencia en esta empresa. Todo es tan extraño... ¡y la maldita canción que se repite en mi cabeza que no ayuda! Ni qué decir de lo mal que me sabe decirle las cosas a medias a Davina, a ella, que no se corta para nada conmigo.

Así, echa pelotas como estoy, con dudas y nudos en el estómago, tomo camino a mi lugar de trabajo y tomo asiento en mi silla recordando:

No lo sé, el cliente es suyo. La información la tiene en su libretita y en su ridículo audio, ¿tiene complejo de periodista o qué? Si mal no recuerdo, en total son cuarenta y tres vestuarios, reducidos a treinta diseños. ¡Hágalos!

Su agria respuesta a la inocente y única pregunta que pude formular: «¿por dónde comenzamos?».

Vuelvo a recordar el furor de sus palabras y el calor que me provocó su innecesaria cercanía. Vuelvo a recordar el consecuente helor de angustia en el pecho y rodillas flaqueantes.

¡Quiero salir corriendo!

Emilio Roel me aplasta.

Paso el resto de la tarde haciendo anotaciones y rayones. Paso el siguiente día y el subsecuente aterrizando un esquema para sugerírselo. Varias veces y ante mis indecisiones, lo obligo a bajar el volumen de la música, topándome con meneos de cabeza y resoplidos: *yo qué sé, como quiera, lo que elija. Catalina, ¡el proyecto ES SUYO!*

—¿Y si me equivoco? —le digo por fin, revelando todas mis inseguridades.

—¿En serio cree que voy a permitirlo? Dinero y prestigio corren de por medio.

—¿Cómo se atreve a dejarme sola a riesgo de tan preciados conceptos?

No es reclamo, pero es que en serio que...

—¿Tan poca fe se tiene? *Pequeña*, pidió una oportunidad en medio de la calle: demuestre que la merece.

¡Cuánto lo odio! ¿Me está poniendo a prueba? ¡Eso es! Y de la manera más baja. Maldito.

—Y fui a escanearme en el primer espejo de cuerpo completo que encontré, buscándome un diseño propio, *señor*.

¿No se cansa de escanearme? Ni que tuviera código de barras... baboso.

—Será mejor que me disculpe de una vez por ello. —¡Caray! Eso sí que me sorprende; no termino de regodearme para cuando me otorga otra nueva —: Una cosa es que me hable de usted y otra muy distinta a que me diga señor. No sea ridícula, puede llamarme por mi nombre.

—Las personas mayores merecen mis respetos.

—¿Insinúa que soy viejo?

—Usted, que insiste en llamarme pequeña.

«Y en hacerme sentir pequeña».

Se lleva una mano a la cara y tamborilea los dedos en su barba, que hoy la lleva perfectamente delineada. Sus gruesas pestañas adornan sus ojos, que cierra, tal vez, cabildeando lo siguiente a refutarme. ¡Basta de seguir ignorándome! Necesito asesoría, ¿es tan difícil de entenderlo?

—Vive en el país de la tangente, Catalina, avóquese de una vez. Prepare el portafolio más espectacular que haya hecho nunca. Vamos, sé que puede —argumenta con el tono de voz más sosegado que nunca le he escuchado dirigiéndose a mí, por supuesto.

—Será el primero.

—¿Segura? —Abre sus ojos y los posa en mí.

Deja de refregarse la cara, toma su celular y comienza a deslizar el dedo. Escoge «Expectations» de Magic, ¿¡por qué no!?

—Formal, quiero decir. Se le olvida que es el primer empleo en mi profesión.

—Mmmm... —Es lo que suelta por su boca, bailando un poco al ritmo de la canción.

Si su físico fuera de otro modo, ayudaría bastante. Pero no, tiene que tener ese aspecto tan soberbio... y hermoso, mucho, que no congenia con su modo de ser nada lindo, no conmigo, concretamente. Perfilado para arrollarme.

—Se juega mucho, ya lo ha dicho: prestigio, dinero, dinero, prestigio.

—Son tres días ya, Catalina. ¡Póngase a dibujar! ¡Con un demonio!

Se levanta de golpe y rodea el escritorio para llegar a mí. Estoy parada frente a su mesa, es decir, estaba, reacciono de inmediato y me giro, ni crea que me dejará temblorosa como la última vez. Dándole la espalda, subiendo también el volumen de mi voz, agrego:

—¡Es lo que pretendo! Si tan sólo me escuchara... ¡es que nunca escucha! Pido sus apreciaciones para comenzar, ya tengo todas las...

—¿Ha visto que yo haga reuniones con los creativos o que entren aquí o llamen para preguntarme sobre tipos de papel o tonalidades de morados? — Camina, reduce el espacio... Ignoro cuántos pasos nos separan, muy poquitos, uno como mucho. Mis hombros se encojen en automático al gruñir —: ¡No! —La música navega suavemente entre los dos; no le pongo más atención a la letra y tampoco lo encaro—. Si he de ser quien decide sobre sus diseños, entonces ¿dónde queda su *creatividad*? —Aterriza el puño en su escritorio rumiando sílaba por sílaba y yo me vuelvo a estremecer—. Vaya por la libre, sin más pautas que las que el cliente, que su imaginación y sus habilidades marquen... Catalina.

Y mi nombre lo dice en tal susurro que eriza mi piel.

Trago saliva.

—¿Qué pasa si no le agrada? —Mi voz se convierte en un asqueroso pitido chirriante.

Lo que me faltaba, ¿por qué diablos tengo ganas de llorar? ¡Ay, por Dios! Sigo de espaldas, aspiro y me trago las lágrimas.

—No es a mí a quien tiene que agradarle, mientras cumpla con los estándares.

—Usted ha recurrido a mis opiniones.

—Sobre un esbozo, no sobre quinientas ideas en el aire ¿Quiere que la juzgue? ¡Modele un maldito figurín!



—No, Rapunzel. No podemos ir al parque hoy.

—¿Po queeé? ¡Yo quiedo iddd!

—El fin de semana, princesa. Ahora ve a jugar y deja que me encargue de la cena.

Valeria se va por el pasillo haciendo puchero, empieza a resentir el poco tiempo que le dedico, pero ¿qué más puedo hacer? La conciencia no me deja y, mientras cenamos, saco la lotería de Disney y la invito a una partida. Al principio, está apática, luego, conforme le hago bromas sobre las princesas, empieza a disfrutar.

—Ni modo hermana, muchas mamás pasan el día trabajando.

—Pero ellos no estaban acostumbrados, Camila estaba con ellos siempre. Incluso yo cuando estuve de empacadora antes de las cinco ya estaba por ellos. Estoy haciéndolo todo mal.

—¿Cuándo dejarás de hacer drama por todo?

—¡Olvídalo!

Desconsiderado.

Me encierro en mi habitación. ¡Dios! Me siento frustrada. Soy inexperta; no se suponía que a la segunda semana me diera una responsabilidad tan grande. Se suponía que debería estar aprendiendo, fogueándome y no metida en una malévol a olla de presión. Los vestidos medievales los diseñé como si de una tarea de escuela se trataran, por darle gusto a Davina y que viera mi disposición, al menos ella, porque se preocupó por mí desde un principio, desde el día que dejé mi currícul o. Pero yo sabía que pasarían desapercibidos. ¿Cómo iban a competir con los de todos los demás? Todos ellos con años de experiencia. El simple y sencillito hecho de no conocer lo que Roel espera de mí me altera en grados abismales; las ideas se pelean unas con otras en mi cabeza, ¡estoy en pánico! Temo que esto sea una burla, que lo que busque sea el pretexto perfecto para botarme de una vez y para siempre, lavándose las manos, saneándose culpas.

Ataviada en pijama, me lavo la cara y me cepillo los dientes. Llegó la hora de espantarme las moscas: por mí, por mis niños, por Román que ha confiado en Roel y por él, de quien depende mi futuro profesional. Daré todo.

Si es necesario, me dejaré la piel, todo mi ingenio.

Voy a la cocina, dejo pulcra la barra y extendiendo una hoja en blanco que en la madrugada termina modelando el color rojo, el del personaje principal de la obra: la Caperucita más bizarra nadie pueda imaginar.

Entre jueves y el viernes, ya con la inspiración y la confianza recuperadas, pasando de mi jefe, concluyo al lobo feroz que, en realidad, en la obra no será un animal, sino el «malote» del que se enamora Caperucita, la que no será para nada una tierna niña: esta obra tiene de cuento infantil lo que yo de astronauta. Basta decir que no irá por el bosque con una canasta a visitar a su abuelita, sino por oscuros callejones de una gran ciudad; tendrá por amigas a cinco estrambóticas «flores de asfalto», a las que les resalto en su vestuario sus principales características. Digamos que dos de ellas interpretarán la «buena» influencia, otras dos la «no tan buena» y la quinta, la tipo conciencia, será la que balancea a las otras cuatro. Magnolia, Fresia, Camelia, Belladona y Crisantemo.

Satisfecha, disfruto del fin de semana prácticamente igual que el anterior, con la diferencia de que este sábado resulta muy especial. Encontramos a mamá esperándonos en el jardín junto a mi madrina y su esposo, un señor gordito y calvo muy amable. No quise decirle antes a Beto para no ilusionarlo, ahora está que no se lo cree. Mi madre juega con los niños; con Valeria llevaba meses que no lo hacía y a Santi casi que ni lo conoce. En tanto, le cuento de mi trabajo, puras cosas buenas para no estresarla.

Como me han pagado la primera quincena, el domingo después de pasar un rato en el parque, acudimos al centro comercial a comprar ropita para los niños y a comer a un lugar con ludoteca donde se entretienen de lo lindo. Beto se pone a estudiar un poco y yo a tontear en redes sociales.

Trabajo tan concentrada que casi ni oigo la música que le ha dado por

reproducir al jefe, una muy noventera. La verdad es que me gusta, aunque no crecí escuchándola varias son un clásico como «November Rain», que suena justo ahora. Giro la cabeza hacia la izquierda y lo veo clavado en su mesa de dibujo. Levanta un papel pergamino y lo baja para, de inmediato, volverlo a subir. Luego, en dos zancadas, ya está levantando el teléfono fijo.

—¿Tienes unos minutos? —le dice alguien por el auricular.

Ok. Me ha descubierto mirándolo embobada, hasta me he torcido el cuello de lo rápido que volví la cabeza hacia mi mesa, y lo sé por ese resoplido que hasta por encima de la música se oye. Es más, si volteo de nuevo, tendrá impresa en su gruesa boca esa sonrisa irónica de medio lado. No importa, tengo un *post-it* con palitos donde anoto de cinco en cinco las veces que le he cachado mirándome contra las veces que él a mí, marcador 20-13 a mi favor. ¡Ja!

—Caty, Emilio, buenos días.

Beny me saluda de beso en la mejilla y luego va y choca su puño con el jefe. Apenas lo conozco, de hecho, apenas conozco a todo el piso sin contar a Davina, lógico, y a Paty, con quien platico un poco cuando el ogro no ha llegado por las mañanas: ambas solemos llegar de diez a veinte minutos antes que él. Con el resto, he ido conversando casi nada en mis paseos al sanitario que está en la otra punta. Se nota un ambiente relajado y de mucha camaradería entre todos, incluidos los administrativos: Mauricio y Rosita, las manos izquierda y derecha de Davina.

Los oigo hablar sobre unos clientes, pero me mantengo muy derechita: no quiero que me tilden de curiosa.

—Oye, Caty. —Giro el cuerpo completamente en su dirección—. El domingo festejaremos a mi hijo: es su cumpleaños. Será en mi casa, ¿qué dices? —Roel frunce el entrecejo y se cruza de brazos, observándome. Le doy las gracias a Beny y sonrío—. Ya sabes: piñata, *show* de Batman y mi esposa cocina delicioso, ¿o no, Emilio? —continúa diciendo ya en el umbral de la puerta.

El aludido asiente con la cabeza y le hace señas con la mano para que termine de largarse, encaminándose hacia mi lugar. Beny promete dejarme los datos con Paty y yo vuelvo a darle las gracias por la invitación.

—¿Algún avance que quiera presentarme?

—Ni modo que no haya venido a echar un ojo en mis ausencias.

—Se equivoca. ¿Tiene que estar siempre tan a la defensiva?

Me pongo colorada. La verdad es que sí, he contestado en muy mal tono. Me da la impresión de que no le ha parecido nadita que Beny me invitara. Total, él ni hijos tiene. Le extiendo los modelos de «las flores» y depende de cómo reaccione, le mostraré a la Caperucita y al lobo, digamos que por dejar la rebanada grande para el final.

Las observa una a una, detalladamente, y luego me escudriña muy insolente desde el cabello hasta los botines negros por los que me decidí esta mañana. ¡Qué manía! Cuando va por la cuarta flor me pongo de pie. En realidad, me enderezo. Las sillas de las mesas de dibujo son altas y con reposapiés pero yo acostumbro no usarlo y quedarme con la mitad de las pompas puestas en el asiento para poder tener los pies en el suelo. Me enderezo porque no me gusta que me rebase tanto en altura, de por sí, se siente inmenso el muy tarado, y no hablo de medidas, sino de egos.

—Las fichas técnicas las tengo acá. —Tengo que moverlo un poco para alcanzar la carpeta donde las he puesto y, para ello, lo empujó levemente con la cadera, sonriéndole sin despegar los labios, intentando bromear con él.

Resoplido.

Sonrisa de medio lado.

Negación con la cabeza.

—Disculpe, señor. ¿Me permite?

Ahora yo resoplo y muy fuerte, y niego con la cabeza también, enérgicamente.

—¿Qué? —Me pregunta en un rugido.

Parecemos cavernícolas comunicándose con sonidos.

—Nada.

—¿Por qué bufa?

—Fue un simple intento por romper el hielo.

Abro la carpeta y me voy al apartado correspondiente.

—¿Y quién le ha dicho a usted que yo quiero romperlo?

¡Toma chango en el hocico! Cuál chango, cuál cavernícola, soy una burra

que no entiende que no estoy aquí para socializar y menos con él. Y vuelve a mí la sensación de aquél beso que me dio... y del otro cuasibeso. Sacudo la cabeza embrollada, seguro que se arrepiente profundamente y me trata mal para dejármelo muy clarito. Es solo que su modo de tragarme con esos pozos que tiene por ojos, hay veces que lo interpreto como si le provocara cierta atracción. ¡Qué va! Soy una tonta mocosa para él.

Me entrega los figurines de «las flores» y lee detenidamente las descripciones de tejidos, colores, composición... Cierra la carpeta y la vuelve a abrir para comenzar con la primera hoja. Pasan los minutos. Se me cansan los pies de estar parada, las manos de no saber qué hacer con ellas y los ojos de tanto mirarle ese peculiar lunar en la sien derecha. Inclino la cara para enfocar mejor, casi tiene forma de corazón y si te fijas bien, se comienzan a notar poquitas barbas blancas, muy entremetidas, una por ahí otra más allá. Es muy sexi tanto como el modo que tiene de juntar y elevar los labios cuando se concentra.

Me dirige una miradita de reajo y yo me aclaro la garganta, fingiendo buscar algo en la mesa. Acomodo la silla para sentarme correctamente y sigo trabajando en lo que hacía antes de que apareciera Beny. Los guardaespaldas del lobo. Diez del mismo tipo de árbol, pero distintos entre sí: Secuoya Gigante.

«Eso Caty, piensa en árboles, sapos horrorosos o en lo que quieras, pero deja de poner cara de lela cada vez que se te acerca».

Pongo toda mi atención en esos vestuarios exóticos por unos cuantos minutos, apenas logro focalizarme en algo que no sea su imponente personalidad para cuando se le ocurre preguntar por los personajes protagonistas, descolocándome de nuevo con su grueso timbre de voz. Se los muestro un tanto dubitativa. Quieta, conteniendo la respiración, lo observo analizarlos. Lo hace con mayor detenimiento, resulta obvio, deben ser los más llamativos, los más espectaculares. Va de los figurines a las fichas técnicas y de vuelta otra vez.

—Contando los árboles, ya va por la mitad. Siga en ese ritmo.

«¡¿Eso es todo?!» me pregunto para mis adentros.

La cantidad de enunciados que esperaba que salieran de su apetecible

boca empiezan a caer en cascada dentro de mi mente, desde las reprobatorias, un bien pero, le falta... le sobra; recomendaciones de todo tipo, hasta un «¡Catalina, esto es maravilloso!».

Pobre ilusa de mí.

Vuelve a su escritorio para sentarse muy erguido, muy consciente de cómo mi mirada lo apuntala como dos afiladas estacas. Frente a su computadora teclea con apuro y enseguida toma su teléfono celular. La canción que escoge me parece haberla escuchado antes, pero por si no, él se encarga de que lo haga y muy bien: mi displicente jefe la repite varias veces, una tras otra.



—¿Estás segura que no te importa ir sola?

—Nunca dije eso, lo que digo es que es más importante tu examen de mañana que la dichosa fiesta. Pero, en fin —tomo aire sin despegar la mirada de mi yo en el espejo: traigo ojeras—, con que me lleves y vuelvas por mí cuando te llame, puedo conformarme.

Beto sale de mi cuarto baño meneando la cabeza de lado al lado, no sin antes darme un jalón en la cola de caballo que me he hecho y deshecho veinte veces, provocando que un cabello lo sienta tirante y, como me pica, vuelvo a soltarme el pelo y a sujetarlo de nuevo con la liga, quejándome sin parar.

Llevo dos noches durmiendo poco y me siento muy estúpida por los motivos, porque obsesionarse con encontrar una canción es muy estúpido, ¿o no? Esa que Roel se empeñó en hacer sonar quinientas veces la tarde del viernes. Sin contar lo mucho que me turbaba asistir de nuevo a una fiesta infantil. Será la segunda a la que vaya desde que me estrené como madre, desde que era niña que no iba a una y aquella fue debut y despedida, gracias a las mamás de los compañeritos de la escuela de Valeria que no hicieron otra cosa que montarme un nefasto interrogatorio, de esos insidiosos, mostrándose amables con el único fin de sonsacarme información para luego irse por ahí

cuchicheando entre ellas. ¡Bola de víboras sin oficio! Y si he aceptado la invitación de Beny es porque, al fin y al cabo, mi niña tiene derecho a socializar y porque, bueno, Beto me ha convencido de que si voy, él llevará a Valeria a la próxima que la inviten para poner a todas esas horribles mamás en su lugar.

Si es que existe una próxima. Es triste. Ante tanta negativa mía de participar en las actividades del colegio, Valeria en más de una ocasión me ha contado que ha jugado sola en el recreo. El tema es que las críticas, en más de una ocasión, han llegado a mis oídos. Al parecer, ni la colonia en la que vivimos ni que a la niña la estén educando un par de jovencitos inmaduros, como nos catalogan a Beto y a mí, resulta del agrado de los padres de familia.

¡Qué se vayan a la goma!

Llegamos tarde por casi cuarenta minutos, pues Valeria se obstinaba en disfrazarse de Rapunzel y tuve que advertirle que si no desistía, nos quedábamos en casa. Al final y sorbiéndose la nariz dramáticamente, aceptó vestirse con algo de la ropita nueva que recién le compré.

Al entrar, lo primero que alcanzan mis ojos es esa espalda cuadrada que puedo reconocer a kilómetros aun forrada por una sudadera. Juré que no vendría. Me quedo como estatua junto a la puerta metálica hasta que el muchacho que abre hace señas para que me quite y lo deje cerrarla de una vez por todas. Me disculpo apenada y echo andar por el corredor de piedra que divide el enorme patio frontal de la casa de Beny, reacomodando a Santi en mi cadera. Valeria va caminando a mi lado, sujetando el regalo y con una sonrisa tan ensanchada que me parte el alma. Soy mala por no llevarla a fiestas. Lo sé.

—Tú debes ser Caty —afirma una mujer por lo menos seis o siete años mayor que yo, llegando hasta mí, sonriendo muy amable y tomándome por los hombros para saludarme con un beso en la mejilla—. Soy Mariela, la esposa de Benjamín... ¡Beny!

Pega el grito al mismo tiempo que quita de mis brazos a Santiago, quien la observa tan extrañado como yo.

—Yo soy *Valedia*.

—Por supuesto que lo sé, princesita, y Dominico te está esperando. Mira, ¿ves al pequeño Batman de allá? —Le indica señalando con el dedo a su hijo que baja gritando como un poseso por la resbaladilla.

Valeria jala de mi brazo para que me agache a su altura y masculla un reproche por no dejarla venir disfrazada.

Beny levanta la mano más contento de lo que debiera; si llegamos a simples conocidos es mucho; si he cruzado diez palabras con él, son muchísimas. Le da una palmada a Roel, quien juro que ha resoplado como lo hace cada que yo aparezco. No lo oigo, pero lo sé. Así como voltea y me mira por unas milésimas de segundo, vuelve a girarse. Milésimas de segundo en las que mi corazón late desbocado con tan solo esa fugaz mirada. Beny, en cambio, se encamina hasta nosotros. Retengo a Valeria para presentársela a mí, aparentemente, superamigote de la oficina y, acto seguido, le animo a que vaya a conocer al festejado y le entregue su regalo.

Santi se revuelve en los brazos de Mariela, quien me lo regresa, no sin antes besarlo en la frente.

—Ven, Caty, acá estamos los adultos. Mariela y yo nos alegramos mucho de que hayas venido.

Beny rodea con un brazo a su mujer y caminamos por en medio del césped hasta un tejaban^[29] bajo del cual están colocadas un par de mesas de jardín repletas de botanas. Al ver que nos aproximamos, Roel se separa de ahí y se pone a conversar con un señor canoso que, a su vez, conversa con otro igual de canoso junto a otra mesa dispuesta con todo tipo de bebidas.

Me instalo en la orilla más lejana que se puede, que no es mucho, hay veinte sillas nada más. Saludo estrechándoles la mano a cada una de las pocas personas, todos me reciben con afecto, menos el ogro, justo cuando es el turno de ese grupito de tres, decide sacar de su bolsillo el celular y avanzar con el aparato puesto en la oreja rumbo al interior de la casa. ¡Es un grosero! Y yo, una inoportuna que no debió venir porque aunque no sea ni su casa ni su festejo, es el jefe, el amigo del dueño y no hace falta que yo sea muy lista para concluir que a él le repugna mi presencia en tan cerrado grupo de asistentes, donde ambos junto con otro matrimonio somos los únicos que no

formamos parte de la familia de Beny o de Mariela. Espero que llegue alguien más de la oficina por lo menos.

¡¿Qué diantres hago aquí?!

El ridículo es lo que hago. Cinco minutos más tarde, Mariela anuncia que la comida será servida y que, conmigo, estamos todos. Gracias. Todas las miradas se centran en mí. Sonrío como idiota y lo único que apela mi cerebro es una orden a mi mano de levantar la michelada que acaba de servirme el mesero, en señal de brindis.

¡Hasta acá lo oigo resoplar! Toma asiento varias sillas más allá, pero lo escucho y lo veo deslizarse la palma por toda la cara, ¿para qué? Para rascarse la barba, para qué más si no.

Roel y sus estúpidos resoplidos nefastos que exhala por su... boca... que recuerdo sobre la mía y...

Tos, me da tos.

Vuelve a posar sus ojos en mí para luego negar varias veces con casi imperceptibles movimientos de cabeza reprochando el atrevimiento que he tenido en asistir, debo suponer. Enseguida, se pone de pie y va hasta la mesa de bebidas, pues el par de meseros se dedican a servir los platos. Justo en ese instante entra en el campo de visión de Valeria, cual rayo veloz, se levanta de la pequeña banca donde come con el resto de los niños.

—¡*Emilo!* —grita efusiva.

Corre hasta para abrazarlo por las piernas, dejándolo atónito y sin saber cómo reaccionar. Valeria es una niña muy cariñosa y, para ella, él es el valiente caballero que nos rescató de las garras de la tormenta.

—Hola —atina a decirle, acariciándole la cabeza, pero Valeria no lo suelta y me veo obligada a acercarme.

—Rapunzel, vuelve con Dominico. Tu comida se enfría.

Por fin lo deja libre y se va dando saltitos de emoción. Le sonrío a modo de disculpa y a modo muy inútil, el muy ogro no me la devuelve, a cambio me recrimina:

—Al menos, ella tiene modales.

—Es lo que intento enseñarle —reprocho también, bien que sabe...

—Y, a usted, ¿quién le enseña? Llega, se pone a comer y ni porque soy su

jefe se digna.

—En realidad, usted y yo no solemos predicarnos ese tipo de atenciones. Yo lo hacía, pero ante SU —hago hincapié en esa última palabra, ¡ahora resulta que la grosera soy yo!— falta de respuesta, desistí.

Emilio Roel me repasa de arriba abajo como de costumbre, bufa, sonrío de medio lado y me deja parada con la palabra en la boca. Ojalá fuera feo, bizco y con los dientes podridos. Decir que luce espléndido es quedarme cortita, esos *jeans* marcándole todo el trasero... Santiago me grita desde donde lo dejé paradito, sosteniéndose de la silla con una mano mientras que con la otra come fascinado pedazos de salchicha asada. No me pasa desapercibido Beny, nos observa casi con lupa; después, su señora le susurra algo y toma su plato muy sonriente para venir a ocupar la silla vacía cerca de mí. Las dos platicamos con el bebé de por medio y, sin darme cuenta, le he contado casi con lujo de detalles los pormenores de mi vida en los últimos meses, claro, obviando ciertos datos que involucran al jefe. Hasta hemos intercambiado teléfonos. Resulta sorprendente cómo cuando una persona te inspira confianza, puedes hacerte amiga de ella en una tarde. Puede que les levante el castigo a las fiestas infantiles.

Los pocos niños que hay juegan alborotados en un juego inflable de renta y en los juegos infantiles fijos. Al cabo de un rato, inicia el *show* donde Batman y Robin combaten al Guasón entre las risas de todos los presentes. Más tardecito, quiebran la piñata. Salen tantos dulces que cada niño junta los necesarios para caer en coma diabético.

Desenvuelvo un chocolate y se lo entrego a Santi, dejándolo sobre el pasto para que lo devore a sus anchas y en esas se encuentra cuando, de pronto, Valeria llega corriendo hasta nosotros aguantando el llanto. Apenas me pongo en cuclillas para preguntarle lo que pasa, me abraza y derrama todas sus lágrimas contenidas. Llora sin que yo logre entender ni lo que me dice ni lo que le sucede.

—Respira un poco, princesa. No te entiendo. —Intento soltar sus bracitos de mi cuello, pero no me deja.

Santi se pone nervioso y así, con sus manitas llenas de chocolate, con una me jala la blusa y con la otra se apoya por completo en una de mis bubis. Con

una ahorcándome y con el otro jalando y empujando, caigo de nalgas al pasto. Valeria se separa sorbiéndose los mocos, cambiando el inconsolable llanto por una estruendosa carcajada. Levanto la vista y me encuentro con él, viendo y oyendo cómo también se desternilla. Mi niño se tambalea llevándose mi blusa en su puñito.

—¿Qué? ¿Nunca ha visto un *brassier* color beige? Es de lo más típico.
¡Muero de vergüenza!

Aprieta los labios tratando de contener la risa, pero no lo consigue; en tanto, mi bochorno va en aumento.

—Corre, niña, en la mochila tengo toallitas húmedas. —Hincada, acomodo la blusa en su lugar. Suerte que sea morada, no se notaran tanto las manchas.

—No puedoooo, mi *dodilla* me dueleeee —bramando de nuevo, su risa desaparece.

Ambos miramos a la pequeña y vemos sus mallas rasgadas y llenas de sangre.

Me pongo de pie de un salto. No debe ser nada grave, llegó corriendo y, además, va del llanto a la risa en segundos, de igual modo tengo que revisarla.

—Tenga, hágase cargo del bebé mientras yo me ocupo de la niña.

Sin más, desaparezco en busca de Mariela para que me proporcione un poco de agua oxigenada y alguna vendita.

Ignoro cómo lo toma, tanto al bebé como a la situación. Me llevo cargando a Valeria sin mirar atrás a sabiendas de que he cometido un atrevimiento enorme. No reculo. Que se joda por burlón.

Dicho y hecho, resultaron más afectadas las mallas que la piernita.

—¡Estoy que no lo creo!

La miro con cara de circunstancias.

—¿Ves el modo que lo ha colocado sobre sus piernas y lo limpia cuidadosamente?

—Y también veo el cerro de toallitas que ha empleado —le contesto a

Mariela en tono de guasa una vez de vuelta en el patio.

—¡Pues es asombroso!

—¡Sí! Con un par bastaba.

—No me refiero a eso, Caty. ¿Sabías que Emilio es el padrino de Dominico? —Niego con la cabeza y continúa—. Pues si lo sostuvo en sus brazos por un minuto el día que fue a conocerlo al hospital y otro más el día de su bautizo, son muchos.

¡Oh, oh! Estoy en problemas. Doy un paso al frente, pero Mariela me detiene.

—Déjalo, que se las arregle.

Sonrío nerviosa. Me dice que necesita ayuda con el tema del pastel, un pretexto de lo más absurdo, pues su hermana, quien resulta ser la madrina de Dominico, ya ha colocado las cuatro velitas. Beny nos pide que le demos diez minutos para que reunamos a todos los niños y tomar la tradicional foto de cumpleaños.

Me quedó de piedra cuando mi jefe se levanta con Santi en brazos: viene hacia mí, sin duda, decidido a matarme. Su mirada me lo dice todo. ¿En qué estaba pensando cuando lo arrojé a sus brazos y con las manitas enchocolatadas? ¡Ay, Dios! El niño lo abraza y luego le palpa la cara: envidia me da. Además, algo le solicita porque, de inmediato, con su dedito regordete le señala los juegos infantiles.

—Si mis ojos no lo vieran...

Beny se tapa la boca y abre los ojos con exageración. ¡Por favor! Se trata de un tipo subiendo a un bebé de casi un año a un columpio, no entiendo cuál es la odisea.

—Será mejor que vaya y...

—No, no, no, no, no —tararea—. Mejor hazme un favor y convence a los niños de que vengan a la foto.

Y en la foto, Emilio Roel sale con mi hermoso cachetón en brazos. Una vez comienzan los pocos invitados a dispersarse, corro y se lo quito, no vaya ser, pero Valeria la muy... inocente, bien oportuna, va y le dice que si a ella también puede cargarla un rato. Al final se lo agradezco porque esos ojos negros me estaban acribillando. Se la lleva a una banca un poco apartada, la

sienta en sus piernas: envidia me vuelve a dar. Platican por varios minutos en los que Emilio no para de reír.

Mariela y Beny se secretean otra vez.

Todo es tan desconcertante que me entra urgencia por irme. Escribo a Beto un mensaje. Me responde que Gerardo va de camino al departamento y le pediré que llegue por mí antes. Me da lo mismo. Cuando Gera me indica que está por llegar, me despido y doy las gracias tanto por la invitación como por la amabilidad con la que nos han tratado. Mariela me sugiere que nos sigamos viendo y yo acepto encantada.

—Rapunzel, despídete de Dominico y sus papás, ya nos vamos.

Valeria le zampa un beso a Emilio y echa a correr para cumplir la orden que le he dado.

—Permítame que los lleve.

—No es necesario, la fiesta aún no acaba y...

—Ya pensaba irme —corta mis palabras, poniéndose de pie con rapidez e intenta quitarme la mochila colgada al hombro, y yo, como por acto reflejo, me sacudo.

La cara que me pone me resulta muy distinta: parece que lo he ofendido. ¿De qué se admira? Si todo el tiempo está enfadado conmigo. Es muy brusco en términos generales, pero al menos con los demás, incluyendo a mis niños, se le puede ver distendido... a veces. Las risas reservadas para mí son las sardónicas... por rutina.

—Puedo ahorrarle el taxi —insiste en voz muy queda.

—Ya vienen por mí.

—¿Su hermano?

—No.

—Entonces, ¿quién? ¿El chofer del camión urbano? Es un fraccionamiento exclusivo, Catalina, el servicio público no tiene acceso.

—Lo sé, justo aquí mismo, en este fraccionamiento taaan exclusivo, está la casa en la que crecí, ahórrrese los comentarios.

Un día de estos me va a poner de patitas en la calle por respondona.

Me voy hasta la puerta y, rápidamente, Valeria me alcanza. Roel la abre sin que lo mire de nuevo. Este señor no se cansa de pisarme a cada

oportunidad, aceptarle más favores sería tanto como ofrecerme de alfombra.

Gerardo ya me espera y en cuanto me ve, camina en mi dirección con su típica sonrisa de anuncio de pasta dental.

Todo lo demás ocurre de manera mecánica y bajo el escrutinio de don ogro; el mejor amigo de mi hermano y, por ende, muy amigo mío, quita de mis brazos a Santi y lo coloca en la sillita para bebés que trae de fijo en su Audi. Gerardo tiene un hijo unos cuantos meses mayor que Santi y también tiene más lana que un borrego, bueno, él no, su papá. Subo a Valeria y le abrocho el cinturón mientras él, todo caballero, me abre la puerta del copiloto esperando a que rodee el lujoso automóvil y me suba. Los vidrios polarizados me permiten observar con libertad como Roel se restriega la barba con el puño cerrado, más furioso de lo que lo he visto nunca.



Me paro de la cama tarde, no mucho, pero sí dejando insuficiente tiempo para maquillarme como me gusta y de secarme el cabello como me gusta. Tan rápido como puedo, me baño y visto toda de negro con un pantalón entubado y un sweater suelto de cuello en V, al fin y al cabo, el día está nublado; el único color que resalta es el del dije de corazón turquesa que batallo para abrochar debido a las premuras. Me hago un recogido alto y restirado, un poco de polvo compacto, rubor, rímel, brillo en los labios y ya está, salgo disparada de mi recámara con los tacones negros en la mano, pegando de gritos para que todos se levanten... Todos están levantados, salvo Gerardo, ese que se limpia las lagañas y se rasca los huev... a mitad de la sala. ¡Ay, por Dios! Lo que tiene una que ver.

—¡Cállate, loca! —espeta con su típico acento del norte del país.

Le grito más fuerte que estoy en MI casa y le hago aspavientos para que saque la mano de donde la tiene metida. Por suerte, Valeria y Santiago no lo alcanzan a ver desde donde desayunan tranquilamente.

—Hoy sí te luciste, hermanita.

—Debí apagar el despertador dormida —me excuso detrás de la taza de té que él mismo me ha preparado.

—Me refiero a que te ves muy bien. Te queda ese *look* de ejecutiva misteriosa. Te faltan los lentes de pasta y los zapatos, claro. —Se ríe un poco, lejos de mofarse de mí.

Gerardo aparece en la cocina y me repasa de arriba abajo, silbando.

—Bueno, tú ¿a quién quieres impresionar?

—Que sepas que cada día luzco algo mejor que esto. —Me señalo, muy vanidosa.

—Siempre he dicho que hay mujeres que sin tanto maquillaje son más bonitas, tú eres una de ellas.

—Sin pasarte de wey, pendejo.

—Ni te preocupes, hace mucho que me resigné a que Caty no me haga el caso que quiero, ¿verdad?

Me encojo de hombros y le lanzo un beso. Es verdad. Tiró la toalla hace mucho y yo se lo agradezco. Me cae superbien, pero ya me tenía enfadada. No es que no sea guapo, simplemente, no es mi tipo, además de que es un picaflor, no termina con una para cuando empieza con otra. Ello sin contar con que Beto, prácticamente, me tiene prohibido tener algún rollo con sus amigos, con los íntimos al menos. Que ya ni se preocupe, la coqueta insufrible la dejé atrás hace meses, a principios de año concretamente.

Estoy saludando a Paty cuando la puerta del ogro se abre. ¡Vaya!, se cayó de la cama. Y cayó como ángel a la tierra, ¿perfectamente afeitado? De no verlo fijamente, fracaso en el intento. ¿Me gusta más con barba o sin ella? Suerte que nadie me lo pregunta, juro que no podría decidir tan fácilmente. ¡Cielo Santo! Es HERMOSO. Sus ojos se ven más enormes, sus pestañas más negras, su cara más blanca y tersa, cincelada cada facción y sus labios... veo perfectamente sus labios porque ya me encuentro a unos pasos de distancia, la que sin darme ni cuenta, recorrí. Emilio Roel es guapo entre los guapos y me está mirando más encabritado que nunca. Me recoloco la bolsa en el hombro y me sirvo un té, otro, sí, ¿qué más podría hacer?

—¿Quién es?

A paso lento, se coloca junto a mí. Su aroma invade mis fosas nasales; es tan varonil y huele tan rico que en cualquier momento se me escapará un suspiro.

—¿Quién es quién? —respondo quedito, casi sin aire en los pulmones. Su loción es deliciosa.

—Ese que la ha dejado en la puerta. —Su mano roza con la mía al quitarme la taza. La llena con agua caliente y yo le paso la infusión que elijo beber.

—El mismo que fue por mí a casa de Beny.

—Dígame algo que no sepa. ¡Dígame quién es!

—¿Perdón?

—¿Puede contestar? —Intenta calmarse, yo en cambio, no lo consigo: su ronca voz me estremece.

Me toma por el antebrazo y me gira con brusquedad para que lo mire.

—Es un amigo —contesto inmediatamente, más por asombro que por otra cosa.

Mis ojos se posan en mi brazo amagado y él me suelta entregándome la taza preparada a cambio. Le doy las gracias con un asentimiento de cabeza, muy desconcertada. ¿Qué le pasa? Si no fuera porque me consta que no me soporta, diría que está celoso. Me encamino hasta mi mesa invocando a todos los seres místicos por un lote de paciencia y otro de soportes para mis rodillas que ahora mismo tiemblan.

Gerardo me ha dado un aventón. ¿Cuál es el problema?

Doy un buen sorbo al té, quemándome la garganta, la lengua, el paladar. Hijo de su... ¡Aaahhhggg! Me quejo en sumo silencio y le soplo. Meto mi bolsa en el mueble donde acostumbro y sujeto la taza con las dos manos porque otra vez no sé qué hacer con ellas. Mi padre solía regañarme cada vez que me ponía nerviosa; no por ello en realidad, sino porque mis manos se iban directas a mis orejas para tapármelas como si de algo sirviera, y mis debilidades es algo que si le muestro a este odioso sujeto que tengo por jefe, terminará por comerme.

Giro la cabeza en su dirección. ¡Ajá! ¿Dónde dejé el *post-it*?

«Aquí estás, con que escondiéndote de mí».

Pongo otros palitos, uno a cada uno porque yo voltéé y él vio que lo viéndome, y a conciencia, cabe destacar, con los codos apoyados en el escritorio y sus manos entrelazadas, claro, no tiene pelos en la cara que rascarse.

—¿A dónde va?

—El té ha hecho sus estragos.

«¿En serio respondí eso?».

—Esa puerta —señala con el pulgar hacia su lado izquierdo—, por si no lo sabe, es un baño. Puede usarlo.

—Prefiero ir al sanitario de empleados, al fondo del pasillo.

—Use. Este. Baño.

¡Viejo mandón! ¿También tengo que hacer pipí donde él diga?

Estaba dispuesta a desobedecerlo, pero ha rugido mi nombre de tal modo que, frunciendo las cejas, imitándolo, desisto y entro a su maldito escusado.

—Un amigo que ha pasado la noche en su casa. Debería cuidar las formas. Ya una vez se lo dije, y ahora se lo repito: no va por la vida sola, Catalina.

—¡¿Perdón?!

Esto es inaudito. Abro la puerta y me lo encuentro con las dos manos apoyadas en cada lado de las molduras de madera, impidiéndome el paso.

—¿Cómo sabe usted eso? —pregunto, una vez repuesta del susto, retrocediendo un poco hasta chocar con el lavamanos.

—Pues, pues n-no—tartamudea—, no lo sabía, pero acaba de confirmármelo.

—Podría explicarle, podría, pero decido no hacerlo por dos razones: una, a usted no se le da bien oír mis explicaciones y dos, lo que yo haga o deje de hacer fuera de su empresa no le incumbe.

—Pero a sus sobrinos sí. Me parece absolutamente reprochable que comprometa su seguridad dejando que tipejos duerman con usted.

—Gerardo no es ningún tipejo.

Y no durmió conmigo, pero en eso no lo corrijo.

—¿Es su novio?

—Déjeme salir. —Sigo sin responderle, meditando sobre lo absurda que resulta esta escena; debatiendo para mis adentros si debo o no detenerlo, pues con sigilo acorta la distancia a tal grado que puedo sentir su respiración en mi frente. Elevo un poco la barbilla y mis pulmones se impregnan de su afrodisíaca loción y yo quedo sin escapatoria. He perdido la cabeza—. Déjeme salir o... béseme.

Ni siquiera me sorprende lo que pido. Mi corazón late apurado y mis manos, sin permiso, se van hasta su cuello. Su boca se posa sobre la mía, que tengo entreabierta, esperándolo y sin remedio, un leve suspiro se me escapa.

—No quiero besarla. —Sus labios me tocan pero no me besan. Palabras como clavos apuntalan, produciendo dolor en el estómago y que me regresa a la realidad justo en el instante en que sus manos toman mis muñecas para separarlas de su cuello; luego, en el aire, las suelta, da media vuelta y se va.

Como la estúpida que soy, me tapo las orejas y me miro en el espejo. ¡Me quiero ir por el caño! Si de pechito me pongo para que pase sobre mí, ¡hasta armas le doy!

—Para no querer hacerlo se acerca demasiado —expelo todo lo digna que puedo, pasando por un costado de su escritorio y derecha hasta mi lugar.

Ojos que no ven... *oídos que escuchan*

Los siguientes días trabajo como caballo de carreras: a toda velocidad. Con *blinker* imaginario para que nada me distraiga, concretamente él, ese que he dejado de buscar con la mirada y al que ya no me interesa descubrir con sus ojos puestos en mí y, mucho menos, tratar de entenderlo por medio de sus canciones. No debe pasarle desapercibido que apenas enciende la bocina me coloco unos audífonos. Por salud mental. Así como por salud mental evito dirigirle la palabra; compartir con él el mismo espacio es más que tormentoso porque no sé si fue él quien permitió que se me llenara la cabeza de pajaritos o fui yo solita la que colocó ahí el nido.

¡¿Déjeme salir o béseme?!

La cruda moral no abandona a mi estúpida conciencia.

Lo mala onda es que en ratos ni el *blinker* ni los audífonos evitan que me entere de su mal humor en incremento desde mi celebre reclamo: «déjeme salir o béseme». Se las cobra con cuanta persona le llama o acude al despacho. Es que el *blinker* es imaginario y los audífonos tienen control de volumen. Y bueno, yo también me he llevado mi rebanada y Davina otra, ya que ayer nos encontró chismeando en el estacionamiento y, prácticamente, nos obligó a entrar a las oficinas y aún nos restaban quince minutos de nuestra hora de comida. Nos llevó hasta su despacho: a ella la reprendió porque la plantilla de costureras está incompleta, dos bajas que mi amiga no ha logrado reponer por falta de presentación de currículums, y a mí por no tener listos aún los diseños de Román, de los cuales no me dejó aclararle que ya los tengo listos, y eso que la fecha de entrega todavía no vence; únicamente me falta armar el portafolio para su revisión y agendar la cita con el cliente. Para colmo de males, llegó a visitarlo un tal Guillermo Morales, un sujeto que por piropearlo definiré como desagradable; más o menos de su misma edad y del que ni me enteré qué conversó con mi jefe, ahí sí preferí

quedarme sorda que escucharlos departir.

—Soy Guillermo, mucho gusto —fueron sus palabras muy cerca de mí oído, después de tomarse el atrevimiento de separar un poco una de las redondas bocinas. Me estremecí ante su contacto, en el más feo de los contextos, pues no esperaba su mano a la mitad de mi espalda ni que de postre, uno muy asqueroso por cierto, me besara la mejilla con hilo de baba incluido.

«Wiiuuu».

Emilio lo fulminó con la mirada, pero no le dijo ni pío.



Santi ha tenido fiebre toda la noche, apenas y he podido controlársela, lo que viene a mortificar mis planes de entregar el dichoso portafolio antes de que acabe esta semana. Llamo a mi jefe para avisarle de mi ausencia, se limita a darme las órdenes de que no automedique al niño y que acuda con el pediatra. ¡Válgame! ¿Cómo no se me había ocurrido? Estuve a dos de responderle, pero me contuve: digamos que ya no quiero —ni debo— tener más enfrentamientos de ningún tipo con él. Por la tarde, pese a seguir al pie de la letra las instrucciones del doctor, sigue igual: se trata de una infección en la garganta, nada grave, pero mientras no se le regularice la temperatura debo estar alerta. Como ya no me apetece escuchar su rasposa voz que me estremece, opto por mandarle un mensaje que lee, pero no responde. Me entra el nervio de que con esto decida correrme de nuevo, así que sin dejar pasar más minutos vuelvo a escribirle, asegurándole que de algún modo me las arreglaré para ir a la oficina mañana y traer a casa todo lo necesario para trabajar desde aquí. Su respuesta se limita a un: «la decisión es suya».

—Y el bombonazo de tu asistente. ¿Dónde está?

—Igual hoy no viene.

—Es una lástima haberme dado la vuelta en vano.

—¿Has venido a verla a ella? —le pregunta mi jefe al otro sujeto con el que entra hablando a su oficina. Esa voz me suena conocida y, sin temor a equivocarme, por la acentuación que pone Roel en sus palabras, debe estar arrugando el entrecejo.

—Negártelo sería un absurdo. Un día de estos me la llevo por ahí.

—Mantente alejado de ella, ¿entendiste? —Roel ya no habla, ruge.

—¿Qué? No me digas que te las estás tirando.

—No me tiro a mis empleadas y mucho menos a una mujer como ella. Es insoportable.

—Muy ordinaria para Emilio Roel, claro, con el quesito de esposa que te cargabas...

—Por favor, no compares. Es una niña y hasta de muchacha de servicio la ha girado.

—Ufff, qué imagen has puesto en mi mente. Lo cachonda que ha de verse enfundada en un diminuto vestidito negro de esos con blanco delantal. ¿Le has visto el culo?

«Muchacha, pero no a tu servicio. ¡Cerdo!».

Debí salir de aquí en cuanto oí pasos. Nunca me ha gustado escuchar tras las puertas porque aquello que las personas no son capaces de decirte a la cara, no vale la pena enterarte.

—No es mujer para ti.

—Y ¿para ti?

—Tiene todos los problemas del mundo, con un orgullo que ni portar sabe. Con una dignidad muy inmadura. A veces pienso que es capaz de vender su cuerpo para salir de alguno de sus constantes temas.

Me tapo la boca con ambas manos. ¡¿Qué es lo que oigo?! Algo en mi interior se encoje y me ahoga dentro de estas cuatro paredes.

—De vender alguna de mis partes, vendería mi alma y no sería a ningún demonio de los aquí presentes.

¡Suficiente! Abro la puerta del baño de la oficina de mi jefe y salgo enfurecida.

—Caty... —Emilio salta de su asiento. De hecho, ambos se ponen de pie.

¿Caty? ¡¿De cuándo acá soy CATY?! ¡Para él nunca he sido Caty!

—Buenos días —me dice el otro, el de la risa burlona sin un ápice de vergüenza en su estúpido rostro.

En cambio, Roel está de mil colores. Sus pobladas cejas casi le rozan el nacimiento del cabello.

—Quizá para usted, señor Morales —contesto al saludo y sin dirigirle la mirada.

¡Vaya a verle el culo a su abuela! Quiero gritarle, pero las palabras se quedan atascadas en mis cuerdas vocales, y salgo disparada hasta el otro baño, al del pasillo. Apenas cruzo la puerta y el nudo formado en mi garganta se vuelve agua chorreante por mis ojos. Soy muy poca cosa si me comparo con doña Luna. Eso me hiere mucho, pero ni tanto como lo hace el enterarme de la pobre opinión que tiene de mí. Voy a meterme a uno de los cubículos al oír el rechinar de la puerta, pero es Davina así que me detengo en seco.

—Davina, Santi, ¿dónde...?

—Tranquila, lo tiene Beny.

—¡¿Beny?! —grito histérica, limpiando mi cara dándome manotazos—. ¿Sabes qué? Ya no importa. Es más, redacta mi carta de renuncia, por favor.

—A ver, a ver, estás muy alterada.

—No quiero ni saber cómo estarías tú de haber escuchado lo que yo —me lamento con mucha tristeza.

—Pero...

—Ya me voy.

—Dime, ¿qué pasó? —Me detiene sujetándome por ambos brazos y una verdadera mirada de preocupación—. Seguro hay una explicación. Beny fue a decirme que te vio correr por el pasillo con cara de espanto pero como no me encontró en mi oficina, Paty le informó que estaba en la sala de espera. Se ofreció cuidar a Santi para que te prestara auxilio. Si me cuentas, entre las dos lo resolveremos. Anda, Caty.

Las lágrimas aparecen de nuevo y me abraza muy fuerte. Casi no puedo hablar. Lo único que logro articular es que si hay una explicación, la que, además, es de lo más sencilla: para Emilio soy poca cosa, insoportable basura. Davina suelta toda clase de majaderías muy a su estilo y me hace

prometerle que más tarde nos reuniremos para que le cuente con todo lujo de detalles. No deja que salga del tocador de mujeres hasta que me arranca la promesa. Estoy sin alternativa, quiero irme ya y no quiero más enfrentamientos: como descubra que Santiago está en el edificio, se armará y grande.

Yo solo quería recoger los bosquejos y la tableta digitalizadora. Yo solo quería cumplir con mi trabajo y de la mejor manera. Entrar y salir sin hacer olas. Davina cuidaría al bebé cinco minutos y ya estaba. Maldigo el momento en el que tuve que ir al baño y escucharlo, a él... lo que el otro fulano piense de mí me importa un bledo. Me siento abatida e inexplicablemente lastimada. Lo que cualquiera interprete de mí, carece de valor, en cambio, a él lo quería impresionar, demostrarle que no se había equivocado al contratarme y si bien aún no he podido culminar mi propósito, me puede en lo más profundo que le resulte tan repulsiva. Ese es el punto. Siempre me creí grandiosa, muy suficiente. Es horrible que la opinión de una sola persona, de ese hombre en concreto, me tumbe, me derribe.

Davina se empeña en acompañarme hasta la salida, pero no se lo permito, sería tanto como buscarse broncas gratis. A paso acelerado, camino por enfrente de los espejos de su despacho sin voltear, con la cabeza en alto, como si mi cara no estuviera tremendamente enrojecida ni mis ojos hinchados y con manchas grisáceas por debajo a causa del rímel corrido.

—¡Caty!

—Ahora no, Paty.

En la sala de espera no hay nadie. Retrocedo y tengo a Paty detrás de mí.

—Tu niño está con Emilio. Eso quería decirte.

Le doy las gracias tratando de disimular mi horror. Ya lo oigo escupiéndome sus letanías. Davina o Beny, valientes niños, a cuál más.

En el momento en que la puerta automática se abre, me doy cuenta de que antes de lo que hubiera preferido llega la hora de hacer gala de ese orgullo mal portado que dice que tengo: me trago las ganas de ponerme digna para renunciarle en este momento, lo haré, pero una vez que le entregue el proyecto, o sea, mañana. Por más que este misógino engreído me esté dando la oportunidad de abrirme camino en el diseño de modas, pagándome,

además, un excelente sueldo, porque así como él no me soporta, yo no soporto la lástima que le despierto.

La angustia que recorre todo mi sistema mengua ante el cuadro tan lindo. En otras circunstancias podría morir de amor. Luce tan encantador como papá... Los dos sentados detrás de su escritorio. Santi está en sus piernas haciendo ruiditos de emoción al rayar las hojas con tantos lápices de color como puede sostener. Me aclaro la garganta, descolgando de mis hombros la mochila para poder guardar las cosas por las que he venido, las que hubiese preferido no recoger si a cambio no lo escuchaba. Es que la ignorancia a veces es bendita. Meto todo tan rápido como puedo y cuando me acerco para que me entregue al bebé, se pone de pie, rodea la silla e ignora la seña que le he hecho de que me lo entregue.

—¿Cómo pudo traerlo? Su inconciencia supera límites, señorita Catalina. Está enfermo y el día muy fresco. Más le vale que ya lo haya visto un médico.

—Si no le importa —«Catalina, contrólate»—, le pido que a partir de ya dejemos de hablar sobre mis ¿cómo dijo...? constantes temas. No tengo interés en seguir fomentando la precaria opinión que alberga sobre mi persona y menos aún que me denigre con sus amistades. Si llevé o no a mi hijo al doctor es asunto mío.

¿Qué diantres le sucede? ¡¿Con qué cara se pone a cuestionarme después de pisotearme?!

—Catty, creo que te debo una disculpa, en nombre mío y de Guillermo.

Mucho me serviría poder descifrar su disculpa, más que apenado lo percibo intranquilo.

—¿Usted cree?

Me observa por unos segundos y rectifica:

—Te la debo. Amplia y con creces.

—Al menos ese barbaján me considera un bombón con buen trasero. — Mi estúpido jefe viene hacia mí ahogando una risita. Si para él es gracioso, para mí no—. Y no una ordinaria zorra problemática.

—¡Yo no dije eso! —La risa se le borra de golpe. Sus espectaculares ojos negros se abren mucho al tiempo que eleva la voz, como si yo me estuviera

atreviendo a levantarle un falso.

—Palabras más, palabras menos.

—¿Qué hacía ahí escondida? ¡Que sea la última vez que se atreve a escuchar una de mis conversaciones!

¡¿Más regaños?! ¡Que no me friegue!

—Debería de ponerse de acuerdo sobre hablarme de tú o de usted, ¿no cree? En fin, *usteed* me dio la contraseña de acceso a su despacho y me ha permitido o, debo decir, obligado, a que use su baño. Si oí lo que su ponzoñosa lengua soltó, señor Roel, es porque entraron hablando de mí como si tuvieran derecho a criticarme. ¿Y sabe qué? Nada que disculparle ni a usted ni a su amigo: las opiniones que tenemos de alguien es algo personal e indiscutible.

—¡Es que yo no pienso eso de ti!

Ahí va otra vez a tutearme.

—Para no pensarlo fue muy contundente. —El ogro abre la boca para decir otra cosa, pero no se lo permito—. Déjese de explicaciones, no soy propia de recibirlas...: soy su insignificante asistente. Con sus ofensas, gritos y regaños tengo suficiente. Entrégueme a mi hijo que ya me voy. Entre otras cosas menos gratas, ya he terminado de hacer lo que vine a hacer. Y no tenga pendiente, sin falta, aquí estaré mañana con el proyecto de Román, listo para presentarlo.

—Caty, escucha, no te vayas así.

Extiendo las manos y Santi prácticamente se avienta a mis brazos, y ya no digo más, porque ya quiero llorar otra vez y, además, me dice Caty... y... y... y suena muy bonito saliendo de sus labios, y me tutea y ya no aguanto. ¡YA NO LO AGUANTO!



—Le dije que ibas a renunciar.

—Ay, no, Davina, ¿en serio?

La congoja que no me abandona se incrementa. Parte de la tarde he estado sopesando si vale la pena dejar la chamba^[30]. Cierro los ojos y me tapo la cara con ambas manos.

—Me contó lo que ha pasado.

—¿¿Todo?!

—Todo lo de esta mañana. ¿Hay más? —Davina me mira con suspicacia y yo me encojo en la silla—. Lo he puesto pinto antes de que comenzara a justificarse y si me permites, después de oírlo y sin afán de defenderlo, claro, todo indica que su intención era espantar al tal Guillermo, quien resulta ser un asqueroso que engatusa a cuanto buen culo se topa.

—¿Anda, que lindo! Ahora resulta que hasta las gracias debo darle.

—No estoy diciendo eso, solo doy mi opinión.

—Pues yo la doy de lo que oí y en su concepto: estoy llena de defectos. De cualquier jefe tal vez, no sé, podría dejarlo pasar. Además, no me soporta, y mira que eso no tenía que decirlo en voz alta, se ha encargado de mostrarlo cada día.

Me urgía desahogarme. Después de casi un año de no darme un tiempo exclusivo para mí, quedé con Davina de vernos en uno de los tantos restaurantes ubicados en la terraza del centro comercial más grande de la zona. Mi amiga me analiza con cautela, ya debe imaginar lo que estoy por decirle. Le robo un cigarro de la cajetilla y, sin prenderlo, jugueteo con el nocivo producto.

—¿Catalina?

—¿Él tuvo la culpa! Por lo más sagrado que si no me hubiera besado aquel día yo no...

—¿¿Que qué?!

Agarro el encendedor y prendo el cigarro. Quiero darle tal bocanada como para colapsarme un pulmón, pero no: una calada cortita y lo dejo en la ranura del cenicero.

—Pero actuamos como si nada. Los dos. Salvo porque se ha posado sobre mis labios un par de veces más... No me mires así, no, ya no me ha besado, de hecho, me rechazó la última de las veces... cuando fui yo quien se lo pedí.

Su cara está para dar risa; ya no la hago sufrir más y le cuento tratando de

no perder detalle, haciéndola callar millones de veces, pues no contenta con interrumpirme en todo momento, eleva mucho la voz. Y lo que es a mí, no me interesa que los que están sentados en otras mesas sepan de mis asuntos.

Termino de narrarle con pelos y señales todos los encuentros que caben en la descripción de «raros» que he tenido con el jefe, o sea, casi todos, tanto dentro como fuera de la oficina y justo cuando quiero que se exprese, nada.

—Im-pac-ta-da.

—Di algo, lo que sea, lo conoces más que yo.

Davina entrecierra las ranuras que tiene por ojos y luego de alborotarse el cabello, recarga los codos sobre la mesa para después inclinarse hacia mí.

—Pues de cabrón no tiene ninguna fama. En horario de oficina tú has visto cómo se dirige a todos y para puntualizar, como se dirige a TODAS. — Enaltece la palabra para que me quede claro. Sé a dónde va—. Jamás cruza líneas. Incluso, cuando hemos departido como amigos en eventos, cumpleaños o lo que sea, siempre se le ha visto respetuoso con cualquier mujer: un caballero en toda regla. Lo que se traduce en que la excepción eres tú.

Le doy otro jaloncito al cigarro y lo apago. Para antojo, ya fue suficiente.

—Me da toda la impresión de que se ha obsesionado contigo —continúa diciendo, dejándose caer en el respaldo de la silla. Como quien ha atado el cabo.

—Obsesionado en reducirme será. —La loca que tengo frente a mí niega con la cabeza mientras aprieta los labios—. ¿Qué parte de «me trata como a un perro» no has entendido? Lo frustró, lo saco de sus casillas en cada situación por muy insignificante que sea. ¿Tu cerebro no capta lo que acabas de escuchar?

—Tiene una manía contigo. En serio, no sabes lo afectado que estuvo todo el día de hoy por su metedura de pata. Daba pena. Con decirte que ni una sola vez regañó a alguien. Y no sabes tú, pero es de lo más intrigante que te tenga ahí metida con él cuando bien podría ordenar que, por ejemplo, se habilite un sitio para ti, junto a Martha hay espacio de sobra.

—¿Sí?—Le pregunto y no puedo detener el vuelco que me da el corazón. ¿Me querrá a su lado?

«Ya, Catalina tonta, ¡por Dios!».

—Bueno, ya. No debería hacerte más pelota de lo que estás, pero me suplicó que te convenciera de no renunciar, lo cual no voy hacer, la decisión es tuya. Igual tienes que saber: se notaba a kilómetros cómo se tragaba el orgullo; lo que es una bomba, jamás nunca antes detuvo a nadie.

Nos quedamos en silencio un buen rato leyendo el menú. En realidad, no leo ni las entradas. Mis sesos se devoran unos a otros como caníbales. Al fin, Davina parece darse cuenta y ordena por las dos: unas empanadas de carne y un queso *provolone*. Relleno la copa de tinto y lo saboreo. Pese a la situación que me traigo, estoy disfrutando la velada.

—Yo que tú mañana a primera hora le entregaba el puto portafolio y la renuncia, que sea él quien decida —resuelve, finalmente.

—Podría tomarme la palabra —resuelvo pensativa—. Aunque apenas estoy por demostrar si doy o no el ancho en lo que me ha encomendado; mi vida personal no tendría por qué suponerle un problema y míralo, se mete sin que nadie le llame y si a eso le sumas su constante empeño por retarme, así no voy a llegar a ningún lado. Es indispensable que conozca el terreno en el que seguiré trabajando, si es que sigo.

—¡Exacto! Si lo dejas pasar, pasará sobre ti.

—De aceptar mi renuncia, tendré más que claro que no tengo absolutamente nada más que hacer en Uniformes Roel.

«Ni con ÉL», digo para mí, y aun en mi mente, me lo digo muy bajito.

—Y con el tema de, ya sabes, los besos...

Pero esta bruja me la lee.

—Sobre eso no quiero ni cuestionarme: las hipótesis serían varias.



La mañana siguiente llego bastantes minutos antes de mi hora de entrada. Accedo a la oficina y preparo la sala de juntas para mi pequeña exposición. Si he de salir de esta empresa hoy, lo haré dando lo mejor de mí. Vaya que me

va a costar, apenas dormí dándole vueltas a la cabeza a las maquinaciones de Davina: cuando quiere es una insidiosa. Por más de que la quise convencer de que tales acercamientos no podían ser otra cosa más allá de una herramienta que el muy idiota utiliza para imponerse sobre mí, no la saqué de que Roel tiene otro interés: uno total y absolutamente personal en mí. Eso me hizo divagar, echar a volar mi imaginación, que vino a darse de bruces varias veces al recordar el par de ocasiones que me lo encontré en el *penthouse* de su exmujer. Estará todo lo divorciado que quiera, pero siguen teniendo algo que ver. Y bien lo dijo Morales: soy muy ordinaria si me colocan junto a ella.

En un *folder* aparte pongo, con la mano temblándome, mi renuncia.

—Buenos días.

Me quedo paralizada unos instantes. Ese traje azul marino que porta me deja babeando. Y se ha rasurado otra vez. ¡Ay, no! Difícil me lo pone... Contesto al saludo repitiendo la misma frase al tiempo que escondo las manos tras la espalda. Pienso en los niños, en mi madre y en Beto para infundirme algo de seguridad, esa que he vuelto a perder por el solo hecho de tenerlo frente a mí. Es por todos ellos que tengo que hacer las cosas bien, me digo y me repito.

—Me alegra que eligieras ese vestido para hoy. Requiero que me acompañes a una comida. Estás muy guapa.

—Sabe que no puedo.

Quiero agradecerle el cumplido, pero no lo hago, aunque, modestia aparte, sí me lo creo: he puesto especial empeño en lucir espectacular pese a la mala noche que pasé. Y si lo que pretende es enmendarse por lo de ayer con un halago tan soso, se puede quedar con las ganas.

—Ya me he ocupado del tema: Davina recogerá a Valeria y la llevará a la guardería.

—Pero...

—Es una orden, Catalina.

Lo que dice es una orden que no suena a orden. Su voz está modulada, melodiosa me atrevería a decir, tan irreconociblemente tranquila que miedo me da, y me sonrío. A lo que llegan los jefes ogros cuando son pecaminosamente atractivos y andan con la cola entre las patas: dicen buenos

días, regalan un piropo y una sonrisa completa en menos de un minuto. Básicamente, llegan a comportarse como humanos.

—Entiendo. ¿Algo que deba saber sobre con quién nos reuniremos hoy?

—No... Me haré un café, y tú ¿jengibre o frutos rojos?

—Eeehhh...

—Te haré té verde. Llevas días sin beberlo.

¿Se fija en el té que tomo?

—Y-yo-o...

—Ponte cómoda, ¿podemos conversar un poco?

—Déjelo, ¿quiere? Aprovecharé que algo, o alguien, le ha modificado el carácter esta mañana para...

—Quiero enmendarme contigo, eso es todo —me dice con la mirada perdida en mis ojos y en tono sosegado.

Una cosa es planear y otra aterrizar. No puedo dejar que la gata herida hable por mí. Justo en este instante, mi sangre hierve ante su amabilidad, odio que crea que puede ofenderme y resarcirse sirviéndome una mugrienta taza de té.

—Lo siento —pido una disculpa que a leguas se nota de lo más fingida—. ¿Puede acompañarme a la sala de juntas?

Los siguientes minutos hablo, hablo y hablo. Explico sobre colores, telas, botones, lentejuelas y todo tipo de ornamentas sin darle un solo trago al dichoso té; qué materiales deben ser de suprema calidad y cuáles no tanto. Quiero decirlo todo, aunque las fichas técnicas lo contemplen, porque hoy podría salir para no volver y sería muy triste que estos diseños, que me han dejado ampollas en los dedos, no se cristalizasen a la perfección y...

—¿Y esto? No, Catalina, no se lo permito; después de entregarme un trabajo tan pulcro, tan perfecto, tan... No, no puede dejarme... ¡Dejarlo! Dejar todo tirado, quiero decir.

—Ni se atreva a tacharme de poco profesional. Me encomendó un proyecto y se lo estoy entregando.

—¡Pues lo está botando! —Y el indolente habitual que vive en él reaparece; no conforme con gritarme, avienta el *folder* con mi renuncia haciendo que varios de los bosquejos salgan volando por los aires—. No ha

terminado, no hasta presentarlo al cliente. Después, ¡puede largarse a donde quiera!

Se pone de pie y comienza a caminar alrededor de la mesa sin darle tregua a su cara desprovista de bello. Yo me agacho para recoger del suelo mi trabajo, aguantando las lágrimas. Cuando creo que se acerca para ayudarme, sale de la sala de juntas... y de su despacho. Aguardo toda la mañana sin tener nada que hacer, sola. Justo antes de que llegue la hora de comer, Davina me llama para decirme que Roel canceló los planes, que me tome la tarde libre, que ya no me necesita.

Genial. Me salió el tiro por la culata.

¿Quién soy yo para que Emilio Roel me ruegue?

Aprovecho la tarde para dejar el departamento como un espejo, y para no pensar. No quiero pensar en que pronto dejaré de importunarlo con mi insoportable presencia. El tema es que no lo veré más y no sé por qué, pero eso me hace sentir miserable. En realidad, sí sé el motivo y me aterra. Me aterra que mi desdicha no se centre en el hecho de quedarme sin trabajo de nuevo.

El sábado visitamos a mamá. Está de mejor ánimo porque las quimios están por terminar. Luego, esperar un poco para realizar de nuevos estudios y verificar si el cáncer ha redimido. Todos estamos muy confiados en que así será. El domingo por la noche recibo un mensaje de mi jefe donde me pide, por no decir que me exige, no presentarme en la oficina hasta nuevo aviso, es decir, hasta que llegue el día de la reunión con Román.

Quiero gritar de impotencia. ¡Es tan injusto!

—¿Estás *tiste*? Si *quienes*, podemos *ved* una película, una que tú escojas.

Me trago las lágrimas y le sonrío. La abrazo y me acurruco con ella en el sillón sin poder prestar atención a Enredados —por supuesto que la dejé elegir a ella y la elección fue más que obvia—.

El que espera, desespera

Otra vez, ni buenos días ni nada. El repaso correspondiente, pero desprovisto de resoplidos, sin sonrisas de ningún tipo. No le respondo. Si no tecleé los números en el control de acceso en la puerta fue por mera prudencia, nada más. Llevo una semana sin venir, ni modo que entrara como Pedro por su casa: una «casa» que ya no cuenta con un sitio para mí... Podría sentarme en una de las sillas frente a él, sin embargo, no lo hago y aguardo a la mitad del gran despacho esperando instrucciones.

Después de pasar largos y terribles días llenos de ansiedad por no saber mi destino en esta empresa, ayer por la noche recibí la llamada de Paty y aquí estoy: sujetando mi bolso y haciendo malabares sobre los altos tacones a la espera de que ese que desliza el dedo pulgar en su celular se digne a notificarme para qué me mandó llamar.

Pasados unos cuantos segundos, música instrumental llena el silencio. Se pone de pie y me pregunta si gusto algo para beber. Niego con la cabeza, a duras penas me pasa la saliva.

—¿Piensa quedarse ahí parada toda la mañana? La cita con Román es a las cuatro de la tarde.

—Mi sitio de trabajo ya no está y, bueno, Paty dijo que requería de mi presencia hoy al mediodía.

—Fue usted quien renunció a él.

—Si el cliente pide cambios o adecuaciones no tendré dónde...

—No va a suceder: los bocetos están impecables. —Sonrío. No puedo evitar sentir bonito, sobre todo, viniendo de él—. De lo contrario, ya veremos. En realidad ni siquiera es necesario que esté presente en la reunión: sus diseños son de mi propiedad, así lo establece el contrato que firmó con esta empresa, pero ¿qué quiere que le diga? fue Román quien insistió.

—En ese caso, regreso media hora antes de la cita. Con su permiso.

Doy media vuelta con la moral por los suelos. Después de todo, me estoy quedando sin trabajo por escuchar lo que no debí oír nunca, por ponerme de

digna. Por creer que merecía un poco de consideración y ¡por hacerle caso a Davina! ¿Exactamente qué era lo que yo esperaba? Ni yo misma lo sé.

Tres taconazos después, su mano me detiene por el codo. El pecho que se pega a mi espalda y esa mandíbula por detrás de mi oreja me impiden llegar a la salida. Roel me acorrala sin piedad, reduce mis defensas. Mis fuerzas se rinden y ni siquiera lucho. Inmóvil y atontada. Sin verlo a la cara. No requiero, con sentir su respiración me alcanza.

—Podrías obtener grandes beneficios si te quedas —murmura—. Me gusta cómo trabajas, a los clientes les gusta. —Intento girarme para que me suelte, para dejar de sentir su aliento acariciando mi cabello, que descarga un sinfín de sensaciones por todo mi cuerpo—. No me respondas ahora, piénsalo un poco, por favor —sigue diciendo con un decibel un tantito más alto, haciendo sonar más ronca su sexi voz—. Después de vernos con Román, me das una respuesta.

Indecisa, con la piel erizada, permanezco fuera de la oficina hasta que el *click* de la puerta automática me despabila. Lógicamente, no puedo correr hasta Davina: desde dentro de la cápsula de espejos me ve, sé que me observa. Salgo hasta la calle y camino varias cuadras hasta que el dolor de pies me detiene en medio de un puente peatonal y desde las alturas la llamo.

—Suenas más a propuesta indecorosa que a otra cosa.

—Cállate. ¿Cuáles clientes, Davina? ¡Apenas voy por el primero! Lo peor es que si no fuera porque me pidió que le diera respuesta hasta entonces, ahí mismo me bajo los calzones.

«¡Ay, por Dios! ¿Lo dije o lo pensé?».

—¡Catalina! —Las estruendosas carcajadas de mi amiga me regresan a lo que acabo de decir. Sí, lo dije—. Anda, zorra, cuenta: ¿a qué tanto estás dispuesta si te quedas? Me late que nuestro jefecito tiene su lado oscuro y ni quién se entere.

—¡Idiota! ¿Tú crees?

—*Naaa*. ¡Es un puto farol! Lo que pasa es que ya no encuentra qué hacer para convencerte de que no lo dejes. Ob-se-sión y un toque de embaucador misterio, luego dicen que somos las mujeres a quienes nos encanta, ya ves a mí: Patricio me ilusionó para después dejarme.

—Hablas con demasiado desdén. Pensé que seguías cortándote las venas.

—Voy por etapas. Me encuentro en la más odiosa de todas, la de ardida. Pero ya, ese no es el tema: ¿qué vas hacer?

—El problema no es lo que me dice, sino cómo lo hace. Ese afán suyo por azotarme con su imponente personalidad en más de un sentido es lo que me descoloca. Estoy segura de que si le paro los pies me va a humillar diciendo que son alucinaciones mías, así que tengo de dos: o me quedo a enterarme de los supuestos beneficios o me largo y me dejo de complicaciones para, tal vez, ir a complicármela más a otro lado.

Cuelgo la llamada, ni más ni menos tranquila, más bien aterrorizada.

El ruido que provoca la cantidad de vehículos que circulan bajo el puente se vuelve lejano. Con la vista clavada en la nada puedo sentir centímetro a centímetro la delicada tela de mi blusa en mi espalda; me acaricia e imagino que es su pecho el que me roza. Sacudo la cabeza y me vuelvo bruscamente por lo que me impacto con un señor de avanzada edad, quien me reprocha tener más cuidado. Bajo las escaleras del cruce peatonal elevado a toda velocidad, no sin antes disculparme con el anciano. Siento vértigo, pero no me detengo. En la esquina, paro un taxi con la mano y voy por Valeria sin avisar que la recojo antes de su hora de salida para llevarla a la guardería. Necesito estar a tiempo de vuelta con Roel.

Total que, si los «beneficios» no me gustan, siempre puedo cambiar de opinión, ¿verdad? ¡Soy tan ilusa! Basta con detenerse unos cuantos minutos para analizar su extraño comportamiento y, sin necesidad de más, salir corriendo. Davina, por ejemplo, no reparó en las señales y terminó perdidamente enamorada, técnicamente, de una quimera. Yo podría terminar peor: de un acosador empecinado en meter la nariz donde no le llaman; ese que cada vez que necesita presionarme me provoca con su extrema cercanía. ¡No se vale! Y que no se diga que no he hecho nada por afrontarlo: ¡hasta osé pedirle que me besara! Bajón el que me dio al dejarme claro que no quería hacerlo, lo que se traduce en que es puro pájaro nalgón^[31]. Bien puedo mantenerlo al margen. Sí. En una de esas y sigo conservando mi empleo y mi corazón intacto.

Muy resuelta vuelvo a la oficina y me quedo sentada en la sala de espera,

haciendo lo que se hace en estos sitios: esperar. Ignoro totalmente si Román viene o nos reuniremos con él en otro lugar, ya que no le van las formalidades. Sigo muy sentada de pierna cruzada en el incómodo sillón pese a que bien sé que Roel se encuentra dentro: su vehículo está aparcado en su sitio. Miro el reloj; falta media hora para que den las cuatro, así que me encamino hasta la puerta automática. Paty no ha regresado de su tiempo para comer, aunque ¡ni que tuviera que anunciarme con ella! Me debato entre abrir con mi clave o aguardar a que se digne a activar la dichosa puerta. Comienzo a desesperarme. Saberme observada me pone los pelos de punta. Es un cabrón. ¡Y yo también puedo serlo! Pongo mi bolsa de mano sobre el escritorio de la secretaria y extraigo la estuchera que contiene el maquillaje; me doy algunos toques en el rostro con la esponja del polvo compacto, así como en los comerciales de la televisión; luego, saco mi lápiz labial rosa y me pinto la boca inútilmente, sigue bien pintadita. Después, como si no supiera lo que hay detrás del espejo, me miro detalladamente, coqueta; sacudo pelusas inexistentes de mi ropa, girándome hacia un lado y hacia otro y, para concluir con mi modelaje, me acomodo el cabello peinándolo con cadencia. Justo entonces, la puerta se abre.

—¿Ya terminó?

Le sonrío apenas, sin despegar los labios. Lo escruto como él suele hacerlo, pero con más detenimiento. Empiezo por su perfecto rostro de hombre furioso, cuyas únicas arrugas son las que se forman entre las cejas. A la distancia que me encuentro, un par de metros cuanto más, y con la barba rebajada a lo mínimo, ni una de sus pocas canitas se atisba. Su cabello, sus pobladas cejas, sus pestañas abundantes adornando sus grandes ojos, hacen lucir menos negra la camisa que porta con elegancia. Roel finge ajustarse los botones de uno de los puños y luego abre los brazos de par en par intentando intimidarme, pues se friega porque sigo con mi recorrido deteniéndome en la hebilla de su cinturón. Trago saliva, casi lo logra. Lo que ha de ocultarse justo más abajo y por debajo... Me recompongo de inmediato y me felicito mentalmente por mi osadía, por darme el gusto de que me vea comérmelo con los ojos como él me ha comido tantas veces e igual: sin disimulo.

Asiento con leves movimientos de cabeza y me encojo de hombros sin

dejar de sonreír.

—Ya. Ya estoy lista.

—Pues vaya y espere a la sala. La cita se pospuso un par de horas.

«Maldito».

No dejaré que sus displicencias me quiten el sabor del taco que acabo de echarme. Vuelvo a sonreírle, asegurándome que se note mi total apatía mezclada con cierta consideración a su enorme ¡im-be-ci-bi-li-dad!

No pasan ni quince minutos para cuando aparece ante mí con un maletín colgando de su hombro. Murmulla un simple «vámonos» y, como todo un caballero, permite que pase delante de él y dirija el camino hasta su coche.

—No ha comido, ¿verdad?

—No.

—Pues yo tampoco.

Así nuestra amplia conversación. ¡Madre mía! Se me va a pegar la lengua al paladar y el tránsito tan pesado que no ayuda.

Poco más de una hora después, estamos sosteniendo los menús entre las manos. Quise buscar entre el repertorio musical que hizo sonar en el coche, pero no encontré nada que pudiera decirme algo. Le ha dado por escuchar instrumental, de esas que en el supermercado te invitan a comprar en un estado de relajación. Mientras comemos unos deliciosos cortes de carne, me instruye cómo debo conducirme ante Román: constreñirme a presentar los vestuarios usando cuanta descripción me plazca, pero sin meterme en el terreno de las especificaciones a menos que el cliente haga preguntas al respecto, lo cual asevera, no sucederá. Recién me entero que los diseños ya están comprados. A ciegas se ha dado un anticipo por la mitad del costo y que se liquidará el proyecto completo una vez aprobado. Nuestra misión el día de hoy es eso: que se aprueben sin cambios y/o con los mínimos posibles.

¡Qué nervios!

—Pequeña, bien supe que no me defraudarías, son simplemente ma-ra-vi-llo-sos. Sabíamos que darías al clavo en todo. ¡Qué toque, pequeña! ¡Quééé toque!

Me siento extraña con lo que dice, pero solo un poco. Estoy que no quepo de felicidad. Ni permite que hable, se desvive en halagos y, como cerecita del pastel, Roel me mira con más fascinación de la que mira Román a los bocetos. Eso es muchísimo. ¡Debo de estar soñando!

—Nos alegra mucho que apruebes el portafolio en su totalidad. Siendo así, requiero tu presencia en nuestras oficinas el lunes para entregarte las fichas técnicas y ajustar el saldo. También si gustas —agrega en un tono tan profesional que me hace mirarlo con cara de lela—, que acuda tu director de vestuario para que converse con Catalina cualquier duda.

—Mmmm, de eso quería hablarte. Sin duda, iremos, pero hay unos ajustes importantes que quisiera plantearte. —Roel aparenta no inmutarse ante tal, al parecer, cambio de planes, pero, al menos, ante mí no puede negar la inquietud que le causa—. Ya hablaremos, por lo pronto, es momento de festejar. Esta pequeña se merece mucho reconocimiento. ¡Mesero! Su mejor *champagne*, si es tan amable.

Tanta atención me abruma. Brindamos y poco a poco desvío el tema por otros senderos que no sean mi carrera en el diseño. ¡Por Dios! ¡No tengo! Este es mi debut, aunque no me salvo de responder sobre dónde estudié, dónde fueron mis prácticas y sobre qué versó mi tesis, y todo bajo la atenta mirada de mi acosador de cabecera. Por suerte, la charla avanza y cambia de rumbo. Mi teléfono suena a medio monólogo de Román sobre la obra en cuestión. Es Beto, cuelgo la llamada disimuladamente. Acto seguido, entra un mensaje en el que me informa que ya están los tres en casa sanos y salvos y que Gerardo ha llegado; pregunta si quiero que me esperen para cenar.

—No —señala Roel categóricamente, inclinándose levemente hacia mí.

¡Es el colmo! ¿Leyó el mensaje? Claro que lo leyó. Lo miro con todo el reproche que puedo.

—¿Algún problema, pequeña?

—Para nada, Román. Es mi hermano reportándose. Si me permiten —me pongo de pie y de inmediato ambos me imitan—, lo atiendo rápidamente y regreso.

—En realidad no sé hasta qué hora debo estar aquí.

—Por mí no hay problema. No tengo planes. Diviértete, ¿vale?

—Estoy trabajando, Roberto.

Escucho como Beto le grita a Gerardo que he conseguido la aprobación de mi primer cliente y este devuelve el grito, eufórico, felicitándome. De repente, Roel se coloca a mi lado y sin darme cuenta en qué momento, quita el aparato de mi oreja y para que mi sorpresa aumente, lo coloca en la suya.

—Soy Emilio, ya nos conocemos... Sí, sí, verás, es el primer triunfo de tu hermana y espero no te moleste que festejemos por un rato más... Por supuesto, yo mismo me encargo de llevarla... Saludos.

Cuelga la llamada y me devuelve el artefacto como si nada.

No. Doy. Crédito.

Descruzo los brazos para recibir de vuelta mi teléfono y los vuelvo a cruzar.

—No necesito que pidan permiso por mí, señor Roel.

—No hagamos esperar más al cliente, *pequeña* —se limita a decir.

Recarga su mano en mi cintura para conducirme por entre las mesas. Como por arte de magia, el calor de su contacto anula la molestia de su atrevimiento segundos antes. ¡Soy una facilona! Cruzamos el restaurante, me abre la silla y volvemos a sentarnos. Román pide la carta y una cena abundante mientras nos platica su vida entera. Lo juro, dudo que haya dejado detalle sin contar. ¿Después de cuatro esposas no pudo quedarse con ninguna? Habla de sus cinco hijos, todos varones y todos de la segunda esposa. También de sus tres nietos y sus cuatro nueras. La cara de Roel me llena de satisfacción cuando el estrafalario sujeto me propone presentarme al más chico, al único soltero.

—No es que menosprecie a tu descendencia, pero es que yo ya estoy comprometida —le digo con toda confianza, pues él me lo ha pedido.

Roel emite un par de tosidos que nos obliga a verlo. Se tapa la boca y sigue tosiendo, pero negando con la cabeza, como indicándonos que prosigamos con lo nuestro.

—Es una lástima —se lamenta, y embute la última cucharada del postre.

¡Jamás vi a nadie comer tanto!

—Un par de preciosidades me tienen amarrada: mis hijos.

Emilio sonríe.  Orgulloso? No lo sé, pero la tos se ha esfumado.  Qu e pensaba?  Que tenía un prometido por ahí escondido?  Ay, ajá! A Román no le aclaro los motivos por los cuales soy madre ni mi estado civil. Tengo hijos e intento despegar en mi profesión.  Seguro para romances estoy yo!

—Ay, pequeña. Jamás lo imaginé. Eres muy joven.   Qu e puedo decirte?! Me casé por segunda vez a los veinte años. Todavía no eres mi nuera y ya me caes mejor que las cuatro que tengo. Bueno, suficiente, son casi las diez y se me hace tarde para mi último compromiso del día.

Luego de un corto silencio, discuten por quien pagar la cuenta en tanto que yo aprovecho para ir al baño. Al regresar, ya se han puesto de pie, arreglan la hora para verse el lunes próximo y se despiden con un fuerte apretón de manos. A mí, Román me estrecha en un caluroso abrazo que siento muy fraternal.

Una vez sin Román de por medio, el aire que nos envuelve de inmediato se torna denso. No sé si sentarme de nuevo o despedirme también de él o qué. Roel toma el maletín y mi bolsa del perchero, cortando mis pensamientos indecisos y al mismo tiempo dice:

—Aquí al lado hay un bar con muy buen ambiente, permíteme invitarte una copa.

—Eeehhh, yo no...

—Necesito disculparme contigo.

—Ya lo hizo. —Toda la tarde trat ndome con suma formalidad y de nuevo vuelve a tutearme—. Prefiero que olvidemos el asunto, así como también prefiero irme a descansar.

Lo que sí es verdad, es que me resulta muy humillante tener que recordar sus palabras. Lo que no, es que bien que me gustaría ir con él a ese bar.

Me toma del brazo y caminamos hasta el elevador en absoluto silencio. Bajamos todos los pisos habidos y por haber y ya parados frente a su coche abre mi bolsa ante mi atónita mirada, extrae mi celular y me lo entrega. La coloca dentro de la cajuela con cuidado junto con el maletín y azota la puerta con fuerza.

Vaya con el jefe y su gusto por tener la última palabra.

Ni tiempo de procesar nada más: mi mano va bien sujeta de la suya de vuelta al elevador.

—Pudiste darte cuenta: los mejores tratos se cierran en reuniones sociales. Tú y yo tenemos uno pendiente y si de paso me permites disculparme, mejor.

—P-pero...

Las puertas del elevador se abren en el mismo piso del restaurante donde hemos estado. Vuelve a tomar mi mano que soltó dentro de la caja metálica y me guía hasta el fondo donde se puede ver el mentado bar construido sobre una especie de terraza volada del enorme edificio.

Entrando, nos dirigimos a la barra y no es hasta que nos sentamos en los banquillos que suelta mi mano.

—Conozco al dueño. Espera aquí. Pide algo de beber en lo que nos dan una mesa.

El lugar está de lujo, repleto de gente buscando divertirse. La música suena alto, pero te permite hablar sin destrozarte la garganta. La luz es tenue, pero puedes distinguir a las personas sin mucho esfuerzo. El barman, muy mono, me describe el coctel del día y nada más oigo «con leve toque sabor fresa» le pido que me prepare uno. Bailo sobre el banco y sorbo del popote en tanto que envío un mensaje a Beto con ubicación incluida. Obtengo como respuesta un *emoji* de dedo pulgar hacia arriba seguido de una carita sonriente. Adoro a mi hermano. Voy a la mitad del trago y mi jefe que no aparece. De repente, un dedo toca mi hombro y, al girarme, casi me caigo del banco.

—¡Hola!

Me pongo de pie y lo miro. Me abraza tres segundos en los que mis brazos no responden: se quedan alineados a mi cuerpo.

—¿Tanto te impacta volver a verme? —sigue diciendo y yo muda.

—Eeehhh, no... este, digo, ¿cómo estás?

—Pues bien. Oye, quedamos en que si volvíamos a coincidir, pues que como si nada, ¿no?

—Sí... ¿Sí?

«Pues no lo recuerdo».

—Vengo con los de siempre. Estamos todos arriba precopeando, ya te la sabes. De aquí nos largamos a la Condesa^[32] a darnos un bañito de pueblo. Te vi y no dude en bajar corriendo. Estás muy elegante, muy hermosa, pero como que no muy tú, ¿me entiendes?

¿Por qué lo oigo y me suena tan estúpido? No niego que está guapísimo, pero nada más allá del típico galán sin sesos, de los que tanto me encantaba ligarme.

De pronto, una mano que ya casi reconozco como muy familiar, se posa sobre mi estómago. El sujeto con el que converso, ese que hace meses que no veía, dicho entre paréntesis, concretamente desde una semana después de velar, incinerar y colocar las cenizas de mis familiares en las urnas, cuando destrozada y llorando por todo lo que se me venía encima, simplemente, explicó ante mi cara de absoluta decepción que era mejor dejarlo, pues el pobrecito no estaba preparado para tener una novia con tantos problemas. Ese, entrega una mirada asesina al que presiona sobre mi abdomen, halándome un poco hasta que mi trasero roza con su pierna.

Estando prácticamente sentada ¡sobre mi jefe! Carlos se acerca a mi oreja y en un tonito que distingo perfecto y que se me antoja demasiado acusatorio me dice:

—Caty, tardaste en encontrarme remplazo, ¿eh?

Lejos de mortificarme, suelto una carcajada como si lo que me contara fuera un chiste. Por la otra oreja, mi jefe me indica que nuestra mesa está lista —¡ay, Dios!— tanto presiona para acercarme a él que mis nalgas están ya sobre su muslo. Se pone de pie sin retirar su brazo, que ahora rodea toda mi cintura.

—Salúdame a todos. —Con esa corta frase me despido de Carlos, usando un buen volumen de voz; el punto es que no aprecie ni mi nerviosismo ni mi regocijo de la cercanía con mi jefe, digo. Tomo la copa y mi teléfono de la barra y camino con Roel, con una sonrisa de oreja a oreja y tomada de su mano, ¡¿por qué no?!

Quien diga que no sienta de maravilla darle en la torre a un mugroso ex, miente.

Nos vamos hasta una esquina del bar, esa donde la vista es privilegiada y

la luz es aún más tenue. Mi acompañante ordena para a mi otra bebida igual y para él un coñac.

—¿Quién es? —pregunta sin preámbulos, una vez que el mesero se ha retirado, rascándose la barba con ahínco. De inmediato, recuerdo cuando me interrogó sobre Gerardo y, en esta ocasión, decido no irme por las ramas: no tengo ganas de que me deje con ganas de besarlo otra vez.

—Un exnovio.

Levanta las cejas y se cruza de brazos.

—Y Gerardo es...

—Un amigo, ya se lo dije. Es el mejor amigo de Beto y nada más.

Contesto con tanta naturalidad que parece que ya me estoy acostumbrando a sus constantes interrogatorios. Francamente, me extrañan, pero ya no me incomodan tanto en realidad. Lo que verdaderamente incómoda es la tirantez que existe entre nosotros, tan evidente. Por más días que hemos pasado tiempo encerrados en su despacho, las conversaciones nunca fluyen y, para ser sincera, quisiera saber por qué me cuestiona o anda por ahí indagando sobre mi vida si yo ni siquiera sé qué edad tiene.

—Nunca me ha gustado dar cuentas a nadie —dice de repente. Se pone de pie y arrastra su silla, acercándose, aunque no tanto como para que nuestros cuerpos se peguen—, pero necesito que me disculpes de verdad y no solo por llevar la fiesta en paz.

—Emilio, mire: ¿cómo le digo para no sonar muy *drama queen*? —Otro traguito a la bebida y me suelto como gorda en tobogán—: Mi vida es difícil, mucho, no necesito tener un jefe que me atosigue con nada que no sea estrictamente laboral y mucho menos necesito que venga a menospreciarme, sobre todo, porque aunque se empeñe en descubrir todos los detalles, no me conoce de nada y lo que conoce, muy apenas es lo que he sido por el último año, lo que no indica gran cosa de quien soy en realidad.

—Conozco más de ti de lo que imaginas, pero ese no es el punto. Necesito que entiendas que utilicé los términos malversándolos con todo propósito... Es muy loable lo que haces y soy de las primeras personas en reconocerlo. —Sus ojos se dirigen a mis labios por fracciones de segundos y luego de dar un trago a su coñac, agrega—: En realidad, Caty, te admiro.

Ignoro olímpicamente su reconocimiento. Lindo sería que me admirase de verdad, pero con que no me menosprecie me conformo. Ya, pues está bien: ¡me encanta todo lo que está diciendo! Como sea, que sepa que conmigo no la tiene fácil.

—Pues déjese de malversaciones y, por más que diga, muy bien no me conoce.

—Es que Guillermo es una basura, créeme, mi intención era quitártelo del camino, pero todo salió mal.

—¿De veras? —suelto sarcástica y me reacomodo en la silla. Estoy disfrutando como nada al percibirlo tan apenado.

Emilio pone los ojos en blanco y agrega:

—También necesito que dejes de ser tan infantil en muchas cosas: eso de ponerte audífonos, ¡por favor!, como si pudieras aislarte.

—¿Eso qué tiene que ver?

—Mucho. No me preguntes por qué, pero es que yo... necesito estar bien contigo.

—¿S-sí?—tartamudeo. Parpadeo varias veces, incrédula de lo que oigo, y temiendo que no debería preguntar, lo hago—: ¿Qué más necesita, señor Roel?

—Te necesito a ti.

Sin levantarse de su asiento me toma de la mano para hacer que me ponga de pie y me coloca entre sus piernas. Dada la altura de la silla nuestros rostros quedan a la par. Mi corazón alcanza una velocidad inhumana. Así, con taquicardia y el cerebro nublado, intento contar la cantidad de alcohol que ha ingerido y no, no puede estar tan ebrio como para decir lo que dice o entrelazar sus dedos con los míos ni como para sujetarme de la nuca y posar su boca en mis titubeantes labios.

—Te necesito a ti —vuelve a repetir—, y de ti, muchas cosas más. Deja de llamarme señor, por ahí puedes empezar.

Quiero quedar fuera de su alcance porque no es la primera vez que habla sobre mi boca, ebrio o no, no voy a caer en su juego otra vez. Siente mi inquietud, por eso aprieta más mis dedos entre los suyos y ata con todo ese brazo mi cintura mientras su otra mano se encarga de acariciar mi cuello y el

lóbulo de mi oreja. Los ojos se me cierran a voluntad y me estremezco al sentir mi labio inferior atrapado entre su boca; succiona, repite con el labio de arriba y con su cálida lengua se abre paso, dándome un beso pausado.

¡Dios! Un segundo beso.

El frío que siento por el abandono de sus labios se destempla con el calor de su sonrisa; con su frente recargada en la mía el mundo deja de girar y la música de sonar cuando tararea en mi oído aquella canción de Magic: *Kiss me Darling, a-one more time. I want to feel it...*

Lo tomo de la cara con ambas manos y lo beso, acariciando su barba que tanto se restriega. No duro mucho. Sus manos llegan a la mías, presintiendo que otra vez así de efímero será, pero no, las recorre hasta llevármelas por atrás de su cuello. Se aferra a toda mi espalda y perdemos el quién besa a quién. Simplemente nos besamos por muchos minutos, hasta que los movimientos de nuestros cuerpos nos recuerdan que estamos en un lugar público.

Una risa se me escapa y otra a él. Me gira para recargar mi espalda en su pecho y con su barbilla en mi clavícula aguardamos a que nuestras respiraciones se normalicen, muertos de vergüenza, yo, por lo menos. Doy un trago a mi coctel con los hielos casi derretidos. Ya somos dos.

Separarme un paso es lo que hago al momento que sus brazos abandonan mi cintura. Lo miro y me mira pensativo. No resopla, no sonrío, no me repasa de arriba abajo; me mira a los ojos y yo, urgente por soltar el ancla, comienzo a bailar al ritmo de la música pop, sacándolo de foco. De perfil a él, bailo y canto por lo menos canción y media, sin exagerar, sin ser sugerente en demasía, pero contoneándome entre trago y trago, consciente que sus ojos no miran nada que no sea yo.

¡Soy la reina de la noche!

—Ya no puedo seguir aquí obligado a solo mirarla, señorita Catalina.

—Tiene remedio. Lléveme a mi casa.

—La llevo a mi cama, ¿qué le parece?

¿Así o más directo? Me río toda tonta, y como el que se ríe, se lleva... y si de llevar se trata...

«Lléveme a donde quiera, señor Roel».

Ufff. ¡Qué calor hace aquí!

—Hay de soluciones a soluciones —le respondo. Ni modo que le diga:
¡Sííí!

Emilio sonrío como nunca lo vi sonreírle a nadie. ¡Qué belleza! Es una sonrisa pícara repleta de dobles intenciones. Dispuesto a materializarlas, se pone de pie y vuelve a abrazarme con más fuerza que antes. Me obliga a arquearme para poder seguir mirándolo. Es que no puedo perderme detalle, su comportamiento es tan distinto: me seduce y lo peor es que quiero que lo haga.

Acerca su esculpido rostro al mío, le quedo que ni mandada hacer: con tacones soy prácticamente de su tamaño. *Ok*, son altísimos.

—Solución, Catalina. Deme una ya y, por favor, escoja la que quiero.

¡Ay, nanita, que me estoy acobardando!

—Esta noche, te quiero esta noche —sigue diciendo. Luego, devora mis labios una vez más.

De tú, de usted, su sonrisa, sus brazos, sus labios. Él.

Me ajusto a su cuello y le devuelvo el beso con ardor.

¡Por Dios! Que entienda lo que mi cuerpo le está gritando.



—¿Estás segura?

¿Segura? Sí, ¿nerviosa?, también. Respondo para mis adentros.

—Fue usted quien lo propuso, ¿ahora duda?

Que quiero mostrarme todo lo *soyunamujerliberal* que me sea posible...

—¡Ven ya!

Un «ven ya» acompañado de recargón en la pared. El trayecto hasta su departamento se me hizo largo y cortos se me hacen los besos que me da. Y es que yo, ¿qué tanta experiencia puedo tener? Muchos novios lelos y dos hombres en mi haber, si es que a los de veintidós y veinticuatro se les puede llamar hombres. HOMBRE el que me come la boca y que se llama Emilio. Se

me escapa un gemido al momento que me toma por el trasero y me eleva. Estoy entre su cuerpo y la pared que nos sostiene con su cabeza devorando mi cuello. Cambia de lado y aspira repitiendo mi nombre una y otra vez. Me siento dentro de una película donde la protagonista soy yo y como únicos efectos especiales el ruido que desprenden nuestras agitadas respiraciones y el de mi blusa volando por los aires. De vuelta al piso, un escalofrío me paraliza unos instantes, pero mi coprotagonista no pierde tiempo y lleva mis dedos hasta los interminables botones de su camisa. Uno a uno los voy soltando al compás de nuestras lenguas saboreándose y sus manos peleando con el botón y *zipper* de mi pantalón. Al terminar con la hilera de ojales, ya sin mi ayuda, se desprende de la negra camisa con arrebatado y arrebatado me pone de espaldas a él sin darme la oportunidad de ver con detenimiento su torso desnudo. Otro jadeo escapa desde el fondo de mi garganta, ese va de frustración: no se puede ser tan dulce y cuidadoso a la par de tosco y arrogante.

—No —ordena ante mi amago por voltear.

Sus cálidos dedos bajan los tirantes de mi *brassier* y lucha por soltarlo.

¡Vaya! Pensé que era de esos que con un pellizco y ¡ya está! Me da risa, pero me la trago.

Al conseguirlo, besa mi espalda desnuda con toda dedicación al ritmo de sus manos paseándose por mis piernas aún cubiertas por el pantalón que baja poco a poco, se toma su tiempo. Descubre más piel hasta llegar al suelo, momento que interpreto el indicado para bajarme de los tacones. Intento girarme de nuevo y vuelve a detenerme. Sube con sus tersas manos virando entre mis piernas hasta la tanga, de la que se deshace también con mucha lentitud. Se pone de rodillas para depositar a lo largo de mis piernas besos, lamidas y pequeños chupetones de esos que no dejarán marca. ¡Dios! Muero de deseo. Su trato es de pura adoración. Mi centro cada vez más líquido, insuperable. Las sensaciones que me producen sus manos y su boca se intensifican con la agitación que me causa estar de frente a la pared, con las manos apoyadas por tocar algo, por sostenerme. Uno de sus dedos viaja desde mi pantorrilla hasta la humedad que se desprende entre mis piernas... Toca, comprueba el nivel de mi excitación, gime por lo bajo, poniéndose de

pie lentamente sin separar un par de dedos de ahí... Me muerde una nalga y pego un brinquito.

Se ríe.

—Soñaba con ello, te mordería toda.

Vuelvo a clamar casi suplicante.

De pronto, sus manos me abandonan y a cambio me regala el sensual sonido de su cinturón cayendo al piso.

—No —vuelve a ordenarme.

Quiero verlo, quiero tocarlo.

—Le gusta mandar en todo, ¿no es cierto?

—Si dejo que lleves el timón, tendrás que guiarme al dónde y al cuándo.
¿Quieres eso, Catalina?

Me quedo quieta. Me siento confundida. Araño la pared. Ahora mismo no sé ni cuándo ni dónde ni cómo quiero: lo quiero a él.

Se recarga en mí y yo no puedo centrarme en nada que no sea lo duro y caliente que pone al ras de mi espalda baja, y eso que aún hay algo de tela. Me enrolla en sus brazos; sus manos deambulan por mi abdomen, por mis pechos, y con su boca me devora el cuello. Así me conduce hasta la que debe ser su habitación, andando en penumbras, como única la luz, la de la noche que ilumina su cama. Se sienta en ella para luego girarme y besar todo mi vientre. Despeino su cabello, juego con su barba. ¡Qué dicha de tocarlo! Sus hombros, sus brazos... Se entierra entre mis senos. Sus grandes palmas recorren mi espalda, amasan mi trasero; sus labios y sus dientes juegan con un pezón y luego con el otro. ¡Dios! Me monta en él, lo mojo y me moja.

—¿Usas anticonceptivos?

Niego con la cabeza y masculla algo que no logro entender. Por un momento, creo que va a detenerse. Mi cara debe ser un poema que lee a toda prisa porque con ternura me baja de su regazo y, con un beso voraz que me repunta al planeta vecino, me tumba sobre la cama. Su. Cama. Emilio, de pie frente a mí, se deshace de su bóxer... Aprieto las piernas y si no hiperventilo es porque, bueno... ¡me gusta todo lo que veo! El triángulo que forma su torso está marcado de forma sutil y por todas partes, de esos músculos que no se dibujan claramente bajo la ropa, pero que están ahí, esculpidos todos y

cada uno, sin ser muy delgado en realidad. Concentrada en el firme lavadero que quiero tocar, oigo que se ríe. Ni pena me da mirarlo como babosa. El rasgar del preservativo me acelera el pulso y el modo en que se inclina hacia mí, separando mis rodillas con su rodilla, buscando su lugar, dispara un ardor hasta casi doler donde lo quiero sentir ¡ya!

Sus manos entrelazan las mías por encima de mi cabeza. Nuestros cuerpos entran en contacto total: su pecho en mi pecho, su tremendo paquetote en mi pequeña entrada haciendo fricción. Sin poder contenerme, tiemblo. Me besa con ternura para acallar mi miedo, porque lo sabe, por eso degusta con calma los rincones de mi boca mientras su parte más viril irrumpe dentro de mi cuerpo, lentamente, centímetro a centímetro, logrando que mi espalda se encorve, ofreciéndole mis senos, que no duda en devorar mientras se hinca sobre el colchón acomodando mi cadera a la altura que requiere para a su antojo moverme, hundirse sin que quede entre los dos espacio. Entra y sale de mí, catándome. Su antojo, que iba lento, poco a poco toma velocidad. Mira mi cara con ternura y mi cuerpo con lujuria, profundizando en mis ojos y yo me pierdo en los suyos, en sus pozos negros; gruñe mi nombre y pide que me libere y, es justo esa orden tan cargada de pasión y ansiedad, la que me lanza lejos, a columpiarme en la luna del placer. Con sus ojos aún clavados en los míos me alcanza, y juntos viajamos por los confines del orgasmo.

Espero a que caiga sobre mí para sentir su peso, para sumergirme en su boca de nuevo y recobrar el aliento respirando de cerca su masculina aroma... Me lo niega todo. Sale de mi tan rápido como puede y se pierde por una puerta que supongo es el baño. En el mismo instante que escucho la puerta cerrar corro por mi ropa. No quiero arrepentirme de nada, pero me está obligando. ¿Qué pasa? Lo último que le oí gruñir fue mi nombre sonando todo lo sensual que se puede en medio de una cara de satisfacción absoluta. Me visto a la velocidad de la luz que brilla por su ausencia y me siento en uno de los sillones de la sala a esperarlo, reprimiendo las lágrimas. Camino de nuevo a la habitación. ¿Por qué se tarda tanto? ¿Qué se supone que debo hacer ahora? Oigo el agua correr. Sostengo el pomo de la puerta, tentada e imaginando cómo sería ducharme con alguien... con él.

Más minutos y nada que sale.

¡Estúpido!

¿Creía que después de curarnos las ganas me prometería amor eterno? Ciertamente, no. Con que no actuara como un niño que corre a esconderse después de hacer una travesura me hubiera bastado. Quedarme acurrucada en su pecho algún rato bajo su absorbente mirada de tierno gatito luego de salir del letargo producido por el placer mutuamente concedido, sin promesas ni nada por el estilo. Tal vez hubiera sido suficiente.

Me encamino a la salida. ¡Genial! Mi bolsa quedó arrumbada en la cajuela.

¡¿Y ahora cómo voy a explicar a Beto todo esto?!

En la guerra y en el amor todo se vale

—Ajá, ¿y qué querías que hiciera? Olvidas el detalle de que sabía que estaba con él. No te creas, pensé en decirle que arrancó el coche antes de poder recuperar mi bolsa con las llaves dentro, pero me pareció que eso sí lo enfurecería, ya sabes, que me dejara en la banqueta en plena madrugada.

—Casi puedo ver la cara de tu hermano al enterarse que escapaste mientras el otro pobrecito se bañaba.

Las carcajadas de Davina deben oírse hasta el infinito y más allá. En serio, quiero amordazarla. La hago callar con un aspaviento exagerado.

—Para mi sorpresa, me regañó tildándome de infantil hasta el cansancio, que si muy mujer me siento para tener esos rollos con mi jefe, debería asumir las consecuencias.

—¡Oh, mira! Qué hombrecito madurito el que tienes en casa y con lo guapo que es, lástima que le llevo unos añitos.

Entrecierro los ojos analizando lo que dice: no soy la típica hermana celosa, pero tampoco me los imagino juntos ni dos minutos. ¡Terror!

—Oye, por cierto, ¿cuántos años tiene?

—¿Tu jefe? ¿Ese que te cogiste hace un par de días? ¿En serio no lo sabes?

—Deja de molestarme. —Esta mujer cuando quiere es de verdad insufrible—. Ojalá fuera solo eso lo que ignoro. Mira que cuando firmé al contratarme, si leí su segundo apellido o si tiene otro nombre ni me acuerdo. Pregúntame por su manera de diseñar y te diré que es buena, qué digo buena, ¡es magnífica! Que es un ogro, mandón *metomentodo* y de ahí en más, nada. Mis ojos saben que es increíblemente guapo. Que besa que provoca infartos, mis labios lo constatan, y que conoce el modo de satisfacer en pleno a una mujer, mi cuerpo lo testimonia. Que es dueño de todo esto. —Me pongo de pie y danzo por media oficina de Davina para infligir dramatismo del que me encanta—. Que estuvo casado con Dalia Luna y que... ¡ay, Dios!

—¿Qué?

—Soy la otra sin ser la otra. —Me tapo la boca y me derrumbo en la silla.

—Ya se divorció.

—Pero siguen «juntos». —Me destapo la boca para hacer las comillas con los dedos y luego vuelvo a tapármela—. Por lo menos, una de las dos veces que lo encontré en su departamento, sí pasó la noche ahí.

—Muy bien. Deja, sigo anotando los datos.

—En serio, no te burles. Es un total desconocido que se ha metido en mi vida, en mi cuerpo y...

—Porque tú lo has permitido, Caty. Sabes bien qué hacer para que esto no continúe avanzando, pero en el fondo no quieres que pare, por eso lo dejas todo en sus manos y que haga contigo lo que se le antoja. Te fascina que esté tan pendiente de ti, por eso, cuando se entromete, no le pones un verdadero alto.

—¡*Auch!* Eso dolió.

—La oveja se enamoró del lobo...

—Ssshhh. No lo digas en voz alta. —De verdad intento no llevarme las manos a las orejas, pero ya no puedo más.

Mi teléfono vibra; me niego a soltarme las orejas por lo que le dicto a Davina la contraseña de mi celular y ambas leemos en silencio el mensaje que me pone «el rey de Roma»: requiere de mi presencia en este momento en la sala de juntas.

—Dime, ¿cuántos?

Menea la cabeza y sin dejar de sonreír responde:

—Antes de que acabe el año tendrá treinta y cinco.



Inhalo, exhalo. Me aliso la falda y el cabello. Me estiro la blusa e inhalo y exhalo de nueva cuenta. En la sala de juntas me recibe un grupo de seis hombres incluido mi jefe. Paso la siguiente hora desmenuzando las especificaciones técnicas y al final, después de algunos ajustes sin

importancia, deciden que pasemos a la confección de los vestuarios. Todos me dan la mano menos Román, quien me abraza y besa con cariño; y se van, con excepción de Roel, por supuesto.

Pasamos a su oficina. Miro la hora y me doy cuenta de lo rápido que acabó la primera jornada del día.

—Ya me retiro, ¿se le ofrece algo?

—¿Perdón? —Finge no escucharme, con el control de la bocina en una mano y en la otra el celular. Pocas veces elige una canción en español, bueno, comienza a sonar una balada bajo la voz de Alex Ubago: «Sin miedo a nada».

—Pregunto si se le ofrece algo.

—Le voy a pedir que cuando la lleve a algún sitio espere a que sea yo quien se ocupe de regresarla a su casa. Eso se me ofrece.

Era obvio que me lo echaría en cara. Este señor solo espera a que cometa un error, por pequeño que sea, para recriminármelo. Y como desde que he llegado esta mañana llevaba reunido con toda esa gente, pues ni tiempo, ¿verdad?

—Muy bien, lo tendré en cuenta para la próxima inexistente.

—¿Qué quiere decir?

Quiero decirle que por muy apuesto, varonil, macho irresistible que sea, no pienso volver a pasarme por su cama, aunque eso me cause granos en la lengua del puro antojo, pero me aguanto y opto por una respuesta más *polite*:

—Es de muy mal gusto dejar a las visitas esperando.

—De peor gusto es no despedirse.

—Por eso. Ya me retiro, ¿se le ofrece algo?

Creo que en este momento Davina estaría muy orgullosa de mí: le estoy poniendo un alto. Sí.

La silla se queda tambaleando y con todo ese aire impetuoso que le rodea viene hacia mí, que parada frente a su escritorio me alejo extendiendo una mano. De inmediato, corta su andar quedando espacio suficiente entre los dos, ese que yo requiero para seguir funcionando con cierta coherencia.

—Sea tan amable de... no, ¡le exijo! que se explique: ¿a qué se refería cuando dijo que podría yo obtener beneficios?

—Jamás me atrevería a condicionar una cosa por la otra Catalina. ¿Qué

clase de persona crees que soy? Mejor, dime tú: me parece que la última vez nos desviamos un poco y si mal no recuerdo, huiste sin darme respuesta a dos de los tres requerimientos que necesito.

La voz de ambos va subiendo de tono. La diferencia es que la suya suena segura, firme; la mía, aguada, enclenque.

—No voy a renunciar, ¿ok? Y ¿sabe qué? Lo absuelvo de enumerarme beneficios, prefiero quedarme con mi contrato tal y como está. —Bajo la mano, pero ante el paso que da, la vuelvo a subir. Alto, alto ¡por el amor de Dios!—. Y para que su necesidad esté completa: le disculpo sus ofensas.

—Bien. —Respira como si de la respuesta que acabo de darle dependiera algo: le he quitado un peso de encima, o eso creo con mis idiotas interpretaciones.

—Pero tengo una condición.

—Si lo que va a pedirme es que no me vuelva a acercarme a usted de una vez, le advierto que...

—¿Advertirme?

Pongo cara de pocos amigos, llevando las manos a la cintura. Me siento un poco tonta, ya me estoy acostumbrando a serlo o parecerlo delante de mi «adorado» jefe. Interrumpirlo ahora mismo es lo que me queda... Acorta distancia, acorta distancia... Tres inútiles pasitos nos separan, ya logro aspirar su aroma y ese tonito serio y formal aderezado con displicencia que ya conozco de esquina a esquina: me vendrá con una cantaleta tipo todo se trató de un equívoco arrebató y tanto lo sé que vengo preparada: hecha garras pero preparada.

—Tú eres la que condiciona. Yo lo único que pido es tenerte a ti aquí en la oficina, tú diseñando vestuarios... yo diseñando en tu boca, en tu cuerpo, en mi cama.

Me derrito, ¡Dios! Ahora sé que no solo es cómo dice las cosas, es que las dice y punto. Y que ¡me las dice a mí! ¿Quiere tenerme? ¿Diseñarme? Estira su mano hasta tocar mi barbilla; con la otra, toma la mía entrelazando nuestros dedos como en el bar. No opongo resistencia cuando despacio acerca nuestros cuerpos, es más, entreabro la boca, esperando un beso que no llega; a cambio, enrolla sus brazos alrededor de mi cintura con mucha

naturalidad, con toda la confianza de aquellos que, de un modo u otro, se pertenecen. Será todo lo absurdo que sea, pero así me siento entre sus brazos y esa sonrisa abierta, sincera. No puedo hacer más que sostenerme de sus firmes hombros, temo caer.

—Una vez negociados mis puntos, dígame, señorita Catalina: ¿cuál es su condición?

Me aclaro la garganta para intentar hablar, pero las palabras no me salen. Su versión relajada y bromista en plan seductor me apabulla más, creo, y, además, ¿dije ya que sí a sus pedimentos? En esta faceta me confunde. Lo reconocería si arrastrara las palabras sobre mis labios, como otras veces, para presionarme. No así, donde nuestros cuerpos están cerca, pero no tanto que impida mirarnos fijamente. Eso hacemos, los segundos pasan, el análisis mutuo continúa. Odio ver en sus gestos tanto a la vez: pleno convencimiento de que dejaré que me diseñe todo lo que quiera y a su capricho, pero en sus ojos, concretamente, ¿qué veo? ¿Cariño? ¿Condescendencia?

—Q-Quiero un espacio fuera de tu despacho para trabajar —tartamudeo, y para más inri, mi voz apenas se escucha. Dudo. Es la primera vez que me atrevo a tutearlo. Además de que es la única tontería que se me ocurre soltar. ¡Dios! Estoy al borde de un ataque de pánico.

La sonrisa que apareció en sus labios hace unos minutos se ensancha y su mirada se coloca sobre mis labios, los lacera, los estimula. No tengo ni mínima idea del porqué lo hago, pero me los chupo y, acto seguido, deposita un rápido pero dulce beso en ellos. Me tambaleo. Le aprieto más los hombros y con ello la camisa termina empuñada entre mis dedos.

—Aquí cabemos los dos —dice lento. Me da otro beso tronadito y luego otro en la punta de la nariz.

Y yo ya no estoy muy segura de querer trabajar lejos de él.

—Pero...

—Además, empezarás a trabajar en nuevos temas que requieren de mi supervisión constante. Sin contar con la discrecionalidad que merecen los próximos diseños que encargará Román.

Sus cortas explicaciones van aderezadas de jugueteos con mi cabello. Mira sobre mi frente mientras investigo todos sus gestos. Aprecio cierta

incertidumbre, ignorando por dónde va. Ya casi no soy capaz de pensar en nada: mi poca capacidad de análisis se está rindiendo.

—Sabías que no renunciaría, ¿verdad?

—Todo lo contrario. —Sus manos alrededor de mi cara me vuelven loca. Es una caricia tan delicada—. Tenía miedo de que quisieras irte. —La ternura que se desprende de cada una de esas cinco palabras que pronuncia derroca en definitiva mi raciocinio: ¡¿dónde está mi jefe y qué hicieron con él?!—. No dudaría en usar ciertas armas para convencerte, las que pienso utilizar de cualquier modo, día con día, aunque con esas mismas armas resulte yo vencido.

No estamos al calor de la noche ni hemos bebido. Tampoco estoy coqueteándole como hace casi poco más de cincuenta horas meneando las caderas en medio de la música y luz tenue. Ya me tuvo y con todas sus actitudes me dejó claro que no había más, ni una disculpa por dejarme tumbada en su cama ni un mensaje para enterarse si llegué con bien a la mía. El desconcierto y la ilusión caminan codo a codo; el Emilio ponderado, patán, suplantado por el mimoso, acerca sus labios a los míos buscando aplacar todas mis ansias, casi todas: mi cuerpo tiene memoria. Caminando de reversa, sin dejar de saborear mis labios, se recarga en el filo de su escritorio y me coloca entre sus piernas para luego dirigir sus manos expertas a mi trasero. Lo acaricia, lo agarra, lo aprieta. Un suspiro se desprende de mi boca; él se ríe y yo me enredo en su cabello porque quiero besarlo a mi modo, yo también quiero diseñar en su boca... a mordidas, básicamente.

—Caty...

Gime mi nombre y me vuelvo loca. Todo mundo me dice Caty, pero en él suena tan *Caty*... como si el diminutivo flotara al brotar de sus labios. Es que no lo dice, lo suspira.

Sí, ya. ¡No tengo ni remota idea de qué estoy haciendo! Está mal, estoy mal. Es total y perdidamente incorrecto, pero no puedo dejar de hacerlo. Intensifico el beso y de forma muy descarada restriego mi pecho contra su pecho.

—Caty... esto es... maravilloso, pero Valeria...

¡Valeria!



—Este es uno de los beneficios.

—¿Cuál?

—Aunque, en realidad, no sé si se trata de un beneficio para ti más que para mí. Odio que andes en transporte público.

Momentos antes me separé de forma intempestiva, pero él volvió a enredarme entre sus brazos, dejando un camino de besos por todo un costado de mi cuello mientras me tranquilizaba diciéndome que yendo en coche necesitábamos la mitad del tiempo para recoger a la niña.

Valeria se emociona lo más que se puede, al verlo, le besa toda la cara y lo invita al festival de disfraces que se llevará a cabo en su colegio por motivo de las fiestas del día de muertos y Halloween: su colegio es bicultural. Yo no encuentro dónde meterme ni tampoco qué hacer para disculpar a Emilio, quien, por su cara de asombro, es evidente que no sabe cómo negarse. Finalmente, atina en decirle a la niña que va revisar su agenda en la oficina y que luego le confirma. Valeria no se queda tranquila hasta que entiende lo que significa una agenda y para qué sirve. Veo a Emilio sonreír más relajado pese a la tensión que le causó la repentina invitación de la pequeña.

Subo al coche, luego de dejar a la niña dentro de la guardería. Apenas me acomodo en el asiento, Emilio me coge de la nuca y me da un beso que me quita el aire. Se chupa los labios como lo hice yo antes en su oficina y vuelve a besarme luego de dedicarme otra sonrisa de esas que hacen olvidar que existe un mundo girando afuera. Por si eso fuera poco, el piquito que me da en la punta de la nariz me gusta, más de lo que debería, porque son más cosas las que desencadena. Suspiro y comprendo: no tengo escapatoria; la calle del colegio y de la estancia infantil es la misma por donde se accede al fraccionamiento donde está ubicado su departamento. Son unas pocas

cuadras que en cosa de nada podrían recorrerse, pero a esta hora resulta complicado; toma tiempo que no desperdicia para poner su música. Escoge una que lleva por nombre «I Like You» y, al mismo tiempo, se pone unos lentes de sol que saca de un compartimento abatible. La había escuchado sin saber quién la cantaba. Leo en la pantalla del tablero que es de Morrissey. Dejo de poner atención a nada, solo a la letra de la melodía y si lo que quiere es comunicarse conmigo, ganarse puntos, pues la canción resta y suma: ¿está avergonzado porque le gusto? ¡Pero le gusto! Bueno, de ser el caso, él también me gusta mucho. Termina la canción y le sigue otra que no ha escogido expresamente por lo que le baja al volumen, con ello pierdo interés en averiguar nada más allá de a dónde nos dirigimos y como lo que se ve no se pregunta, pues no pregunto, salta a la vista.

—He pedido comida china a domicilio mientras dejabas a Valeria. ¿Te gusta?

Digo que sí con un leve movimiento de cabeza, esa que tengo llena de mil interrogantes ante todo este nuevo y, quizá, absurdo panorama.

Trato de reconocer la amplia sala; vuelvo sobre mis hombros y fijo la mirada en la pared contigua a la puerta principal y se me escapa una risa nerviosa. Emilio levanta una ceja haciendo aparecer en su masculino rostro un semblante de lo más arrogante.

—Hay más partes del departamento que podemos utilizar.

No le refuto nada e intento mostrarme en calma. Se desprende de sus zapatos y sus calcetines dejándolos junto a uno de los sillones y lo imito; en realidad, solo los zapatos, no llevo ni medias. Al instante, percibo que el piso se siente muy tibio. Hago hincapié en ello y me explica que toda la vivienda está climatizada, que adora tanto andar descalzo como odia sentir frío. Me doy cuenta de ello. El otoño se deja sentir en la ciudad, pero aquí dentro es primavera: todo el departamento es cálido y se nota apenas entrar, además, está muy iluminado. De frente a la entrada se abre la inmensa sala compuesta por sillones de tersa tela café claro sin cojines y un ventanal de pared a pared y de piso a techo. Del lado izquierdo, un pequeño bar con banquillos;

supongo que detrás está la cocina, porque tras la pared del lado derecho, esa que tiene un mueble empotrado con una megapantalla de televisión, está su recámara. ¡Oh, sí! Su recámara.

—Ven, en lo que llega la comida tomemos algo.

La cocina es amplia y con mucho acero inoxidable por todos lados. Tiene una mesa con cuatro sillas en una esquina, con ventanal también, y es ahí donde me deja para ir a sacar un par de vasos alargados de un mueble y una jarra con agua fresca del refrigerador.

«Mmm... es de guayaba».

Las pocas palabras que cruzamos a él no parecen perturbarle, pero a mí sí; veo unida al mismo refrigerador de donde ha sacado la jarra, una foto sujeta con un imán que me da una idea...: un señor y una señora lo abrazan, y besan cada uno una mejilla de Emilio, quien tiene los ojos apretados y una mueca muy graciosa frunciendo los labios. ¡Qué linda foto! La pareja que lo martiriza a besos se denota de mucha edad, aunque la señora no deje libres sus canas, pues lleva pintado el cabello de un rojo intenso. De inmediato pienso que son los abuelos.

—¿A que los besos de los abuelos son de lo mejor? Yo aún los recuerdo y el papá de mi papá todavía vive.

—Son mis papás. —¡Madre de Dios! Ya metí la pata—. Y vaya que son abuelos: tengo tres hermanas que les dio por parir como conejas —continúa diciendo, pero justo en eso el timbre del *interfon* se acciona y antes de atenderlo remata—: Para que te hagas una idea: soy menor que el mayor de mis sobrinos.

Bastaba una irrelevante pregunta de índole personal para que la chispa de la conversación se generara, al menos chiquita. Durante la comida y sobremesa habla un poco de sus padres, hermanas y sobrinos, los cuales ninguno vive en la ciudad. Otro dato de los tantos que desconocía de este hombre: es poblano. Nació, creció, estudió y obtuvo su primer empleo en Puebla. Un buen día quiso incursionar con su negocio propio y llegó a la Ciudad de México con un capital reunido a modo de préstamo financiado por sus padres y hermanas, y se lanzó al ruedo. Sus tres amigos: Beny, Lucía y Tomás se aventuraron a trabajar para él. No los defraudó: hoy por hoy llevan

una vida más que acomodada.

—La comida deliciosa y la plática más que más, pero creo que es hora de irnos. —Tal vez debería hacerme de la vista gorda e indagar más sobre él, pero...

—Falta el postre y mi postre eres tú.

Vuelve con sus armas y no, no son pistolitas de agua: ¡es artillería pesada! Sus brazos me acorralan. Es más rápido que yo; me pongo de pie en un intento por comenzar a recoger la mesa y ya está detrás de mi oreja, me deja saber de qué va otro de los «beneficios»: el dueño decide si regresa o no por la tarde a laborar, y el dueño decide si su «asistente» regresa o no por la tarde a laborar. Me gira lentamente y, tomándome por la cintura, me besa devorándome la boca y el cuello, y sus manos descienden por mis piernas cubiertas de tela y ascienden descubriéndolas, enrollando la falda por arriba de mis caderas. Baja mi tanga lo suficiente para que solita caiga al suelo, junto a la mesa del antecomedor para ser más específica, lugar donde se queda abandonada, pues de un solo movimiento me monta en su cintura para caminar conmigo a cuestas hasta salir de la cocina y nos topamos con el primer sillón. Sin descanso, me besa; toma aire para pronunciar mi nombre completo y suspirar mi diminutivo. Sus manos se vuelven locas en mi trasero desnudo. Me siento expuesta, pero eso no es lo malo: lo malo es que me fascina.

—Ocúpate de tu blusa —ordena, intentando morderme por encima de la ropa.

Acato con necesidad, con la urgencia de volver a sentir la humedad de su boca y su barba rasposa en todo mi pecho, completito. Mi blusa y mi sujetador salen volando por detrás del sillón sin importarme que mi falda se encuentre echa nudo en mi cintura ni que él se encuentre totalmente vestido porque estoy reviviendo maravillosas sensaciones que firmemente creí no tener la oportunidad de volver a sentir. Hasta esta mañana luchaba por aferrarme a conservarlo en mi mente como un recuerdo erótico, único e irrepetible; de esas experiencias que por más que te esfuerzas no vuelves a sentir las vivas, solo en la imaginación y, con suerte, mientras duermes y el inconsciente te regala algo parecido, odiando el despertar de la realidad

abofeteándote. ¡Nada más contario! Mi realidad de esta tarde de lunes tiene nombre y apellido: él y su boca caliente comiendo mi piel. Él y sus dedos entendidos hurgando de la mejor forma, experto; leyéndome la mente, atinando milimétricamente donde tocar, donde presionar, cuando invadir y lo hace. Juega con las dos manos por dentro y por fuera del centro de mi cuerpo y gozo con cada tiento porque él también lo disfruta, me lo dice su cara que es un espectáculo digno de ver; sus ojos más negros, dilatados del placer que le provoca tocarme. Él y este orgasmo masivo que recorre cada fibra de mis entrañas quemándose... Vibro sobre sus piernas y sonrío ufano al mismo tiempo que lucha por desabrochar su pantalón. ¡Lo quiero abofetear! Mejor que eso, se lo pongo difícil: no me muevo, en realidad, sí me muevo, pero para impedir su cometido, me aprieto contra su miembro de piedra que lucha por librar. Río burlona, jugueteando con ambas manos con mi pelo; hacerlo perder la concentración es fascinante: se olvida un poco de su tarea para dedicarse a mí de nuevo.

—No juegues conmigo, Catalina. No mientras me tienes como me tienes.

Me agarra la mano y la coloca entre nuestros cuerpos para que entienda la premura que, por supuesto, no me pasa desapercibida desde hace rato.

Me agarra de la cintura y me posa al lado suyo para bajarse la ropa lo necesario y sacar de su bolsillo trasero un preservativo sin perder contacto con mis ojos. Así como me puso sobre el sillón me pone de nuevo sobre sus piernas y me clava en él sin aviso. El gemido que se nos escapa es brutal. Me encorvo. Él espera y lo oigo musitar una disculpa afligida; su brusquedad me duele y me excita tan a la par, que no descifro cuál gana hasta que sus suaves movimientos en círculos le otorgan toda la ventaja a la segunda de las sensaciones dejando el dolor bastante atrás. ¡Debería ser consciente del tamaño que ostenta entre sus piernas! Ese mismo que provoca gemidos que ni yo misma me había escuchado nunca. Entre clamo y quejido, unos ahogados y otros sueltos y descontrolados, me dejo mover a su entero gusto, sosteniéndome de sus cincelados hombros mientras suspira mi nombre una y otra vez. Le entierro las uñas, me arqueo y le ofrezco mis pechos; muerde uno, pellizca otro y me voy lejos... Mis músculos se contraen, mientras que él cierra con fuerza sus enigmáticos ojos negros y se deja ir gruñendo.

Las respiraciones agitadas dan paso a otras contenidas y entiero la cara en su cuello, sufriendo el miedo de que suceda lo mismo del primer encuentro. Está tenso... Pronto la magia se esfuma: sus manos no me tocan más.

—Abrázame —le pido titubeante.

—Tengo que quitarme esto. —Señala su entrepierna bastante molesto.

¿Puede hacerme lo que le viene en gana para seducirme, pero no puede abrazarme para regalarme algo de afecto luego de...? Mi sangre se descongela de golpe, y de golpe me pongo de pie para ir a buscar mi ropa maldiciendo por dentro. No soy menos idiota que él, eso me queda tan claro como el agua: consigue todo cuánto quiere de mí porque accedo, hasta Davina lo sabe.

—Detente. No lo arruines.

Sus palabras me paralizan y también me queman. Ahí parada, sin el resto de mi ropa al alcance, acomodo la falda en su lugar, ya que es lo único que puedo hacer para sentirme menos estúpida ante él. Sea el escenario que sea, en algún momento me pasa, y es horrible. Odio sentirme así de pequeña y no hablo de edad. Diez años no son tantos ¿o sí? A decir verdad, no atino cómo actuar. Estoy inmóvil, cruzada de brazos cubriéndome la dignidad sobre el pecho, viéndolo desvestirse por completo luego de envolver en un pañuelo desechable aquello que quería quitarse y tanto le molesta.

—Ven. —Su blanco cuerpo perfilado me eclipsa. No es posible que una sola persona sea capaz de despertar en mí tanto sentimiento, todos contradictorios entre sí. Observarlo a toda luz natural que se vierte por el enorme ventanal es indescriptible. El sol lo ilumina, definiendo su cuerpo, no sé si perfecto aunque para mí lo es, cubierto de poco vello, de manera casi sutil—. Ven —vuelve a indicar, pero esta vez estira su mano. ¿Quién soy yo para negarme?

Camino despacio y, antes que nada, se deshace de mi falda y luego, ante mi grito de asombro, carga de mí como si de un bebé me tratase, pasando un brazo por detrás de mis rodillas y el otro afianzado a mi espalda. Me anclo a su cuello por mera inercia: unirme a su cuerpo es la gloria; su beso en mi nariz es sentirme en casa; que bese mi frente e inspire de mi cabello en un

corto trayecto a su recámara es para no pedir más.

—Te abrazaré siempre que te tenga cerca, no lo dudes. —Con delicadeza me pone sobre la cama—. Seré tan empalagoso que me pedirás espacio. —Y con una agilidad increíble, como si no pesara ni medio kilo —no tendrá músculos demasiado prominentes, pero es fuerte, poderoso en todos los sentidos— me pone boca abajo, cubriéndome con todo su cuerpo, dejándome saber que otra vez está excitado—. Pero primero, calma mis feroces ganas de ti.

El calor de su cuerpo, su peso, sus palabras, el gruñido de su voz de por sí rasposa; en la última frase... Traduce sus feroces ganas en enorme dulzura haciéndome el amor lento, dejando a un lado toda prisa. Calma en sus besos, calma en sus manos, calma en esa parte de su cuerpo que me invade removiendo fibras, llenándome. Calma hasta pedir clemencia de soltarme en el abismo en que pido con urgencia caer. Espera por unos cuantos ruegos, que no tardo en implorar, hasta que me concede con una suave risa forzada a causa de la respiración entrecortada por su propio clímax. Segundos después, lo siento resistirse para salir de mí; su corazón golpetea fuerte en mi espalda.

—Acompáñame. Esto del condón no lo llevo bien y necesito darme un baño.

Sin poderlo evitar vuelvo a sentirme estúpida por lo del viernes e intento decirle que no hay problema, que lo espero y si queda tiempo, me daré un baño yo después. Y es que para mí sí que hubo problema, tal vez no tardó demasiado, tal vez me pareció una eternidad; por mucho que Davina y Beto sostengan que fue una niñería de mi parte salir corriendo, en ese momento me sentí usada. Hace un rato, en la sala, volvió a pasarme, contrario a este instante en el que se niega rotundamente y entramos juntos a darnos ese baño.

Sumidos en el más absoluto silencio más allá del agua caer, se dedica a besarme del modo más lindo y me abraza, mucho.



Cierro la puerta de mi departamento con el corazón estallando. Esa ducha fue intensa, el día entero fue intenso. ¡Él es intenso! y medio callado —conmigo— cuando habla es tosco la mayoría de las veces —conmigo—; tratable con el mundo, pero también dulce, hoy, ¡conmigo! Muy cerca de las siete de la tarde me llevó por los niños a la guardería para luego traernos a casa. En el camino, como es medio callado solo conmigo, conversó con Valeria hasta cansarse: un dilema bastante entretenido, pues mi pequeña no decide si disfrazarse de la princesa o de la mala de su cuento favorito. Emilio fue muy claro al expresarse: que eligiera aquel con el que se identificara. Después, tuvo que explicarle el significado de identificarse.

Al bajarnos, frente a la entrada principal del edificio, con una mano tapó los ojos de Valeria y con la otra tomó mi nuca y me besó. Fue fugaz, pero hubo lengua y un mordisco. ¡Besa delicioso! Si hasta Santi se emocionó. En mis brazos fue testigo, sobo su cara; ambos reímos y luego se fue.

Necesito un cable a tierra: floto, sueño, imagino, alucino, recuerdo y río como loca de atar. ¿Cómo evitarlo? Al menos Beto no ha llegado ni llegará hasta entrada la noche, así que no tengo que dar ninguna explicación sobre las condiciones en las que vuelvo: desmaquillada, con el cabello despeinado y oliendo a su champú. Después de darles de cenar a los niños y su baño diario, me tumbo en la alfombra de su cuarto a leerles el cuento de Caperucita Roja, la versión infantil, lógicamente, hasta que caen rendidos; a saber qué les leo, mi mente deambula entre mis bocetos de la bizarra obra y los labios de Roel.



—¿Crees que deberíamos festejarle con una gran fiesta? Es su primer año.

—He pensado más bien en un pastelito con su piñata en casa de mi madrina, ya lo hablé con ella. Que Gerardo lleve al peque y si mamá sigue de

buen humor, pensaba en dos o tres invitados más.

—¿Tu je-fe? Por ejem-plo...

—Ni siquiera tiene hijos. ¿A qué caso vendría? Deja de decir sandeces y, *porfa*, antes de irte, que Valeria se lave los dientes. —Beto se asoma por la ventana y vuelve su mirada a mí—. Pienso invitarlo, pero por cordialidad, ya que pretendo hacer partícipes a Beny y familia, a Davina y a Paty, tiene unos gemelos que no conozco más que en fotos, pero de los que me ha hablado en más de una ocasión.

—Anda, mira, qué cordiales son ustedes. Dedo suponer que, por la misma cordialidad, tu je-fe te está esperando ahí abajo.

—¡¿Cómo?!

—¡No te asomes! Está mirando hacia acá. —Suelta una carcajada muy guasona y me detiene. A nada estuve de correr las cortinas y de asomar mi cabezota—. ¿Finalmente ayer pudieron resolver el tema de tu escape?

—¿¡Qué te importa!?! —digo muerta de risa y de nervios. Los empujo hasta el baño del pasillo para que de una vez calle su boca atiborrándola de pasta dental.

Valeria también ríe aunque no sepa el por qué. Para intentar calmarme, pero, sobre todo, intentar que Roberto no descubra los grados disparatados de ilusión que me causa mi je-fe estacionado en la banqueta, le pregunto por su cita de anoche. Tuvo la típica cita de cine y cena con la chica que le gusta desde hace mucho ya, pero que no se había animado a acercársele por nuestro inusual tema de paternidad compartida. Hablando de tal chica hace días tuve que encarar con él una conversación, valía la pena aclarar que yo soy la «madre» y él es el tío, así de sencillo. En un principio no lo tomó del todo bien, pero, escuchándome, supo de qué iba todo mi drama interno, pues obviamente no se trata de un tío cualquiera: es uno con las responsabilidades que otro en su lugar no tendría, pero que bien valen la pena por amor. Beto es casi como un padre, pero sin una liga demasiado tensa y todo por una sola y válida razón: tengo que asegurarme que llegado el momento sus objetivos en la vida no se vean coartados a nuestra causa. Algún día tendrá que aceptar un trabajo absorbente o uno que le implique viajar o tal vez querrá casarse o vivir solo o con el amor de su vida. Mientras, podemos seguir como hasta

ahora, pero eso de que tiene un par de hijos por quienes ver que me lo deje a mí.

Ayer subí acelerada y hoy bajo acelerada no, lo que le sigue. Antes de abrir la puerta de acceso a la calle respiro una, dos, tres veces. Les doy la bendición a los chiquillos y me santiguó yo también una, dos, tres veces. Con una pierna cruzada frente a la otra, con lentes de sol y viendo pasar gente apurada caminando por la banqueta, me lo encuentro. Vestido con *jeans*, mocasines cafés y una chaqueta del mismo color. ¿Me cansaré alguna vez de admirarlo? ¡Es guapísimo! Al vernos salir, se apresura y yo espero con ansias ese rápido beso que deposita en mis labios y que no hace más que acelerar mis latidos.

—Nunca te he dicho directamente lo mucho que me sorprendes, ¿verdad?
—La pregunta es de esas que no son para responder, no hace falta conocerlo mucho para notarle el enojo superlativo que se carga—. Pues nuevamente lo haces y, esta vez, de modo negativo.

¡Válgame! Para venir con esas... ¿A qué viene?

—Lo que dicen: no soy monedita de oro.

—Deja de hacerte la graciosa. Yo también tengo una sorpresa, sin embargo, la mía sí es agradable.

Voy a subir a Valeria en la parte trasera del coche y me topo con una silla para bebés de un lado y un asiento para niños más grandes del otro.

—¡Es *modado*!

—¿Te gusta, princesita? Porque a tu... —Emilio se pone en cuclillas cortando la frase, me mira suplicando ayuda. Pero Valeria es lista, mucho más de lo que se imagina.

—Mami se fue al cielo y Diosito me dejó con *Tati*, *pod* eso *ahoda* es mi mami también. Puedes *decile* como *quiedas*, ¿*vedad*, Tati?

La niña acaricia su mejilla enfundada en barba. ¿Quién consuela a quién? A él se le acaban las palabras, lo sé. Lidiar con la edad que tiene Valeria es muy difícil. Le besa la frente, se sonríen y yo sigo sin salir del impacto por lo de las sillas. En lo que ajusto a Santi en su nueva sillita, Roel va y hace lo mismo con Valeria, cerramos las puertas casi acordes.

—¿Gerardo si puede y yo no? —Se recarga en el techo del vehículo, apoyando los antebrazos, no sin antes quitarse los lentes y, me pierdo en el negro de sus ojos.

He llegado a pensar que este hombre me lee el pensamiento. Sabe exactamente qué es lo que estoy pensando.

—No es una competencia, Emilio, y de serlo, pierdes. El coche de Gerardo tiene silla de bebés porque tiene un bebé.

—¡Bien! Como dices, no se trata de ganar o perder: en mi coche tengo sillas de bebés porque mi novia tiene bebés y no me apetece andar como chofer con el asiento vacío al lado cuando los tres se suben atrás para llevarlos a donde necesiten, dado que mi no-via tiene coche que no se digna utilizar ¡a saber el motivo! prefiriendo exponerse y exponerlos en el transporte público y a las inclemencias del tiempo.

Rebobinemos... ¿Novia?

—De qué me asombro, has de sacar tus propias conjeturas todo el tiempo y encima ¡te enfadas!

—Enfadado o no, quiero besarte. —Las señas de juntarnos en la parte trasera del carro las acato sin rechistar.

En el dar y en el tomar siempre hay algo que engañar

Describirme ahora mismo me resulta complicado. Sigo siendo yo, pero en una versión un poco más feliz. Cerrando los ojos casi puedo ver allá arriba de nuevo a aquella estrella iluminando mi camino.

Sobre el tema del amor, bueno, estoy dudosa; en realidad, vivo al día en un intento de no hacerle mucho caso, pues debo agregar que dentro de muy poco se cumple un año en el que mi vida se trastocó por la tragedia, aquella que acarreó angustias, cambios y responsabilidades de golpe, todo junto y a manos llenas. Sé que no debería perder más tiempo dejando ir mi vida pensando en todo ello, pero hay ratos en los que no puedo evitarlo, voy de la dicha a la desdicha... Un año es muy poco.

«Ay, papito, no te enfades».

Es que ese «todo» conlleva un constante interrogatorio por saber cómo sobrellevar, cómo resolver, lágrimas en los ojos, tristeza transitando por las venas e ilusiones rotas por un futuro que se vislumbra a veces negro; por mucho que contara hace un año y cuente hoy con Beto, el tema era y sigue siendo que mi mismo hermano, mis hijos y mi madre contaban, cuentan y contarán conmigo mientras viva. Cuatro contra uno, mucha desventaja. Pero, en definitiva, hoy por hoy encuentro una diferencia que resalta como subrayada con marcador fosforescente: he conseguido creer en mí, tantito. Justo esa tarde de viernes, ¡ajá!, la misma en la que cometí la locura de sucumbir a los encantos de ojitos negros, y no por la deliciosa madrugada, sino antes, gracias también a Román quien vino a dejarme un «tú puedes» y por mucho que a veces se complique «siempre lo conseguirás». La aprobación de ese proyecto me abrió el panorama, me hizo poco más fuerte; nunca fui de las que se tira al piso por muy chillona que sea de vez en cuando. *Ok*, está bien, por mucho que lllore cada vez, es más, ahora mismo las lágrimas se me están acumulando... de lo que trato de convencerme es que

ese día mi todo se clareó. He dejado de ver tanto negro en el futuro, incluso, ya no le pongo mucha atención al color que tendrá, comprendo que debo enfocarme al presente y sus colores; esos que hoy me brillan tan bonito como el arcoíris. Finalmente, se lo debo a Emilio Roel, que apostó por mí. El recontractarme como su asistente fue un vil pretexto porque quería enmendarse conmigo; no quiere reconocerlo, igual yo sé que quiso resarcir una injusticia que, al fin y al cabo, vengo agradeciendo. Con todo lo bruto que es y el mal genio que se carga me puso una prueba que pasé y no solo eso, Román ha encargado un proyecto más y me ha pedido, personalmente, que sea yo quien me encargue. ¡¿No es maravilloso?! La paga extra que eso implica resuelve mi situación financiera por más rato; mi currículum se infla y ¿por qué no decirlo?: me mantiene aquí, escuchando música a todo volumen al lado de este gruñón que ahora mismo me repasa de arriba abajo sin resoplar ni nada mientras se acerca a mí bailando de tal modo que apenas se percibe y al ritmo de su canción favorita que ya es la mía también: «Kiss Me» de Magic. Diario la pone, a distinta hora; diario va y me besa hasta robarme el aliento y diario, después de ese largo y profundo beso, se me humedece algo más que la simple boca. Ya no me queda duda de que desde un principio me la dedicó, como otras tantas canciones más.

Sigo sin saber mucho de él, hay temas que no toca, esos que si le pregunto, apenas y responde, como todo lo referente a quién fue su esposa y su matrimonio en sí. De cualquier modo, lo voy conociendo; los temas musicales me ayudan bastante: la primera canción que hace sonar a todo volumen, refleja su estado de ánimo del día. Respecto a lo que tenemos, mmm... realmente no sé qué es. Después de varias semanas, dejé de preguntármelo. Somos novios que viajan sin puerto. Finalmente no estoy buscando marido ni un padre para los niños y a la buena, que si no ahora mismo lloraría por las banquetas. No niego que dolió el pinchazo, pero a los pocos días me recuperé: hubiera sido desgastante y decidí dejarme llevar.

Todo sucedió en la fiesta de Santi cuando Mariela, más azorada que la última vez que vio a Emilio jugueteando con mis niños, me contó que la principal causa de divorcio fue precisamente esa: los niños. Dalia quería tenerlos y él no. Emilio Roel se divorció de porque ella quería ser madre y él

no quería ser padre. Al ver la comadrita imprudente mi semblante desvencijado intentó de mil maneras reparar su indiscreción, no pudo mucho, creo que por el resto de la tarde mis sonrisas no llegaron a mis ojos. Al final de la celebración, no le quedó más que suplicarme que no la echara de cabeza con mi novio. Un novio al que, afortunadamente, no presenté como tal pese a sus reclamos. Por suerte, lo que tiene de genioso lo tiene de comprensivo. Entendió que el estado de salud de mi mamá, aunque va en mejoría, no es de aquellos susceptibles de que se les genere sobresaltos, ni de los buenos ni de los malos. Cuando le conté a Davina me pidió que cuidara mi corazón: ¿qué más podría decirme? Ella está rota y un pelín amargada respecto al tema. Además, tiene razón. La confesión de Mariela vino a moverme la alfombra que el propio Emilio puso bajo mis pies desde el mismo día de la comida china, luego con las sillitas del coche, después en la oficina, lugar al que, como a todos a los que vamos, entramos tomados de las manos entrelazadas dedo por dedo. Se encargó de que cada miembro de la compañía se enterara de lo nuestro, ya fuera abrazándome a medio pasillo o dándome un beso «casto» en la boca al dar los rondines por los talleres. Para qué minimizo: ¡poco le faltó para pegar una circular en el tablero de avisos! Yo me resistía; él, en cambio, afirmaba que lo nuestro era tan tangible que escondernos levantaría suspicacias innecesarias. Davina no quedó conforme hasta que hablamos en privado y le dejé claro que por más que me sienta arrancada de un guion de telenovela barata en la que la pobre chica se enamora de su jefe acosador, estoy consciente de que el castillo flotante, rojo y en forma de corazón es mío y tal vez solo mío. Le prometí llevarlo con calma.

Para qué miento: no he podido. A estas alturas, estoy sentada en mi trono enseguida de mi rey ¡y hasta con cetro en mano!

Beny nos felicitó como si anunciáramos nuestro compromiso, un compromiso que ahora sé no llegará nunca... Si pienso de nuevo en el comentario de su esposa, me deshago de la idea, me reacomodo en el trono inseguro y paso de mano en mano el cetro. No le soplo al castillo para que se esfume porque, la verdad, es que ahí donde está se ve muy bonito. Trato de que no me importe. Perfecto: puedo ser la novia eterna con hijos a los que prácticamente ambos cuidamos como si fueran propios, pero él desde la

barrera autoimpuesta por negarse a la paternidad aunque no se le note pues es atento, cariñoso y complaciente con ellos hasta decir basta. Y si de postre es sexi, besa rico y me vuelve loca en la cama, tonta sería de cortarlo. Se mantiene pegado a mí y a los niños como lapa, o nos adora o el hecho de que su familia no viva en la ciudad ayuda. Como bien dijo: se convirtió en mi chofer oficial, luego de una regañiza seguida de apapachos y mimos cuando le conté el motivo por el cual no me animo a conducir de nuevo. Cada viernes que podemos, nos perdemos en su departamento hasta altas horas de la madrugada; casi el único día que no nos vemos es el sábado, y digo «día» porque en la noche seguido aparece en el mío y los domingos los dedicamos juntos en entero a Vale y Santiago. Beto, cuando no sale con esa chica que lo trae cacheteando las banquetas, se nos une. Se llevan de maravilla y de maravilla la pasamos todo el tiempo. Emilio se ha amoldado a casi todas mis actividades, tanto que parece haber olvidado el hecho de que se ha cargado una novia con precisamente aquello de lo que recientemente huyó. Es por todo esto que soy un poco, o un mucho, si lo pienso mejor, más feliz y en cada beso que me da, vuelvo a flotar en mi castillo particular.



—Tocaron la puerta, ¿llegó la cena?

—¿A menos que quieras cenarte al viejo de tu jefe?

—¡Roberto!

—¿Tanto te parte que sea el novio de tu hermana? —No lo miro, pero de sobra sé que la pregunta la suelta divertido. Beto nos pincha cada que puede con esa cantaleta y se sumergen en un vaivén de bromas al respecto.

—No le hagas caso: ya sabes que para imprudencias, mi hermano. Pensé que no vendrías.

—Ir de antro es una de las veinte cosas que no me apetecen mucho. Después de cenar ese fue el plan para mis amigos, yo paso.

Conversamos, pero ni siquiera lo miro: estoy en media lucha contra Gera

y le voy ganando. Me pongo de pie para darle la estocada final y al noquearlo, Ramón, otro amigo de Beto, me abraza y me hace girar por los aires. Al medio giro, lo miro observarme desencajado. Me suelto y voy a su encuentro.

—¿Quieres algo de tomar?

—Sírvele algo, juguemos unas retas, ya somos cinco. ¿Qué, cuñado? ¿Le entras?

Emilio sonrío de medio lado y niega con la cabeza. Es de esos momentos en los que la diferencia de edad pesa y de postre, recuerdo mi indumentaria, sintiendo como mis mejillas enrojecen. Es que no lo esperaba y, bueno, esta soy yo cualquier día relajada en casa cuando no espero que mi bruto y mayorcito novio aparezca. Entramos a la cocina y abro el refrigerador para sacar un par de cervezas.

—Muestras demasiada piel usando eso.

—Es una sudadera de Beto y traigo un *short* abajo —contesto a su estúpido reclamo, sacándole la lengua. Acto seguido, levanta mi sudadera para cerciorarse y entonces sí, bastante molesta le reclamo yo—: ¡Oye!

—¿Quién es el otro?

—Pues otro amigo de Beto. Tiene muchos, ¿no te has dado cuenta?

—¿Y todos se toman esas confiancitas? Que lata que esta casa se la pasa llena de hombres. Escucha bien, el único que puede abrazarte —y me abraza, muy fuerte, rodeando toda mi cintura—, soy yo. —Levanto una ceja y volteo la cara para que no llegue a mi boca—. Beto también puede, poquito, y bebé, todo lo que quiera, como yo.

Busca mi cara con su cara hasta que me dejo besar, entre risa y risa de mi parte. No estoy fabricada para enojarme por mucho rato con él, y él parece que bromea, pero tan hosco como acostumbra. Apenas sonrío. Beso tras beso convertimos la discusión en pura pasión constreñida a lenguas ansiosas de más.

—¿Celoso? —pregunto, soltándome antes de salirnos de control en plena cocina y con mi hermano y sus amigos gritoneándonos desde la sala que la pelea, en el juego de video, está por comenzar.

—Sí.

Responde tan categóricamente que me derrite. Y esa mala cara que pone también me derrite. Pues sí, a una coqueta empedernida como yo le encanta que la celen. Dejarlo encendido con ese beso me asegura una pelea de otro tipo, una ardiente para después.

—Pues no hay motivos. Mira, después de una buena pelea seguro se van.

Le hago un guiño cerrando un ojo y, contoneándome como tanto me gusta y le gusta, salgo en dirección a la sala donde los tres alborotados aguardan.

Luego de jugar un rato con los chicos, se van de farra y mi gruñón y yo a la cama. Se empeña en quedarse a dormir conmigo, pero me niego rotundamente, y no por mí, sino por los niños. Se queja, mira el reloj y se va en medio de una pataleta monumental. Al día siguiente, aparece cuando terminamos de desayunar y con entradas para acudir a un parque de diversiones. Pasamos un domingo entre juegos mecánicos, muchas fotos, atiborrados de palomitas, cargando muñecos y toda clase de peluches y premios ganados en los juegos de destreza. Beto nos acompaña pese a la desvelada que se carga, y se divierte tanto o más que la misma Valeria.

Y así, la cosa fluye y los días pasan.

Mi vida agarra un rumbo perfilado abrazada a mi pequeño mundo del que me he encariñado sin extrañar más a la Caty del pasado, incluso, viéndome al espejo: creo que mi cabello vuelve a brillar y ¡sin necesidad de ningún tinte!



—Ay, amiga. Arranca el último mes del año y con él mi ánimo ganado descende. Emilio se deshace en mimos para mí, no me quejo, pero tampoco es que logre mucho.

—Lo que tú necesitas es una noche de chicas. Me ofrezco voluntaria y te presto a mis amigas: vámonos de juerga. Ándale, di que sí.

—No estoy para festejos, Davi. Mi madre me ha pedido que organice una misa de aniversario luctuoso, que haré por darle gusto. Va a ser desgarrador y no estoy muy segura, pero me late que eso podría representar un retroceso en

ella, no lo sé. —Me encojo de hombros parpadeando más de la cuenta y contengo el llanto.

Davina toma un pañuelo de dentro de un cajón de su escritorio y me lo extiende. Al tomarlo, me coge la mano, la aprieta y hace un mohín muy lindo en señal de compasión sincera.

—Piénsatelo, al menos salgamos tú y yo a pasarla bien, te servirá. Y a mí también. Oye, por más que intento tener pretexto para despabilarme, nada más no cachas. ¡Ándale! Empújame, que me la paso de la casa a la oficina y de la oficina a la casa.

—Pues que bien disimulas.

—Por dentro sigo hecha mierda, Caty. He pasado a la etapa de depresión.

—Estás confundida: esa ya la has pasado.

—Es que es un pinche^[33] círculo vicioso. La diferencia es que ahora la depresión cruza fronteras atacando fibras, ego, y nacen de esas horribles y malsanas dudas existenciales.

—No se diga más. Este viernes, con tus amigas o sin ellas, saldremos por ahí. Siempre estás para mí, es lo justo, que por mucha misa, parte de mi familia ya no vive y nada puedo remediar. —Rodeo su escritorio: quiero un abrazo suyo, las dos lo necesitamos—. No sabes lo mucho que agradezco al cielo que te cruzaras por mi camino. No puedo creer que en mis veinticuatro años, las escuelas, vecinos o entre primos, la superficial de mi anterior yo no haya podido hacer ni un solo verdadero amigo. Gracias, Davina.

—Calla, tontita. Ellos se lo pierden. —Acaricia mi cabello y yo sorbo los mocos. ¡Qué manera de chillar la mía!—. Y no me vengas con *mentirillas*, lo que agradeces de llegar a Uniformes Roel es meterte a la bolsa a su propietario, zorra del mal.

Las lágrimas mueren en carcajadas que solo ésta loca sabe sacarme.

Recuperadas de las risas, le lanzo un beso y salgo de su despacho para ir hasta mi lugar, que sigue siendo junto a mi novio-jefe. Con el cuento de que los diseños de Román requieren absoluta discrecionalidad no autoriza la adecuación de otro sitio para mí. A decir verdad, me parece un tanto absurdo, pues, una vez que se aprueben los bocetos en los que estoy trabajando, su confección se llevará a cabo aquí mismo, en los talleres, tal como se

manufacturaron los del primer portafolio, igual, bajo nuestra estricta supervisión. ¡Fue tan maravilloso verlos materializarse! Cansado y pesado pero sumamente satisfactorio. Tocarlos, sentirlos, desde ir con los actores a tomar medidas, la compra de materiales, luego las pruebas, los ajustes y toques finales. Me estoy tomando un pequeño respiro: hace un par de días quedaron listos y entregados.

—Caty, llevas días apenas concentrada y no es por presionarte, pero...

—Ni te hagas, te encanta tenerme con el pie en el cuello —intento bromear, de verdad que lo intento.

—Es el jefe que tienes, qué pena, mi niña.

Uyy, mi niña, eso es nuevo. Eso sí que me da un subidón.

—Sí, una pena —le sigo la corriente, poniendo mi mejor cara de puchero—. Nada de qué preocuparse, con todo y mi tristeza, el portafolio para el *show* de los travestis quedará exquisito, ya verás.

—¡Por favor! Con la Caperucita no dejabas de moler hasta para decidir sobre un maldito plumón y con este no me has dejado ni echarle una miradita.

—Te voy a sorprender.

—Con que sorprendas a Román...

—A él lo tengo en la bolsa desde el principio. ¿Tú sabes por qué aseguré que no lo defraudaría?

Su mirada se tensa y sale de la oficina, dejándome con la palabra en la boca... Lo veo perfecto a través de la pared de espejos, así como también veo el cálido abrazo con el que se saludan. Emilio, en apariencia inquieto, voltea para todos lados y la invita a salir por la sala de espera, recargando su mano a media espalda de ella, quedando fuera del alcance de mi vista. Los minutos pasan y mi angustia crece; mis celos, esos que yo creía no encontraban lugar dentro de mis talentos sensoriales. ¡Noticia! Los albergo, y justo aquí y ahora me carcomen de manera asquerosa. Una hora después de andar y zumbear por toda la oficina, decido que ya es hora de ir por Valeria. Faltan varios minutos de los que solemos tomar con anticipación para evitar cualquier percance, muchos en realidad, pero decido que no son tantos. Si fuese a ir en camión

como hace semanas y semanas que no lo hago, ya iría justa, sí, muy, muy justa.

Cruzo como ignorándolos y no es hasta que mi pie entaconado retumba en el primer escalón que se encuentra ya para bajar con los guardias que ella se percata, buen oído el de la señora Luna.

—¿Catalina? ¿Eres tú? —Se sueltan del abrazo a ojos cerrados en el que se encontraban. Por supuesto, mi novio brinca como resorte del sillón y ella, pues así, como todo lo diva que es, se cruza de piernas—. ¿Qué hace la gata aquí? Emilio, el personal de limpieza no debe transitar a sus anchas y como veo que ya se retira, tampoco es por donde debe hacerlo.

Se hace una pausa enorme ante su dicho tan elocuente tomando en cuenta que, a su corto entender, no soy más que personal del aseo. ¡Estúpida vieja despectiva! Me sostengo de mi bolsa como si se tratara de un poste. «Mi novio» mira a su exmujer. No veo su expresión, pero sé muy bien que está muy irritado, la bravura con la que se frota la barba lo demuestra. Ella me observa a mí con una mirada de profundo desprecio. Divino el cuadro.

¡¿No piensa decir nada?!

—Señora, parece que no le han dado las noticias...

—No, Caty, ni te molestes —me interrumpe, por fin dignándose a verme.

—Tiene razón, señor Roel. Ni me molesto.

Para decir eso mejor no hubiera dicho nada. Mi modo de devolverle la mirada, si me conoce poquito, debe decirle mucho, y que interprete rápido que me largo con todo y el tapón imaginario que ha puesto en mi boca. Como parece que los fusiles en mis ojos no son muy claros, salgo disparada escaleras abajo, cuidando de no tropezarme, poco me falta.

—Caty, ¡Catalina! ¡Para ya!

—Suéltame. —Le gritaría y forcejearía como loca desquiciada; haría un drama de aquellos dignos de aplausos y reverencias, pero no me da tiempo. Mi susurro de dientes apretados surte efecto casi al instante: me suelta pero no se aleja.

—Tranquila, ¿sí? Estás confundiendo las cosas.

—El agua clara no confunde. Ahí arriba tu mujer me ha insultado y tú — recargo mi dedo índice en su pecho con fuerza. ¡Dios! Me siento tan violenta —, no has hecho nada por defenderme ni has permitido que lo haga por mí misma.

—No debiste salir del despacho, ya me estaba despidiendo. Era justo lo que te quería evitar, créeme.

—¿Que te crea? No tengo nada que creer y ya, atiende a tu visita.

Desde la sala de espera, la susodicha puede vernos y sé que lo hace aunque nosotros no podamos verla a ella: las ventanas son de espejos, para variar. Emilio toma mi brazo de nuevo y no puedo evitar fijar mi mirada en donde me agarra. Recapacita y coloca su brazo alrededor de mis hombros y, así, sin soltarme, me lleva hasta su coche: mi huida fue tan corta que no atravesé ni medio estacionamiento.

—Dalia ya no es mi mujer, Catalina, mi niña...: mi mujer eres tú.

Su afirmación me deja muda. Me dejo hacer, mover, subir al auto. Apenas nos colocamos el cinturón de seguridad y su teléfono suena. Emilio mira la pantalla e ignora la llamada, bajándole al volumen. Yo también la miro: «Dalia llamando...».

—Responde, por mí no te detengas —suelto con cierto retintín.

—¿Que por ti no me detenga? Por favor, Catalina, si la dejé ahí colgada ha sido por ti.

—Mmmm.

—Mmmm, ¿qué? No iba a permitir que luego de explicarle de mi relación contigo se atreviera a desconocerte y de paso insultarte. —El teléfono vuelve a sonar y esta vez cuelga sin dejar que suene el timbre más de una vez. Encrespado, aprieta el volante con ambas manos, intentando no perder la concentración mientras conduce. Sabe lo nerviosa que suelo ponerme y, bajo esta presión, podría ponerme peor—. Ha venido a reclamarme, al parecer llegó a sus oídos que ya tenía pareja, le hablaron de los niños y... —Voltea a verme como analizando que tanta atención le estoy poniendo. Mucha, toda mi atención visual y sensorial está puesta en él: debo poner todo mi empeño para ser capaz de interpretar si miente. Se aclara la garganta con mucho afán y una mano viaja directa a su cara para seguir diciendo sin mucho sentido—: Lo

que piense o crea me da igual. Traté de convencerla que debería hacer lo mismo; para cuando nos divorciamos entre ella y yo ya no había nada. La última vez que estuvimos juntos fue cuando te descubrí en su departamento.

—¿Por qué se divorciaron, Emilio?

Es mi oportunidad.

—Te estoy diciendo: ya no teníamos nada.

—«Tanto ir y venir tuyo me está cansando»: algo así le oí decirte.

Sí, ya sé, ya me desvié del tema de los niños, prefiero que sea él quien que me lo diga alguna vez, nada de malo tiene que no quiera tener hijos.

—Esa fue la última noche, llámalo despedida. La sentencia de divorcio salió pocos días después.

—Para ya no haber nada entre ustedes, la despedida fue muy entregada, ¿no lo crees? Además, la semana siguiente también te encontré ahí.

—Fui a... —Sus dedos surcan sus mejillas de lado a lado. Empiezo a reconocer esa manía como una que también emplea por nerviosismo y/o desesperación—. Fui a ayudarle con tu despido.

—Ah.

—Me doy cuenta de que por más que digo sigues dudando.

—Te vas por las ramas, Emilio. Es muy sencillo: llega y no me dices ni que aguarde ni nada. Si hubieras podido ponerte más pálido... Pasa más de una hora. Los encuentro abrazados. Me insulta y tú, bien gracias.

Es lo último que digo. Los siguientes minutos cunden entre recoger a Valeria, llevarla a la estancia infantil y su plática diaria de mediodía, el tema de hoy:

—Mi *futa favodita* es la *yobaba*.

—Guayaba —corrijo.

—Eso.

—La mía es la piña.

—¿No te pica la *luenga*?

—Lengua —vuelvo a corregir, y Emilio me mira con desaprobación. Se supone que debo hacerlo, ¿no?

—Eso.

—Si como demasiada, sí.

Es increíble que esas pequeñas conversaciones me revelen más de mi novio que todo el día entero a su lado. *Ok*, para ser justos, me refiero a esos detallitos que parecen insignificantes, pero que dicen mucho de las personas. Gracias a Valeria he conocido varios de sus favoritos: de color, el azul; ama los días de lluvia como un pretexto para no salir (ermitaño), eso ya lo había descubierto yo; su comida, las hamburguesas, igual que a ella, y su sabor de helado: el de limón.

Bajamos en un parque y nos encaminamos a una de las bancas. Froto mis brazos. El aire de invierno se deja sentir pese a ser un día soleado. Al percatarse de que no llevo mi saco puesto, se acerca a mí, remplazando mis manos por sus cálidos brazos. Tarda un poco, pero al final se anima a hablar.

—Fue mi novia por varios años y mi esposa por otros tantos. Cuando la conocí era dulce y amable con todo el mundo. Creí que sería fácil tenerla en mi vida para siempre. Paulatinamente, todo cambió. La mujer con la que me casé, de pronto era arrogante, ostentosa, despreciativa de todo aquel que dejaba de estar a su altura, incluida su familia humilde de la que proviene. Comenzó a renegar de ellos, los tachaba de mediocres por no superarse como ella lo hacía. La mujer que creí que podía tener a mi lado para toda la vida se esfumó, junto con todos los intereses que compartimos por años. Simplemente, dejó de tenerlos o nunca los tuvo, no lo sé. Sostengo la teoría de que nos usamos como válvula de escape los dos. La diferencia radicó en que pese a que yo seguí siendo el mismo, dejé de funcionarle al volverse autosuficiente cuando ella sacó a relucir a su verdadero ser. Tuve mis fallas, no lo niego pues ni siquiera luché por recuperarla y, simplemente, me separé cuando su vida banal me asqueó a tope, aun así, a petición de ella y en el nombre de tantos años juntos, ya viviendo en distintas casas, me pidió intentarlo de nuevo; pensé en hacerlo, pero... ya había al... un algo... no pude. —Emilio toma aire y me mira por primera vez en todo su monologo, sin soltarme de su abrazo ni un segundo, es más, me aprieta más a su cuerpo —. Finalmente, tramitamos por mutuo acuerdo el divorcio. Tuvimos algunos encuentros más, la despedida que te conté y ya está. De ahí su comentario de

que estaba cansada de mis idas y venidas, cuando si iba y volvía era porque ella no me dejaba ir.

—Anda, tan sufrido.

—Pues no, la cama fue lo único que nos unió en los últimos tiempos y no me quejo...

—Blablablá, ese asunto no me interesa.

Emilio se ríe y besa la punta de mi nariz para luego continuar:

—El divorcio fue consensual aunque ella, en realidad, no estaba muy de acuerdo; igual, es lo suficientemente orgullosa como para suplicar. Tal vez necesitaba soltar algo de su ponzoña, de ahí su aparición de hoy, tal vez.

—¿Y ese abracito tan sentidito?

—¡Uy, tan celosita! Intentaba calmarla, hacerle entender que ya lo nuestro tuvo su momento. Ser amable, nada más. Pero luego te insultó, sabiendo quién eres hoy para mí, que eras de la que le habían hablado. Acababa de enterarla de todo y no dudó en fingir demencia al verte, porque ella es así: ruin. Entendí de una vez y para toda la vida que nada tenemos que ver ni de manera cordial como expareja: te faltó al respeto. Ignorarla fue lo mejor, la conozco. Sé que eso le puede más que todos los ataques juntos y es lo que vamos a hacer de ahora en adelante, por eso no le dije nada ni dejé que lo hicieras tú. También por ese motivo ya no atenderé sus llamadas: ella y yo no tenemos que darnos ni los buenos días.

Está calmado. No frunce el entrecejo ni ataca su barbilla y jamás lo escuché decir tanta palabra seguida. Me abrazo a él, sintiéndome segura de sus palabras. Confío y por primera vez reconozco, al menos ante mí, que lo amo con todo mí ser y eso no es lo mejor, lo mejor es que mi miedo a amarlo como lo hago abandona mi alma, decidida a quererlo y disfrutarlo tal y como es, y con lo que me da: callado y malhumorado, enamorado de su empresa y apasionado en su trabajo, que ahora compartimos; amante de las tardes tranquilas paseando con los niños o, simplemente, jugueteando con ellos sin parar, y de las noches no tan tranquilas que solemos tener.

Hay otro temita que toda esta conversación desencadena en mi interior... hago por hacerlo a un lado. Finalmente, él ya no me conoció así. Esa cierta semejanza, que de una u otra manera su exmujer y yo compartimos, rumia en

mi interior de mala manera, pero la ignoro; porque si alguna vez fui superficial, jamás fui arrogante ni banal, no como tal, más bien disfrutaba de los «lujos» que mi padre me daba sin menospreciar a nadie, eso nunca. Me gustaba enaltecerme, gozando de invertir en mi persona. Sí y mucho, producirme hasta hartarme; gastar para verme bien, y gastar en esos quienes se decían mis amigos o mi novio en turno. Lo muy malo es que lo hacía por diversión, porque podía y mis padres, mi padre sobre todo, me lo permitían. No me fijé que tenía compañía comprada; me di cuenta cuando dejé de serles funcional porque, simplemente, se alejaron de mí... Y cuando más los necesitaba. También fue mi culpa. Nunca me preocupé por formar lazos en ningún lado fuera de casa, para eso tenía a mis dos hermanos: mis mejores amigos siempre fueron Beto y Camila.



Tengo un novio sexi y con muy mal humor, pero tan tierno como un oso de peluche y que hace todo lo que puede por evitar mi sufrimiento, pero ya, es innegable: mañana es el día.

—Bésame —respondo a su pregunta de qué más puede hacer para verme sonreír, en voz casi muy alta, mirándolo de reojo.

No tengo que decirlo dos veces. Se encamina a paso raudo y apenas llega a mí lugar, gira la silla alta para ponerme frente a él. Estoy como siempre, a medio sentar. Toma mi cara entre sus manos como tanto me gusta y me besa de la manera más sensible que se puede besar: pausado, llenando mis mejillas de diminutos besos para luego volver a mis labios que recorre con la punta de la lengua. Hace círculos sobre ellos antes de invadir mi boca sin premura, saboreando y nada más. Besos sin segundas que mi cuerpo no entiende ni siquiera mi tristeza lo amaina: así ha sido desde el primero que me dio en medio del llanto, en medio de mi cocina. También así fue con los besos que me negó: era tocarme, acercarse para despertar todas mis terminaciones nerviosas, para hacerme vibrar. Sentirlo me hipnotiza, me rindo a él

desvalida, y no me importa. Cobro vida, percibo su entrega cada vez que me hace el amor, así sea con un beso en la nariz.

Mis manos recorren su abdomen cuando desfajo su camisa, también lento, al ritmo de su beso, ese en el que me dejo llevar al compás que le pone sin darse cuenta de todo el calor que me invaden sus tiernas caricias. Sonríe recargado en mis labios al descubrirme ansiosa mientras disfruto de lo que mis manos tocan: su cuerpo, ese que me enloquece. Es firme, sólido... Me pongo de pie y lo seduzco con mis dedos en dirección a su espalda definida en músculos sin ser prominentes. Lo invito a más. Quiero sentirlo palmo a palmo.

—Vamos a mi casa.

—No, aquí.

—¿Segura? Nunca has querido.

—Es que me siento observada aunque sé que es imposible..., pero quiero, quiero ya.

—Golosa. —Suelta mi cara para abrazarme con sus dos brazos por la cintura—. ¿Cumplirás mi fantasía?

Es que lo diga y mis piernas tiemblen...

—Convénceme.

No me hago de rogar. La ropa no tarda en volar aterrizando en el suelo de la oficina, así como mi cuerpo cae tumbado de espaldas en la mesa de la sala de juntas anexa, luego de viajar montada en él entre manos alocadas. Es todo seriedad y, por primera vez, desde que el sexo está presente entre nosotros, siento que algo lo perturba.

—Espera.

Esto es alucinante. Me deja desnuda sobre la mesa y desaparece por la puerta que conecta el despacho con la sala de juntas. Me siento en el borde, dejando las piernas colgadas y, de pronto, a todo volumen, suena «Yellow» de Coldplay.

—Ahora escucha.

La letra, lo más romántico que jamás escuché. Sí, la he oído, pero sin ponerle atención... hasta ahora que lo tengo frente a mí recargado en el marco de la puerta, totalmente desnudo. Jamás podré volver mi vista en esa

dirección sin que lo imagine así, emanando sensualidad por cada poro. Su piel tan blanca y su pelo tan negro como sus ojos, y su boca gruesa enrojecida, declarándome su amor por medio de esta canción. Se acerca sigiloso hasta colocarse en medio de mis piernas, y con un largo beso nos olvidamos de que existe un mundo ahí afuera, por lo menos yo. Oír cada palabra de la canción mientras nuestros labios se disfrutan es lo único que quiero. La canción termina y vuelve a empezar.

—Caty, oye lo que dice. Escúchalo una y otra vez —dice contra mis labios en un segundo que nos tomamos para respirar.

Mi diminutivo flota en su lengua poco antes de que el desenfreno nos golpee tanto como el frío de la mesa en mi espalda. Sus manos dejan de frotarse contra mi cuerpo, lo abandonan y ya no lo calientan. No me toca y no deja que las mías lo hagan. Me ordena, como tanto le gusta, que las extienda sobre la madera. Obedezco porque me encanta complacerlo, es mi placer... Sus suaves besos recorren mi cuello y por en medio de mis senos en un camino orientado trazado al sur y con muchas escalas zigzagueantes por todo mi talle hasta mi vientre, que se revuelve deseoso de que alcance su destino, y lo hace. Llega girando instrucciones de que no se le niegue el acceso, pues, por instinto, mis rodillas quieren juntarse, pero es su misma cabeza portadora de la sonrisa, esa que me vuelve loca, una que revela gusto por anticipación, la que impide que, a su vez, le cierren el paso. Gimo de delicia al sentir como se mezcla la humedad de su boca con la humedad de mi punto más sensible. Lame y juguetea un poco. Un orgasmo sin necesidad de más me llega justo cuando sus manos se ciernen en mis pechos.

—La soberbia es un pecado capital —logro decir, intentando recomponerme. Es que su cara es de proeza conseguida, algo así como alcanzando su mejor marca. No me importa si llegué demasiado rápido, ¡es fantástico!

—Contigo seis de siete, mi amor, la pereza no entra. Ven acá.

Me hace sonreír porque después de tal llegada no puedo hacer menos... ¡Porque me ha dicho mi amor! Por cómo me mira y tira de mi cadera para unirme a él cantando bajito el coro de la melodía que sigue sonando y que volverá a sonar por todo el tiempo que nuestros cuerpos disfruten, se llenen,

se colmen.

Terminamos abrazados, desnudos, embarrando de sudor la madera de la gran mesa. Recostada en su pecho y sin preocupación alguna de que quiera salir corriendo a la ducha, desde que me cuido con una pastillita ha resultado mucho más cómodo por no decir más.

—¿La escuchas?

La canción se repite, despego la cabeza de su pecho y me sostengo con un codo para verlo a los ojos. Resplandecen, hablan y me pregunto si tiene tanto miedo como yo. Asiento, sonrío sin despegar los labios, es más, creo que los aprieto para reprimir las lágrimas que se asoman con cada palabra que me dice a través de la letra: «... que las estrellas brillan por mí, que yo sé que me ama tanto... que por mí se desangraría...».

—Tú también lo sabes —le digo, deslumbrada por la conexión que ahora mismo nos une.

Ambos lo sabemos. Nos lo decimos cantando la canción, tocando nuestros cuerpos, besando nuestras bocas.

Resignados a romper la magia, arreglamos el desorden provocado por nuestro arrebató y sin poder evitarlo, una sonrisa queda pintada en mi cara pese a la angustia en mi alma. Y me siento culpable por no hacerla desaparecer, pero me es imposible. Emilio me ama y yo lo amo. Mi papa, mi hermana, Marco, ya no están y nada puedo remediar, ni siquiera la misa a la que pagaría por no asistir.

—¿Puedes acompañarme?

—Decías que no era prudente.

Cepillo mi cabello con los dedos frente al espejo y pongo algo de polvo compacto en mis mejillas que están encendidas ¡qué horror! El clima en la oficina es cálido igual que en su casa, haga el tiempo que haga allá afuera. Después de tanta actividad me siento acalorada y colorada.

—Y tú decías que estaba dejándote al margen. Tienes razón: no quiero hacer eso.

Lo miro observarme a través del reflejo. Está sonriéndome, está

acercándose. Roza mi espalda con su pecho y siento que ardo de nuevo, más, como desde el día uno, inclusive. Sigue alterándome con su cercanía pese a que ya son algunos meses sosteniendo una relación que, sabemos, es cada día más sólida. No hace muchos minutos que dimos un paso más y fue uno grande: nos demostramos el amor que sentimos a su manera, por medio de la música, dejando que hablaran nuestros cuerpos a su son.

—Lo que quieras, quiero, siempre.

¿Qué es lo que dice? Por lo general, hacemos lo que él quiere, a veces a mi modo sí, pero es un mandón incorregible. Girar instrucciones le viene por sistema y yo me dejo, es la verdad. La recompensa de tenerlo conmigo y con mis niños es grandiosa: él es grandioso, un hombre increíble. Voy a refutarle, y en eso el intercomunicador suena. Espabilamos, tenemos mucho trabajo y ya se nos ha ido gran parte de la mañana. Paty le comenta que han traído de parte del encargado de vestuario de la compañía de Román uno de los vestidos, al parecer, con una rasgadura.

Mientras bajo al salón de costura cabildeo sobre mañana. Para mamá lo de menos será si mi jefe nos acompaña o no, estará sumida en su dolor, pero tampoco es tonta y en el último tiempo ha estado más activa, sobre todo con los niños, y no le han pasado por alto todas las anécdotas que Valeria le cuenta sobre Emilio. Me echa miraditas cómplices, no tiene caso seguirle ocultando mi relación con él, además, ya lo conoce de la fiesta de Santi. Tarde o temprano tendré que conversar con ella y estoy segura de que caerá rendida a sus pies como la niña y yo, igualita.

Me encuentro al tipo desaliñado que han mandado de la compañía teatral con una cara de espanto que no puede con ella. Antes de sacarlo del portatrajes me vierte una serie de explicaciones de cómo sucedió. No me cuadra nada de lo que dice. Debe notar mi perplejidad... en Caperucita no hay faldas largas que deban usarse con zapatos de tacón.

—Debe tratarse de una equivocación, yo soy la diseñadora encargada de...

Se trata de un hermoso vestido dorado al centro, mangas y costados de un verde celta del... renacimiento... pagano... y es...

El fulano observa como observo la prenda. Sin duda no entiende nada y

yo tampoco. ¡Yo tampoco! Lo tranquilizo sin tener idea de cómo hacerlo conmigo. Le digo que mañana al final del día estará resuelto y, literal, lo empujo hasta la salida. Mi corazón late frenético y un nudo a la mitad del pecho sofoca mi respiración. Angustia, pánico.

La música retumba en paredes y espejos del gran despacho. A saber cuál canción y ni me importa. Su casi eterno ceño fruncido se expande del asombro al verse levantadas sus pobladas cejas cuando el vestido medieval diseñado POR MÍ aterriza en su escritorio.

—¿Qué hace esto aquí?

—Emilio, este di-diseño es m-m-m-mío —digo sin contestar, temblándome la voz—. Forma parte de una pequeña colección que sometiste a concurso poco antes de que me corrieras en el verano, ¿te acuerdas? Yo, bueno, no te enojas conmigo, pero tuve el atrevimiento de hacer un portafolio con el objetivo de que voltearas a verme, como diseñadora, quiero decir... Estaba consciente de que no estaría a la altura de los demás, pero, en aquel tiempo pensé que, al menos, habrías podido considerar sacarme de la línea de producción y darme una oportunidad acá arriba de pasante, ¿qué se yo? Se confeccionaron, al parecer, este y, el diseño es mío. ¡Te lo juro! Me lo robaron o plagiaron y ni siquiera tengo como demostrarlo, pero...

—Hey, Caty, tranquila, lo sé.

—¿Qué?

—Fue tu portafolio el que eligió el cliente.

¡¿De qué habla?! Román ni su compañía eran los clientes. No recuerdo el nombre, pero no era a Román, estoy segura y, alto, un segundo: Davina me dijo que ese concurso no lo había ganado nadie, que fue Emilio quien se encargó personalmente, ¿Emilio me robó?

—¿Por qué no me enteré? Emilio, ¡¿por esto me despediste?! —le grito muy fuerte. La inquietud de que alguien se adueñara de mis diseños, que además hice a escondidas se transforma en furia descontrolada. ¡No lo puedo creer! Él sabía, sabía...

—¡No! Por supuesto que no. —Y ahí está: su mano directa a la barba—.

Vamos a calmarnos. Siéntate, es complicado y...

—¡No me quiero sentar!

—El día de la presentación había cuatro carpetas encima de la mesa — habla pausado y, al contrario de mí, decide sentarse en su enorme sillón ejecutivo enterrando la cara entre sus manos—. Tres de ellas perfectamente identificables: Beny, Lucy y Tomás. La cuarta, la que contenía tus diseños y de los que el cliente quedó prendado, en el momento creí que era de Francisco. Francisco era...

—Sé quién era, sigue ya. —Estoy impaciente.

—Pues eso creí. Días antes había discutido con él porque, bueno, no importa. El caso es que me enfadó bastante que de cuatro opciones resultara, precisamente, su portafolio elegido. De hecho, me sorprendió bastante que presentara proyecto: su salida de la empresa estaba anunciada. Fue por eso que no me tomé la molestia de informarle que había ganado el concurso. Cuando a la semana siguiente renunció, ordené que se le pagara el bono correspondiente, pero no bajo ese concepto, sino como finiquito. Al final, dado que los diseños que realiza cualquiera del equipo creativo, como ya te lo hice saber una vez, por contrato, son propiedad de la empresa, pues no me pareció extraño que ni siquiera pretendiera informarse de nada sobre sus diseños, incluido el tuyo que creí, te insisto, que era de él. Cuando por fin salió de la empresa, ordené y supervisé personalmente la confección. No quise darle el gusto al muy imbécil ni siquiera de conocer que había ganado una vez más, pues por todo el tiempo que laboró aquí se ufanó de ser el mejor... Todo coincidió: entre la cita con el cliente y la renuncia de Francisco te despedí, pero sin saber. Te lo juro: ese no fue el motivo. Davina salió de vacaciones y tampoco venían firmados, Caty. No hubo modo de que yo supiera que los diseños eran tuyos.

Eso es verdad. Los figurines no los firmé y en las fichas técnicas dejé en blanco el apartado de diseñador responsable. Pero, al final, en la última hoja de bocetos, ahí sí plasmé mi nombre completo.

—Pero has dicho que sabías que eran míos... Emilio no te entiendo. — Lucho por calmarme. Tomo de su escritorio una pluma y comienzo a girarla entre los dedos, a pasarla de mano en mano.

—Me enteré después.

—¿Cuándo? ¿Por qué no me lo dijiste?

—Pensaba hacerlo, pero todo se me complicó. —Se pone de pie. Quiere acercarse, pero mi semblante le advierte que ni se le ocurra: estoy temblando. Se recarga en su mueble de la cafetera sin perder de vista mis movimientos —. El cliente de los vestidos medievales se llama Esteban, él recomendó a Román. Son algo así como socios, ambos pidieron que fuera el mismo diseñador que elaboró esos vestuarios quien se encargara de Caperucita, así que busqué a Francisco, los negocios son negocios. Él es un genio con el lápiz, no lo puedo negar, otorga magia casi como lo haces tú... Creí que podríamos llegar a un arreglo; como era obvio, desconoció los diseños. Entonces, desconcertado, pregunté a Martha y a Joel, incluso rectifiqué con Lucía, Tomás y Beny, aun sabiendo que de ellos no eran, ninguno diseña con ese toque. A punto de acudir con Davina para que me ayudara a esclarecer el misterio, mirando por muchas horas todas y cada una de las hojas de la carpeta encontré escondido tu nombre.

Me quedo de piedra. Estoy alucinado por una sola cosa: mis diseños fueron escogidos y si me he enterado, ha sido una casualidad.

—¿Lo descubriste antes o después del beso en la cocina?

—Antes.

—¿Lo descubriste antes o después de que me ofrecieras trabajo de nuevo?

—A-antes. Caty, pero te juro que fue justo después de que te buscara por primera vez.

Miente. Miente. Miente.

—¡No podías perder al cliente! ¡¿Verdad?! Te encargaste de encontrar mis puntos débiles para que no pudiera negarme, ¿no es cierto? Estudiaste mi expediente, indagaste con Davina. Tenías que encontrar el modo de que la misteriosa creadora del medievo cayera en tus redes y como no lo conseguiste, apostaste a seducirme. Sabiéndote lo superior que eres, ¿no? La pobre incauta se rendiría ante el ingenioso apuesto galán, al patrón. Un par de atenciones y ya estaba.

—¡NO! Caty, no.

Hace amago por separarse del mueble. Por instinto, camino de reversa

hasta colocarme a mitad de la oficina: necesito alejarme hasta de su aroma.

—Eres un falso, un miserable que no podía dejar pasar la oportunidad de trabajar para la gran compañía teatral. Pudiste decirme, Emilio. ¿Por qué? ¿Tanto dinero y prestigio hay de por medio? ¿Valía tanto la pena engañarme?

—Porque creí que no aceptarías, te había despedido de modo mezquino y...

—En cambio, mostrando interés en mí, persiguiéndome, acosándome, BESÁNDOME. Haciéndome creer que me hacías un favor recontratándome como tu asistente. ¡Ja! Denigrando, además, mi persona con tus amistades. ¡Bravo, Roel! Lo hiciste muy bien. Tan bien te salió que terminé enamorándome perdidamente de ti...

¡No! No. No. Eso último no debí decirlo.

—Yo también, Caty, te...

—¡NO!

—¡SÍ! Escúchame, escucha la canción: eso es lo que siento, Catalina... Las estrellas brillan por ti... —grita abatido. Luego, con algo que casi interpreto como tristeza agrega—: Y tú brillas para mí.

—No es verdad. —Un largo sollozo sale de mi boca junto con lágrimas que ni me esfuerzo por reprimir—. Me utilizaste y no te conformaste con ello, me instalaste ahí —señalo mi área de trabajo con mucha rabia— sin que tuviera ni idea de lo que YO era capaz, que mi trabajo ya había sido puesto a prueba. Tu sabías que podías lanzarme al ruedo y que lo lograría, pero yo no, y me viste sufrir sin importarte. —Los ímpetus del llanto rompen por completo mi voz. Emilio llega a mí y me abraza muy fuerte por segundos. Me libero en un acto innato de subsistencia, en sus brazos ya no me siento segura—. Me sumergiste en una espantosa olla de presión mientras yo ignoraba todo. No sientes lo que yo, no, me necesitas solo porque soy tu moneda de cambio. —Un horrible silencio se instala en el par de metros que nos separan. Hipo, cortando el llanto de tajo, no sé cómo lo consigo—. Mira lo que son las cosas. Es una lástima, Emilio Roel: tengo un orgullo que no sé portar y una dignidad muy inmadura, ¿recuerdas?

—No puedes.

Su actitud me enerva, tan altivo me da la espalda mientras yo vocifero:

—¡Puedo y lo haré! No te atrevas a impedírmelo. Termino mis pendientes y me voy para no volver. ¡Te lo juro! No me interesa seguir trabajando para ti.

Con lo siguiente que escucho, como si mi corazón no estuviese lo suficientemente quebrantado, se rompe en cientos de cachitos, que digo, se queda casi sin latidos. Lo dice con voz segura y pausada. No sé si para que no me quede espacio para la duda o porque se ha cansado de mis bramidos. Resulta y resalta que sin darme cuenta firmé un contrato con la empresa de Román: soy su diseñadora en exclusiva, yo, por los siguientes CINCO AÑOS; mientras no concluya la relación contractual no puedo diseñar para ninguna otra empresa del mismo ramo y debe de ser por medio de Uniformes Roel, como su empleada y como su único confeccionista. Si renuncio a cualquiera de las dos vertientes, tengo que asumir el pago de una cuantiosa penalidad. No sé de leyes, lo que sí sé es que no puedo pagar ese monto ni soñando: estoy atada.

De una caja fuerte empotrada dentro del dichoso mueble al costado de su escritorio extrae el portafolio medieval y un par de *folders* más. Pone todo sobre el escritorio e intenta seguir explicándose. No se lo permito, lo que ahí se estipule carece de relevancia ya. No puedo escapar de cuánto me hayan obligado, tal vez metiendo abogados, pero es algo en lo que mi cabeza no quiere por ahora pensar.

—Esto es para los dos, Caty, mi amor.

—Me engañaste, Emilio. No hay un «los dos», no hay un «mi amor». Lo que hay es una relación de trabajo manipulada al antojo tuyo y de Román. ¡Son despreciables! Con lo que has dicho me queda más que claro que no puedo ir a ningún lado en mucho tiempo. —Es el silencio más abrumador que pueda existir, ese que se interpone entre nosotros rompiendo con todo—. Si no le representa inconveniente, permítame asimilarlo. Regreso en unos días —le informo con toda la seguridad de que, al volver, tendré que pasar por otra etapa durísima en mi vida—. Una semana cuanto más, si no es mucha molestia y le pido, señor Roel, que a mi vuelta tenga para mí un espacio donde pueda trabajar fuera de su despacho, por favor. Supongo que por la diseñadora exclusiva de su mejor cliente es lo mínimo que puede hacer.

No espero a que responda nada. ¿Para qué? Ya su postura me dice más que tanta palabrería. Esa maldita pose de piernas separadas, ceño fruncido con resoplidos y vaivenes de sus ojos por todo mi cuerpo, al tiempo que rasca su barba, me lo dice todo. El mismo ogro Roel impositivo que había amainado un poco regresa cuando la careta resulta más que inútil. Bajo su escrutinio, tomo mi bolsa y me largo de ahí, sintiendo en mis entrañas cómo mi castillo flotante se derrumba, se esfuma en un solo acto y de forma definitiva. Entrego el cetro y bajo del trono de la reina en el que me senté sin fijarme en que las casualidades no existen. Todo fue planeado, miente cuando dice que me buscó sin saber que la empacadora despedida y la diseñadora misteriosa eran la misma persona. ¿Que se enteró después? ¡Bah! ¡Patrañas! No tiene sentido de otro modo. ¿Para qué hacerlo? Ahora todo encaja: una buena noche tocó a mi puerta, conoció algo de mi entorno y se fue sin decir nada, tal vez hasta ahí conservaba algo de decencia. Pero su suerte era mucha, ¡qué coincidencia!, laboraba para su exmujer, esa a la que seguía tirándose, donde una blusa terminó rota y donde él vio la oportunidad de fungir como héroe al rescate, haciendo de mis desventajas una ventaja suya. ¡Pero soy una infantil orgullosa! Y él, un depredador desalmado que esperó a encontrarme con las defensas por lo más bajo para atacarme con su mejor arma: él mismo. Debió descubrir en mí el modo en el que lo miraba, debió olerme, saber lo mucho que su sola presencia me impactaba. Es verdad, es muy probable que en ese momento, de saber que Román me estaba buscando, me habría negado por mero orgullo, claro, sus tratos no podrían merecer menos; me había corrido cuando era una simple empacadora con hijos pequeños y grandes problemas. Quien me conoce sabría que ese orgullo me habría durado poco. ¿Cómo ser capaz de rechazar una recontractación y de diseñadora? Era mi sueño, sigue siéndolo, igual prefirió no ser honesto, total, ya me tenía en sus manos y por esa sencilla razón eligió ocultar la información, congraciarse al darme «una oportunidad» como su asistente. Me arrojó con los tiburones, o eso me hizo pensar, en pleno conocimiento de que eran mis diseños los que el cliente exigía. Arriesgaba poco mientras yo moría sin saber si mis capacidades estaban a la altura. Eso fue cruel. Después, a punto de perder a su «estrella» por su impertinente boca y después, por experimentar con mi

cuerpo, decidió que para no soltarme, para conseguir un jugoso contrato, podría experimentar también con mi corazón y lo que es peor, con el de mis hijos, esos que él ni quería tener.

Luis

&

Ana

Capítulo 3

Luis

Dar para recibir, no es dar, es pedir

La vi detrás del mostrador y decir que quedé completamente hechizado es minimizar; lo habituado que estoy a rodearme de féminas despampanantes dificulta que pueda centrar mi mirada en una mujer cualquiera, simplemente, no llaman mi atención. Pero ella... Me sorprendí escudriñando su sencillez, la naturalidad de una dependienta de cafetería de esquina. Limpiaba la barra luego de que un cliente torpe derramara la bebida recién servida y, sin atisbo de molestia, le sonrió amablemente al viejo calvo mientras le preparaba otra igual. Algo me impedía perder detalle a través del escaparate. De inmediato, la imaginé portando un elegante vestido dorado que destacaba su delicado porte y su espigada figura, sosteniendo en su mano una fina copa de cristal en lugar de un vaso de cartón con café corriente. Lo más extraño de todo fue que en ningún momento la recreé metida en mi cama, montándome salvajemente, como si solo pensarlo me convirtiera en el peor de los pecadores.

No supe en qué momento traspasé la puerta del pequeño local, pero me formé en la fila sin poder despegar mis ojos de su preciosa cara. El par de personas delante de mí eran lo suficientemente bajas de estatura como para dejarme libre la vista y seguir más de cerca los movimientos de la chica del vestido dorado de mi imaginación: tomaba pedidos, preparaba bebidas, botanas y cobraba por los productos. Todo casi al mismo tiempo. Mis pensamientos se perdieron en su profunda mirada verde y me fasciné con su manera de hablar. Oír un auténtico acento de mi tierra natal, pero en la tierra de mi madre, me llenó de una especie de melancolía.

Al llegar mi turno, y luego de sostenerle la mirada por varios segundos, sacudí la cabeza y salí del lugar sin decir palabra.

Soy Luis Ferrant y si estoy de vuelta en esta ciudad es por culpa de doña Esperanza Vera de Alarcón, una anciana que a sus noventa y tres años de edad ha partido de este mundo luego de no despertar de su siesta de media tarde.

Su funeral se ha llevado a cabo hace apenas tres días y ya nos citan para leer el testamento.

«Les urge, bola de cuervos».

—Vamos muy retrasados —me dice Miguel—. ¿Estás seguro que quieres ir andando? El calor es insoportable.

Camino por estas calles madrileñas que tanto me gustan, pero, de verdad, ¡qué puto calor! Ya se me había olvidado el infierno en el que se convierte durante el verano, sobre todo, si la lluvia hace gala por su ausencia.

—Por cierto —Miguel, mi jefe de escolta y por qué no reconocerlo, consejero particular, caminando a mi costado agrega—: la persona que estabas esperando ya se encuentra instalada en el hotel. El equipo que envié en su búsqueda dice que no le venían siguiendo la pista.

—¡Perfecto!

Es de lo poco bueno que me da este viajecito inesperado, tanto que le insistí a aquel imbécil. Vaya casualidad la de la anciana venir a morir en las mismas fechas.

LEA

—No sabes cuándo fue que hizo las últimas modificaciones. Era una mujer muy previsor.

—Sí, claro, cómo dejar de prever que sería, precisamente yo, el último en casarse. ¡Por favor! A veces eres tan indulgente que cansas.

Muy incongruente para su físico y su cargo, pero eso no se lo digo. Tampoco se trata de insultar a un tipo que mide casi dos metros de estatura; una mole humana a la que no le importa poner en su sitio a cualquiera que se quiera pasar de listo, en lo que a mis intereses se refiere. Miguel es mi mejor y más fiel elemento, pero tiene un defecto: es soberanamente razonable.

—O el único que no lo hiciera —dice quien hace de repente su aparición.

—Amigo, ¡qué gustazo volver a verte! Por ti no pasan los años, ¿a qué no? ¿Sigues practicando?

—Solo para seguir partiéndote la madre, *Fresita*.

Soltamos la carcajada y nos damos un buen apretón de manos seguido de un fuerte abrazo.

—Mi estimado Pato.

—Mi estimado Fresita.

Guío a mi amigo hasta el comedor de la suite. Miguel nos ofrece de beber y nos sentamos para intentar ponernos al día.

—No está bien hablar mal de nadie, de los muertos menos. Pero te juro por la vida de mi madre que mi abuela no se va a salir con la suya, me cueste lo que me cueste.

—Bien pudo no disponer nada para ti. Tu padre supo triplicar la herencia que en vida tu abuelo le dejó tu madre. No necesitas recibir nada de doña Esperanza.

—Ya lo oyes, Pato. ¿No te lo he presentado? Él es Miguel, el elocuente. —Pato choca el puño con mi «pepito grillo» particular y le pregunto—: ¿Conoces algo sobre el orgullo?

—Recuerdo como si fuera ayer tus extensas cátedras sobre el término.

—Pues sepan los dos que no estoy dispuesto a dejar en manos de mi tío y los inútiles de mis primos el control absoluto de la cadena hotelera de España. Mi tío Raúl, sobre todo él, es capaz de llevar a la ruina el imperio que por décadas le costó levantar a mis antepasados. Lo más nefasto es que dejarme fuera y dejarme dentro, pero con esa ridícula condición, es exactamente lo mismo. ¡En nada cumplo treinta años!

—Qué más te da Luis, ya tienes tu propio emporio —interfiere Miguel.

—A ver, se trata de una fortuna que en todo caso nos pertenece a todos los Alarcón y no por el hecho de que yo me haya cocinado aparte se valga la abuela para dejarme fuera. La última en casarse fue mi prima Sofía hace tres años. El día de la boda, la muy vieja zorra me amenazó. Sabía bien que no verían sus ojos el desposarme, de ahí que dejara su última palabra versando sobre el tema.

—Tu fama te has creado y de la que te alegras —asegura de nuevo Miguel, notando mi insolencia. Pato nos observa como si fuésemos jugadores de pin pon. No entiende nada.

—¿Quién era yo para darle gustos a esa señora? Nada más que su repudiado nieto. Y más me va alegrar imaginar sus cenizas revolcándose encima de su espantosa chimenea cuando antes del término del plazo, desde el infierno donde seguro se encuentra, verá cómo tengo tomada de la mano a la señora de Ferrant.

—¿Ya tenemos a la afortunada? ¡Qué cosas! No puedo dejar de verte pocos años para que te eches novia, ni quién lo crea.

Miguel, con signo de interrogación en los ojos, se apresura a levantarse de la silla. Nunca se le ha dado bien recibir órdenes sentado y sabe perfectamente que estoy cerca de girarle una y muy gorda. Igual lo haré, pero más tarde.

LEA

—Una malteada de fresa por favor.

—¿Sigues con esa manía, Fresita? —me pregunta mi amigo entre dientes. Sí, de ahí el apodo y por otras cosas que por el momento prefiero omitir.

—Ssshhh —lo mando callar.

—Para mí, un *frappuccino*, si eres tan amable.

—Enseguida —responde la dueña de mis insomnios de las últimas pocas noches—. ¿Para ti? —Dirige su preciosa mirada verde a mi jefe de escoltas, quien le contesta que un café americano está bien.

Le pago con un billete de mucho mayor valor a la cantidad que nos cobra y, sin esperar el cambio, me doy media vuelta hasta una de las mesillas, sorbiendo mi malteada a través de un popote rosa fucsia torcido.

—Con ella me voy a casar.

Miguel me mira atónito, atragantándose con su ridículo café. ¿Quién toma el café con leche deslactosada *light* con doble porción de azúcar? ¡Y en verano!

—Tienes un par de semanas para investigarla —le digo a mi guardaespaldas. ¿A que si era gorda la instrucción? Ni tanto, para Miguel es

pan comido—. No pido mucho, cerciérate que no sea una delincuente en potencia, que esté sana y que sea soltera, por supuesto. Hasta ahora sabemos que es mexicana y tiene estilo. ¿Ya la vieron? Precio-sa. Cámbienle la ropa y pasa como esposa mía sin problema, con esa belleza y esos ojazos. Encantado de pasearla tomada de mi brazo por todos los eventos que amerite.

—Cierra la boca, wey, se te cae la baba. —Sus escarnios no me distraen; me recreo en ella, solo en ella—. Ahora solo falta que quiera casarse con un total desconocido antes de tres meses. ¡Has tenido mejores ideas, Fresita!

—Búrlate todo lo que quieras, pero de que ella se casa conmigo, se casa conmigo, como que me llamo Luis Ferrant. Y tú, Miguel, haz tu trabajo que yo me encargo del resto. Soy experto negociando. No se les olvide.

—Aquí tienes tu cambio. —Mi preciosa futura esposa interrumpe la conversación ignorando que es la protagonista; deposita el dinero sobre la mesa junto al envase vacío que contenía mi malteada.

—Es tu propina. —Las mujeres dicen que soy todo un galán siempre, pero que sonriendo, más. Deslizo el dinero sobre la mesa en su dirección mientras le dedico una sonrisa muy amplia.

Toma el dinero y me da las gracias con una graciosa reverencia tomando su mandil y cruzando un pie por detrás antes de darse la media vuelta e irse tras del mostrador. Esa actitud infantil nos hice reír a los tres.

—Pero el matrimonio no es un negocio y un mes no basta para enamorarla —continúa diciendo Pato, luego de la simpática distracción.

Miguel se aparta para hacer unas llamadas, después se despide y se marcha.

—¿Quién te dijo que pienso conquistarla? Voy a ofrecerle un empleo mucho mejor que el que ahora tiene y será el negocio de su vida.

—El negocio de la tuya mejor dicho.

—No necesito ser más rico de lo que ya soy, Patricio. Lo que necesito es reventar ese estúpido testamento.

—Ya sé que no estás pidiendo mi consejo, es más, nunca se te ha dado bien recibirlos, pero por la amistad de toda la vida que tenemos permíteme decirte que puedes salir muy raspado de todo esto.

—Arriesgar para ganar.

—¿Y qué me dices de ella?

—No tiene por qué perder nada. Primero veamos que encuentra Miguel...
Veamos de qué pata cojea.

Lo invito a que salgamos de ahí justo en el instante en que veo que mi preciosa futura esposa desaparece por una pequeña puerta tras el mostrador.

—¿No te piensas despedir? Deberías hacer un poco de méritos. Si no fuera porque te conozco demasiado bien, me preocuparía por la integridad de esa señorita. No sé si te has fijado, tantito aunque sea: no creo que sea del tipo de mujer a la que estás acostumbrado.

—Ya lo sé. Cambiemos de tema. ¿Qué te parece si buscamos un buen cuadrilátero y nos calamos?

—Uyyy, mi Fresita, tampoco fueron tantos años sin vernos.

LEA

La tarde está cayendo y afuera ya nos esperan un par de vehículos. Suelo andar solo con Miguel o con alguno de los otros muchachos de mi equipo de seguridad, pero por Patricio debo reforzar el tema. Esperamos pocos minutos antes de que nos localicen un gimnasio y nos dirigimos al lugar.

Patricio y yo nos conocimos cuando él tenía doce años y yo diez en una escuela de *box* en la Ciudad de México. Allá nací y crecí, crecimos juntos en realidad. Pato se quedó huérfano desde muy pequeño y aunque su tía se encargó de él, digamos que mi casa, por muchos años, fue su segundo hogar. De adolescentes participamos en una que otra pelea clandestina porque las que se organizaban en dicha escuela nos aburrían; suerte que antes de que nos metiéramos en problemas desistimos y seguimos practicando, pero por mero amor al arte. Después de esas peleas no volvimos a participar en ninguna, ni en las legales; digamos que a ninguno nos llamaba la atención dedicarnos al boxeo de modo profesional. Siempre fue mejor que yo, creo que las veces que pude ganarle fue porque se dejó vencer o porque una gripa lo traía jodido. No es que me justifique, pero aunque seamos prácticamente de la

misma estatura, si yo estoy mamado, pues él lo está más. Un día de estos lo pongo con mi buen Miguelito y haber de a cuánto les toca. Será divertido.

Nos colocamos las caretas y nos ajustan los guantes. Tampoco se trata de que salgamos de aquí con los ojos morados, en unas semanas me caso...

—Has mejorado el toque, Fresita.

—A ver, cuerpo gratis, ¿qué estuviste el último par de años?

¡Putra madre! Debí imaginar que se estaba conteniendo. De un rechazazo pierdo el equilibrio y voy a dar contra las cuerdas. Me recupero casi de inmediato luego de sacudirme las estrellitas que me giran alrededor de la cabeza. Decidimos que es mejor dar una calentadita echando un bailecito, marcamos los golpes, nada más.

—Llevaba meses sin subirme al *ring*. No sabes por las que he pasado. El año comenzó tan bien como todos en general, ya sabes, he tenido buena vida, no me puedo quejar, pero Federico me la jugó y feo.

—Ya va siendo hora de que aceptes el préstamo. Me ofrecí a encontrar a tu socio y Miguel lo hará, que no te quepa duda. La cuestión es que mientras eso sucede es mejor que pagues. Quítate al incordio ese que te pisa los talones. ¿Cómo hiciste para escaparte? Con lo que me contaste por teléfono cuando me llamaste no me basta.

Horas después de que me informaran del fallecimiento de mi abuela recibí una llamada de Patricio. No soy de los que responde números desconocidos, pero desde que mi amigo se puso en contacto conmigo cuando llegó a París, estoy alerta. Lleva tiempo con su vida corriendo peligro.

—No tuve que esperar mucho para que estuvieran con las defensas bajas. Unos cuantos golpes combinados y quedaron noqueados en el piso.

Soltamos la carcajada y salimos del *ring*. Aguardamos a que nos ayuden a quitarnos el equipo y vamos directo a una banca.

—Cuéntame lo que pasó.

—Mónica me entregó a Romero, eso lo único que sé. No me interesa cómo fue ni nada. Lo que sí debo averiguar es quién le informó a ella que me encontraba con mi tía Gris, dirección y todo. Me niego a creer que fue Pamela, por muy amigas que sean.

—¿Has hablado con Pame o con tu tía Rita?

—No. Ni con Gris ni con...

—Pues no lo hagas. No hables ni te pongas en contacto con nadie. Soy hotelero y nada más, no que tú, metido con la mafia, huyendo del país... —Pato me propina tal codazo que el agua de mi botella sale disparada. Ambos nos reímos de nuevo—. Me refiero a que no sé nada de cómo se mueven exactamente los maleantes, lo que sí, es que ese tal Romero lo es, y Miguel, mi experto en seguridad, te recomienda eso. Yo, en lo personal, dudo que haya sido tu familia la que te delató. Es más, ni siquiera considero que Mónica haya tenido mucho que ver, más bien creo que la usaron como anzuelo.

—Algo así pensé. Por eso, cuando escapé, la lleve conmigo, no muy lejos... Los dos tipos nos arrastraron hasta un cuartucho de hotel de mala muerte, esperaban órdenes o ve tú a saber. Esa noche se turnaron para dormir. Romero y sus sicarios han de ser malandros novatos. ¿Qué sé yo? Esperé a que uno se durmiera profundamente y en cuanto el otro comenzó a cabecear, les pegué una buena madriza^[34]. Salí de ahí, sin maleta ni nada. Me guardé bien los pasaportes y la cartera como pude. De milagro que Mónica, por el susto que se cargaba, no iba pegando de gritos; luego de viajar en metro estación con estación, la abandoné en la otra punta de la ciudad. No te niego que sentí remordimientos, pero no podía arriesgarme. Ignoro hasta qué punto esté de acuerdo con Romero, qué tan anzuelo sea. Me cercioré que tuviese dinero y sus documentos. No pude hacer más.

Ambos suspiramos cansados. El lío en el que está metido Patricio es muy fuerte y, lo peor de todo, es que ni siquiera es su culpa.

—Hiciste bien. Hay que avisar a tus dos tías de que estás a salvo sin que sepan que estás conmigo. Miguel se encargará. Y, por favor, piénsalo: paguemos la deuda.

—¡La deuda no es mía, Luis!

—Entiende que fue tu empresa quien estafó a ese Romero. Sí, por medio de Federico cuando tú ni cuenta, pero mientras no se le pague, seguirás con problemas fiscales, legales o cómo quieras llamarlos. Seguirás huyendo de la ley y del mismo Romero.

—Pretendía hacer frente a todo. Se suponía que efectuando el pago,

Romero retiraría los cargos y todo resuelto. Llegué a pensar en olvidarme de Federico y enterrar el suceso como un mal negocio. El verdadero problema se desató cuando recibí claras amenazas. Federico y él tenían más tratos por fuera y ese cabrón quiere que se le pague hasta el último peso y se lo va a cobrar al primero que encuentre. Estoy apostando a que sea a él a quien localice de una vez. Por lo pronto, ya escapé dos veces y hasta el momento he cuidado que crean que no tengo ni familia ni nadie a quien usar para amedrentarme.

—Dejar a Mónica a la deriva puede ser un claro indicativo.

—Espero que si la encuentran, así lo interpreten. De verdad que tampoco quiero que nada malo le pase. Ahora solo ruego porque Davina haya tomado el primer vuelo.

—¿Davina?

—Esa es otra historia, querido Fresita.

LEA

—Déjame adivinar. Te preparo una malteada de fresa.

—Me encanta tu intuición —bromeo, provocándola con mi sonrisa embaucadora. La tengo ensayada.

Después de pagarle el valor de tres malteadas, la invito a prepararse su bebida favorita y acompañarme en la mesa que he venido ocupando las últimas veces.

—Lo siento. Estoy en horario de trabajo. Gracias.

—En ese caso, tal vez, podríamos cenar esta noche...

—Eres muy amable, pero no tengo citas con los clientes. Son políticas.

—¿Dónde dice?

Busco por las paredes algún reglamento, no lo encuentro. Intento seguirle el juego, nada más. Le gusta hacerse la difícil. Mmmm...

—Son mis políticas.

Preciosa, simpática e ingeniosa. Vamos sumando.

—A partir de ahora renunció a las malteadas que sirven aquí. Listo. Ya no soy tu cliente.

Para ingenio: el mío.

—¿Tanto me odias? —ríe casi histérica. Por favor, ha de estar más que habituada a que los hombres se le lancen encima como depredadores hambrientos. ¿Ya mencioné que es preciosa? En este instante me encantaría soltar su cabello para descubrir su largo, tocarlo y sentir su textura. Es de un color... como el de las avellanas—. ¿Me vas a privar de tan jugosas propinas?

—Tengo más que propinas para ofrecerte...

—Te confundes, señor Malteadas —me interrumpe ofendida, expresando con desaire tan gracioso apodo y para rematar, corta conmigo todo contacto visual.

El cambio que se produce en su voz es casi alarmante. Entrecierro los ojos y la observo detenidamente. Mi preciosa futura esposa baja la mirada y eso me molesta... Con un suspiro desalentado y un ademán con la mano, me *invita* a salir del lugar.

—Mi nombre es Luis Ferrant Alarcón. Mucho gusto, Ana Villalba Arzate.

Ana, asustada, guarda silencio. Se limpia las palmas de las manos en el pequeño mandil a cuadros rojos y blancos que cuelga de su cintura. Algo murmulla entre dientes, pero no entiendo qué.

—¿Quién eres tú y por qué sabes mi nombre completo? —pregunta por fin en voz alta y quebrada.

Ella es Ana, mi futura preciosa esposa. La que todos los viernes tiene que recorrer montada en su bicicleta media ciudad para ir a dejar medio sueldo a una casona amarillo pollo. Haciendo cuentas y si las propinas que le dejan los clientes son la mitad de buenas de las que le dejo yo, terminará de pagarle a la dueña de la casona... déjenme pensar... tal vez algunos meses antes de que todo su cabello se tiña de canas. Así de grande es su deuda en comparación al sueldo que gana en la cafetería. Miguel hará una investigación exhaustiva después, por lo pronto, los datos que ha recabado me bastan. Parece que conoció a la dueña de la casona, la señora Castilleja, un par de días después

de que llegara a Madrid hace casi dos años. Según su dicho, la encontró debajo de un árbol de la entrada de su casa tiritando de frío. *Compasiva*, le dio entrada a su residencia y la contrató como sirvienta y nana de sus siete gatos. Imaginármela en esas condiciones me pone la piel de gallina... de eso tampoco quiero hablar. Luego de unos cuantos meses de trabajar por un ínfimo sueldo y a cambio de techo y comida, tal señora la acusó de robarle un collar y con meterla a la cárcel si no lo devolvía. El malentendido se aclaró. En las cámaras de vigilancia se descubrió que había sido el jardinero quien lo robó, pero Ana hasta el día de hoy sigue pagando por los platos rotos. Sí. La dueña la culpa por no cuidar adecuadamente sus pertenencias y la obliga a pagarle la joya, reteniéndole todos sus documentos de identificación bajo la amenaza de que si intenta por cualquier medio huir, usará sus influencias para hacerla pagar de algún modo. En pocas palabras: la tiene con la pata en el pescuezo.

—Acepta cenar conmigo y te lo explico todo.

—No voy a cenar ni contigo ni con nadie. Por favor, déjame tranquila.

En ese momento, entra un cliente asiduo del café, ya lo he visto antes. Ana se escapa de mí y no solo por atenderlo, lo que ella no sabe es que no soy de los que se rinden. Me sitúo como si estuviera en casa. Voy tras ella, tras el mostrador.

—Aquí no podemos hablar y yo quiero hablar contigo. No te dejaré en paz hasta que me escuches.

—N-no...

—También sé dónde vives, Ana.

Lea

Hace un buen día para proponer matrimonio. Si algún día lo propusiera —de modo real—definitivamente, lo haría de día, en uno cargado de sol. Absurdo cliché a la luz de la luna y las velas, bola de tarados sin imaginación. Me declarararía un día casual, cargaría con el anillo de todos los quilates que las

mujeres aman y adoran, y la sorprendería en cualquier momento. Tal vez uno como este, bajo el cielo azul brillante despejado como testigo.

Ana lleva corriendo en el parque casi una hora sin hacer ni una sola pausa: es de las mías. Momento de abordarla. Bajamos del auto y ella, con el pánico reflejado en su rostro, detiene la carrera bajo la sombra de un inmenso árbol.

Sudada hasta la médula, se planta con las manos en la cintura. Jadeando y ¡puta madre, qué sexi es! Ni siquiera se esfuerza. Es muy delgada, no cabe duda. No trae mallas de deporte, sino un *pants* de esos que se empuñan a media pantorrilla; tampoco *top* de esos que luego usan algunas para que las tetas no les reboten y de paso lucir el vientre. Por el contrario, se tapa con una camiseta rosa desgastada que jala constantemente para que su ombligo no se asome. Tenis y una cola de caballo alta muy mal hecha. ¿De dónde le viene lo sexi? Pues de su preciosa cara brillante de sudor, de sus labios rosas, sus mejillas sonrojadas, su morena piel apiñonada, de sus ojos verdes y de esa ceja que levanta de modo un pelín altiva, pero que cuando se da cuenta que lo hace, baja de inmediato junto con su rostro. ¡Eso no! No lo bajas, preciosa, no.

—¿Y bien?

—Te presentó a Miguel.

—Ana. Ya nos conocíamos.

Miguel le tiende la mano y ella le corresponde el saludo. Se sienta en el pasto; la imitamos, pongámonos cómodos. Miguel, enseguida de mí, listo para presenciar la entrevista de trabajo más absurda de la historia. Ana, frente a los dos con los talones bajo su trasero.

—¿Y bien? —repite, aparentando una seguridad que ni de cerca siente.

Me tomo un minuto para recuperarme del impacto que me provoca. Es fuerte. Ninguno de los dos percibe que estoy un tanto alterado, o al menos eso creo. Alterado pero decidido: soy Luis Ferrant y yo nunca me equivoco.

—Cásate conmigo.

Ana me mira parpadeando con sus ojos muy, muy abiertos. Luego, una carcajada la hace tumbarse en el césped doblada de la risa.

—¡¿Quééé?! —Se desparrama, parece una niña a la que le acaban de

contar un chiste muy gracioso.

—Cásate conmigo.

—Sí, te escuché. Señor Demente, apareces un día pidiendo malteadas de fresa y ¿decides que me case contigo?

—Te estoy ofreciendo trabajo.

—¿De esposa?!

—Sí. Por un año. Máximo dos.

—Con la variedad de trabajos que he tenido también podría ser en el que obtenga mayor antigüedad. ¿Crees que podría ponerlo en mi currículum?

—Esto no es un juego, Ana. Para de reír, ¿quieres?

—Para de decir sandeces. Oye, tú, grandulón. ¡Ayúdalo! Te ves más cuerdo que él.

Miguel tose para ocultar la risa. Ana se pone de pie con toda la intención de dejarme ahí tirado con mi propuesta, pero me quedo donde estoy. Es más, apoyo la espalda en el tronco del árbol, dejando una pierna extendida y la otra doblada. Tan campante.

—Primero, escucha —le digo, mirándola desde abajo. ¡Preciosa!—. Te darás cuenta cómo esto te conviene tanto como a mí. Siéntate de nuevo, por favor.

—Soy toda oídos —me anima, apretando los labios en una línea, volteando a ver a Miguel con gesto condescendiente. Y no toma asiento. Por mí, que crea que estoy todo lo desequilibrado que quiera—. Lo siento, suelo reír mucho, pero ni te alegres, es de nervios.

—Esto es muy sencillo: tú no tienes a nadie a quién recurrir, yo tampoco. Me necesitas, te necesito.

La verdad es que su situación me ha puesto las cosas demasiado fáciles: eso no se lo digo. Abre la boca como pecesito moribundo, sin embargo, con mi palma extendida le hago señal de alto. No me gusta que me interrumpen.

—Miguel...

—Mexicana, veintisiete años, preparatoria concluida, huérfana, sin propiedades, sin antecedentes penales ni ingresos hospitalarios. Familia: tío paterno, su esposa y un par de primas los cuales, al parecer, desconocen tu paradero desde que decidiste venir a probar suerte a España. Ibiza, primer

destino; luego, Madrid. La señora de la casa amarilla te acogió y luego te acusó, pero no te preocupes, sabemos de tu inocencia. Y con la mujer que vives ahora te explota también a cambio de lo mismo que te proporcionó la primera. Finalmente, en tu trabajo actual preparas las malteadas de fresa más deliciosas que Luis ha probado en su vida.

—Eso último se sale de lo acordado, Miguel. Constríñete a lo que se te pide, nada más.

Esa maldita maña de extralimitarse.

—Ni yo habría resumido tan prácticamente mi adorable vida, señores detectives.

—Si aceptas el empleo que te ofrezco, podrás acabar con algunos de tus problemas desde este momento. Con otros, a la vuelta de dos años como máximo. Sé que hay cosas que no tienen remedio, pero el dinero ayuda. Y mi nombre es Luis —recalco mi nombre para que deje de ponerme calificativos.

—Claro...

—Uno de tus problemas. Tal vez, el que hoy por hoy te tiene más atada de manos.

Ana se deja caer en el pasto de modo nada elegante. Me mira y luego a Miguel.

—Tengo tus documentos, Ana. Ahora me debes a mí.

—¿Me estás chantajeando?

—No. Solo quiero que veas mi buena voluntad. Te libré de una deuda que ni siquiera te correspondía.

—¿Cuál buena voluntad? Sigo debiendo y sigo sin mis documentos —se lamenta triste. No dejo que eso me amaine, tengo un único propósito que voy a cumplir.

—Si no aceptas el trato, te los regreso y no me deberás ni un euro —miento descaradamente, y Miguel lo sabe. Tengo preparado un plan B: obligarla—. Lo único que pido a cambio es que lo pienses. Pero no tardes mucho, lo que menos tengo es tiempo.

Cruza las piernas en posición de buda. En lugar de colocar sus manos sobre sus rodillas, las usa como escudo para cubrir su precioso rostro y me doy cuenta de que aceptará, y de que yo voy a sufrir un tremendo calvario...

—Veamos: te necesito como salvador para arreglar mi maltrecha subsistencia y tú, al parecer, necesitas con urgencia una esposa. —Asiento con un leve movimiento de cabeza y ella continúa—: Primero quiero saber algunas cosas. Y que te quede claro que eso no quiere decir que acepto.

—Venga. Pregunta lo que quieras.

—Y tampoco me importa a quién le debo el dinero de un collar que no robé. Total: lo debo.

—Está bien.

—Ya me había hecho a la idea de durar siglos para liquidar... aunque hubiera preferido seguir teniendo la deuda con la de los gatos. Ya sabes lo que dicen: más vale malo conocido que bueno por conocer.

—¡Ana!

Estoy al borde de la desesperación. Debo comenzar con la negociación, puro retraso de trámites.

—Tranquilo, señor Malte...

—Luis. Me llamo Luis.

—Necesitas una esposa con urgencia. Bien. ¿Por qué no tienes a nadie a quién recurrir? Y ¿por qué me necesitas justo a mí?

—Porque necesito una mujer decente que nadie conozca, al menos, no en el medio en el que yo me desenvuelvo. Y no tengo novia.

—¿Yo te parezco decente? ¿Qué tal que no lo soy?

—Te investigué, ¿recuerdas?

—Mmmm, y ¿no encontraste nada que te cause cierto resquemor?

—Recuerda que solo se trata de un empleo. Describámoslo como de índole corporativo y de extrema confianza, pero donde más allá de la honestidad y decencia, la vida personal carece de relevancia.

—¿Cuándo tienes que casarte?

—Antes de que acabe noviembre.

—¡¿De este año?!

—Sí.

—¿Tienes hijos?

—No.

—¿Enfermedad terminal?

—No.

—¿Vicios?

—Tampoco.

Las mujeres no es un vicio que deba importarle...

—¿A qué te dedicas?

—Soy hotelero.

—¿Qué te obliga a casarte?

—Nadie. A mí nadie me obliga a hacer nada.

—Así, casual, se te puso ocupar la vacante de esposa, porque como eres gay y necesitas guardar las apariencias ante...

—¡No soy gay! Eres exasperante. Estoy así... de aventarte el pasaporte en la cara y renunciar a la maldita herencia.

—¿Cuál herencia?

—Calma, Luis. Ana solo quiere saber algunas cosas de su probable futuro marido.

Conteniendo la risa, Miguel le explica a Ana, sin mucho detalle, la situación con la última voluntad de doña Esperanza, o sea, mi abuela.

—Lo único que tienes que saber es que si no me caso antes de mi próximo cumpleaños, mi parte de la herencia se repartirá entre los demás herederos.

—Entiendo. —Ana hace una larga pausa, esperando a que me sienta de nuevo frente a ella, es que de la frustración con tanta pregunta me he puesto de pie—. ¿En qué consiste el empleo de esposa?

—Por fin llegó al grano —le digo a Miguel, quien fascinado nos mira. Tan facilito que es que yo pierda el control—. Nos casaremos por el civil...

—No hables como dando por hecho, por favor.

—Nos casaríamos por el civil aquí en España. Acredito el matrimonio y esperamos un año contado a partir de esa fecha en Nueva York, que es donde vivo y viviríamos juntos. Después de un año, regresamos para que comience el trámite de adjudicación. Es el plazo que mi querida abuela pidió como mínimo. Esa dichosa cláusula maneja varias vertientes. Te explicaré la que me atañe: todos sus posibles herederos deberán estar casados, por amor, a la fecha de su muerte o estarlo antes de cumplir treinta años de edad y no tener

un matrimonio menor a un año. A la fecha, soy el único soltero y el único menor de esa edad. Mi abuela murió hace unas semanas. Nuestro contrato duraría un par de años como mucho, ya que la adjudicación pudiera tomar unos meses si alguno de mis parientes impugna el testamento.

—¿Tengo que volver a España forzosamente?

—Tal vez una o dos veces. Sería cuestión de verlo con los abogados.

Ana se queja, pero no le sigue por ahí.

—Y mi trabajo ¿consistiría en...?

—A eso voy: viviremos juntos... Perdón, viviríamos juntos. Cada quien en su habitación. No te demandaré obligaciones conyugales ni seremos pareja en ningún sentido. —Ana se pone roja y, bueno, pues a mí se me hace agua la boca... Debo concentrarme, ¡carajo! Será complicado, no, ¡inhumano!—. Me acompañarías a los eventos sociales que se requieran, fingiendo ante la gente que somos unos felices recién casados. Recibirías un sueldo mensual por tus labores, una liquidación sustanciosa al término del contrato y servicio médico por cinco años más. Miguel, dale por favor una copia del contrato. Ana, todo lo que te digo está perfectamente estipulado junto con otras especificaciones de menor importancia como tu código de vestimenta, la confidencialidad y, lógicamente, no podrás tener pareja ni se te podrá ver con otros hombres que no sea yo.

—¿Ni con Miguel?

—Sabes a lo que me refiero, Ana.

La mujer de mis insomnios esboza una pícara sonrisa que adoro de manera nata.

Me estoy arrepintiendo de algunas cláusulas... de una en realidad.

—¿Y tú? ¿Tú podrás tener otras parejas?

—Por supuesto que no, sería como echarme tierra yo solo.

—Ferrant, una última duda...

—Llámame Luis, por favor.

—¿Podré salir de tu casa? Pasear, salir a correr, andar en bici, al parque. Amo los parques.

—Me he dado cuenta. Y sí. No serás mi presa ni mi esclava, Ana. Es un empleo. Extraño pero empleo, al fin y al cabo. Solo deberás ser discreta. Yo

voy a confiar en ti y tú en mí.

Nos ponemos de pie y mientras sacudo el pasto de mis pantalones me indica que en dos días me resuelve.

Hay de contratos a contratos...

Nos hemos reunido para la firma del contrato; ese no es el tema que me inquieta, sino la larga e incesante sesión de preguntas y respuestas: estoy que pierdo los estribos. Sí, soy muy impaciente. Para no llegar al límite, le he sugerido que hagamos un listado con nuestros gustos sobre comida, color favorito, lugares a donde hemos viajado, películas y música predilecta... etcétera, etcétera, etcétera. Que haga la lista todo lo interminable que quiera, es muy probable que no la lea.

—Las parejas suelen conocerse, futuro marido, te recuerdo que yo no tengo nada que perder si se descubre todo este teatrillo.

—Perderías tu empleo.

—Pfff empleo que no busqué.

—Ana, no tengo tan íntimas amistades como para que alguna me pregunte con cuantas cucharadas de azúcar te gusta tomar el café.

—No me gusta el café.

—Ahí vas otra vez. Mira, no importa si se nos escapa lo poco que nos conocemos. Basta con que el mundo crea que nos amamos con locura.

—¿Tendremos que inventar una romántica historia de amor? Temo decirte que no soy buena mintiendo. Puedo fingir, muy calladita.

—¡Eso! Hablarás lo indispensable, sobre todo, cuando estemos en público. ¡Carajo! Cómo no se me ocurrió agregar más cláusulas al contrato. ¡Haremos un *addendum*! —grito desesperado a un Miguel que ni siquiera me oye. Que alguien le explique a esta criatura que jamás doy cuentas a nadie, las pido. Si hay problemas, resuelvo y listo—. No vamos a inventar gran cosa —continúo diciendo—. Las amistades, empleados y la fanfarrona y enorme sociedad en la que me desenvuelvo incluidos los medios de información saben que estoy lejos de ser un romántico empedernido. Así que diremos

mentiras matizadas de verdad o verdades matizadas de mentira, como quieras verlo.

—Ilústrame. —Ana se reacomoda en la silla y pone sus codos sobre la mesa para luego apoyar su preciosa cara entre las palmas de sus manos. Miguel ha salido para atender un asunto y yo no paro de dar vueltas. Desde este preciso instante, caigo en la cuenta de que me costará un huevo y la mitad del otro estar a solas con ella.

—No contaremos mucho sobre tu vida, pero tampoco ocultaremos las verdades básicas. Así como yo te mandé investigar, lo hará mi tío, los reporteros esos de las revistas sociales y del corazón y blablablá.

—¿No te dará vergüenza que tu esposa sea prácticamente una indigente? Pensé que querrías inventarme un pasado. Por mí no te preocupes, haré un esfuerzo por memorizar. —Levanta esa ceja de modo casi petulante para, de inmediato, tallarse los ojos con delicadeza un tanto descompuesta.

Me hago una idea de lo mal que le ha ido en la vida. La verdad es que Miguel la mandó investigar muy por encima... Vuelvo a imaginarla temblando fuera de la casona amarilla... y no, no puedo con eso.

—No será algo de lo que me enorgullezca, creo que tú tampoco. Iremos afrontando cada cosa como se vaya suscitando —le digo, ocultando la desagradable sensación que me aplasta el pecho.

—¿Cómo nos conocimos?

—Llegué a Madrid al funeral de mi abuela y de camino a la funeraria te miré a través del ventanal de la cafetería y, desde entonces, quedé cautivado por tus fascinantes ojos verdes.

Eso es verdad, pero ella no lo sabe. No lo sabrá.

—Como no podía dejar de pensar en ti, volví para conocerte.

Eso es una verdad matizada de mentira.

—De inmediato, una especie de química inexplicable nos envolvió.

Eso es verdad... o mentira. ¡Lo que sea!

—El amor surgió muy pronto. Luego de varios encuentros fuera del café te pedí que fueras mi esposa para llevarte conmigo.

Eso es una soberana mentira muy bien matizadita de verdad.

—Accediste al darte cuenta que yo tenía algo tuyo que ahora me

pertenece.

Eso es más que pura verdad... matizada de mentira.

—¡Y dices que no eres romántico! Vaya manera de usar la metáfora para hablar de mis papeles personales.

«No sabes hasta qué grado utilizo el sentido figurado, mi preciosa Ana».

Y tal vez ni yo. Finalmente, soy un experto estratega: me enseñó mi padre. Lograré engañar a todos —incluido yo— con tal de salirme con la mía para, de una vez por todas, tener injerencia en la cadena de hoteles Alarcón. Pero no se equivoquen: no necesito más prestigio ni más dinero. Mi ego vale más que eso: lo vale a caudales frente a quienes pisotearon a mi madre en el pasado.

Una venganza en el nombre de ella.



Ana me ha pedido una semana para avisar al dueño de la cafetería. Acepto de mala gana y a la vez me agrada que no sea de esas que deja las cosas botadas sin más. Todos los días después de la carrera matutina, Pato y yo llegamos por una malteada de fresa y un jugo o lo que sea para él. Rauda y sonriente, como si no fuere ya mi preciosa prometida, nos atiende. La boda se realizará en quince días. Al terminar, trabajo un rato haciendo videoconferencias con algunos gerentes y directivos de la cadena: no las tengo calendarizadas, soy fan de sorprenderlos. Por las tardes, salimos a pasear un poco pese a la resistencia de mi amigo, pobre, alucina. Ya le dejé claro que con el dispositivo de seguridad que Miguel ha montado, no hay cabrón que se nos acerque.

Llegado el día la espero fuera de la cafetería: por fin dejará la casa donde mal vive y deberá despedirse de quien quiera hacerlo. Se va conmigo. La veo salir del local; con la mano dice adiós a un par de personas, las cuales no le prestan mucha atención, pero, al menos, miran en nuestra dirección. La sujeto por la cintura para darle un beso en la boca, apenas un breve toque de labios

que la toma por sorpresa.

—¿Todo bien, amor?

—¿Se puede saber que estás haciendo? —murmura quedito, azorada.

¡Que comience el juego! ¿Es necesaria la demostración de afecto? Pues lo es... Sin perder la sonrisa que me ha dejado el dulce sabor de sus labios en los míos, tomo su mano y comenzamos a andar. Traigo el corazón acelerado y algo más me pasa: mi boca también late, cosquillea y, en un acto totalmente inconsciente, delinear mis labios con un dedo.

Asustado, rogando porque lo raro que me siento no sea transparente, giro la cabeza hacia Miguel, quien camina unos pasos por detrás de nosotros, arrastrando la bicicleta con una mano. Menea la cabeza de lado a lado, pues reprueba con todas sus fuerzas mi descabellada idea. Lo que no entiende él ni Pato —ni yo mismo— es que lo único irracional, en realidad, es haberla escogido precisamente a ella: la única mujer que ha llamado mi atención en más de un sentido. Ni siquiera sé bien cómo; lo que es un hecho es que las mujeres siempre me han gustado para una sola cosa: para gozarlas. Sin embargo con ella es algo mucho más que eso... Lo relevante es lo sentí cuando la vi; el nuevo interés despierto, distinto. De inmediato, surgió una necesidad en mí por conocer el sonido de su voz, por sentir su cabello entre mis dedos, oír su risa, la que en mis noches de insomnio imagino que soy quien las provoca.

—A partir de ahora, Ana.

—Aún no nos casamos.

—En el siglo veintiuno las parejas ya se besan antes de contraer nupcias y se toman de la mano. Deja de enterrarme las uñas.

—De acuerdo. Pero debiste aclararme que la puesta en escena incluía besos en la boca.

—Fuera de casa, lo haré todo el tiempo.

Sigo caminando orgulloso de la mano de «mi prometida» por varios bloques de calles. Es posible que esta mujer sea el último día que vista ese ligero vestido de corriente tela, pero lo luce de una forma tan exquisita... Me gusta llevarla de la mano. Me gusta.

Pasados veinticinco minutos de rápida caminata, llegamos a la casa de

una tal señora Elena. Miguel ha estado aquí y me ha puesto al tanto. La mujer de poco más de cincuenta años suele pasar las tardes meciéndose en una hamaca colgada en el pórtico de la humilde, y gracias a Ana, limpia morada. Me quedo pasmado, es mucho más de lo que imaginé. Esto es... miseria. A esto se refería mi «pepe grillo» cuando hablaba de los más que seguros periodicazos que me van a meter como siga con mi absurda idea, tal como llama él a mis planes: sabe lo que importa para mi empresa la imagen. Igual podría dar marcha atrás, el tema es que ya no podría dejarla viviendo en esta pocilga... y no, necesito una esposa y no quiero a otra que no sea ella. Punto.

—Enseguida vuelvo. Ya tengo todo preparado —indica luego de saludar a la señora perezosa de la hamaca. La muy grosera no le responde.

Elena me barré con la mirada y también a Miguel, quien no deja de mirar para todos lados, es un barrio algo inseguro. Ceñuda, se pone de pie dirigiéndose a nosotros. Parado con un pie recargado en la cerca, me pongo a perder el tiempo en el celular.

—¿Se puede saber qué hacéis con mi chica?

—¿Su chica?

—¡Eso he dicho!

—No hace falta que grite, señora. Ana ha venido a recoger sus cosas, se viene conmigo.

—No me haga reír. Para que la va querer usted si no...

—Créame que para veinte cosas distintas a explotarla.

—¿Qué insinúa?

—Nada.

Respondo tajante y volteo de nuevo a mi celular, indicándole que la conversación ha terminado.

—Esa joven ha pasado por hombres de su calaña que han querido aprovecharse de ella. Yo le he dado cobijo y protección. No voy a permitir que se...

—Mire, doña Elena, usted le ha permitido dormir en el piso del cuartucho de atrás a cambio de tenerla como sirvienta y encima le paga ella a usted una renta.

—No me da buena espina, *señor*.

—Empatados, *señora*.

Ana, no me queda muy claro si satisfecha o angustiada, sale de la pequeña propiedad con una mochila colgada en su espalda y otra bolsa de tela en la mano, una de esas ecologistas que se usan para ir por la compra al mercado.

—Me voy muy agradecida por el tiempo que me permitió dormir bajo su techo, señora Elena. Deseo de corazón que tenga buena vida.

—Ana, ¿qué le agradeces a esta persona? —digo en voz baja, pero todos me alcanzan a escuchar.

Mi preciosa futura esposa niega con la cabeza, desaprobando mi reciente enunciado. Le sonrío a la señora esa y va por su bicicleta.

—¡Ojalá no te arrepientas de lo que estás haciendo, muchacha del demonio!

Ninguno de los tres voltea a verla de nuevo.

—La bicicleta se queda aquí.

—Pero...

—Tendrás para comprarte una nueva, *mi amor*.

Para dejar evidencia frente a la doña, cargo a mi inminente y preciosa futura esposa, dándole una vuelta por el aire. Ella pega un gritito de asombro antes de ponerla de nuevo en el suelo adoquinado. La beso y, esta vez, logró atraparle el labio inferior. Sabe a gloria. Es suave, terso, delicioso.

Besos robados. ¡Qué bien me sientan!

LEA

El acto civil se llevará a cabo a las seis de la tarde en uno de los jardines del hotel. El espacio se ha mandado decorar con rosas blancas. Los únicos invitados y testigos del enlace serán Miguel, Patricio y una tal Amalia, compañera de Ana en la cafetería.

—¿Seguro de lo que estás a punto de hacer?

—Más que nada en el mundo. Mírala, es preciosa.

—Déjame cambiar la pregunta: ¿eres consciente de que no será tu esposa de verdad?

—No seas aguafiestas. No es la primera vez que contrato a una bella mujer para ocupar algún puesto de secretaría, vocera, recepcionista, lo que sea... y no te preocupes, por lo general, no me enrollo con ellas.

—¿Por lo general?

—Bueno, las despidió cuando noto que la cosa se puede complicar.

—Das asco, cabrón.

—Tranquilo, wey, que a Ana no la podré despedir ni ponerle un departamento aparte, tal vez después del divorcio...

Patricio mueve la cabeza reprobando todo lo que digo y todo lo que hago, se ajusta la corbata y, con una sonrisa resignada, me da la espalda. Siempre fuimos muy diferentes en lo referente a mujeres y, por lo visto, lo seguimos siendo. Él se echaba novia a cada rato, duraba meses en cada relación, se encariñaba al menos... tampoco nunca lo vi lamentándose por amor hasta estos últimos días en los que, aun y cuando no ha querido hablar de esa tal Davina, presiento que ese nombre algo tiene que ver. Tampoco soy un monstruo: le doy a las féminas lo que quieren que les dé y siempre saben qué es lo que quiero yo. ¿Por qué es eso tan difícil de entender? Yo no las he visto quejarse mucho. En fin, dejo mis cavilaciones para luego porque quiero admirarla un poco más. Estamos reunidos en mi suite ajustando los últimos detalles. Ana mira por el ventanal, acariciando el borde de la cortina... Su figura... la tela que la cubre está ceñida a la perfección. Mi preciosa e inminente esposa luce espectacular en color perla. El vestido que porta lo escogí yo mismo. Sabía que le vendría así de bien a su piel bronceada y a sus ojos verdes como las aceitunas. Su cabello de sutil color avellana va recogido a la altura de la nuca, dejando ver su cuello en el que encantado podría perderme... Me fijo mucho en esa parte del cuerpo femenino, así como en los huesitos que sobresalen a los costados del bajo vientre... ¡Uyyy, me vuelven loco! Su cuello es alargado, fino... Tal vez su delgadez pasa del límite, pero, aun así, es magnífica y exquisita.

—Los de la revista han llegado. Tendrán la exclusiva a cambio de respetar las condiciones. Han enviado a un solo reportero y deben cuidar no

sacar ninguna foto del rostro de Patricio.

—Gracias, Miguel, de sobra está que te diga que ese detalle es muy importante, no quiero fallas.

Miguel palmea mi hombro un par de veces y se retira. Vuelvo mi vista a ella. Quizá debería advertirle que durante las siguientes horas estaré especialmente cariñoso, que no se deje sorprender.

Salimos de la habitación tomados de la mano minutos después de que Miguel me anuncie que todo está listo.

¡Ya está! El tiempo apremia.

—Oye, cálmate. Es un mero trámite, ¿de acuerdo?

Su sonrisa nerviosa me enloquece... y ojalá mis palabras me las creyera yo. Ella me dice que se encuentra bien y, a modo de broma, agrega que a qué novia no se aprecia nerviosa antes de contraer nupcias. Tendrá razón.

Antes de dar inicio la ceremonia, el reportero nos pide que posemos para un par de fotos. Con una mirada, le pido en silencio que por favor coopere. Va muy tensa, la sonrisa no pude ser más falsa y la mano entrelazada a la mía suda. Toda ella vibra y yo entro en duda... Conozco de sobra que lo que estoy a punto de hacer no está nada bien. Sé que no siempre el fin justifica los medios... Igual, en micromilésimas de segundo vuelvo a autoconvencerme de que el fin es completamente válido y los medios que estoy por emplear no solo me beneficiarán a mí.

Giro todo mi cuerpo para colocarme frente a ella. La veo a los ojos, prometiéndome en silencio no permitir que salga dañada. Un segundo después, acuno su rostro entre mis manos para darle un beso poco más largo que los dos que le he dado; un beso de esos en los que ambas bocas se embonan, quedando pegadas algo más que un instante. Bajo mis manos para sostenerla de los hombros y luego pego mi frente con su frente. Al sonreírle, me responde con una sonrisa tan preciosa como toda ella.

Supongo que con eso el reportero ha tenido suficiente... ¿y yo?

Frente a la mesa donde se lleva a cabo el acto solemne, suelto su mano para amoldar mis dedos en el costado de su cadera. Se remueve, sigue asustada. Sus bellos ojos me lo gritan. Con un leve susurro en su oreja, le prometo que cuidaré de ella, aquí parados donde estamos, ante el oficial del registro civil... Lo hago para tranquilizarla y tranquilizarme: yo también estoy cagado. Después de todo, no pude huir del matrimonio. Tomo por esposa a una mujer que, por ese solo hecho, la he vuelto intocable, ese fue el trato. Beso sus labios delicadamente justo cuando es el momento de hacerlo, seguido de un abrazo donde vuelvo a recordarle que debe sonreír.

Finalizada la ceremonia de enlace, brindamos con los testigos. La tal Amalia se lleva de un codo a mi ahora esposa. No alcanzo a escuchar lo que se dicen, pero confío en que a Ana el pacto le haya quedado lo suficientemente claro y no abra la boca de más. Nadie puede enterarse de esta farsa más allá de Miguel, Pato, ella y yo. Luego de unos pocos minutos, veo cómo se despide con un abrazo que no se vislumbra muy sentido. «Celebremos» a solas y con una cena «romántica» a la luz de las velas. Cada detalle cuenta aunque no tengamos invitados: en el hotel y sus alrededores podría haber muchos curiosos. He de dejar constancia de que esto es una «boda real» porque lo es, con otro contrato de por medio, pero completamente legal. Dar fe del amor que nos profesamos será la parte difícil de aquí en adelante. Las muestras de cariño no son lo mío aunque reconozco que me ha gustado tomarla de mano y besarla en cada oportunidad.

Durante la cena conversamos trivialidades y yo, por mi parte, encuentro más deliciosos sus labios que los platillos que nos ofrecen. Le he dado varios besos ricos, pero todos demasiado puritanos.

—¿Hablas mucho cuando estás nerviosa?

—Ahora mismo no lo estoy. Me gusta conversar si tengo con quien hacerlo.

—Eres un tanto solitaria, ¿no es cierto? Te dije que podrías invitar a quien quisieras y solo una persona ha venido.

—No tengo muchos amigos. —Agacha la cabeza. Con un dedo levanto su barbilla, me molesta mucho que se esconda—. En realidad, no tengo ninguno. Igual me pareció buena idea traer a Amalia, ya que todo este tiempo fue

amable conmigo.

—Introvertida no eres. Pensé que por el tiempo que llevas radicando en la ciudad tendrías, al menos, un grupo de conocidos, ello sin contar con que trabajas rodeada de gente.

Ana retira un poco su plato, apenas y ha probado bocado.

—Después de varias situaciones, aprendí a no involucrarme mucho con las personas. Claro que conozco gente, pues no me gusta estar sola, pero prefiero no hacerme amiga de nadie.

Y yo debo aprender a no involucrarme con ella más de la cuenta. Debo verla como una colaboradora, nada más, así que dejo estar la conversación.

LEA

—No te vas a salir con la tuya, *sobrinito*. Hace años que deberías de haber entendido que no tienes nada que hacer en este país.

Pocos días después de la boda, Miguel se encargó de entregar la constancia de mi matrimonio con el notario que lleva el testamento de mi abuela. Fue la misma mañana antes de partir a Nueva York, antes de que mi casamiento fuera del dominio público y de que la familia Alarcón se enterara, más que nada. Me encanta el suspenso y, total, todos debemos esperar a que, al menos, este matrimonio dure un año y no existan indicios de que se realizó con el único objetivo de reclamar la herencia.

—Ambos estuvimos en la lectura de la última voluntad, ¿se te olvida?

Este es Raúl Alarcón, único hermano de mi difunta madre, quien, por raro que parezca, tardó semanas en ponerse en contacto conmigo.

—No sé por qué te obstinas en tener injerencia en donde no perteneces.

—También soy un Alarcón, aunque te pese.

—Escúchame bien, Luisito. Como presidente de la cadena Alarcón y albacea de la fortuna, prometo echar abajo tu tretita. Así que ve avisando a la mosquita muerta con la que te casaste de que se os va acabar el chollo.

Me da tanta risa lo que dice que no hago ni por apartarme el teléfono de

la boca. Mi «querido» tío bufa del otro lado de la línea, terminando la llamada de golpe.

—Vamos a ver de qué se vale el tío Raúl para no dejar que me salga con la mía.

—Opino de no bajemos la guardia y adviertas a Ana una vez más. La chica se la pasa buscando qué hacer. Ahora quiere que le permitas inscribirse en la universidad o en algún curso de algo, incluso, pretende pedirte empleo aquí, en la oficina.

—Sabes que cuantas menos sean las personas con las que hable y conviva, mejor.

—Piensa en alternativas. Parece ser muy inquieta y, aunque no lo fuera, tampoco puedes tenerla encerrada. Fue de lo que más quiso asegurarse, ¿recuerdas?

Miguel lleva la razón, como de costumbre. La novedad de que le presentara a Ana su nuevo hogar no le duró más allá de unos pocos días. Mi departamento está ubicado en el último piso del más reciente hotel del Grupo Ferrant, el primero en este país y en una de las zonas más prestigiosas de la ciudad, pero al contrario de que se pueda imaginar, no es muy grande, dado que el mayor metraje lo acapara la enorme terraza y mi gimnasio personal. Cuenta con dos recámaras, la principal y la de visitas; otro cuarto muy reducido que tengo habilitado como estudio y casi no uso; la estancia es del tamaño necesario para albergar tres sillones y un comedor para seis personas; por último, la cocina, donde tomo algo para el desayuno. Un *penthouse* que prácticamente uso para dormir, pues acostumbro a comer en la oficina y a cenar en uno de los tres restaurantes con los que cuenta el hotel, no requiero de más. Patricio se negó rotundamente a ocupar una de las suites del penúltimo piso y prefirió alojarse en una de las habitaciones estándar. Si no fuera por el par de horas al día que Angélica pasa por el departamento, Ana se la pasaría ahí sola. Ella es la esposa de Miguel y solo acude un par de horas al día a limpiar y ordenar mis cosas.

Empiezo a pensar que se está arrepintiendo de aceptar el empleo y eso no

es bueno, le dará por pensar. Cuando sale a pasear, Guzmán, el guardaespaldas que la protege por órdenes mías, la sigue a donde va o le impide ir a ciertos lugares. Parece que justo no quiere ir a donde puede ir, como de compras, al salón de belleza... No entiende que no le puedo permitir andar de turista o consentir su empeño en usar esa bicicleta que compró para andar por toda la ciudad. Por si fuera poco, me llama o escribe a cada rato diciéndome que quiere conversar y yo no tengo tiempo para eso. En la última llamada del día de hoy, le prometí que en la noche lo haríamos.

En términos generales, ha sido difícil desde que llegamos de España. Por suerte, tengo un par de elevadores para acceder a mi hogar. Los dos son privados, pero uno de ellos lleva directo desde el estacionamiento, que también es privado. Y es que aterrizarla en la realidad me ha costado: del trayecto del aeropuerto hasta el hotel poco le faltó para sacar la cabeza por la ventana. Entiendo que Nueva York es espectacular, pero debe entender que yo tengo una imagen que cuidar y no se espera ese comportamiento de la que ahora es mi esposa, como tampoco que pretenda dársela de turista en bicicleta por mucho que le guste andar montada en esa mugre. Aparte y, lo más relevante, vivo solo desde hace mucho tiempo y de pronto tener a alguien esperándome para charlar cuando lo único que quiero es quitarme la ropa e irme a dormir o, lo que es peor, verla por las mañanas esperarme junto a la puerta para salir a correr, y no es que me moleste correr con ella, lleva bien el ritmo, el problema es que me está esperando y yo no soy ni de rutinas ni de horarios, no me gustan. No siempre se me antoja correr por la mañana, a veces salgo muy temprano a la oficina o no salgo de la cama hasta después del mediodía. O lo que es aún peor que peor: simplemente verla. Saberla durmiendo en el cuarto de al lado, siendo consciente de que no debo acercarme del modo que más anhelo, porque si quiero que ella cumpla con su parte, lo menos que puedo hacer es cumplir con la mía.

Y es por ese último motivo que apenas después de la primera semana, me olvidé de cenar en los restaurantes del hotel. Total, ya habían concluido todas las presentaciones con los altos mandos dentro del personal, y estar en público con ella incluye uno que otro beso y algún arrumaco; besarla frente a la gente para luego quedar a solas... Me bastaron pocos días para darme

cuenta de que no sería capaz de dominar mis impulsos por mucho tiempo. Comenzó a excitarme cualquier roce con su piel, besar sus labios rosas...

Hoy, a la vuelta de un mes, mi preciosa esposa es un verdadero incordio. Trato de estar pendiente de que no le falte nada y de que se sienta cómoda, al menos, por lo que a su estancia en mi casa se refiere. Es difícil saber qué es lo que necesita y más porque no le gustan las tiendas. Según me reportan, en estas semanas ha entrado a tres: a un supermercado del que salió con una bolsa de plástico; a una tienda de electrodomésticos, con dos pesadas cajas, lo cual me resultó extraño, pues que yo sepa, todo el departamento está bien equipado, y antes que a las otras dos, casi recién llegar, pidió a Guzmán que la llevara a un almacén de artículos deportivos, donde, lógicamente, adquirió la bicicleta.

Por otra parte, Miguel trata de concienciarme de que levantaré sospechas, que tengo que organizarme, algo que me cuesta y me desagrada en partes iguales: insisto, no soy partidario de las putas agendas. Y lo que yo sé es que más que organización, preciso de mentalizarme.

—¿Cómo ves si tiramos unos cuantos golpes?

—Despejar la mente me vendrá bien, y ya te cuento los avances que llevo.

No tengo ni que entrar al departamento para acceder al gimnasio. Técnicamente, todo el techo del alto edificio lo ocupa mi casa, por así decirlo. La terraza está colocada en medio de ambas alas, conectándolas entre sí, y como en el vestidor tengo todo lo que requiero para entrenar, omito pasar por donde Ana me espera.

Hablé con Pato justo al salir de la oficina, pero el tránsito a estas horas de la tarde es imposible por todo Manhattan. Para cuando logro llegar, mi amigo ya está azotándole de ganchos al costal. Lo saludo con un gesto y voy a cambiarme de ropa. Me pongo unos *shorts* holgados y una camiseta sin mangas.

Con las manos ya vendadas tomo la cuerda y caliento con unos saltos, alternando con una serie de estiramientos.

—La información que han recabado de Federico es inmensa. No cabe duda de que nunca se termina de conocer a las personas. No sabía que toda su familia radicaba en Nayarit^[35]. De cualquier modo, hasta ahorita no ha servido de mucho, por supuesto que no ha puesto un pie en aquella ciudad. Igual Miguel tiene monitoreados a todos sus parientes.

—Y según los expertos, ¿cuál es el paso a seguir?

—Miguel acaba de localizar a otro tipo que tiene contactos en, básicamente, todos los aeropuertos. En unos días viene hasta acá para hablarlo con él en persona.

Patricio deja el costal y se va a las peras. En todos estos días lo he visto realmente poco y, en todo caso, es aquí donde conversamos o cuando pasa por mi despacho en el corporativo de vez en cuando. El problema es que no se sabe cuándo un reportero me va a abordar y él no puede ser visto. No es que me persigan mucho, pero sí de pronto me intercepta algún que otro buscando material para sus revistas. Se mueve de modo sigiloso, acompañado de un par de escoltas que no aparentan serlo, sin embargo, procura no ir más allá del hotel al edificio donde están mis oficinas, desde donde intenta colaborar con las investigaciones que coordina el equipo de seguridad, y de vuelta. Está poniendo todas sus energías en localizar a su socio y con ello recuperar su vida.

—Más tarde que temprano darás con él. Ya lo verás.

—Sí, tiene que ser. Hacerle al fugitivo ya me está cansando y eso de estar semiencerrado no me va... y ni a Ana, ¿eh? Ayer la vi, estuvimos platicando un poco.

—¿A sí? ¿Dónde?

—Prefiero correr al aire libre, ya sabes, pero ando bastante paranoico... Desde la corredora la vi tomando café ahí afuera y me pareció buena idea que me invitara una taza.

—Mira qué listo.

—¿Qué?

—Nada.

—¡No te pongas pendejo!

—Tú, Patito, no te pongas pendejo.

Soltamos la carcajada como cuando salíamos de ligue a los veinte años y discutíamos por quién había visto primero a la morra^[36] más chida^[37].

—No sé cómo lo estés llevando con ella, pero si te has tomado el tiempo, sabrás lo divertida que es.

—¿A sí? Pues yo lo que menos tengo es tiempo.

Pato se encoje de hombros y agrega:

—Tiene una manera muy interesante de hablar de lugares que ni conoce. Con decirte que se me fue con ella toda la mañana y en nada llegó la hora de comer. —Me quedo callado, incomodo. Si Pato se diera cuenta, se burlaría a sus anchas de mí. Por suerte se pone con las mancuernas más pesadas—. Me... ha... pedido que... le enseñe... a... boxear.

Terminamos tumbados en las colchonetas hablando de política, deportes y cuanta babosada se nos ocurre. Fui yo quien cambió el tema antes de que se me notaran los motivos por los que me mantengo lejos de mi «esposa». Cuando vi que sería lo suficientemente tarde como para encontrarla despierta, me despedí de Pato y entré al departamento cruzando por la terraza. Para mi sorpresa, esta vez se ha quedado dormida sentada en uno de los sillones con un libro en la mano. Me siento un poco mal, quedé con ella en que conversáramos y a propósito la he plantado. La tomo en brazos y la cargo a su habitación, resistiendo las ganas de hacerle un millón de cosas más.

Esta mañana, como todas las demás, me espera ataviada con la ropa deportiva que le compré. Literal, tuve que obligarla a ponérsela, imposible que le permita correr con sus harapos, esos con los que la vi correr el día de mi propuesta y todo por mantener mi imagen, porque lo que es a mí no importa como vista: Ana siempre me gusta... Salimos y pasados unos minutos dentro del parque, Ana se detiene y se sienta en una banca. La miro arisco y ni se inmuta, haciendo como que se ajusta las agujetas de los tenis.

—Creo que ya están bien amarradas, Ana.

No me mira. Termina con su tarea ficticia y recarga los codos en las rodillas para observar a unas ardillas peleando por un empaque vacío de alguna fritura.

—Oye, sé que la disputa resulta interesante, pero tengo un desayuno al que no puedo llegar tarde por tus boberías.

—Esposo, te he pedido una conversación que no llega. Usemos tu valioso tiempo de ejercicio para ello, ¿te parece?

—¡Con un carajo!

Maldigo por lo bajo, eso sí, gruñendo sin descuidar mis modos por si algún reportero anda por aquí.

—No soy de las que pide, solo necesito que me des alguna actividad, responsabilidad o algo en qué ocuparme. Entiendo que no quieras que tu entorno me conozca mucho, pero, de verdad, la soledad me pone peor que la inactividad y mira que esta me aniquila.

Resignado a no seguir corriendo, pongo el culo en el descansabrazos de la banca.

—Tengo demasiados problemas como para también lidiar con tus complejos.

Ana hace un gesto claro de sorpresa. No debí decir eso. Sé que parezco un disco rayado, pero ¡me cuesta su compañía! Yo casi ni problemas tengo, a parte de ella, quiero decir. En la empresa todo marcha sobre ruedas ahora mismo, con todos los altibajos que una de su magnitud puede tener, pero nada que con trabajo arduo y delegando de la manera correcta no se pueda solucionar. Ella es quien ha venido a ponerme la cabeza de cabeza, algo que tengo que remediar, y ya.

—¿Sabes cocinar?

—¡Sí! Digo, no muy sofisticado, pero algo que me quede decente, sí.

—En unos días llega mi padre desde México. Podemos invitarlo a cenar.

—¡¿Tengo un suegro?! —No le respondo, aborrezco las preguntas obvias —. Y ¿hasta ahora lo dices?

—Quiere conocerte. Y debes saber que no está al tanto de nuestro pacto, pero no te preocupes, de descubrirnos: no me va a delatar.

—Muy bien. Ya pensaré cómo agradarlo —dice, queriendo aparentar una seguridad que ni de lejos le queda: sus ojitos asustados no mienten.

—Ya tienes en qué ocuparte entre hoy y mañana. Prepara cena para cuatro, Pato estará invitado. Luego vemos qué más puedes hacer. Ahora,

corre.

Mientras trotamos un rato, medito sobre confesarle o no «mi travesura» a mi padre. Le avisé cuanto antes... cuando ya todo estaba hecho, sin enterarle de mis reales motivos. También medito sobre lo mucho que ha cambiado mi vida echándome esposa. Se supone que los que se casan se resignan a estar con una sola mujer, sea por gusto como si no. También se supone que los primeros meses se la pasan, literal, pegados en una larga luna de miel. El punto es que yo llevo un jodido mes sin coger ¡y ya estoy que me la arranco! ¿En qué jodidos estaba pensando cuando mandé poner la ridícula cláusula de no parejas? De mi parte, quiero decir.

Lea

Será un largo día. Mi papá llegó por la mañana y hemos charlado de las novedades, más bien nos hemos repetido las novedades, no hay día que no hablemos por teléfono o nos quedemos ajustando detalles al concluir algunas de las videoconferencias. Cuando era pequeño estuve muy unido a él, hasta que mi madre falleció y se alejó de mí. No fue sino hasta que, graduado de la universidad en la carrera de negocios internacionales, cuando yo mismo le manifesté mi inquietud por trabajar con él, que lo recuperé. Desde entonces, nos volvimos inseparables. Maneja la cadena de hoteles en México y yo junto a él, pero a la distancia, pues he venido a Estados Unidos a expandir la cadena en esta tierra. Somos un gran equipo. Tenemos todo bien sistematizado y nos hemos rodeado de excelente personal representativo en cada uno de los hoteles, lo que facilita muchísimo las cosas. El hotel en el que radico es el primero de cinco que tenemos en proyecto por todo este país.

Luego de comer en uno de sus restaurantes favoritos sobre la Quinta Avenida, lo acompaño a que descanse un poco y, una vez instalado en su suite, me debato entre volver a la oficina a revisar pendientes o subir a descansar también. Me decanto por la segunda opción.

Nada más entrar, un rico aroma inunda mis fosas nasales y una rica

imagen se proyecta a través de mis pupilas: mi preciosa esposa baila por toda la cocina al ritmo de la música que suena a un alto volumen mientras prepara a saber qué. Me recargo en el marco de la puerta para observarla. Ella, sin darse cuenta, mueve las caderas bajo ese vestido color vino mientras va tarareando la canción, descalza y con el cabello sujeto en un peinado a lo alto de su cabeza. Una sensación extraña me invade al verla moverse por mi espacio personal con tanta familiaridad que, por muy elegante y sofisticado que sea, ya no se siente... frío. Se respira delicioso, se ve delicioso, casi se toca... y no es la comida.

Enfadado, salgo hacia el gimnasio. Paso frente a ella, pero por fuera. Nuestras miradas se cruzan teniendo la ventana de por medio. Me detengo unos segundos embobado en sus ojos verdes, igual que aquel día que la vi por primera vez atendiendo clientes en la cafetería, aunque con la diferencia de que, en esta ocasión, ella también me mira.

—Pasa, por favor. Ana, él es Pablo Ferrant. Papá, te presento a mi preciosa esposa.

—Antes de caer en el mismo hechizo en el que ha caído mi hijo deja que te regañe por actuar tan impulsivamente. De mi único hijo esperaba que, de casarse algún día, me permitiera de menos pedir la mano de su novia.

Patricio y yo nos reímos por lo alto. Ana tiene una cara de susto que hasta pena me da. Mi padre es de esos hombres que impone nada más verlo entrar: no es muy corpulento pero tan alto como Miguel.

—Preciosa. —Cojo su cintura con ambas manos y la atraigo, recargando su espalda en mi pecho. No soy consciente de lo que hago, tal vez llevo deseándolo desde el primer minuto que mis ojos la encontraron. No lo sé, pero con toda la familiaridad y después de semanas sin siquiera rozarla, entierro mi cara en su cuello, le beso justo por debajo de su oreja para luego agregar a modo de secreto—: No le des explicaciones, ya me encargo yo después.

Al darme la impresión de que se estremece, me aparto con el pretexto de servir algo de beber para todos. Yo también creo que no...

—No tenemos justificación, señor, permítame compensarlo con un platillo que mi abuela, cuando era pequeña, me enseñó a cocinar.

—Me compensarían si me permitiesen hacerles una buena fiesta, donde la familia y los amigos estén presentes. —Patricio me dirige una mirada y luego otra a ella. Conoce a mi padre más que bien, de hecho, lo ha considerado casi como a un padre también, y sabe que aunque lo diga en tono de broma, bromeando no está—. Me gustaría conocer a los tuyos nuerita.

—Ya hablamos de eso, papá. Ponte cómodo, ¿*whisky*?

—Sí, hijo, gracias. —Toma asiento en el sillón individual, y por la postura que toma, sé que seguirá de insidioso. No lo culpo, a todas las personas que me rodean los he sorprendido con mi reciente estado civil, cuanto más él: soy su único hijo y desea nietos desde hace mucho. Pienso en la decepción que se va a llevar cuando sepa la verdad y me sabe mal—. Te lo dije esta tarde y ahora a ti, Ana, hay cosas que no se pueden dejar pasar. Quiero pensar que si decidieron casarse así de pronto es porque se aman profundamente, que desean estar juntos toda la vida: no quiero que en un futuro se arrepientan de no celebrarlo como es debido. Lo discutiremos a fondo después. Anita, mejor háblame de ti, de tus tíos.

Mi padre es un romántico sin remedio. Conoció a mi mamá en Madrid, en uno de los hoteles de mis abuelos maternos para ser más exactos. Su historia fue la clásica donde la niña rica se enamora del apuesto caballero pobre. Mi papá era botones. Recién egresado de la universidad se aventuró a viajar de mochilero por Europa. A mitad de su año sabático se quedó sin dinero y fue a pedir trabajo a uno de los hoteles de la cadena Alarcón.

—E-e ellos, yo... no...

—¿A qué se dedican? Me dijo Luis que creciste en una zona muy cerca de nosotros, pero entendemos todos aquí, México es una ciudad donde casi por regla nunca coincides con nadie.

—Bueno, sí... —De verdad quiero rescatarla, pero no sé ni cómo. Apenas sé nada de ella: aquel escueto informe, mis impulsos y la hice mi esposa—. Mi tío vive de sus rentas.

Ana le dice el nombre del tío, de la tía y le explica que él tiene un par de edificios, uno de departamentos y otro de oficinas, y que ambos los alquila.

—¿Cuándo vendrán a verte? O ustedes, ¿piensan viajar a México? Creo que es importante que, al menos, nos conozcamos todos. Pongamos fecha...

—Me disculpan un momento, tengo que prender el horno.

Ana, muy pálida, se levanta del sillón de dos plazas donde nos hemos sentado muy juntos y tomados de la mano. Recuerdo que en el informe del investigador decía que sus tíos reportaban no saber de ella desde que decidiera salir del país. En su momento, no le di importancia. Salgo tras ella de inmediato, papá camina con dirección al sanitario y Patricio me intercepta a unos pasos de entrar a la cocina.

—Será mejor que le expliques a Pablo que Ana no tiene relación alguna con su familia.

—¿Cómo lo sabes?

—Me ha contado algunas cosas, ya sabes, estoy entrenándola un poco por las mañanas y...

—Ajá, sí. Permíteme hablar con ella, ¿quieres? Y hazme un favor, distrae a mi papá —espeto muy enojado. No sé por qué putas, pero tanta convivencia entre ellos ya me está crispando.

Confesarle a papá implica terminar con esta farsa apenas comenzar. Me obligará a que me retracte, estoy seguro. He resuelto decirle la verdad ya cerca del final del cuento. Hasta el momento, lo que él sabe es que la que fuera su suegra murió y que la fastuosa herencia se encuentra en proceso de adjudicación. Es algo que a él ni le va ni le viene, ya que rompió relaciones con los Alarcón muchos años atrás cuando mi abuelo falleció y, justo antes de hacerlo y al saberse enfermo, le otorgó una fuerte suma de dinero a mi madre, una especie de legado o herencia en vida, pues dudaba que en algún momento la rencorosa de doña Esperanza le perdonara el «error» a su única hija mujer. Ese error que soy yo.

—¿Te encuentras bien?

—Sí...No...

Se mueve rápido por todo el espacio, disponiendo platos sobre la barra.

—¿Hay algo que deba saber?

—Debiste advertirle a tu papá que te casaste con una marginada. En cualquier momento comenzará a preguntar sobre qué estudios tengo, mis

trabajos... Luis, yo... esto no ha sido una buena idea.

—¿Invitarlo a cenar? Ana, tú no eres una marginada. Y levanta la mirada, por favor. No vuelvas a bajar la cara por nada ni nadie, ¿entendiste?

—Invitarlo, casarnos, todo... ¡y sí lo soy! Bien debió informarte el detective, Luis. Yo no tengo casa ni familia ni amigos ni nada desde hace muchos años. Ni una vida estructurada, nada... yo no tengo nada. ¿Qué se supone que debo responder?

—Así como lo hiciste está bien. —¡Chingada madre^[38]! ¿Con quién carajos me casé?—. Intenta calmarte, ¿sí? Ana, tranquila.

Estamos solos, no tengo que hacerlo... quiero hacerlo... y no lo hago. Me quedo con las ganas de estrecharla entre mis brazos. Siento que debo consolarla y, al final, lo único que hago es ayudarla a sacar el pastel de carne del horno.

No puedes esconder el humo si encendiste fuego

No es el primer sábado que pasa desde que tengo esposa, pero sí el primero que pasaré con «mi esposa». Digamos que los demás me he dedicado a ignorarla. En la cena de anoche, luego de que Ana entrara casi en pánico, Patricio salvó la velada, cierto, y también me complicó el resto del fin de semana. Podría asesinarlo: él y sus grandes ideas de salir a pasear por la ciudad. ¿No está evitando ese tipo de actividades? y claro, como mi papá no pudiese hacer una excusión a la estatua de la libertad cada vez que visita la ciudad, pues allá vamos.

Me resisto a pararme de la cama. Lanzo la almohada lejos al momento que unos suaves golpes en la puerta de mi habitación me obligan a abandonar mis comodidades. Abro y me encuentro con ella... Está envuelta en una bata de seda muy brillante, verde oliva, como sus ojos, más o menos. Sus piernas quedan más descubiertas de lo que pude alcanzar a ver antes al usar vestidos. Mis rebeldes ojos de un café muy normal viajan desde su cara preciosa hasta por arriba de la mitad de sus muslos donde acaba la tela que la cubre. Y lo hacen lento. En un muy pobre intento por disimular, elevo la cabeza hacia arriba, al techo, llevándome las manos al pelo, fingiendo toda la demencia que me es posible.

«Ahggg. ¡Es sexi entre las sexis!».

—Buenos días, señor Dormilón, quería asegurarme sobre el paseo. Es que es un poco tarde y, bueno, ya me he bañado, pero... —Allá en Madrid, durante los días que tuvimos que esperar para que se llevara a cabo la ceremonia y los días posteriores, hice algunas compras. ¿En qué carajos estaba pensando cuando le compré lencería? Ahora no puedo más que imaginarla con aquel conjunto de La Perla, ese verde que me recordó sus ojos... Oh, sí, lo recuerdo bien, de encaje—. ¿Esposo?

—Eh, sí...

—Bien, en lo que estás listo, te prepararé una sorpresa.

Casi no pongo atención a nada de lo que dice, su preciosidad me distrae. Una cosa fue que cuando la miré por primera vez no la imaginara montándome con bravura y otra que su belleza no me causara impacto; impacto que se amplifica mil por mil cada segundo que la tengo frente a mí.

¡Quiero tocarla!

Se da la vuelta y así, como aquel día en la cafetería, cruza una pierna por detrás de la otra y, sujetando el bajo de la bata, hace la misma reverencia graciosa, pero dándome la espalda... ¡Lo que hay terminando su espalda!

Es algo de no contarse: es vergonzoso incluso para mí. Son muchos años ya, que cuando tengo ganas de sexo, lo obtengo. ¡Venga ya! Me hago justicia por propia mano pensando en ella, en mi preciosa esposa. Quién me manda ser un hombre de palabra.

Al salir de mi cuarto estoy un poco más relajado, poco, pero ya es algo. Sobre la mesita de la sala encuentro un enorme vaso de malteada de fresa y, enseguida, un par de galletas con relleno de chocolate. Termino por entender la extraña visita a la tienda de electrodomésticos. Ana no debería tener este tipo de atenciones hacia mí, podría acostumbrarme. O no. Decido ser práctico, mimetizarme, cosa que no se me complica durante el paseo, donde me olvido de todo y disfruto de ella, así como se disfrutaba antes de la linda novia de secundaria, aquella con la que no podías hacer más que acomodarte la bragueta después de caldearte por tantos besos en la boca. No me pasaron desapercibidas las miradas cómplices que se echaban Pato y Miguel. Por supuesto, mi papá ni en cuenta y Ana, pues ella complacida, extasiada a decir verdad, como toda una turista disfrutando de cuanto veía. Es increíble lo fácil que es darle gusto a esta mujer.

Tanto disfrutar de mi mano entrelazada con la suya, de su cara de felicidad total, me hace recordar que no me pertenece, que si está conmigo es por un maldito trato al que yo mismo la amarré.

—Yo creo que bien podrías evitar meterme la lengua.

—No sé por qué lo dices —finjo cual niño inocente que ignora lo que ha

hecho mal.

Apenas salir de ascensor, Ana dispara su inconformidad. Caminamos por el pasillo hasta la puerta principal de entrada al departamento y, justo en el momento en el que meto la llave a la cerradura, continúa diciendo un tanto enfadada:

—Esposo, me encantaría conocerte más a fondo, pero de verdad te lo digo: eso no incluye tu lengua.

Con una enorme carcajada consigo abrir la puerta, entramos y yo sigo riendo sin lograr contenerme. Un beso que se me fue de las manos, lo admito, muy al estilo DiCaprio en Titanic, pero en lugar de ir a bordo de un transatlántico, íbamos en un ferry durante el trayecto de vuelta de visitar la Estatua. Me llama la atención cómo pudo disimular su «enfado» por horas, ya que después del mentado beso siguió muy metida en su papel de recién casada; creo que, incluso, esta vez estuvo más participativa: uno que otro cariño o atención durante la cena lo hizo por iniciativa propia, como aquello de limpiar un poco la comisura de mi boca con su servilleta.

—Lo siento. —Una lágrima solitaria y divertida se me escapa, la recojo con la yema de un dedo.

—Si de algo estoy convencida es de que estás bastante acostumbrado a que las mujeres caigan rendidas a tus pies y, de cierto modo, yo he caído, pero, por favor, apégate al contrato.

—Ya, qué escándalo. Levemente mi lengua acarició la tuya.

—Sí, pero...

—¿No te gusta cómo beso?

Estoy tentando al diablo. La estoy mirando de un modo que no debo; ella se está dando cuenta y eso no es lo peor: se ha mojado los labios con la lengua. Sus ojos, de pronto, brillan aún más y el verde se oscurece. Intenta ocultar sus emociones y su modo de hacerlo es el mismo de siempre: dirigiendo su mirada al piso. Gesto que detengo de inmediato acunando su mejilla con mi mano al tiempo que mi dedo pulgar repasa sus labios recién humedecidos. Es alta y llevando zapatos de piso, mide cerca de diez centímetros menos que yo, una leve inclinación de cabeza me llevarían a sus labios...

—Tal como lo has dicho, apenas rozó tu lengua con la mía: no puedo formarme ningún criterio. Buenas noches, Ferrant.

De un solo movimiento que me descoloca, se separa. Camina presurosa poniendo la distancia que entiende nos debe separar. Que ella entiende y que a mí se me olvida a ratos. Nos habíamos quedado parados apenas a un metro de la entrada al departamento, frente a frente.

Luis. Luis. ¿Por qué no puede llamarme solo Luis? A secas.

¿De cierto modo ella ha caído rendida a mis pies? Un momento... que eso podría, tal vez, no sé... ¿Y si modificamos esa parte del contrato? ¿No? Algo así como una voluntad explícita en la manifestación del consentimiento.

—Ana... —la llamo tentado a sugerírselo.

—Esposo...

—No, nada, que descanses —me arrepiento enseguida.

El cabello que llevara suelto durante todo el día lo ha sujetado con una liga en una cola de caballo alta y ¡solo mis entrañas saben cuánto me gusta que lo lleve así! Su pelo es larguísimo y muy abundante; sin recoger, le llega hasta el inicio de sus paradas nalgas... La verdad es que de todos los modos ¡qué cabello tan espectacular!

Si tan solo pudiera encontrarle algún defecto...

—Tienes algo de lo que tienen varios de los protagonistas de las novelas que leo. —Su cambio de tema me provoca risa. Su capacidad de recomponerse ante las situaciones me asombra. Es tan templada que...—. Algo en especial que también tiene el hombre de mis sueños... —Se ha detenido justo antes de entrar en su habitación, girando solo la mitad del cuerpo.

—Déjame adivinar: guapo y con dinero. —Prefiero romperle el hielo a ese comentario: su manera de dirigirse a mí cada vez es de más confianza y, aunque me gusta, también me asusta porque siento que ya no tengo a qué atenerme.

—¡Vaya modesto!

—¿Qué? ¿No es eso lo que todas las mujeres buscan en un hombre? Hasta en los libros: un wey muy apuesto y con los músculos bien marcados que se enamora perdidamente de ella, que la trate como princesa y viva para

cumplir todos tus caprichos.

—Pues sí, eres muy guapo. Si yo realmente fuera alguien para ti y tú para mí, me pondría muy celosa de ver cómo te miran las demás. Pero no me refería a eso, se trata sobre cualquier cosa de esa sonrisa que dibujan los labios perfectos y me la dedican solo porque sí. Aquella capaz de dejarme sin aliento, desarmándome para luego conceder. —Me deja mudo y, lo que es peor, amplió mi sonrisa como un estúpido sin apartar la mirada de esa boca que todo el día estuve besando. Camino unos cuantos pasos en su dirección —. Justo esa —continúa diciendo.

Labios perfectos, los suyos.

Hago acopio de las pocas fuerzas que me quedan para detener mi andar, eso o le brinco encima. Mejor me anclo al piso. ¡Quiero devorarla toda! Completita. Espera unos cuantos segundos sin imaginar, ni tantito, la revolución que ahora mismo se desata en mi interior: ella, simplemente, se vuelve hacia la puerta de nuevo y, antes de desaparecer de mi vista, agrega casi de modo triste:

—Pero el hombre de mis sueños no eres tú. Lástima de sonrisa la tuya.

Me siento todavía más confundido. Los motivos para mantenerme alejado de ella son muchos y el principal es que yo no deseo una esposa, por eso, antes, no me conseguí una de verdad. Puedo seguir enumerándolos y no acabaría: le prometí, se lo firmé, de hecho, que la relación no traspasaría los límites de jefe-empleada; por otra parte, ha rechazado sutilmente mis insinuaciones, reconociendo de alguna forma que le gusto como hombre, mi sonrisa, al menos; que le parezco guapo y, sumemos a eso, que ha caído a mis pies, lo cual igual ni cuenta, a saber de qué modo es que ha caído. Luego, siento que también se me insinúa y, al instante, afirma que no soy el hombre de sus sueños por mucho que porte «la misma sonrisa» del afortunado, lo que no hace otra cosa más que producirme una punzada de celos al imaginar que tales sueños ya tengan un dueño, el que sea, casi siento que no lo tolero. Además, me aferro a la idea de que ella no se merece que la utilice, es tan dulce. ¿Cómo podría? No es como el resto de las mujeres en las que me he fijado, las que no han dudado en complacerme a cambio de recibir todas mis atenciones tanto en la cama como fuera de ella —es que soy de los que sabe

agradecer—.

Mi problema principal ha sido lo mucho que me complace complacerlas, hacerles regalos, lucirlas a mi lado. En un par de ocasiones, tuve lo que pudiera llamarse una relación: una en México con la que estuve cerca de medio año. Era un auténtico bombón, pero quería irse a vivir conmigo, dejar de estudiar y hasta de matrimonio me habló. ¡Por favor! Yo no tenía ni veinticinco años. Corté por lo sano, de más está decir que ni de lejos estaba preparado. Otra, apenas llegar, a los pocos meses de instalarme en la gran manzana. Era mi secretaria. Aquello que le dije a Pato de que no era la primera vez que tenía que despedir a una empleada por preferir tirármela me refería a ella, ha sido la única bajo esa circunstancia, el resto de lo que le dije a mi amigo fue por farol. Pero sí, le puse un departamento a unas cuabras de aquí y se podría decir que fue mi novia. Estaba contento con ella, pero todo se fue al caño cuando la escuché mantener una conversación telefónica, con una amiga tal vez, hablaba de sus planes de sacarme un hijo y asegurarse una jugosa pensión. Sé que para muchas mujeres no soy más que una cara agraciada que encabeza un cuerpo macizo; un atractivo sujeto con la billetera muy gorda. También soy consciente de que llevo gran culpa por ello, pues no compenetro con ellas ni me interesa escucharlas mucho tratándose de temas personales y ni hablemos de conocer a la familia, por supuesto. Pero con Sulay era un poco distinto, al menos, con ella, aparte de querer cogérmela todo el tiempo, me gustaba hacer más que llevarla de compras o a fiestas y antros: disfrutaba de una buena cena con una buena plática, sabía conversar sin abrumarme. Lo malo fue que a ella no le bastó, a saber qué señal le di para pretender amarrarme y de ese modo tan trillado como despreciable. Al final, le dejé el departamento, un coche, muchas joyas, un guardarropa digno de una estrella de cine y una carta de recomendación para que la contratara como secretaria otro pobre incauto. Desde entonces, he preferido seguir deambulando con cuanta amiga nueva se me presente, total, siempre fue mi naturaleza, sin aferrarme a ninguna, mimándolas por el tiempo que me place estar con cada una, tiempo en el que le concedo todos los caprichos concedibles. Es mi cuerpo y mi dinero lo que quieren, pues es mi cuerpo y mi dinero lo que les doy. O daba... y que las revistas y las redes sociales dijeran

lo que les viniera en gana que al final de cuentas tenían razón: «era un mujeriego empedernido». Y si hablo en pasado es porque ahora tengo una preciosa esposa a la que no solo debo serle fiel por contrato, sino que por la herencia, no puedo dar de qué hablar.

¿Qué clase de sacrificio me he autoimpuesto?

Uno que de verdad espero valga la pena.

La asquerosa cuestión de todo esto es que aunque me apene reconocerlo, la tierna y preciosa Ana comparte cierta similitud con todas ellas y, al mismo tiempo, no encaja en el prototipo de mujer de las que me regodeaba: ¿no ha sido mi dinero el que la trajo aquí? Sin embargo, no parece aprovecharse de la postura en la que la he colocado. Es tan enigmática como directa. No se limita decir lo que quiere y se muestra segura en su piel a la vez que se avergüenza de mucho de lo que dice y de casi todo lo que ella es. Incongruente. Es una mujer coctel, con muchos ingredientes, lo que me purga es que me resulten todos ellos tan fascinantes. Me atrae más, mucho más, de lo que alguna vez me atrajo Sulay, nada más y nada menos que desde que mis ojos la miraron por primera vez; Sulay, en cambio, tuvo que pasarse por enfrente de mí varias veces antes de que yo siquiera me dignara a notarla, que al final de cuentas se me metiera por los ojos es otro cuento que ya conté.

En resumen, Ana me gusta tanto, tantísimo, que prefiero morir de deseo por no tenerla, porque el lazo que nos une un día tendrá que concluir, se irá y porque, ya me duele admitirlo, no he podido caer más bajo: recibe un sueldo a cambio de fingir que me ama.

Me dirijo a la cocina envuelto en todos estos pensamientos que me atormentan. Mientras me sirvo un vaso grande con agua fresca y simple, las ideas se me aclaran casi al compás del helado líquido descendiendo por mi tracto digestivo. Determino que requiero de modo urgente cambiar de estrategia: ignorarla en casa no me sirve si me veo «obligado» a degustarla y mimarla estando fuera. Por cada encuentro en público, se reduce la distancia que, en definitiva, debe imperar entre nosotros.

LEA

Apenas abrir los ojos llamo a Pato para que nos veamos y entrenemos un poco.

Pasa del mediodía, hay una malteada en la mesa de centro de la sala como cada tres de los últimos días, Ana afirma que tanta grasa por mucho que me ejercite no es buena para la salud... y una nota escrita de su puño y letra.

—Sé que es tu día de descanso... como sea, te requiero en el gimnasio ¡ahora mismo!... Si pudiera esperar para mañana no te lo pediría. Lo lamento, pero más lamento que hayas dejado en manos de un imbécil la vigilancia de MI ESPOSA: ese es tu trabajo, no el mío. Habla con Guzmán y dile que ponga a Ana dentro del departamento. ¡YA!

—Eso te ganas por tenerla como la tienes.

—¿Y cómo la tengo según tú? ¿Rodeada de lujos? ¿Con un jugoso sueldo además de una tarjeta de débito repleta de dinero para que gaste en lo que le venga en gana?

—Encerrada y sola.

—Puede salir respetando las reglas que, evidentemente, se niega a cumplir. Hace un par de días se le escapó a Guzmán montada en esa maldita bicicleta, se metió en sentido contrario por varias calles hasta que la perdió de vista. La encontraron, a la bicicleta, aparcada afuera del MET. ¿Por qué no puede preferir como todas las viejas ir a darse masajes o pintarse las uñas?

—Porque ella no es como cualquier mujer, no es de las que tú conoces.

—Te tiene encandilado, ¿no? —Patricio agarra una de las cuerdas colgadas en la pared y se pone a saltar. Me ignora—. ¿Te gusta mi esposa?

—Deja de decir estupideces.

No me responde, mi pregunta lo ha desconcertado. Patricio tiene un carácter muy sosegado, contrario al mío que se caracteriza por la

impulsividad. Sigue saltando y me sigue ignorando. Tomo una cuerda del mismo lugar y me coloco frente a él a distancia apenas prudente para que los lazos no choquen.

—Cuéntame qué hacen mientras yo trabajo y tú te quedas con ella la mitad de la mañana aquí metidos. —Estoy hablando en muy mal tono, sardónico e incisivo, guiado por... ¡Sí, carajo! ¡Estoy celoso!

—Decido hacerme wey con tu insinuación. ¿Y sabes qué? Lo mejor será que deje de convivir y conversar con ella mientras le hago compañía y le doy algunos *tips* de defensa personal. Eso hacemos, Luis. —Se detiene y lanza la cuerda lo más lejos que puede—. Ojalá aprovecharas el tiempo que la vas a tener a tu lado para conocerla mejor, mismo tiempo que ella pretende usar como una especie de vacaciones de su realidad. Para tener comida sana, agua caliente para bañarse y una cama donde descansar.

Yo también arrojé la cuerda una vez que mi amigo sale por la puerta.

Soy un imbécil.

Me subo al *ring* y me paseo como león enjaulado mientras voy tirando golpes al aire. No pasa mucho rato para cuando Miguel aparece.

—Fue complicado hacerla subir, pero ya está.

—No parece que Guzmán esté capacitado para lidiarla. Relévalo.

—Si estás de acuerdo, Peter se encargará a partir de mañana y en su día de asueto lo haré yo, personalmente.

—No y no. Peter es muy rudo y de ti no puedo prescindir dos días. Que Guzmán se vaya con Patricio, cámbiale el puesto con Palermo.

—Como digas. Si ya no me necesitas...

—Otra cosa: que reanuden las investigaciones sobre ella.

Resolví dejar ese tema por la paz pues, según yo, no necesitaba saber más de Ana, se me metió entre ceja y ceja casarme con ella, con nadie más. Siempre supe que podía recurrir a otra de mis «amigas», incluso a Sulay, y no quise: la quise por esposa a ella, a la que me hechizó nada más mirarla. Paré las investigaciones para no involucrarme más en su triste vida, para evitar intimidad, pero lo que ha dicho Pato y, antes de eso, lo que ella misma ha manifestado como eso de autonombrarse indigente o marginada... o aquello de que no tiene nada, ni amigos ni familia. Me siento alterado e intrigado.

Un problema suscitado en el hotel ubicado en Sayulita^[39] aumenta esa alteración, pues rompe mis planes de permanecer todo el día aquí metido, así que salgo del gimnasio, atravieso la terraza y entro al departamento por las puertas corredizas ubicadas al final del pasillo. Sin saludarla, la miro de reojo y veo que aún lleva su espesa mata de pelo mojada; me sonrío, pero yo entro en mi pequeño despacho sin devolverle la sonrisa ni nada.

—El incendio ya ha sido controlado, no hay heridos ni muchos daños materiales que lamentar.

—¿Ya ubicaron a los responsables?

—Sí, señor. Lo ocasionaron un par de jóvenes revoltosos de diecisiete y catorce años. Son hermanos. Sus padres ya están al tanto y ahora mismo se encuentran dialogando con el señor Moreira en la gerencia.

Ese Moreira ya me tiene hasta el copete.

—Dile a tu gerente que por ningún motivo remitirán el asunto a las autoridades, al fin y al cabo, se trató de mobiliario de jardín. Busquen, amigablemente, el modo de que los responsables cubran el monto del daño o lo más que se pueda: prefiero pérdidas que andar en boca de las malas lenguas. Y otra cosa, Sandro, si Moreira no me entera de las cuestiones que debe enterarme, para eso estás tú. Que sea la última vez que llega a mis oídos un problema del tipo por otro lado, ¿escuchaste?

—S-Sí, se-señor.

—Sandro, espero que a partir de ahora manejes bien tu criterio, por algo eres el segundo a bordo.

Apago la pantalla y me comunico con mi padre vía telefónica. Le informo de la situación y lo tranquilizo. Es ese y el resort de Acapulco^[40] los que presentan más inconvenientes, mismos dos gerentes que los mantienen impecables tanto en funcionamiento como en altas cifras, pero que se aferran a ocultar información. Lo que no entienden es que tenemos ojos en todos lados: Miguel es un experto en comunicaciones y en seguridad. No entiendo cómo logra controlar todos los complejos del Grupo y no ha sido capaz de

controlar a «mi preciosa esposa».

Ya que estoy aquí dentro me abstraigo revisando *mails* y respondiendo los que ameritan premura. Ana toca a la puerta, le indico que pase y, sin mediar palabra, pone ante mí un platón rebosante de nueces y frutos secos, y también un enorme vaso con agua fría. Me distraigo con sus pies descalzos, negándome el gusto de subir con la mirada por su par de piernas metidas en ese *jeans*. Al cabo de un par de horas, vuelve al estudio preguntando si me gustaría probar la lasaña que ha hecho. Contesto con un asentimiento de cabeza. Después de diez minutos, regresa con un plato rebosante.

—Esposo, ¿por qué no te relajas? Llevas trabajando todo el día y ya es tarde.

—Ana, esto es importante. —Justo me decidía a parar cuando llegó una nota de Moreira.

Se coloca detrás de mí. Me masajea las sienes y de modo casi instintivo mis ojos se cierran. Alcanzo a leer en la pantalla de la *laptop* algo acerca de que todo está solucionado y nada más. En nada, me veo concentrado en sus largos dedos que presionan por toda mi cabeza buscando bajarme la tensión acumulada. Hasta ahí todo bien, extasiante. Decide sobar mi cuello, lo acaricia, baja a los hombros y a las clavículas, presionando con sus pulgares. Delicioso. Luego desciende a la espalda alta y ya no me relajo, estoy lejos, me tenso más: no estoy capacitado para aguantar su cercanía, el tacto de mi cuasimujer me vuelve loco.

—Ana...

—¿A quién no gusta un buen masajito? Espera.

—Si no tenemos público, no hay razón para que me toques.

—Lo siento. No pensé que...

Sus manos me abandonan... y abandonado, así me siento.

—Ese es el problema, esposa: tú no piensas. ¿En qué cabeza de tonta cabe bajar a la piscina en pleno domingo? ¡Con una ocupación superior al ochenta por ciento!

—Vi un traje de baño en los cajones y yo...bueno, tú me dijiste que una de las albercas era techada...

—¡Nada! —Me pongo de pie tan brusco que el respaldo de la silla

empuja sus piernas haciéndola trastabillar—. Déjate de tonterías y compórtate a la altura. Para los ojos de todos eres la dueña, ¿captas? Y la dueña de un hotel que trabaja por alcanzar cierto prestigio dentro de cierta sociedad no hace cosas como patearse la ciudad en bicicleta huyendo de su guardaespaldas ¡ni se pone a nadar entre los huéspedes!

Conforme mis palabras van subiendo de tono ella se va replegando y choca con el librero que tiene de todo menos libros, unos cuantos nada más. Un portarretrato cae al piso, estrellándose el cristal. Acto seguido, se pone en cuclillas para recogerlo.

—Pe-perdóname. ¿Quién es?

—No te importa, vete.

Es mi madre. No le respondo porque, aun con el paso de los años, hablar de ella me sigue causando dolor. Sacudo la fotografía, es una suerte que no se haya estropeado más de lo que el tiempo ya le causó en los años que duró guardada en una caja junto con otras pocas de sus pertenencias. Tal vez nunca nadie lo comprenda, si por algo estoy metido en este lío, es por ella. Por vengarla.

Intentando no mostrarse dolida, sale de la oficina sin mirar atrás. Sin darse cuenta de que en mis ojos hay todavía más dolor.

LEA

—La vida siempre se encarga de quitarme todo, por eso aprendí a no arraigarme a nada ni nadie. Mucho menos a lo malo. Vivo un día a la vez, buscando situaciones para reír y gozar. Cuando no lo logro, ¿qué crees que hago, Pato? —Su dulce voz resuena haciendo eco en el salón. Después de aquella tarde en la que la corrí de mi despacho, evita cruzarse conmigo. No aguarda por mí para salir a correr, de hecho, ya no sale del piso: hace su vida entre el gimnasio, la terraza y el departamento. Tampoco me espera por las noches. En cuanto me ve, musita un tímido «hola» y desaparece de mi vista. Eso sí, cada dos o tres días me encuentro con una malteada de fresa—. Tomo

un libro y me dejo absorber por las líneas, paso los días posteriores imaginando que soy la protagonista, poniéndole mi propio final.

—Eso suena divertido... Oye, ya terminé. Que tengas un buen día, Ana.

—Patricio, ¿mi esposo te ha pedido que me evites?

—Por supuesto que no. Estoy muy ocupado con mis rollos, ya sabes, el socio del que te conté.

No los veo, pero por los ruidos que se escuchan intuyo que Pato coloca unas pesas en su lugar. Desde mi pendeja escena de celos, Pato también está algo distante conmigo. No es para menos, dudé de él y, bueno, somos como hermanos. Todavía recuerdo el día que mi padre ordenó al chofer y a la nana que se hacían cargo de mí, que me llevaran a inscribirme a la escuela de *box*...: «Veamos si tirando golpes saca la furia que lleva dentro, ya no hay psicólogo en la ciudad que quiera atenderlo», le escuché decirles.

En aquel entonces no necesitaba ni nanas ni choferes, lo necesitaba a él, que dejara de viajar. Me había quedado sin madre y a él lo único que le importaba era hacer crecer el negocio. No tuvieron que pasar muchos días para agradecer su desatinada solución para que yo superara la muerte de mamá: Patricio y su buen humor tuvieron mucho que ver.

—Sí, entiendo, ojalá después. El entrenamiento me gustaba, sobre todo, tener con quien hablar, Angélica se va muy pronto.

Algo va a responderle, pero no me quedo a averiguarlo. Deshago mis pasos sigilosamente hasta el acceso que da al pasillo y, para que no me descubran, doy un portazo por dentro.

Nos cruzamos entre el cuarto de sauna y las regaderas, golpeamos los puños y quedamos de vernos en mi oficina a media tarde. En el mismo instante en que hago mi aparición ya dentro, Ana saluda, deja lo que estaba haciendo, abdominales me parece, acomoda la colchoneta en su lugar y se va.

Lea

—Sus padres murieron en un «accidente» de tránsito en plena ciudad y digo

accidente entre comillas porque hubo muchas irregularidades en el procedimiento de investigación. Hay indicios de que los frenos de la camioneta del papá de Ana fueron alterados a propósito. Aun así, el expediente al cabo de unos años se archivó.

»Se vio huérfana con siete años de edad, quedando a cargo de su abuela materna. La señora murió de un infarto pocos años después; ya contando con diez, fue a vivir con sus abuelos paternos, quienes, cuando Ana entró en la adolescencia, argumentaron no poder más con la carga. Fue entonces cuando su tío, el único hermano de su papá, la llevó consigo encargándose de ella hasta concluir la preparatoria. Al parecer un día, según otras fuentes, Ana salió de ahí y nunca volvió. Lo cual contradice en cierto modo la primera indagatoria donde se pone que los tíos le perdieron la pista con su partida a Ibiza. A menos de que ellos hayan seguido pendientes de ella, casi imposible saber.

»Se corroboraron datos escolares: mismo colegio desde preescolar hasta concluir preparatoria. Obtuvo mención honorífica por ser alumna destacada. Hay poco rastro de ella en redes sociales. Su última publicación en Facebook es del mismo día que arribó a la isla española. Permaneció alojada en un caro hotel por seis días y no es muy fiable el dato, pero todo indica que subió a un barco rumbo a Valencia. El modo y la fecha exacta en que llegó a Madrid se desconocen.

—De los años que mediaron entre su salida de casa de sus tíos y su llegada a España ¿se tiene algo?

—Siguen investigando. Al momento, no se cuenta con nada confirmado.

Leo la información que en pocas palabras me resume Miguel. Resoplo angustiado. Es más que evidente que su vida no ha sido fácil, pero a la vez me tranquilizo. Si los contactos de mi escolta estrella no han podido dar con ningún dato oscuro, mi flamante tío Raúl tampoco lo hará.

Sigo resolviendo pendientes ajustado a una agenda que odio: los miércoles y los jueves son los días que dispuse para que sea la secretaria quien me controle. De igual modo, ya le pedí que cancelé lo de hoy por la tarde. Mañana viernes por la noche tendrá verificativo la glamurosa cena anual que organiza una asociación de ayuda a niños invidentes. La clásica

velada donde se derrochan cientos de miles de dólares y otros tantos egos desorbitados; si aquello que gastan en la organización se donara también, aparte de los donativos de los invitados a la gala, mucho más se recaudaría... En fin, maldita sociedad exhibicionista.

Y me toca exhibir también a mi preciosa esposa en este evento y en los que le siguen. Que conste que los evité a más no poder, por las últimas semanas he dejado de frecuentar restaurantes, bares y antros. He aplicado todos y cada uno de los pretextos creíbles y los que no se creen tanto con tal de no asistir a la mayoría de los compromisos que en otras circunstancias haría. Pero es que también se acerca mi cumpleaños número treinta, el personal encargado de los eventos en el hotel ya prepara mi habitual festejo, sin contar con que arrancará en breve el último mes del año, ese cargado de parafernalia navideña.

De ahí, la cancelación de mi agenda para hoy: necesito llevarme a Ana de compras. Algo que resulta evidente que ella o no sabe hacer o no le gusta o le encanta tocarme las pelotas. ¿Qué por qué no ocupo a una diseñadora de imagen? No me simpatizan... para qué mentir: soy de los pocos que disfrutan de verdad salir a comprar con y para una mujer.

—Cambia esa cara y disimula —le digo justo al salir del elevador que nos coloca en el amplio vestíbulo.

Después de varias interrupciones por parte de algunos de mis huéspedes importantes y pasados varios minutos logramos poner un pie fuera. El aire que anuncia el invierno nos golpea haciendo que Ana se encoja de hombros un poco: ya debería saberlo, la terraza cuenta con una parte descubierta y, que yo sepa, la prohibición de salir a la calle ha sido una decisión autoimpuesta.

Sonríe fantástica y suaviza la mirada al momento en que la rodeo con mis brazos, unos segundos antes de que Peter nos abra la puerta del vehículo. Ha sacado a relucir sus dotes de actriz.

—No me interesa poner a prueba tu buen gusto, pero tampoco quiero dejarte mal parada con las dependientas así que haz un esfuerzo.

—Dame pistas.

—Una noche de gala muy suntuosa. Evita el color rojo, es el color de la asociación.

Mi brazo izquierdo descansa en medio de ambos, el derecho de Ana también, en una sacudida del auto nuestras manos se rozan y, acto seguido, la quita para ponerla en su regazo. Su modo de mirarme cambió desde que dije aquella estupidez, poco a poco confiaba más en mí, la sentía segura a mi lado. Ahora no solo no me toca, sino que evita mis ojos. Arrinconada en el otro extremo del asiento, observa a través de la ventana sin hacer apreciaciones de ningún tipo y sin ninguna evidencia corporal que demuestre disfrutar el paseo.

—Yo le abriré la puerta, Peter.

Ingresamos a la primera boutique. Susurro a su oído que elija todo lo que le agrade. Le hago saber que tendremos varios eventos.

—Mi nombre es Stephanie y será un placer atenderles —pronuncia apenas vernos entrar la típica señorita de establecimientos como este, con ciertos aires de grandeza.

—Si hay alguien que hable español, te lo agradezco —pido en su mismo idioma. Hace una mueca que no me parece que sea de disgusto, sino más bien de resignación y, acto seguido, aparece una señora de linda sonrisa. Por su acento, deduzco inmediatamente que es argentina.

—Deja que me encargue, *mi cielo*. Ya tendrás oportunidad de darme tu opinión.

Ana, quien permanecía colocada un paso detrás de mí, con sus dos manos recargadas en uno de mis hombros hace que me incline un poco y besa mi mejilla demasiado cerca de mi boca. La argentina se sonríe cómplice de mi falsa esposa y andando por la tienda se ponen a conversar. Se desenvuelve con naturalidad por toda tienda y al final de un rato que me parece corto, sale del área de probadores con la empleada encaminándose al mostrador.

—He optado por un vestido que le va a unos zapatos sin estrenar, unos que me compraste en España. Así que hemos terminado.

—Pero...

—Déjese sorprender, señor...

—Ferrant.

—Déjese sorprender, señor Ferrant. Su mujer es muy práctica y muy hermosa también. Quedará más que conforme, se lo aseguro.

Ana se abraza a mi cintura y esta vez me da un beso en la boca que no puedo evitar sentir demasiado familiar. Lo añoraba. Voy a devolverle el abrazo y por qué no, el beso, pero me lo impide. Da las gracias a la argentina y sale por la puerta.

Pago por dos vestidos. Dos.

Me entran unas enormes ganas de seguir besándola. No quiero esperar hasta mañana para obtener más besos de su boca. Aunque sean así, simples, de apenas contacto. Giro instrucciones a Peter de detenerse en el establecimiento de otro de mis diseñadores favoritos, uno que maneja ropa mucho más casual.

Ya ha oscurecido cuando volvemos al hotel. Miguel nos aguarda en la entrada y con un discreto acercamiento me indica el restaurante donde se encuentra cenando Patricio. Entrelazo mis dedos con los de Ana y caminamos sin detenernos hasta llegar a él. Patricio se sorprende de vernos juntos. Ve nuestras manos y se sonrío negando con la cabeza.

—¿Al fin te has decidido a jugar de verdad con tu mentira?

—No me queda de otra.

—Ojalá te vieras con mis ojos.

Ana saludó a Pato con un beso en la mejilla para luego dirigirse al sanitario. Estamos solos, podemos hablar.

—No sé a qué te refieres.

—Al orgullo en tu andar. Ese que siempre has tenido, pero la diferencia está en el brillo de tus ojos cuando la llevas de la mano.

—Sigo sin saber a qué te refieres. —Lo que me faltaba, que se me note—. Un vaso con agua natural, Eva, y otro para mi esposa. Luego, el vino tinto de siempre y la especialidad del día, por favor —instruyo a la mesera que se acerca para atenderme.

—Nunca me sentí tan grande como cuando caminaba a su lado.

—¡Y mira que estás enorme! ¿Hablas de quien creo que hablas? —Ana

llega por nuestras espaldas y ambos nos ponemos de pie. Otra de las meseras se acerca de inmediato y quita de sus manos el *blazer* y la *pashmina* que sostiene.

—¿De quién hablan ustedes dos? —les pregunto al tiempo que le abro la silla y sin pensarlo dos veces le doy un beso en la frente. No sé si lo hago aprovechando que hay muchos comensales o por dejarle claro a Patricio que, bajo la circunstancia que sea, Ana me pertenece, al menos de modo temporal, aunque en realidad no es mía... ¡Putita que lío!

¡Pero que se dejen de tanta complicidad! Estoy celoso de que él haya podido encajar con mi preciosa Ana, como amigos, incluso. Siguen hablando de quién sabe quién y yo ni me entero por estar divagando en mis pensamientos.

—¿De quién carajos hablan? —repito la pregunta y ya se me nota enervado.

—Conocí a alguien en París y el otro día le conté a Ana un poco de ella... que la añoro como nunca a nadie.

—Siempre fuiste muy enamorado, pero así como te llegaba el amor se te iba. Algo distinto debe poseer la afortunada.

—Una boca loca, eso. Es transparente, auténtica. Sin miedos. La bruja más hermosa que conocí jamás.

—¡Vaya! Invítala a pasarse unos días por acá contigo, ya la quiero conocer. Que Miguel te ayude con...

—No puedo. —Con su interrupción y por su gesto de inmediato caigo en la cuenta de que Ana desconoce la parte escabrosa de la historia, la que incluye problemas legales y persecuciones de maleantes. Eva se acerca con las bebidas y nos informa que enseguida sirven nuestros platos.

Descorcho la botella y sirvo tres copas. Ana niega con la cabeza, pero insisto. En pocos segundos accede, sigue en su pose de esposa del dueño, con la barbilla levantada y todo.

—¿No me digas que el día que Mónica... y los...? ¿Estaba contigo?

—Si te digo y era su cumpleaños, saldríamos a festejar. No tuve oportunidad de decirle adiós.

—¿No me digas que es la guapa malhablada que atropellaste?

—Sí y también te digo que viví a su lado las semanas más maravillosas de mi vida... pero todo terminó de golpe.

—No descartes la idea, con Miguel y sus contactos...

—Gracias, Luis. Sé dónde encontrarla, pero no quiero hacer así las cosas. Además —Pato vuelve a mirarme buscando que lo entienda entre líneas—, estoy con asuntos importantes, ya sabes, no tengo ni el tiempo ni la cara para buscarla. Le digo a Ana que intento resetear mi vida; si lo consigo, tal vez la busque.

—Y yo le digo que podría ser muy tarde —interfiere ella con su dulce voz.

Pienso igual que Ana, pero lo dejo estar. Me queda claro su pesar, que yo me mantenga fuera del alcance del amor no quiere decir que no crea que existe. No debió ser fácil para Patricio dejarla sin más.

LEA

Mi primera visión de ella fue enfundada en un vestido dorado, aquel día mientras la contemplaba con una ventana de por medio. Sigo sin poder olvidarme de ese momento porque el hechizo que me provocó no hace más que tomar poder. Y no, no es igual, es aún mejor. Una deliciosa coincidencia donde la expectativa de mi imaginación envidia a la realidad que se mueve con sutileza al ritmo de la orquesta que este año deleita a los asistentes. Mis manos insurrectas suben y bajan por sus costados un par de veces para conceder a mis pulgares una parada en esos huesillos de la cadera que juro por lo más sagrado que me van a volver loco.

Es de una tela elegante y escurridiza que se amolda a sus delicadas curvas; su poco busto sin dejarse ver demasiado, se delinea por el corte en V y los tirantes son de pedrería fina. Brilla, contrastando con su también dorada piel morena. Apenas maquillada, apenas el cabello sostenido. Despampanante. Una mujer imán para cualquier ojo, que no requiere ni de joyas: ella es oro puro. Aunque las porta y las luce. Son unos pequeños aretes

y una exquisita pulsera que esta misma mañana le dejé sobre la mesa del comedor sin siquiera saber si le combinarían.

La cena transcurrió con cierta quietud. Algunas miradas curiosas, otras chismosas. En la sociedad en la que me muevo solo les importa presumir y comparar fortunas. Al final, mi preciosa esposa parece encajar porque nadie menciona más allá de felicitaciones y alguna que otra señora curiosa pregunta sobre para cuándo el heredero. Sin titubear, se mueve colgada de mi brazo y sonrío como habituada a ser el centro de atención. Justo como la imaginé en un principio y que tanto me pone a temblar desde entonces.

Conversaciones triviales con ciertos conocidos, la cena y luego el baile.

Y aquí estamos, con sus brazos alrededor de mi cuello y mis dedos encajados casi en un lugar indecente.

—¿Por qué no estudiaste una carrera?

De inmediato, se tensa. Sus dedos se separan ligeramente de mi nuca.

—Ehh...

—Ana, solo intento conversar.

—La relación con mis tíos no era buena. No opusieron resistencia el día que les anuncié que me iba de su casa. Luego de varios trabajos y deambular de ahí para allá supe lo complicado que sería conseguir trabajar y estudiar al mismo tiempo.

—Si tus circunstancias de vida hubieran sido otras, ¿qué hubieras elegido?

—Idiomas. Domino algunos, pero no tengo ningún título ni certificación.

—Tu inglés es muy bueno.

—Gracias, también hablo francés y un poco de italiano.

—Toda una caja de sorpresas.

Me sonrío, vuelve a tomarme del cuello con firmeza, incluso cepilla con sus cortas uñas mí también corto pelo. Me pongo chinito. El corazón me late tan de prisa que me siento como un adolescente cachondo; sus caricias me complican, que su mirada verde atrape a la mía, tampoco ayuda.

—Hay una mujer que comienza a inquietarme. Nos observa desde hace rato.

—Dame un beso e ignórala.

Prescindo de pegarme mucho a su cuerpo con el propósito de que las emociones que su cercanía me provoca no se hagan más fuertes, pero es ella quien me estrecha fuerte y mis brazos terminan rodeando por completo su esbelta figura. Me obedece con un beso que ni mínimamente se parece a los que nos hemos dado, lo muy malo es que resulta demasiado corto, se separa un poco de mis labios para decirme en voz muy queda, un tanto sensual:

—Sí, esposo. Sí me gusta como besas.

Como puedo serpenteo con ella hasta salir por uno de los balcones. Quiero repetirlo sin tanta mirada indiscreta, que sea más largo y, sobre todo, alejarla de esa que más que entrometida es inquisidora: Sulay.

¡Mis besos le gustan! Estoy sobreexcitado, sí, como un puto adolescente.

El día que rechacé su tacto vuelve a mí dándome de martillazos como cada día desde ese día. Su evasiva como castigo es el peor de todos. Días que han sido sufridos e interminables y lo más malo que malo es que sé que esta velada no tarda en terminar. No saber a dónde nos llevará el modo en el que ahora mismo la beso y me besa me atormenta porque sus labios saben a gloria dulce y suave. Saben más rico que ningunos. Es un beso que no profundiza ni causa escándalo, quien nos llegue a mirar entenderá que se trata de uno provocado por «el amor que sentimos». Sus manos siguen aferradas a mi cuello y las mías a su espalda. Con toda mi contención impido bajarlas, no quiero faltarle al respeto. Nuestras lenguas apenas se rozan, pero se rozan, igual que en medio de la pista de baile con la diferencia de que peleamos ligeramente por saborearnos un poco más.

—¿Podemos irnos? —pide de pronto, rompiendo con toda magia.

Y al instante, sé que es lo mejor.

La verdad como el aceite, queda encima siempre

—¡No puede tratarse de Ana!

Me llevo las dos manos a la cabeza. No puede tratarse de ella. ¡NO!

—Los datos han sido verificados, lo siento, Luis. De verdad que lo siento.

Vuelvo a leer el informe y mirar las fotografías. Es ella. Salgo del corporativo con un Miguel que no se me separa. Es mi cumpleaños y también hoy es mi dichosa fiesta. Todo está preparado, los invitados me esperan desde hace un par de horas, pero con lo que me está pasando no he podido hacer acto de presencia. Todavía en la mañana, lejos de saber lo que me esperaba en la oficina unas horas más tarde, disfruté de un festejo peculiar, emotivo podría llamarlo si fuera de esos tipos cursis. Ana preparó un pastel para mí, de tres leches y muchas fresas, y eso no fue lo mejor, me deleitó con su compañía, algo muy escaso en los últimos días, lo que me dolió bastante fue que no me diera un abrazo de felicitación... A esta hora de la fría tarde se lo agradezco. ¡Farsante de porquería!

Subo por mi «esposa», ya no me importa ni siquiera cambiarme de ropa. Aviento el saco del traje y lanzo la corbata muy cerca de ella que, descalza como siempre y sentada en uno de los sillones, aguarda lista para mí, para el evento. ¡Está tan sexi! Esa falda tan corta, ese top de color rojo... No digo más palabras que las que engloban una orden de que se ponga zapatos y el abrigo. Bajamos por el elevador y apenas salir del aparato la tomo por la cintura de modo posesivo, la arrastro hasta las puertas del bar que ha sido cerrado al público y solo aquel que lleve invitación y que su nombre esté en los registros, puede ingresar.

Los saludos no se hacen esperar. La luz permanece un tanto menos tenue y la música otro tanto más baja que de costumbre. Bailarines danzan enrollados en telas que cuelgan del alto techo.

Después de lo que me ha parecido una eternidad, llegamos a nuestra

mesilla bordeada de cómodos sillones tipo Luis XV.

—Espero la estén pasando bien —les digo al par de amigos que conversan con Pato.

Ellos son mis grandes colaboradores y de los cuales me he hecho amigo: el que ha traído a la novia es el arquitecto y jefe de proyectos, y el otro, el director de finanzas de Grupo Ferrant NY. También está el gerente del Hotel con su esposa sentado un poco más alejado del pequeño grupo.

—¿Qué te pasa? Estás alterado. Ya sabemos que es tu fiesta. ¡Cumples treinta, campeón! Pero no hace falta que te bebas todo el alcohol tú solo.

—Pasa que me he casado con una... —me trago la siguiente palabra con tequila—. Resultó ser la peor de todas.

Le doy la espada a mi mejor amigo, dejándolo atónito y con un brusco movimiento me llevo a «mi preciosa y farsante esposa» a la boca.

—Esposo... esto... no... —No dejes que diga nada. La sigo besando como un troglodita. Una de mis manos se va hasta una de sus nalgas y se la aprieto—. ¡¿Qué crees que haces?! —grita, pero su alarde apenas se escucha. Tensa la mandíbula, según ella, muy indignada.

—Lo que te gusta que te hagan —le espeto con furia contenida.

Sus manos se apoyan en mi pecho para separarse. Lo hace con sutileza, no pretende provocar un escándalo y sonrío del modo más hipócrita al mismo tiempo que me informa que desea ir al sanitario. No la acompaño, que Miguel lo haga.

Algunas horas después, varios caballitos de tequila y quinientas conversaciones a las que no les pongo ni la más mínima atención, Miguel me informa que la mitad de las personas se han retirado y que el resto están tan ebrios o más que yo, que mejor será que también me retire.

—No hagas una locura. Mañana, con tu mente más despejada, te propondré el plan de acción, ¿de acuerdo?

—¿Qué pasa, esposa? ¿Aquí terminó la fiesta?

—Está por amanecer y...

—Pues yo creo que no.

La acorralo entre la pared y mi cuerpo, sosteniéndome con ambos brazos a la altura de su cabeza: estoy perdiendo el equilibrio. Demasiados tequilas en mi organismo, pero puedo verla: es más que bonita, es preciosa. Recargo mi frente en la de ella, incrédulo de que, aun sabiendo toda la verdad de lo que es, mi deseo por tenerla no merma ni tantito.

—Luis...

Es tan perfecta que duele. ¿Me ha llamado Luis? Con mi nariz trazo círculos alrededor de la de ella para luego inclinar mi cabeza. La beso, y esta vez es distinto. Dejo de pensar, quiero saborearla en forma. Mis labios succionan los suyos, primero lento y con deliciosos mordiscos. En la medida que me corresponde invado su interior con mi lengua, embriagándome de otro modo, con su saliva, pues siento las barreras derribadas, ya no me detiene nada, ni el contrato. Ana no tiene escrúpulos. Es falsa. Su prudencia, su mirada al piso, su modestia, todo es falso. Su actuar ante la gente, todo. Le di mi confianza, abrí para ella las puertas de mi casa y con su ambición destruyó el pedestal que visualicé inquebrantable y en que osé colocarla, por eso me dejo llevar, por el mar de éxtasis que me recorre desde dentro. Permito a mis manos comenzar un viaje de caricias sin principio ni fin, dejándolas primero escalar por sus pechos firmes, accionando sus pezones por encima de la prenda, para luego dejarlos necesitados porque mi boca necesita enterrarse en su cuello, comer de él.

—Luis...

La cojo del trasero con ambas manos por debajo de la falda con la intención de restregarla contra lo duro de mi entrepierna. Quiero que note cuánto la deseo. Un suspiro muy leve se le escapa y otro a mí, un tanto más ruidoso, pero Ana, ella vibra con desesperación, con sus manos balanceándose levemente a los costados.

—¿Qué pasa?

—Es que no sé qué hacer. Hace tiempo me dejaste claro que en privado no debía tocarte.

Sus palabras me queman. ¡Maldita mentirosa!

—Eres de piedra, Ana. De dura piedra muy bien tallada.

Lea

—Lamento las condiciones en las que debes estar, Luis, pero es urgente que vengas.

Separo el teléfono de mi oreja, no son ni las diez de la mañana. Sigo vestido, zapatos incluidos.

—Me doy un baño y estoy contigo.

Olvido las formalidades y me visto con lo primero que veo, un pantalón y una camisa, la que sea. Tampoco me afeito.

Al salir de mi cuarto con lo primero que me encuentro es con sus ojos verdes y en mano una malteada de fresa.

—Esposo, sobre anoche...

Alcanzo la salida a pasos apresurados en un intento de ignorarla junto con su malteada.

—Sí, de eso quería hablarte. —Me detengo con la mano en la perilla. ¡La cabeza me estalla! Con lo bien que me caería esa bebida congelada para la espantosa cruda—. No quiero malas interpretaciones y no me justifico, lo cierto es que tomé más de la cuenta y ya está, sabemos que hay cláusulas que cumplir, pero también debes imaginar que yo, además, tengo necesidades de las más primitivas y es muy sencillo: por poco termino como el perro que se conforma con un pedazo de carne corriente.

Ana se tapa la boca con la mano libre para ahogar el grito que su garganta.

—Entiendo —logra decir con un chillido. No puedo mirarla más.

De un portazo abandono el *penthouse*.

—Vamos, sube al auto y de camino te pongo al tanto. Al parecer la cobertura de la boda no tuvo los alcances de la gala de beneficencia y gracias a esta, un tipo de nombre Joaquín ha dado con Ana. A primera hora de la mañana se ha

presentado en la oficina reclamándola.

Reacción en cadena. Cuestión de que la primera ficha cayera para que continuaran una tras otra.

—¿Qué es lo que quiere? Por mucho que haya trabajado para él, ahora lo hace para mí.

—Dinero a cambio de su silencio. De sobra es de saberse que la gente no puede enterarse de la clase de persona que es la mujer con la que te casaste. Es eso o que la devuelvas.

—¿Qué la devuelva? ¡Ana no es un objeto!

—Nos queda claro a ti, a mí y a toda persona con valores, Luis: ellos no los tienen. Necesitas tomar decisiones. Amenazó con enterar a tu padre, lo cual es lo de menos, el problema radica en que sabe que eres de los mismos Alarcón de la cadena española y si no obtiene lo que desea, allá también pretende lanzar sus chantajes sin contar con que llevará todo el asunto a la prensa. —Respiro profundo. Hemos llegado al corporativo, internándonos en el subterráneo para que nadie me vea arribar—. Independiente de que así como yo obtuve toda la información sobre ella, si Raúl se pone tantito vivo por su cuenta, también lo hará.

Será el día de los portazos. Doy otro y más fuerte. Bajo del vehículo antes de que Miguel apague el motor.

—Eeehhh, espera. —Patricio, con una mano, detiene las puertas del elevador para meterse, tiempo que le da a Miguel para igual hacerlo—. Te ha dado con tubo la resaca. No es para menos, te tomaste una botella entera.

No le respondo nada, bufo.

—Ordena que la traigan.

—¿A Ana?

—Sí, Miguel, a Ana. ¿A quién más si no?

—Pensemos antes, tal vez hay una explicación a todo esto. Ana no debe ser, quiero decir, es ella, no hay duda, pero intuyo que hay algo más.

—Tus intuiciones respecto a Ana han estado lejos de ser certeras, mejor que sea ella quien lo aclare.

Sí, me aferré a casarme con ella, la responsabilidad es toda mía, pero también Miguel se pasó de confiado, algo que jamás le sucede. La mala

espina le entró por mi funesta maquinación para acceder a la herencia de la abuela, mas no así por la cónyuge escogida.

Me reservo el derecho de enterar de nada a Patricio, quien nos mira con ese gesto de no entender ni media palabra. Ahorro saliva. Ahora mismo, Palermo viene de camino con Ana y en menos del tiempo que requiero para prepararme entra en mi despacho. Lo ilumina, su andar, su ser, su estar... Ella simplemente me deja con la boca abierta, como siempre. Ojalá dejara de causarme ese impacto que no merece, por su culpa todo se me está desmoronando. Pese a que estuvo aquí una ocasión cuando recién llegamos de Madrid, entra observando cada detalle. Saluda a Patricio y a Miguel con una sonrisa, mientras que para mí no hay ni atisbo. Tampoco es que espero recibirla, hace nada que la insulté y, además, estoy más encabronado que nunca en mi vida, por eso ni siquiera la invito a que tome asiento.

—Cuéntanos de Joaquín —sin más preámbulo le ordeno. Me pongo de pie y Miguel hace lo mismo.

Me observa con extrañeza. ¡Es experta! Debería perder ya mi capacidad de asombro con ella.

—No conozco a ningún Joaquín.

—¿No? ¡Vaya! Ni titubeas: él parece conocerte muy bien. —Tomo del escritorio el maltratado sobre que contiene la última información que le hizo llegar el investigador a Miguel. Al cabo de unos segundos encuentro el nombre que necesito, uno que le refresque la memoria a esta mala mentirosa —. ¿Qué me dices de Dayana Soto?

—E-Es la dueña de la agencia de m-modelos donde trabajé en México.

—Nunca mencionaste que fueras modelo.

—Lo fui un tiempo, pensé que sabías. Pensé que con tus indagaciones...

—De verdad piensas que de conocer TODO TU PASADO ¡¿me habría casado contigo?!

—S-Sí... No... y-y-o...

Aprovecho su falsa confusión para enseñarle un par de fotografías. Una es de la tal Dayana, a todas luces exuberante, de larga melena rubia. Ana la ve, asiente con la cabeza y me la regresa. La otra foto le pido a Miguel que se la muestre. Es del tipo que estuvo aquí mismo a primera hora de la mañana,

en realidad, en la planta baja del edificio, pues no se le permitió el acceso y desde ahí lo atendió mi fiel consejero; también se las ingenió para sacarle esa y otras fotografías más con su celular. El sujeto no pasa de los cuarenta años, trajeado, bien parecido, con un corte de cabello de esos de moda: muy corto de la mitad para abajo y recogido en un molote la mitad de arriba. No la observa ni medio segundo, se espanta en el acto, pierde color, el equilibrio. Para no caerse se sostiene del antebrazo de Miguel. Patricio, desde una distancia prudente, le pregunta si se encuentra bien y a mí, desmayándose como si no, me va a oír, es todo lo que requería, conoce perfectamente a Joaquín... Esa cara es la de alguien que sabe que el teatrillo se le ha venido abajo.

—¿Por qué no me lo dijiste? Confíe en ti. Fui sincero al decirte que necesitaba una esposa decente para estar en posibilidades de cobrar una herencia. ¿Qué clase de matrimonio por amor es el mío? Esa familia que me repudia no tardará en enterarse que me hice de una *dama de compañía* para lograr mis objetivos y ¿sabes lo que eso significa, Ana? Que no solo no lograré quedarme con lo que me corresponde, sino que ¡MI PRESTIGIO Y MI REPUTACIÓN QUEDARÁN POR LOS SUELOS! —grito enfurecido.

—¡No soy una dama de compañía!

—¿Vas a negar que tu viaje a Ibiza fue por trabajo? Te hospedaron en un hotel de lujo, te llevaron de compras, te sacaron un millón de fotografías... ¡tu cara y tu cuerpo están en una de esas páginas de *escorts*!

—Fui por trabajo, p-pero eso que dices...

—Y como si la información recabada no bastara, tu Joaquín viene y dice que tuvo que despedirte. No dijo el motivo, el cual, ¡no me interesa!... Mira como la suerte regresó a ti y yo pues siento pena de mí mismo, ¿sabes? Pequé de ingenuo al creer que te estaba rescatando cuando en realidad si aceptaste un trato conmigo fue por el cochino dinero, ¿verdad? Total, ya estabas más que acostumbrada —la encaro y le escupo las palabras muy cerca de su precioso rostro.

—Oye, Luis no te pases —interviene Patricio, acercándose un poco más. De inmediato, Miguel se pone en guardia—. Le ofreciste un empleo, la coaccionaste con sus documentos, déjala que se explique.

—¡Me engañó, Patricio! ¿No te das cuenta?

La cabeza me da vueltas. Necesito tomar distancia de ella. Puedo sentir su respiración agitada, su perturbación. Se rodea el pecho con sus brazos, mirando asustada en todas direcciones.

—Supuso todo el tiempo que conocías su pasado —agrega mi amigo cada vez más cerca de mi esposa.

—Ese Joaquín, al que dices no conocer pero que él a ti sí —destilo ironía, lo sé, y sueno patético. ¡Estoy furioso!—, quiere una jugosa cantidad de dinero a cambio de su silencio y de borrar todo rastro tuyo en las redes, eso o a ti de vuelta. ¿Qué dices, Ana? ¿Te sigo pagando para que me des más besos? ¿Será que vales la pena como para pagar por el silencio? Mejor, renegociemos. ¿Qué servicios extras me ofreces? Ya que tengo por esposa a una prostituta...

Patricio se lanza sobre mí, empuñando el cuello de mi camisa entre sus dedos. Va a golpearme y yo no haré nada por defenderme, lo que he dicho es... Miguel me lo quita de encima. A punto de someterlo en el piso le ordeno que lo suelte, no necesito que me defienda. Ana sale corriendo y Miguel tras ella. No termina de salir cuando lo oigo instruir a Palermo para que la lleve de vuelta al departamento y que no se separe del pasillo, es más, que bloquee los dos elevadores y asegure las escaleras de servicio.

—Quería que fuera diferente. Es tan sencilla, tan reservada. La creí tan maravillosa que llegué a pensar que no la merecía. —Me arreglo la camisa y, dando la vuelta a mi escritorio, me siento en mi silla ejecutiva. Pese a que la sangre me hierve, mi voz refleja abatimiento—. Ahora todo tiene sentido: su saber estar, su andar, el exquisito gusto a la hora de elegir vestido, su modo de moverse por todo el salón el día que usó ese vestido... Una dependienta de cafetería, por lo menos, se pondría nerviosa, pero Ana no, ella sabe conducirse en este mundo, Patricio, logró despistarme. Solía alterarse solo al hablar de su persona, de su pasado, ¡claro!

»Desde que la vi por vez primera, mi mente juega conmigo. Me imagino el resto de mi vida a su lado; si no hubiera pasado lo de la abuela, el testamento... tal vez... me hubiera gustado... No lo sé... Me puede lo que es, me puede que yo también fui capaz de llegarle al precio. ¡Ja! Anoche

podimos terminar en la cama y ella... el caso es que no pasó nada. Esta mañana la humillé, acabó de hacerlo de nuevo y sí, me siento avergonzado, traicionado, pero, después de todo, me odio profundamente por tener que lastimarla.

—Necesitas conocer de ella misma su historia, Luis, no lo que te dicen en esos papeles, el detective o el padrote ese.

—En algún momento pensé en pedirle una oportunidad de verdad, pero así como me formulaba la idea, la desechaba, porque al fin de cuentas aceptó ser mi esposa a cambio de un jugoso contrato. Constantemente, me pregunto qué hubiera pasado si nada de esto hubiera pasado.

Una carcajada de Pato me saca de base. Lo miro con reprobación. Como si estuviera yo para risas.

—Esa última frase me causo gracia, perdón. —Patricio se aclara la garganta para borrar los rastros de la risa y continúa de nuevo con seriedad, acomodándose en una de las sillas frente a mí—. ¿Qué hubiera pasado de no pedirle matrimonio? Sencillo: sin herencia y sin ella. Fue el modo en que la vida los hizo coincidir. De no ser por ti, seguiría con esa deuda con la señora de la casona amarilla y con el peligro latente de que ese tal Joaquín la encontrara. Me da toda la impresión de que Ana huyó de él.

—¿Y el punto es?

—Que si ella aceptó tu ridícula propuesta fue por un motivo muy gordo.

—Dinero.

—Vale, puede ser, pero más aún: no parece estar tan demente ni ser tan ambiciosa como para aceptar tal barbaridad de un total desconocido. Fuimos tres hombres los que la sacamos de Madrid. Demasiado confiada, ¿no crees?

—Lo que creo es que sabes más de lo que me dices.

—No mucho. Mientras la entrené hablé poco de su vida, algo sobre malos tratos de parte de sus tíos, de un trabajo en una panadería y otro en una tienda de ropa; de los libros que lee y todos los lugares que conoce a través de ellos. Como se mostraba un tanto esquiva me dediqué a hablarle de mi estancia en París. Lo que sí te aseguro es que, constantemente, manifestaba lo agradecida que estaba de que tú, conociendo su historia, su pasado, te fijaras en ella para hacerla tu esposa. Era consciente de que todo era falso, pero, incluso así,

estabas cambiando su vida.

Las palabras de Patricio me afectan y me confunden más, si es que se puede.

—Pensabas golpearme de verdad. No creas que me olvidaré tan fácil. ¿Cuándo hemos peleado por una mujer?

—Nunca, porque jamás se te ocurrió faltarle el respeto a ninguna, no al menos frente a mí. Fresita, serás todo lo arrogante e *hijo de papi* que quieras, pero que yo sepa, sabes tratarlas, sea lo que sea.

Lea

En lo que decido qué hacer, armamos una estrategia para quitarme al mentado Joaquín de encima. Miguel tendrá que averiguar algo, una pata hueca donde golpearlo para evitar futuros chantajes y extorsiones. De entrada, no me queda de otra que entregarle el dinero que pide.

Una vez hecho el pago, de inmediato deja de molestar... por ahora, ese tipo de gente no se conforma nunca. Para evitar poner en peligro a mi «preciosa y embustera esposa», Palermo se encarga de que no salga del departamento. No sabemos exactamente con qué clase de persona estamos tratando, pero que no es de fiar, por supuesto que no lo es.

Evito casi todos los compromisos navideños y a los que me he visto obligado a asistir lo he hecho sin Ana: las excusas como un viaje imprevisto o un resfriado a causa del mal clima nunca fallan. Es que no puedo arriesgarme a que más gente la reconozca, todavía ignoramos sus andares como *dama de compañía*. Angélica, la esposa de Miguel, manifiesta seria preocupación por ella y asegura que apenas prueba bocado. Me siento responsable, decepcionado también, pero tampoco podría dejarla morir, así que pido a la mujer de mi escolta que se encargue de prepararle comida y de que se quede por más horas en el departamento para asegurarse de que se la coma.

Son muchos días ya desde que la vi salir corriendo de mi oficina en el corporativo, se ha autorrecluido en su habitación por lo que toco a la puerta con severidad.

—Prepárate, en una hora salimos.

El silencio reina. Mi puño se estampa un par de veces más en la madera y, sin tener que esperar más, se abre dejándome la visión de una Ana en pijama de invierno, unos horribles y rotos pantalones que definitivamente no le compré yo. Igual no es lo que más llama mi atención, tampoco sus pronunciadas ojeras o su cabello evidentemente enredado, es su extrema delgadez.

—¿C-con quién?

—No te importa. —No me resisto: mis ojos se pasean por su cuerpo de arriba abajo, incluso con esa floja indumentaria casi puedo verle los huesos. Tal vez exagero, pero su aspecto me preocupa. No sé de dónde saco el valor para tratarla con desprecio, se ve tan desvalida. En realidad, sí lo sé, lo saco de la desilusión, del dolor que siento en el pecho, en la boca del estómago, en la garganta... en todo el cuerpo—. Vamos al recital de Navidad de una casa-hogar —digo finalmente, sin dar mayor explicación y solo para que se dé una idea de cómo vestir. Un evento del que Miguel se ha encargado de regular la asistencia de los medios, y si la llevo conmigo es únicamente porque estoy levantando demasiadas sospechas, el personal del hotel ya comienza a murmurar.

Aguardo en la estancia tomando algo de tequila para infundirme valor, es suficiente con pensar en que volveré a rodearla con mis brazos y, eventualmente, darle algún beso para que todas mis terminaciones nerviosas se alteren. Comienzo a sudar frío. Esto es una irreal ansiedad por anticipación, reacciones que no suelo experimentar tratándose de mujeres, pero esta mujer... Ana, en vestido negro de mangas largas, medias y zapatos de tacón también negros, que más parece la viuda negra asistiendo a un funeral, se ve como es: preciosa. De su brazo cuelga un ostentoso abrigo jaspeado en tonalidades blancas, grises y negras, ideal para soportar la tarde nevada. Su cabello ya no parece aquel nido de pájaros y sus ojeras casi se disimulan bajo el maquillaje aplicado de manera experta. Me tomo unos

minutos para deleitar mi vista en lo que termino traguito a traguito el caballito de tequila: es inevitable no mirarla cómo la miro.

Introduzco la llave en el elevador, esa que permanentemente está activada para impedir que Ana salga por su cuenta. Dentro del aparato se coloca lo más lejos que puede de mí y no retira su mirada de los guantes que sostiene para ponerse luego. Los retuerce con ambas manos. Al abrirse las puertas en el amplio recibidor, por arte de magia cambia su postura, su cara se eleva varios centímetros. La Ana en público es fascinante, lo mejor de todo es que es a la que puedo besar, lo peor es que es ella, la misma que me recuerda que usa una experta y espantosa fachada laboral.

Perfectamente pude salir intacto, pero soy idiota. Podía caminar junto a ella sin tomarla de la mano, debí saber que, al hacerlo, esa corriente al entrar en contacto me iba a matar otro poco. Me aborrezco. Lo que siento por ella es contradictorio y tan simple a la vez, basta con entender que no solo soy su jefe, su esposo sin serlo en realidad, para ella soy un número más, un sujeto más a quien *acompañar*. Y sabiéndolo, no me conformo. Al terminar el Recital, decían los asistentes, muy emotivo —me alegro mucho de ser su principal benefactor—, tomé su cara con ambas manos y la besé lentamente, justo cuando me ovacionaban aplaudiéndome de pie, luego de mencionarme en los agradecimientos.

Esos labios siguieron haciéndome cosquillas: quería un beso más, por favor, uno más. Al volver al departamento, cerré la puerta de una patada y con mis dos manos jalándola por la cintura la giré antes de que huyera a su guarida: necesitaba besarla con toda mi furia. En principio respondió; sentí su lengua caliente, su saliva empapando mi boca desesperada. Pocos segundos, en este instante estoy sobándome la mejilla y viendo como corre a esconderse en su cueva. Soy idiota, imbécil masoquista.

Lea

—Dime lo que quieras, no me arrepiento. Besar su boca se ha convertido en

un vicio que no puedo controlar.

—Juegas con fuego sabiendo que todavía tienes mucho que perder.

—Será por poco tiempo, mañana salgo para Madrid. Aunque no lo parezca, Pato, sé reconocer cuando he perdido y, créeme, defender lo indefendible no es lo mío. La herencia no vale mi prestigio ni, sobre todo, el de mi padre... ni el de la misma Ana, a la que de saberse su historia, la pondré en el ojo del huracán. Sea la clase de mujer que sea no me gustaría verla humillada públicamente, lo que sucederá, invariablemente, en el mismo instante en que mi tío se entere. Es por todo eso que decido renunciar. Total, mi madre ya está muerta. Se oye feo y lo siento todavía peor, pero es la verdad. Todo esto fue por ella, la necesidad que sentía de quedarme con presencia en Grupo Alarcón era por ella, por nada ni nadie más.

—Uyyy, Fresita, te escuchas tan derrotado. Ya ni te pongas los guantes, la paliza que tu brillante idea de hacerte de una esposa de la noche a la mañana creo que te basta y te sobra. Pero, oye, ¿de verdad no hay nada más que puedas hacer? Digo, con el tema de la herencia.

—No. Mi tío Raúl va a descubrirme tarde o temprano, no pienso arriesgarme. El ridículo testamento es muy claro: casado por amor durante un año por lo menos y/o hijo de por medio; esto último lo descarté desde un principio. —Me encojo de hombros—. La otra opción es matarla.

Un ruido nos hace levantarnos de la banca donde nos hemos sentado a platicar, de hecho, no hemos movido ni un solo músculo desde que entramos al gimnasio hace ya más de media hora. Afuera cae nieve como si el mundo se fuera a acabar, una tormenta. Ambos asomamos medio cuerpo por la puerta corrediza, investigando la proveniencia del golpe que se escuchó en la terraza, pero no vislumbramos nada. Congelados, pues ambos vestimos *short* y camiseta, cerramos la puerta y volvemos a lo nuestro.

—Pues sí, la retorcida mente de mi abuela le alcanzó para cubrir esa parte —continúo diciendo, encaminándome a una de las máquinas para trabajar bíceps y cuádriceps—. Me imagino que quería verme, desde las llamas del infierno, convertido en un asesino. Quién lo sabe. El caso es que el testamento lo dice, si el consorte fallece, aun así se accede a la herencia; digamos que tanto un embarazo y/o un hijo o bien, la muerte, son causas de

exclusión al término de un año mínimo forzoso.

Lo que le sigo explicando a mi amigo es que de cualquier modo esa cláusula restrictiva fue formulada única y exclusivamente para dejarme fuera a mí. A la fecha de su muerte todos los herederos estaban casados y tenían hijos.

—Vaya con la viejita loca, ¿eh?

Viajo a Madrid en compañía de Miguel, quedándose a cargo de Ana, Patricio, Angélica y todo un dispositivo de seguridad.

La conversación con mi tío Raúl no fue fácil, pero, al final, a él lo único de debía importarle era que dimitía, que ya no tenía que volver a saber de mí. Me importa un pimiento si se tragó o no mis mentiras, pero para que se quedara más o menos tranquilo, argumenté que las «cosas» con mi esposa no iban bien, que el matrimonio no me sentaba por mucho que «me hubiera enamorado de ella a primera vista» y que tal vez no estaba dispuesto a vivir forzado como si de la Edad Media se tratara. Agregué algo así como que igual y no llegaríamos al primer aniversario y que, aun consiguiéndolo, dado el crecimiento de Grupo Ferrant, me sería imposible cumplir con mis futuras obligaciones en Grupo Alarcón. Lo vislumbré tan vanagloriado de triunfo que me dieron ganas de matarlo, escupirle como poco. Casi vomito encima de él cuando, al despedirnos, se atrevió a darme el abrazo de Judas.

¡Cuánto lo odio! Odio a todos los Alarcón. De menos, ahora que sé no tengo que volver a estar cerca de uno nunca jamás. Un pobre consuelo para mi orgullo pisoteado.

Luego de un par de días de trámites, estamos listos para volver a casa.

—Ya tengo toda la información y Luis, son buenas noticias, sin embargo...

Cierro el *zipper* de la maleta y la dejo caer al suelo. Adoro Madrid, pero los recuerdos de esta ciudad ya me atormentan, espero no tener que volver en mucho tiempo. El día que lo haga, deberá tratarse de un viaje de puro placer.

—¿Y bien?

—Es respecto a Joaquín. —Miguel mira el reloj de su mano y me invita a sentarme en el pequeño comedor de la suite. Tenemos tiempo—. Además de tener la agencia de *escorts*, es uno de los emisarios de un poderoso grupo de red de trata de mujeres. —Extiende delante de mí varios papeles con toda clase de información incluidas fotografías y transcripciones de conversaciones telefónicas—. Como puedes darte cuenta, contamos ya no solo con qué amenazarlo de volver a aparecer, sino con una buena dotación de pruebas para denunciar a esos desgraciados a las autoridades, claro, sin que tu nombre ni el de Ana se vean involucrados.

—Al menos, Ana pudo deslindarse de esas personas a tiempo, a saber dónde pudo terminar.

—No me estás entendiendo. Se dedican a regentear prostitutas caras como mera pantalla, consiguen mujeres por toda América para venderlas, Luis. La tal Dayana entregó por una alta suma de dinero a dos de sus modelos, Ana y a otra chica de la que se sigue sin saber. Llegaron a Ibiza a base de engaños, supuestamente, iban como modelos para promocionar el hotel donde las alojaron, de ahí todas esas fotografías que hay de ella en internet. Tampoco sabemos cómo tu esposa los descubrió ni cómo fue que pudo escapar, tal vez te lo quiera esclarecer. Luis... —repite mi nombre con demasiado énfasis—, ¡la iban a vender a un ruso!

Me pongo de pie, arrojando los papeles como si me quemaran. Luego, ahí pasmado frente a mi más fiel servidor que no se ha dado una tregua hasta dar con el más mínimo detalle, intento procesarlo... Vuelve a mi mente la imagen de ella tiritando de frío afuera de la casa de la señora Castillejas. Reproduzco en mi mente la sarta de barbaridades que le dije poseído por la furia que me provocaba el hacerme una idea de la cantidad de hombres con los que pudo estar, por trabajo, por dinero. «Acompañando».

Soy el peor y más despreciable de los hombres.

Llego a mi casa más que cansado por el largo viaje, acucioso de poder verla y hablar. Durante todo el vuelo, en mi mente formulé toda clase de escenarios

para terminar de resolver toda esta situación. De entrada, Ana debe saber que ya conozco toda la verdad, que reconozco todas mis culpas y que ya no hay herencia de por medio que nos haga permanecer juntos... Creo que eso último lo omitiré, por un tiempo. Debo disculparme, sí, eso es prioridad, porque si bien todas esas horribles situaciones que tuvo que vivir en el pasado no eran aquellas de las más aceptables para que yo, por los motivos que lo hice, la tomara como esposa, desde el primer minuto que me planteé frente a ella le di a entender que las traía todas en la mano. Ahora lo comprendo, fue muy lógico que ella pensara que yo estaba al tanto de su espantosa travesía por España, yo mismo me encargue de que así fuera, le di a entender que la tenía bien investigada. Estoy muy consciente de que tal vez no quiera escucharme, eso me aterra. Por lo pronto no quiere verme tampoco, en cuanto escucha que la puerta principal se cierra, sale de la cocina caminando muy aprisa hasta su dormitorio.

Dejo la maleta junto a la entrada y paso revista dentro de la cocina. Sobre la barra encuentro los vestigios de que se encontraba preparando algo de comer. Como puedo, termino de hacerle el sándwich, es que la cocinada y yo no nos llevamos nada bien. Me queda más o menos, lo pongo sobre un plato y me encamino hasta su puerta.

No recibo respuesta de inmediato, por lo que tengo insistir.

—Por favor, quiero pedirte que no me entregues a ese Joaquín. Mira, si estás de acuerdo, paga lo que pide, con mi sueldo y finiquito espero sea suficiente. Pero, por favor, no me entregues —suplica con vehemencia, abriendo la puerta de par en par, replegándose al interior.

—No...

—Es que lo he pensado mucho y n-no estoy dispuesta a agregar nuevos se-se-servicios al contrato...

—Ana...

—Lamento mucho que estés en problemas por mi culpa, yo... pagaré por mi error ¡por favor! Tiene que haber otra manera, te lo ruego: no me hagas lo que ellos querían hacerme...

Las lágrimas salen de sus ojos de manera lenta y sin pausa mientras habla. Termina de implorar con un suspiro que sale de su boca resaltando el

esfuerzo que le cuesta contener el llanto desmesurado. Yo apenas y puedo respirar. ¡¿Qué mierda he hecho?!

—Ana, escucha. Tranquilízate, ¿quieres? —Dejo el plato con su cena sobre un mueble—. Nada de eso va a pasar... yo... debes saber que... bueno, he regresado y... —Tiembla, llora, se abraza a sí misma... Voy acercándome y ella alejándose, hasta que choca con las persianas. Se siente acorralada, me tiene miedo. Sus verdes ojitos cargados de pánico me parten el alma en más pedazos de los que creí que fuera posible. Entiendo que tenga resentimientos por tanto insulto e incluso que me odie por mantenerla encerrada, pero ¿temor? ¿Le provocho temor?—. A partir de ahora todo va a cambiar. Nos tomó semanas, pero debes saber que todo se solucionó. Todo estará bien.

Dicho esto, abandono su habitación. No puedo con su manera de mirarme, requiero calmar las aguas antes para poder conversar.

No me di cuenta de todo el tiempo que pasó. Pasó Navidad y terminamos el año envueltos en esta espantosa película de terror. No reparé en festejar siquiera. En su momento, rechacé la invitación de mi padre de pasar las fiestas con él, su pareja y los hijos de esa pareja con la que lleva años relacionándose; no me caen mal ni mucho menos, pero también sé que no tengo nada que hacer ahí.

El nuevo año corre y cada día desde que volví de renunciar a la nada despreciable herencia me paro de la cama con la intención de conseguir un acercamiento con mi preciosa esposa. Duermo con la puerta abierta y trabajo más horas de las que debería desde el estudio del *penthouse*. Todas las noches bajamos juntos a cenar e intento mostrarme cariñoso, pero sin excederme aunque quiero, muero en realidad, pero si no lo hago es por ella, por eso tampoco he vuelto a besarla en la boca ni en público. A cambio, le deposito algún roce de mis labios en la comisura de los suyos, necesito recuperar la confianza que algún día puso en mí y, para ello, creo que debo comenzar por no presionarla.

Poco a poco, esa mirada de pavor ha ido redimiendo, lo muy malo es que ha mutado a una de desgarrante tristeza, vacía, que por más que se esfuerza en ocultar ante la gente, le resulta casi imposible. En una ocasión, la llevé a cenar a un lugar distinto, no había compromiso de por medio por lo que al

darse cuenta me imploró que, en la medida de lo posible, evitara inventarme situaciones del tipo, que ya bastante difícil le resultaban los de verdad necesarios. Esa noche, como en un par de veces más que intenté abordar el tema de su pasado, con lágrimas en los ojos me rogó no sacarlo a relucir más, que si le tenía algo de consideración, respetara su vida privada como lo haría con cualquiera de mis empleados.

Muy de sobra está decir que su sonrisa lleva apagada desde entonces, ya no tararea canciones ni hace ejercicio. Sale de su habitación cerca del mediodía para comer algo y vuelve a la misma lo más aprisa que puede y eso que le he informado que puede de nuevo salir a donde quiera, y que esta vez le permito, incluso, pasear en bicicleta y recorrer todos los sitios turísticos que le apetezcan, vigilada, sí, por seguridad o incluso acompañada por mí. Ha sido inútil, se niega.

Después de las semanas más agónicas de mi vida por sentirme atado de manos, tomo otra decisión, quizá, la más importante y difícil de mi vida. Si quiero tener la oportunidad de conquistarla, una al menos, es imperante comenzar de cero.

LEA

—Le arrebaté su esencia, Pato. Ya no soy capaz ni de mirarla a los ojos. ¿Cómo le pido perdón? No tengo el valor para decirle que está todo listo para firmar el divorcio, para dejarla en libertad. No quiero. Porque cuando eso suceda se irá y yo... no... no estoy listo para que se marche.

—¿Eres consciente de lo egoísta que sueñas?

—Sí, pero no puedo. No quiero. Entiéndeme...

—No, no te entiendo. ¿Ya le dijiste que estás al tanto de la verdad? Eso sería lo primero, para que, cuando se sienta lista, ella quiera contarte de su vida. Necesitan conectar.

—No, no. Lo primero que necesito es que no desee dejarme. Necesito hacerle saber lo mucho que... Pato, estoy enamorado de ella.

—¡Díselo! Fresita, no cometas el mismo error que cometí yo. Si cuando tuve la oportunidad de decirle a Davina cuánto la pude amar en tan poco tiempo, tal vez aguardaría la esperanza de poder encontrarme con ella de nuevo y estando frente a frente se lo repetiría, le diría «te amo» un millón de veces.

Al cabo de unos días, con el corazón aplastado dentro del pecho tengo todo preparado para dejarla en libertad. Solo necesito otras firmas más, entregarle la tarjeta y la chequera bancarias donde está depositada el triple de la suma que en un principio le ofrecí como indemnización por los servicios otorgados. También una carta donde nos comprometemos a guardar silencio de por vida sobre los motivos que nos llevaron tanto al matrimonio como a disolverlo.

Ana no tiene fuerza para esbozar ni media sonrisa cuando le informó que puede irse cuando quiera. Se encuentra en estado catártico, sumida en una profunda depresión.

—Con estas firmas damos por concluido nuestro acuerdo.

—Gracias.

—Si me lo permites, te puedo ayudar a que alquiles un lindo apartamento en la zona, no tienes por qué irte de aquí. Tu estancia en el país es perfectamente legal y sé lo mucho que te gusta esta ciudad. —No responde. Mira fijamente sus zapatos de tacón color perla. Se esmeró por lucir preciosa, como siempre, le dije que teníamos una reunión importante, lástima que ha sido aquí mismo, en el apartamento—. Antes de que te vayas me gustaría que pudiéramos hablar, tenemos mucho que aclarar. Debes saber que si no cumplimos ni el año de casados fue porque... bueno... si me permites y aprovechando lo linda que estás esta noche podemos salir a tomar algo y te explico...

—¿Puedo retirarme? —me interrumpe con esa pregunta sin mirarme a los ojos.

—Puedes —le respondo luego de unos segundos, resignado. Toma el sobre con la documentación, da media vuelta y...—. Ana —la detengo con mi llamado justo antes de llegar a la puerta, sin embargo, no se gira—, sabes que

puedes entrar y salir cuantas veces gustes, ¿verdad? La diferencia de hoy en adelante es que nadie vigilará tus pasos, aunque, si me lo permites, me gustaría que andes acompañada, por tu propia seguridad. —Sale del estudio en dirección a su habitación, ese maldito lugar de donde se rehúsa salir. Subo la voz para asegurarme de que sigue escuchándome—: No tienes que irte ya, ni mañana ni en una semana. Puedes vivir conmigo todo el tiempo que desees...

—¡Miguel! Sube de inmediato. Por favor...

La espera para que mi escolta suba me parece eterna. Tengo todas las puertas del piso abiertas.

—¿Qué es lo que pasa? ¿Dónde está Ana?

—¿No lo sabes? Pensé que tú me podrías responder. Patricio tampoco sabe nada de ella. A-anoche le anuncié que todo estaba finiquitado, pero no pude hablar con ella más, pensé qué, tal vez, si se relajaba al respecto...

Mientras le explico el modo en que llevamos la conversación, se pone a revisar los cajones y armarios de la habitación.

—Luis, Ana se ha ido.

—¿Qué dices? No. Aquí están todas sus cosas.

—Te equivocas está todo lo que tú le compraste, sus cosas no. No está su mochila ni los zapatos con los que salió aquel día de su casa en Madrid. Y mira... —Extiende hacia mí las tarjetas bancarias, la chequera y toda la papelería.

Hojeo el contenido del *folder* como si fuera novedad: llevó consigo su pasaporte y demás identificaciones más no así lo del banco ni el recibo que le hice firmar por concepto de liquidación, tampoco la carta de confidencialidad. Entro con mi celular a la página del banco, la última disposición de dinero ha sido de anoche, a los pocos minutos de nuestra conversación cuando compré en línea un boleto de avión con destino a la Ciudad de México.

Ana se fue tal y como llegó: con la misma ropa, misma mochila, mismos zapatos. Tomó por pago un pasaje en la aerolínea menos onerosa, artículos de higiene y tal vez alguna cantidad en efectivo que pudo tener guardada de

cuando se movía libremente en los primeros días. El anillo de compromiso que no se quitara ni para dormir desde que ella misma se lo deslizara en su anular izquierdo lo encuentro en un joyero junto con todas y cada una de las alhajas que le regalé.

—Todo esto era de ella, Miguel. ¡Todo! La he dejado peor de lo que la encontré —me lamento sentado en la cama con el anillo en un puño y con lágrimas no derramadas en los ojos. Me aprieto el puente de la nariz para evitar que corra alguna—. Se suponía que este trato le arreglaría la vida. Lo que dispuse en su cuenta bancaria debía servirle para comprar una bonita vivienda, elegante si quería; para mantenerse mientras estudiara una carrera en la universidad, para montar algún negocio. Un dinero que le serviría para ser autosuficiente, cumplir sus sueños, no volver a sufrir por hambre. Ha dejado también los papeles del seguro médico y lo del fideicomiso para sus estudios, de eso no hablé con ella: era una sorpresa que cuando echara un vistazo a los papeles descubriría. Su sacrificio no ha valido nada. Maldita sea, Miguel, ¡maldita sea! Tenía un lugar donde dormir, espantoso pero lo tenía. Un trabajo... tenía una divina sonrisa, un excelente humor, un precioso modo de ver la vida y ¿qué he hecho yo? ¡Le he quitado todo! La dejé sin nada.

Miguel me sostiene la mirada sintiendo compasión por mí, porque sabe lo mucho que me estoy pudriendo por dentro de solo pensar en que volverá a pasar penurias. Revisaré las cuentas pero, aun sin hacerlo, advino que se llevó consigo unos cuantos dólares. Ser consciente de que estará de nuevo expuesta a que alguien se aproveche de ella me llena de pánico, me destroza.

Después de todo lo sucedido, no podía darme el lujo de jugar al conquistador. En todo caso, primero teníamos que hablar, pero ella estuvo hermética y aislada de mí, no me permitía ningún tipo de convivencia que no formaran parte de sus obligaciones de esposa ficticia, cada vez que intentaba sacar el tema relativo a su supuesto pasado me imploraba que lo dejara estar. Al darme cuenta que no lograría nada más que «sana convivencia», decidí dar por terminado el matrimonio. Y el plan trazado en mi mente sonaba casi perfecto. Ella tardaría un poco en buscar donde instalarse, le ofrecería mi ayuda con todo, incluido con sus trámites para ingresar a la universidad. Me olvidaría de pretender algo con ella hasta en tanto no estuviera instalada y

cumpliendo alguno de sus sueños, pero siempre presente a su lado, dejándole claro lo mucho que me importaba, intentando ser su amigo para, en un momento dado, dejarle saber todos mis sentimientos, sincerándome al grado de reconocer ante ella lo mucho que me afectó saberla «acompañando hombres»... tal vez llegaría a perdonarme. Cuando eso sucediera, tal vez, también hubiera podido confesarle mi amor, ese que sentí desde mucho antes y que no dejé de sentir ni en medio de todo el mal entendido, por el contrario, que fue cuando tomó mucho más fuerza.

Pido a Miguel que me deje solo con mi estúpida conciencia, respirando su olor, que todavía se percibe en la que fuera su habitación. Le imploro, aunque sé que no es necesario, que se avoque a su búsqueda, de sobra está que me diga que encontrarla en aquella gran urbe será como pretender encontrar a la hormiga con la pata más corta dentro de todo el hormiguero. Ana siempre dejó claro que no tenía a nadie en el mundo, que las personas que la rodeaban hoy no lo hacían mañana. Llevo las de perder, pero haré todo lo que esté en mis manos para dar con ella y el día que lo haga, primero que nada, le diré cuánto la amo.

Soy Luis Ferrant y he faltado a la promesa más importante: le fallé a ella, dañé y lastimé al único y verdadero amor de mi vida.

Davina

Capítulo 4

Davina

Al amor mal correspondido, ausencia y olvido

Que le guste hacer dibujos imaginarios sobre mi piel ¡me fascina! Miro por la ventana. El cielo comienza a dar los primeros estragos del amanecer de un nuevo día, incluso los pajarillos cantan, la primavera está cerca. No estoy en mi habitación. ¿Acaso importa dónde? Está conmigo, él, no necesito más que sentir de nuevo su boca haciendo magia en todo mi cuerpo, esa que no tarda en desplegar. Antes de comer mis labios, entierra su perfecto rostro en mi cuello, aprovecho para llenarme de su aroma, huele a jabón, un limpio olor cautivante que se mezcla con su propia esencia. No me da tiempo de impregnarme lo suficiente porque se incorpora un poco para desnudarme y es cuando me doy cuenta de que él no lleva nada encima. Me impacta, lo siento de nuevo, cómo olvidarlo... Una lágrima cae de mi ojo llegando a mi oreja, no se da cuenta. Sonríe, deslizando mi *short* de pijama y llevándose consigo la prenda íntima; de la blusa ya no hay rastro, debí perderme el momento en que me desprendió de ella, tampoco importa. Está conmigo, él, quien vuelve a reptar sobre mi cuerpo desnudo usando la lengua como medio de contacto. Sus labios me atormentan de modo absolutamente delicioso... Me oigo y es extraño: mis jadeos se oyen lejos, como producto del eco. Sacudo la cabeza en un intento por despejarme, está prestando especial atención por debajo de mi vientre... Besa, chupa, muerde... Con sus palmas extendidas sobre el colchón sube hasta mi boca unos segundos, casi no he podido saborearlo y baja a mis senos, sosteniéndose con firmeza para no aplastarme. Es todo un espectáculo. Los músculos de sus brazos se tensan, me sujeto de ellos, los acaricio, luego alcanzo su espalda, quiero sentir bajo mis dedos todas las demarcaciones de cada una de sus fibras. Es grande, impresionante, voluminoso. ¡Me enajena! Voy a decirle algo, tengo tanto aquí guardado en el pecho, pero me lo impide: su boca avasalla la mía con fiereza, murmura algo que no entiendo... Entra en mí de una estocada casi violenta, no me da tiempo, no me avisa y es justo eso lo que lo hace tan...

Abro los ojos, estoy sudando a chorros. ¡¿Qué putas fue eso?! Me paro tan de golpe que tengo que volver a sentarme al borde de la cama: estoy mareada. Hiperventilo. Me toma pocos segundos tranquilizar a mi corazón desbocado. Desbocado y hecho pedazos.

Consigo estabilizarme y me pongo de pie de nuevo; corro las cortinas, no está amaneciendo, estoy en mi habitación y él no está conmigo. Otra maldita noche que se mete en mis malditos sueños. ¡No puedo más! Con los ojos cerrados, me deslizo por la pared junto a la ventana, quiero dejar de sufrir, detener la miseria en la que me hundo a cada recuerdo. El tiempo no me cura. ¡Hace tanto ya! Meses, muchos desde que vagué de un lado al otro intentando procesar lo que había pasado. En un momento estábamos bajo la regadera y al otro se había ido. Me había dejado: la nota era clara, concisa y, además, no estaba dirigida a mí. ¡Ja! De cualquier modo, le pedí a Gris que me permitiera conservarla quedando como la pendeja del siglo. ¿Tan malo era que quisiera quedarme con algo de él? Un infeliz trozo de papel, la camiseta que un día me prestó, esa de un equipo de futbol americano que cada vez que estaba limpia, la usaba de nuevo... papel que un día quemé, camiseta que otro día reduje a tirones. Y con mi mente saturada de su imagen ¿qué hago? ¿Con mi piel que aún se eriza al pensarlo? Y a mi corazón ¿cómo le explico?

Lo que me pasa por cada noche dedicarle unos minutos antes de dormir, incluso pensándolo todo el día, ¡es que no puedo evitarlo! No lo olvido, vive en mí. La piel me duele, escuece de sentirlo solo en sueños. Era tan perfecto en todos los sentidos que no encuentro el modo, por más que me esfuerzo; su mirada cristalina, tierna, de un azul tan claro, casi transparente. Ese trigueño, alto y musculoso que me cautivó desde el primer momento, desde que se acercó a mí con mucha consternación por lo sucedido. Preocupado, ansioso y yo disparatando, pues no podía creer en mi mala suerte. Estaba abatida y muy decepcionada tanto por el engaño de Santiago como por no crearme capaz de continuar con el viaje sola, nunca había ido a Europa y en el primer destino todo se había ido a la mierda. Y así me sentía: echa mierda y una mierda porque el segundo motivo le ganara al primero. Me provocaba más tristeza volver a casa con tanta anticipación que el enorme hecho de que mi novio de años me hubiere propuesto matrimonio para luego ir a un baño de mujeres a

que otra se la... tragara entera.

Todo fue contradictorio, mi corazón se sentía libre y roto, sí, un poco. Lo quería, lo juro, pero es que amar y querer no es igual... Nunca saltaron esas chispas que luego tuve la fortuna, o la desdicha, de sentir.

Al pedante infiel pito largo lo conocí un día cualquiera, es el contador público^[41] de mis papás. Ellos son odontólogos y su despacho contable lleva sus asuntos fiscales. Sé que de haberles confesado los motivos de nuestra ruptura habrían prescindido de sus servicios, no lo hice, no le vi caso y como ellos son de esos que se conforman con lo que mi hermana y yo queremos decirles... Son amorosos, comprensivos, siempre permitiéndonos tomar nuestras propias decisiones, resultaba ocioso darles la preocupación. El caso es que un día de esos en los que me tocaba limpieza dental él estaba esperando su cita para ser atendido por los mismos motivos. A su corta edad, por decirlo así —cinco años mayor que yo—, es dueño de una empresa de contabilidad muy reconocida y respetable que, en teoría, apenas dirige, ya que no se ocupa personalmente de las cuentas. Me despedía de mamá en la puerta de su consultorio: ella misma nos presentó. No me fijé mucho en él, la verdad, y tuvo que insistir bastante antes de que le aceptara una primera cita porque no me atraía. Y vaya que es guapo, no lo niego, con una labia tan impresionante, de esos que te bajan la luna, las estrellas y la vía láctea completa al mismo tiempo. Con tanto despliegue de atenciones, terminé por hacerme su novia, aunque quiso sacar su vena controladora desde el inicio poco le funcionaba, a lo más, me acostumbré a que debía medirme en mi forma de hablar frente a él y a pasar por alto sus constantes opiniones sobre mi cabello, sobre todo. Mis papás estaban felices, mi hermana y mis amigas lo adoraban, así de petulante que es, ¿por qué no hacerlo yo también? Independientemente de todo, le gustaba complacerme. Sin chispas ni fuegos artificiales, era cómodo tener un novio como él, de esos que no se preocupan ni en lo más mínimo dónde o con quién andas ni qué haces, si vas o vienes; dispuesto a mis tiempos y a hacer todo cuánto le pedía aunque no se cansara de criticarme hasta en mi modo de vestir. Nuestra relación era práctica, sin altibajos y sin ¿emoción? Supuse que debía decir sí, tenía que ser emocionante llegar al altar, darle continuidad, avanzar. Así fui educada: para

casarme y tener hijos.

Caminaba sin rumbo fijo y me detuve a unos metros de un aparador muy llamativo, había velas de todas las formas y tamaños, cuando de la nada algo me arrolló y salí volando por los aires. Abrí los ojos sobre un tablón de madera que echaba humo. ¡Había atravesado el vidrio! Me dolía todo, el brazo mucho más, ¡espantoso! Una mujer con aspecto de niña gritaba en francés por una ambulancia y un rostro demasiado hermoso muy cerca del mío balbuceaba alterado, preguntaba tantas tonterías que lo insulté hasta que me cansé.

El tipo con aspecto de haber salido de Pinterest no se conformó con lo majadera que fui en el lugar del «accidente», por la tarde volvió por más y al día siguiente también. Entendí que intentaba ser amable, ayudarme, pero es que yo estaba tan enojada con mi vida que nada me paraba. Con toda mi mala leche me llevó al hotel ¡hasta mi habitación! Se comportaba de lo más absurdo, igual también significaba mi única escapatoria: estaba echa un trapo, por dentro y por fuera, no me apetecía irme a la embajada mexicana o a buscar la dependencia de gobierno encargada de migración, por eso terminé por aceptar lo que me ofrecía el guapo y divertido desconocido insistente en echarme una mano, total, mis «vacaciones» aún no terminaban, además, me inspiraba confianza. Bueno ya, ¡estaba guapísimo! Que inconciencia la mía, de veras. No se necesitaba nada para notar lo lindo que era como persona y como todo lo demás... Alto, altísimo, de un físico impresionante y con cara de no rompo un plato, pues, y yo, con lo desinhibida, extrovertida e impulsiva que soy... El tema fue que llevaba años desnudándome para un solo hombre al que, ¡oh, sorpresa!, nunca satisfice. Me puse roja de vergüenza la primera vez que tuve que pedirle ayuda para bañarme. ¿Saben lo que hizo él? ¡Ni siquiera se inmutó! Fue horrible, mi autoestima, como si no estuviera lo suficientemente dañada y con tanto tiempo libre acostada, recuperándome, y él haciéndome compañía y tratándome como a una princesa, terminó por desmoronarse. No podía sentirme tan poca mujer: primero me echaban en cara mi estrechez con las noticias de que «por amor» mi prometido necesitaba buscarle por otro lado y luego venía este a despreciarme. Tenía que haber una explicación: yo no estoy tan mal, ¡él es gay! ¡Por favor! Jóvenes adultos,

encerrados, él, buenote y lo que le sigue, atento, moría porque demostrara que yo era más que una cachorrita que recogió en la calle. Caí en mi propia trampa: ¿a qué hombre muy machito le gusta que le cuestionen sus preferencias? Fue muy divertido, lo recuerdo y vuelve a darme risa. Desde ese momento, dejó de disimular que yo le atraía, porque lo hacía, varias veces lo descubrí mirándome la boca o alguna de las partes llamativas de mi cuerpo, pero a la hora de tener que desnudarme su latente caballerosidad cobraba fuerza y eso me tenía contrariada.

Desde entonces comenzamos con un juego de coqueteos y provocaciones. Vivía la aventura más romántica y erótica de toda mi vida. Le desnudé no solo mi cuerpo, también mi alma; conoció todo de mí, y no es que mi vida hubiera sido muy interesante antes de él, pero me resultaba sencillo y cómodo conversar. Con Patricio siempre fui yo, tal cual, es por eso que ahora me entristece tanto haber sido correspondida a medias. Tan solo supe algo de su infancia y juventud, de su tía Rita, su prima Pamela y su amigo Luis. De su afición por el *box*, de ahí su cuerpo esculpido en piedra, todo lo que se le tocara era duro. ¡Ufff, qué calor al recordar! No obstante, de su presente apenas supe, jamás me develó el verdadero motivo de su estancia en París, por ejemplo, ni porque no usaba tarjetas bancarias. Ahora no hago más que hacerme cuentos por lo que la Mónica esa dijo sobre sus problemas con el fisco. ¿Quién era ese con el que fui tan feliz? No vi las señales, mi intuición se nubló igual que con Santiago: estuve ciega. Yo suponiendo que él quería que postergara mi regreso, que tal vez no quería presionarme, por eso decidí tener la iniciativa, renunciaría a mi trabajo: si estaba de acuerdo, me quedaría con él una temporada. Para mí valía toda la pena intentarlo, pues me sentía plena a su lado. La noche de mi cumpleaños no llegaría a tanto como confesarle mis sentimientos, lo que sí, dentro de mis planes estaba poner todo mi empeño para que cuando resolviera lo que tuviera que resolver antes de volver a México quisiera hacerlo de mi mano. Lo triste es que nunca deduje que tuviera problemas con la ley ni que su novia iría a buscarlo. Mucho menos, que Patricio me dejara sin una pequeña explicación.

Después de viajar por todas las etapas del desamor, hoy lo odio. Lo odio por hacer de mí la mujer más feliz del mundo en tan poco tiempo; por ser un

gran hombre, y la odio a ella, por tenerlo antes que yo y volverlo a tener a pesar de mí. Lo odio por ser maravilloso, el mejor que pude conocer; lo aborrezco por creer que podía ser mío, porque fue muy bueno conmigo y lo odio porque le estaré agradecida eternamente por cuidar de mí. Odio sus besos porque no puedo olvidarlos. Odio sus caricias porque no dejo de sentirlos. Lo odio con la misma fuerza que deseo arrancarlo de mi alma. Y me odio porque no supe distinguir que tan solo le gustaba tocarme, jugar con mi cabello, reír conmigo... Me odio por extrañarlo tanto. Odio que la piel me duela porque ya no me toca; odio a mis labios cada vez más secos por ansiar su boca, a mi corazón rompiéndose cada día un poco más; odio que lata por él, que lo necesite más que a latir.

Odio después de ese viaje no ser la misma, vivir desgarrada en mi interior, dudando de mí, convencida de que algo no me funciona bien y que no soy capaz de retener a un hombre a mi lado. Y es horrible no ser lo suficiente para que no solo alguien se conforme conmigo, sino que conmigo lo tenga todo, que no necesite más.

¿Qué hay mal en mí? A Santiago, mi personalidad lo superaba, en el mal sentido. Me engañó en pleno viaje de compromiso y no conforme con ello, me confesó que no era la primera vez y, de seguir juntos, tampoco sería la última. Fue un «lo tomas o lo dejas»... ¡A la mierda! Que yo tampoco vibré en sus brazos, ¡nunca! Es más, hasta en sueños, Patricio se lo lleva de calle. Ya sé: las comparaciones son odiosas. De cualquier modo, no merecía un marido así. Lo peor, después de todo, es lo miserable que soy: hoy, por enamorarme de verdad y de otro para quien fui una salida de rutina, un entretenimiento en su fuga, un objeto de reafirmación. Me odio y lo odio, encontrando que eso fui en su estancia en «la ciudad del amor», un pasatiempo en el inter de su relación con la tal Mónica, esa que fue a buscarlo y recuperarlo. Le pertenece, y yo no representé tanto para él, la estuvo engañando conmigo y que me conste que él se resistió, quiso ser un buen samaritano y ya, pero necia de mí que se le metió... Eso no le quita lo cabrón, más bien suma a mi estupidez de seguir añorando a un hombre para el que no fui más allá de un *break*. Estúpida e ilusa que semanas después seguí esperando algún acercamiento de su parte para darme la cara, para

cerrar el círculo, ya que dadas las circunstancias no podría pedir más. Duele mucho, muy profundo, no merecer nada, y es que tengo que agarrarme de una explicación que nadie me dará y que requiero con urgencia para que me meta en razón: ¡me estoy volviendo loca! Le mentí a Caty cuando le dije que no tenía donde buscarlo, pues recuerdo perfectamente la dirección que me dio, con entre calles y todo, donde vivía con ella, con su ex, la que un día tocó a la puerta, con la que ÉL desapareció... con la que de seguro vive de nuevo. No tengo nada que ir a buscar ahí, ahí no hay nada para mí... Esa es la explicación lógica de la que a partir de hoy decido sostenerme.

Fue Patricio quien lo dijo: no soy nada suyo.

Me levanto del piso y me sacudo como si mi ropa estuviera cubierta de polvo. Después de meses envueltos en un círculo de pesar, decido que es tiempo de avanzar. Estoy rota, sí, casi totalmente, pero soy mucha Davina para dejar que un par de hombres me hundan por completo.



Subo los escalones del edificio donde vive Caty de dos en dos, de milagro no rompo los tacones. Pobre de mi amiga, el muy cabrón de nuestro jefe le hizo una putada a lo grande y desde entonces está más que desecha. De menos, yo cuento con la suerte de no ver, mucho menos a diario, a quien me ha despedazado, por eso he venido a sacarla de encierro. Hablé con Beto y él se encargará de los niños.

Creo firmemente que es momento de continuar con nuestras vidas ¡y lo haremos!

Antes de tocar la puerta, una llamada de un número que no conozco entra en mi celular...

—¿Davina? Soy Ana, Ana Villalba, ¿te acuerdas de mí?

Agradecimientos

Agradezco a Dios, primeramente, porque mi salud no es del todo buena y, aun así, no me suelta. A RM Madera por su apoyo y respuesta a todas mis dudas, ¡me has allanado el camino, guapa! A ti, primito, ¡vaya portada! A Begoña Medina e Ivonne Vivier, chicas del Baúl, ¡son maravillosas!

A todos los que han leído y leerán mi primera novela: «Cuando te conocí». Gracias por darle una oportunidad pese a los errores de novata. Tita, gracias por la manita que me echó.

Dulce Landa, gracias, me diste el primer y maravilloso comentario público, no creas que lo voy a olvidar. Gracias a ti, Aura Lectora y Norma Alicia, por el apoyo infinito, ánimos, consejos, noches de plática virtual... son lo máximo. Son mis lectoras consentidas junto con Vanessa Mulero, gracias Vane.

Karla, Daniela, Brenda, Cristina A., Vanessa P., Nancy, Magdala... y a todos los que siguieron y leyeron los capítulos de esta novela mientras estuvo publicada en el blog, gracias, no saben lo que significó para mí. Aquí tienen materializada la parte 1, pronto tendrán la 2 con su merecido final, ¡lo prometo! Si no menciono a alguien es porque ni enterada, pero gracias de verdad.

Y por supuesto, gracias a ti que hoy me lees; sin lectores los escritores no somos nada.

Sobre la autora

Soy María Buga y «La casualidad de coincidir. Parte 1» es mi segunda novela publicada.

Para que me conozcas un poco te cuento: tengo 38 años. Nací y crecí en Chihuahua, México, y radico en la capital del país. Soy licenciada en derecho de profesión, la que ejercí algunos años hasta que nació el primero de mis hijos. Tengo dos: un inquieto y bondadoso niño y una adorable niña, esa que en lugar de vivir la vida parece que la actúa. Me dedico a ellos, a mi maravilloso marido, a leer con el corazón y a escribir con toda mi pasión. Amo estar en familia y reír, reír de todo y por todo, incluso de mí misma. Me gusta tener la música encendida y si puedo con el volumen alto, mejor. Cuando no estoy cantando —desentonada, por cierto— estoy recreando en mi mente personajes, parajes, escenas, diálogos...

MARIA BUGA es un seudónimo formado con mi segundo nombre y una combinación de mis dos apellidos, es así como aparezco en el maravilloso mundo de las letras. Y aquí estoy, después de mi primera novela «Cuando te conocí», la que no mandé corregir ni hacerle una portada linda, aprendiendo de mis errores, de preciosas personas de las que me estoy allegando y de los lectores que poco a poco voy atesorando.

Les aseguro que por todo esto y por más, hay María Buga para largo rato.

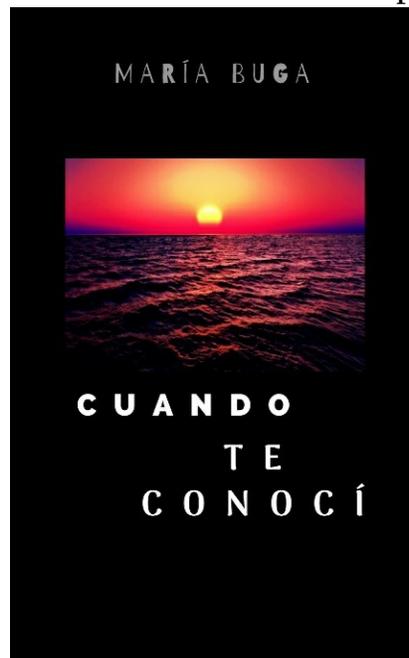
Beso tronado,

Otras obras

Cuando te conocí:

Sinopsis:

Si algo odiaba Renata Palacios era que se salieran sus asuntos de control. Un par de años lidiando con un “fantasma” la tenía agotada... ¿Suponía aquél receso en su vida una verdadera ayuda? Bueno, que ni para tomarse un respiro. Lo que no entraba en sus planes, ni en los mentales ni en los escritos, era el conocer a un cínico sujeto “Dios de los besos” que de pretender enamorarse algún día, podría personificar la antítesis de sus ideales y expectativas: el apuesto y afamado Maximiliano Rentería. El pasado que no la deja vivir la alcanza para mezclarse con su presente, pero, ¿muerto el perro se acabaría la rabia?... Quizás, ni así. Maximiliano, desinteresado como es, no sabrá contra qué lucha. Renata se resistirá a emprender batalla alguna.



^[1] ¡Ambulancia, por favor! En francés.

^[2] Estúpido, tonto, torpe.

^[3] Que tiene un modo de hablar vulgar y emplea palabras groseras y malsonantes.

- [4] Actriz y diva mexicana caracterizada por su fuerte personalidad y belleza. «La Doña» de carácter indomable, altiva y un tanto engreída.
- [5] Mexicanismo usado para referirse a cualquier persona sin necesidad de llamarlo por su nombre.
- [6] Tontería.
- [7] Una de las tantas maneras que en México, vulgarmente, se le denomina al pene.
- [8] ¡Arroz con leche!
- [9] A la mexicana.
- [10] Trastorno obsesivo-compulsivo.
- [11] Producto para alaciar el cabello.
- [12] Que es rubia/rubio o de piel blanca.
- [13] Expresión que se usa para manifestar que algo o alguien está muy mal. Mandar a la chingada: que la persona se vaya lejos, a pasarlo mal.
- [14] Hombre con una gran musculatura o musculatura marcada.
- [15] Tubo fino de papel o plástico que se emplea para sorber líquidos. Pajilla, pitillo, sorbete.
- [16] Vulgar manera de llamar a los problemas.
- [17] Educación preescolar. Ciclo formativo previo a la educación primaria.
- [18] Canción de Gloria Gaynor.
- [19] Referente a una comparación entre dos o más personas en una misma acción, labor o pensamiento.
- [20] Resacas.
- [21] Mexicanismo usado para decir que algo es fuerte, intenso, difícil. Cañón/cañona.
- [22] Pedante. Presumida. Pretenciosa. Mamón/mamona.
- [23] Manera común en México que se refiere al trabajo u ocupación en general al que se dedica una persona.
- [24] Golpe. Encontronazo.
- [25] Palabra que se usa para asegurar o aseverar algo.
- [26] Empleado de oficina, de cualquier tipo, y que se rige bajo jefes y horarios.
- [27] Servicio de aparcacoches.
- [28] Altavoz.
- [29] Techo de teja por lo general usada en patios, jardines y terrazas. Construcción rústica.
- [30] Trabajo, empleo.
- [31] En México, una manera coloquial de llamar a las personas que suelen prometer o alardear sobre algo, sin llegar a cumplir.
- [32] Barrio en la ciudad de México donde, por la noche, se puede disfrutar de bares y discotecas que atraen a un público joven.
- [33] Despectivo de ínfimo respecto a calidad. Algo pinche es algo feo o sin valor. Desagradable. Malo.
- [34] Paliza.
- [35] Pequeño estado en el oeste de México.
- [36] Mujer, chica, muchacha. También puede usarse en masculino.
- [37] De buen ver, la mejor. Adjetivo para calificar algo como bonito, lindo o agradable.
- [38] Expresión mexicana de gran irritación o molestia cuando algo no ocurre como se esperaba.

[39] Pueblo ubicado en la costa mexicana del Pacífico en el Estado de Nayarit.

[40] Ciudad y puerto mexicano ubicado en el Estado de Guerrero.

[41] Profesional que se dedica a manejar la contabilidad de una persona física o moral.